Robert Markham

espionaje

EL CORONEL SUN

JAMES BOND 007

NOVELA COMPLETA · EDICION INTEGRA

El Coronel Sun intenta sabotear una conferencia de líderes soviéticos, aparentando que la culpa es de los ingleses. ¿Conseguirá Bond impedirlo?

Primera novela sobre el agente británico tras el fallecimiento de su creador, Ian Fleming, a cargo de Robert Markham (seudónimo del novelista Kingsley Amis).

Lectulandia

Robert Markham

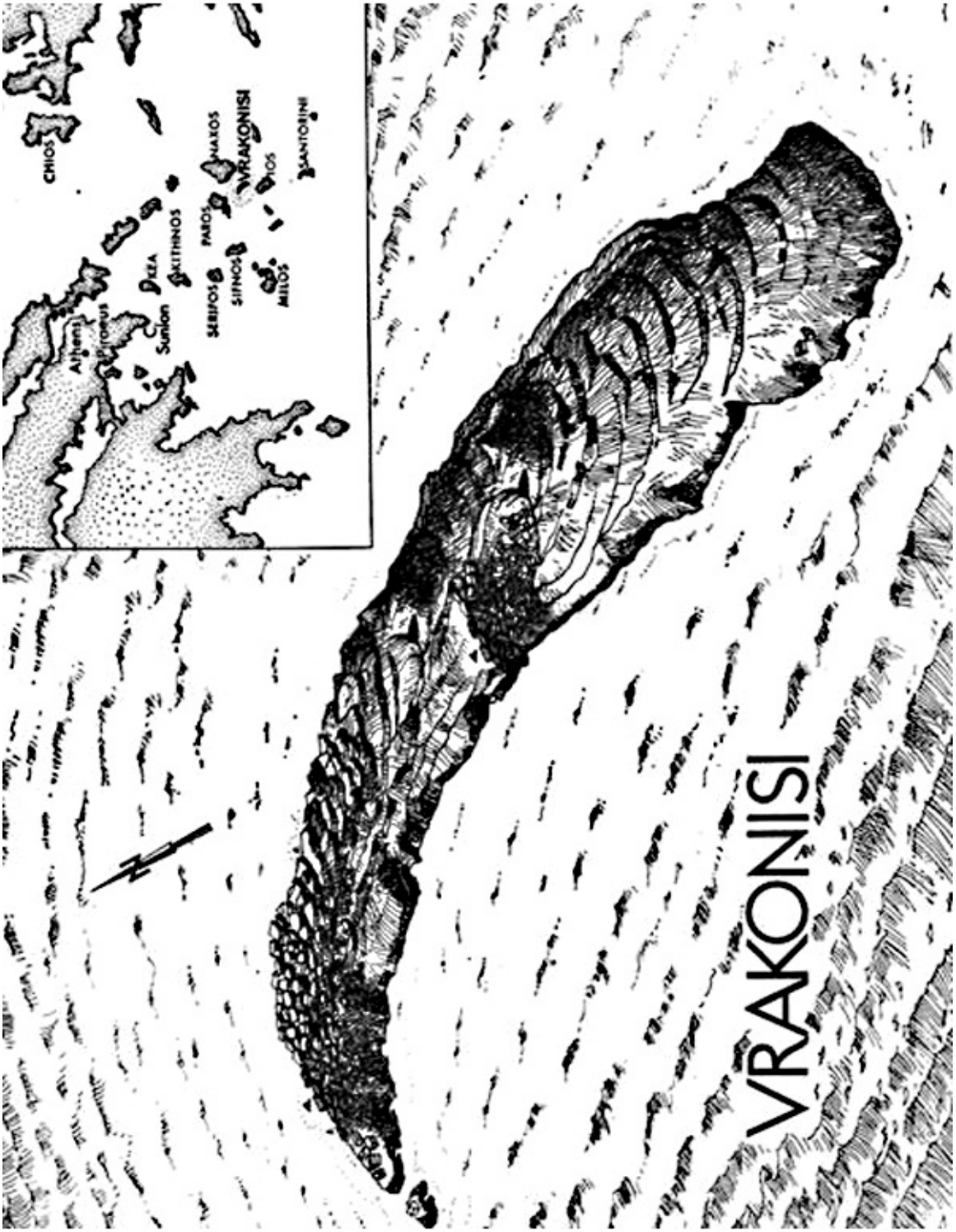
El coronel Sun

ePUB v1.1
bondo-san 28.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Colonel Sun*
Robert Markham, 1968
Traducción: Hugo Rocha
Diseño/retoque portada: Tom Adams

Editor original: bondo-san (v1.0 a v1.1)
ePub base v2.0


CHIOS
NAXOS
VRAKONISI
SANTORINI
PAROS
KEA
KITHNOS
SIFNOS
MILOS
SERIFOS
Athens
Piraeus
C. Sunion
VRAKONISI

1. El hombre de los lentes ahumados

James Bond se hallaba en los *tees* centrales del hoyo 18, en la nueva cancha de Sunningdale, disfrutando de la apacible normalidad de una soleada tarde inglesa de principios de septiembre. A su juicio, la vieja cancha, con sus macizos de robles y pinos, ofrecía un paisaje encantador, pero algo en su naturaleza respondía a la austeridad de la nueva: menos arbolada, abierta al cielo, con algunos brezos y pastos aferrados al suelo arenoso y con menos subjetividad, una serie de hoyos aún más dificultosos. Bond se sentía algo satisfecho consigo mismo por haber logrado un cuatro en el sexto, notoriamente laborioso a causa de un codo traicionero, donde el más leve error en el *drive* podía conducir a una trampa de arena y pantanos. Se las había arreglado para franquear más de doscientos veinticinco metros por el centro, golpe que le había exigido un esfuerzo máximo sin que (bendito alivio) sintiera el menor dolor en la región de su abdomen perforado el verano pasado por la bala del «Derringer» de Scaramanga.

Cerca, esperando que el *four* que los precedía siguiera su camino, *green* adelante, se hallaba el adversario de Bond, que era también su mejor amigo en el Servicio Secreto; Bill Tanner, jefe de Estado Mayor de M. Observando las sombras en torno a los ojos de Tanner, su palidez casi alarmante, Bond había aprovechado una mañana desusadamente tranquila en el Cuartel General para persuadirlo de la conveniencia de visitar aquel plácido rincón de Surrey. Los dos amigos habían almorzado en «Scott's», en Coventry Street, empezando con una docena de ostras frescas de Whitstable para cada uno y terminando con un sabroso bisté de lomo, todo ello regado con una botella de «Anjou» *rosé* bien frío. Tal vez no era es el preludio ideal para una partida de golf; tal vez era algo excesivo. Pero Bond acababa de oír que todo el costado norte de la calle estaba condenado a la demolición, y cada comida parecía una pequeña victoria sobre el nuevo y detestable Londres de cajas de fósforos de acero y cristal, de pasarelas y túneles, del clamor histérico e incesante de los taladros neumáticos.

El último del *four*, seguido por el *caddie*, se puso en marcha. Tanner se acercó a su *trolley* —como tenían que hablar de asuntos de trabajo habían preferido cargar con sus propios palos— y extrajo el nuevo *driver* estilo Ben Hogan que desde hacía semanas se moría por probar. Luego, con su característica deliberación, puso la pelota en su lugar. En este partido no se jugaban más que cinco libras, pero Bill Tanner no era hombre de perseguir ningún objetivo sin empeñar el máximo de sus energías, rasgo que le había convertido en el mejor «número dos» de su profesión.

El sol brillaba. Entre los árboles zumbaban los insectos. La mirada de Bond se apartó de la delgada y atenta figura del jefe de Estado Mayor dirigiéndose hacia el *green*, a cuatrocientos metros de distancia, hacia el antiguo y venerable roble próximo

al hoyo 18 de la cancha vieja, hacia la fila inmóvil de coches estacionados. ¿Era correcto llevar esa vida? ¿Una descansada partida de golf con un amigo, para seguir luego hacia Londres por una ruta tranquila (evitando la transitada M4), cenar solo en su apartamento, jugar unas manos de *piquet* con otro amigo —el agente 016 de la estación B, que habría regresado después de pasar diez días de vacaciones en Berlín Occidental— y acostarse a las once y media? Desde luego, era una rutina más sensata y madura que la cadena de gin y tranquilizantes en que estuvo atrapado apenas dos años atrás, antes de su terrible odisea en la URSS y el Japón. Debía felicitarse por haber salido con éxito de esos apuros. Sin embargo…

Con el chasquido de un sable blandiendo el aire, el *driver* de Bill Tanner rasgó el silencio, y la pelota, tras una momentánea ocultación, reapareció describiendo un arco majestuoso, franqueando gallardamente el macizo de pinos que había sido la tumba de tantos *scores* prometedores. Sólo le faltaba un golpe más para ganar.

—Parece que las cinco libras son tuyas, Bill.

—Ya era hora de que te ganase una.

Al avanzar hacia su posición de tiro, Bond pensó que quizás existiera un pecado mayor que el de aburrirse: el de la complacencia, la satisfacción de lo mediocre, la decadencia no reconocida.

El hombre de los lentes demasiado grandes y opacos no tuvo dificultad para identificar a la figura alta que ahora se disponía a sacar la pelota del decimoctavo *tee*. Durante las últimas semanas había practicado lo suficiente como para identificarlo a distancias aún mayores. Y en este momento, su visión era agudizada por la impaciencia.

Si algún socio hubiera observado al hombre de los lentes ahumados y, considerándolo un extraño, se hubiera detenido a ofrecerle ayuda, le habría contestado con un leve acento no británico —sudafricano, tal vez— que no le hacía falta ayuda alguna. De un momento a otro, habría explicado el extraño, aparecería el señor John Donald, que iba a presentarlo como aspirante a socio (en realidad el señor Donald estaba en París, como se había podido saber unas horas antes gracias a dos oportunas llamadas telefónicas). Pero, a decir verdad, nadie se acercó al hombre de los lentes ahumados; nadie se fijó en él. Lo que no era tan sorprendente, pues largos años de instrucción le habían enseñado a hacerse poco menos que invisible.

El hombre dio unos pasos sobre el césped, examinando, con interés exactamente normal, los deslumbrantes canteros de flores con sus apretadas hileras de crisantemos. Su actitud era de perfecta calma y su rostro por completo inexpresivo, pero su mente era un torbellino. La operación de aquel día había sido preparada tres veces y abandonada otras tantas a última hora. Pero la fecha límite estaba tan próxima que una nueva cancelación podía obligar a descartar todo el plan. Eso le hubiera

disgustado grandemente. Deseaba con anhelo que la operación se llevara a cabo, no por ningún elevado móvil idealista o político, sino, simplemente, por orgullo profesional. La empresa acometida, si terminaba bien, quedaría como la más audaz y ambiciosa de toda su vida. Su vinculación con semejante triunfo a buen seguro le reportaría un ascenso. En cambio, si se vinculaba con un fracaso…

El hombre de los lentes ahumados se estremeció, como si el atardecer trajera una súbita ráfaga de aire frío. En seguida recuperó su compostura y recapacitó, objetivamente, sobre la posibilidad de no poder cumplir el plan de operaciones que se había trazado. Ya llevaba un atraso de media hora. Bond y su compañero se habían refocilado con exceso en el restaurante aristocrático. Sería muy de lamentar que volvieran a demorarse bebiendo como esa gente acostumbraba a hacer a aquella hora.

Una rápida mirada le dijo que los dos ingleses habían puesto fin a su infantil diversión y se acercaban al club. El hombre de los lentes ahumados los miró de reojo al pasar, hasta que desaparecieron, riendo como un par de insensatos. No hubo una nueva demora. Aunque no miraba el reloj desde hacía treinta minutos, sabía la hora con toda exactitud.

Una pausa. Un saludo, interrumpido por unas voces lejanas, el arranque de un motor en el aparcamiento, un *jet* en un distante rincón del cielo. Sonaron las campanas de un reloj. El hombre ejecutó una discreta pantomima, como de quien no puede realmente seguir esperando, y se dirigió con calma hacia la puerta de acceso. Al llegar cerca de la carretera, se quitó los lentes ahumados y los guardó en el bolsillo superior de su traje gris. Sus ojos, de un azul descolorido que desentonaba con su cabello negro, mostraban el controlado desinterés de un francotirador empuñando su rifle.

—¿Te parece que me estoy ablandando, Bill? —le preguntó Bond, veinte minutos después, en el bar.

—¿Todavía te duele haber perdido por dos golpes? —Bill sonrió, pensando en el *put* de cuatro pies que Bond había errado en su último hoyo.

—No es eso, sino… Mira, para empezar, no trabajo lo suficiente. ¿Qué he hecho este año? Un viaje a los Estados Unidos, en una especie de visita de cortesía, y luego aquel miserable fracaso en el Este, en junio.

Bond había sido enviado a Hong Kong para supervisar el traslado al continente de cierto ciudadano chino y algunas inusuales mercancías. El hombre había sido encontrado un par de días más tarde en la zona portuaria, casi decapitado. Pasados otros tres días, memorables apenas por un violento y prolongado tifón, el plan había sido abandonado.

—No fue culpa tuya que nuestro representante enfermara —dijo Tanner, recayendo automáticamente en el dialecto oficial destinado a ser usado en público.

—No —dijo Bond, absorto en la contemplación de su *gin and tonic*—. Pero me

estoy dejando esclavizar por los hábitos. Desde mi regreso he estado viniendo aquí tres martes de cada cuatro, llegando a la misma hora, jugando una partida con uno o con otro de los mismos tres amigos, saliendo a las seis y media de la tarde, más o menos, y volviendo a casa para pasar una noche sin sorpresas. Y sin que nada de eso me parezca mal. Un hombre de mi oficio no debe ajustarse a un horario, bien lo sabes.

Es cierto que un agente secreto en misión no debe caer nunca en ninguna clase de rutina que permita a la oposición pronosticar sus movimientos, pero solo más tarde comprendería Tanner el significado de lo que Bond decía en aquel momento.

—No sé exactamente lo que quieres decir, James. Seguramente no te refieres a tu vida en Inglaterra —dijo Tanner con involuntaria ironía.

—Me refería al panorama general. Mi existencia empieza a ajustarse a un molde. Debo encontrar la forma de romperlo.

—Según mi experiencia, ese tipo de sacudimiento viene por sí solo, cuando llega el momento. No tienes que hacer nada para provocarlo.

—¿Hablas del destino o algo por el estilo?

—Llámalo como quieras —contestó Tanner, encogiéndose de hombros.

Por un instante, se produjo un raro silencio entre los dos. Luego Tanner miró el reloj, vació su vaso y dijo, con tono decidido.

—Bien, supongo que desearás ponerte en marcha.

A punto de acceder, Bond se detuvo.

—Al diablo con todo —dijo—. Si voy a desorganizarme, mejor que empiece ahora mismo. Sirve otra ronda, Dot.

—¿No se te hará tarde para ver a M? —preguntó Tanner.

—Pues tendrá que armarse de paciencia. Cena a las ocho y cuarto, y media hora de su compañía es más que suficiente en estos días.

—Bien lo sé —dijo Tanner, con cierto retintín—. Ni siquiera puedo acercarme a él en la oficina. Ahora hacemos la mayoría de nuestras intrigas por medio del *intercom*, lo que me viene muy bien. Basta con que yo diga que me parece que va a llover para que me acuse a gritos de actuar como una vieja aprensiva.

Era una imitación a lo vivo y Bond la festejó, pero se puso serio para decir:

—Es lo más natural del mundo. Los marinos detestan estar enfermos.

El invierno anterior M había sido atacado por una tos persistente que se había negado a tratar, alegando con obstinación que desaparecería con el buen tiempo. Pero la primavera y el comienzo del verano habían sido húmedos y cálidos, y la tos aún no cedía. Una mañana de julio, Miss Moneypenny había llevado una carpeta de correspondencia a la oficina de M, y lo había encontrado de bruces sobre su escritorio, semiinconsciente, con el rostro gris y respirando con gran esfuerzo. Llamó a Bond y, ante la insistencia del médico del departamento, M se vio llevado poco

menos que a la fuerza hasta su viejo «Silver Wraith Rolls» y acompañado hasta su casa. Después de tres semanas en cama, bajo la devota atención del ex suboficial Hammond y su esposa, M estaba casi recuperado de su congestión bronquial, pero su temperamento —como Bond había tenido sobradas oportunidades de comprobar durante sus periódicas visitas— parecía que iba a necesitar más tiempo para sanar… Desde entonces, Bond se había acostumbrado a interrumpir su viaje semanal de regreso de Sunningdale para hacer una visita a Quarterdeck, la hermosa residencia campestre estilo regencia situada frente al Parque Windsor. Lo hacía con el propósito ostensible de hablar informalmente de asuntos del Servicio, pero en realidad se trataba de vigilar la salud de M, conversar a escondidas con los Hammond y averiguar si el viejo cumplía las órdenes del médico, descansaba y, sobre todo, se privaba de su pipa y de su diario par de venenosos toscanos negros. Cuando surgió la primera de esas visitas había esperado una característica explosión de mal humor, pero M se limitó a gruñir y dar su consentimiento, no de muy buena gana. Bond sospechaba que se sentía relativamente aislado del mundo, al verse condenado, entre otras cosas, a trabajar solo tres días por semana (el médico había logrado esa concesión después de amenazarlo con tres días de vacaciones, si no aceptaba).

—¿Por qué no vienes tú también, Bill? —dijo Bond—. Después puedo llevarte hasta Londres.

—Creo que no puedo, James —contestó Tanner, tras una breve vacilación—. Te lo agradezco igual. Esta noche se espera una llamada importante de la Estación L y me gustaría recibirla personalmente.

—¿Para qué está entonces el oficial de guardia? Ya estás haciendo el trabajo de dos hombres.

—Bueno, no es eso solamente… Voy a saltarme esta visita a M. Hay algo en su casa que me da escalofríos.

Un cuarto de hora más tarde, después de dejar al jefe de Estado Mayor en la estación de ferrocarril, Bond enfiló el largo capot de su «Continental Bentley» por la carretera. A diez minutos de viaje sereno y apacible por caminatas serpenteantes estaba Quarterdeck.

El hombre que antes vigilara a Bond ocupaba un «Ford Zephyr» robado, estacionado discretamente a cincuenta metros del acceso. Ahora pronunció una sola palabra en su transreceptor «Hitachi» de transistores. A casi seis kilómetros y medio de distancia, otro hombre contestó con un monosílabo, apagó su propio aparato y salió con sus dos compañeros de la espesura del bosque donde todos habían estado ocultos durante dos horas.

El ocupante del «Zephyr» permaneció inmóvil un minuto más. Por naturaleza, evitaba los movimientos inútiles, aun en momentos de tensión como aquel. El horario de la operación llevaba ya un retraso de cincuenta minutos. Otra demora importante

acarrearía no sólo la cancelación sino el desastre, porque la medida que su señal de radio había iniciado era tan irreversible como violenta. Pero no habría más demoras; su experiencia se lo decía.

Al cabo de un minuto, calculado después de investigar cuidadosamente el intervalo óptimo para seguir al «Bentley», puso al «Zephyr» en marcha y se dirigió al acceso.

Bond cruzó la frontera del condado para entrar en Berkshire y siguió su marcha sin prisa a través de la fea erupción de viviendas modernas; deslucidas villas imitación Tudor, *bungalows* y casas de dos pisos afligidas por una insensata mescolanza de madera, ladrillo y mosaico en la fachada de cada una y la inevitable antena de TV injertada en cada techo. Después de atravesar el pueblecito de Silwood, esos signos de opulencia quedaron atrás y el «Bentley» empezó a deslizarse entre bosques de pinos. Pronto aparecieron verdes tierras labriegas a su izquierda, mientras el bosque mantenía sus posiciones a la derecha. Lugares como aquel perdurarían como monumentos a la memoria de lo que había sido Inglaterra. Como para contradecir esta idea, frente a él apareció un «Trident» de la «BEA», recién despegado del aeropuerto de Londres, repleto de turistas que iba a divulgar la cultura de la clase media inglesa en las playas españolas, en la encantadora provincia portuguesa de Algarve y quizás, ahora que los planes de promoción se tornaban cada vez más ambiciosos, hasta en Marruecos. Pero no era elegante mostrarse resentido por todo lo que permitía la elevación del nivel general de ingresos. «Olvídalo. Concéntrate en animar a M. Y en la partida de *piquet* de esta noche. O cambia de planes. Una llamada de teléfono y una salida en dos parejas. Líbrate de la rutina».

Estos pensamientos se agolpaban en el cerebro de Bond mientras cumplía casi mecánicamente las pequeñas maniobras del buen conductor, sin olvidar una ojeada ocasional al espejo retrovisor. La imagen del «Zephyr» no apareció en él ni una sola vez. Pero aunque hubiera aparecido, Bond no habría reparado en ella. Nunca había visto el coche y no habría reconocido a su conductor aunque lo pusieran frente a él. A pesar de que había estado estrechamente vigilado durante seis semanas, Bond no había notado nada fuera de lo común. Cuando un agente secreto no está en misión en el extranjero, no espera que lo vigilen. Además, es mucho más fácil vigilar a un hombre que cumple un horario y tiene un domicilio y un lugar de trabajo fijos. Por eso no fue necesario establecer una vigilancia especial frente al aparcamiento de Bond cerca de King's Road ni seguirlo desde allí hasta la sede del Servicio en Regent's Park. Lo que era más importante, la operación que le concernía era considerada de la más alta prioridad por quienes la planearon. Esto significaba un presupuesto generoso, lo que, a su vez, significaba que podía emplearse a un número de agentes mayor que el acostumbrado. Y eso demostraba que los encargados de vigilar y de seguir podían ser intercambiados con frecuencia, antes de que ninguno de

ellos pudiera llamar la atención y dar la alarma en el sistema casi subconsciente que años de trabajo secreto habían elaborado en la mente de Bond.

El «Bentley» entró en el camino de Windsor a Bagshot. Por la izquierda aparecieron los conocidos puntos de referencia: la taberna de la «Ardilla», el establo de caballos árabes, la fábrica de hilados «Lurex» (que solía ser el foco de la indignación de M) y ahora, a la derecha, el modesto portal de piedra de Quarterdeck, luego el corto y bien mantenido cubo de piedra de Bath, de un gris levemente verdoso, resplandeciente bajo el sol de la tarde, sombreado en parte por los pinos, olmos, abedules plateados y robles jóvenes que lo rodeaban por tres de sus costados. Una antigua wistaria[1] se elevaba hasta el balcón del primer piso, al que daba las ventanas del dormitorio de M. Al cerrar la portezuela del coche y avanzar hacia la puerta de entrada. Bond creyó advertir un movimiento detrás de las ventanas. La señora Hammond, sin duda, arreglando la casa.

Movida por la mano de Bond, la colgante campana de bronce de un barco de línea desaparecido mucho tiempo atrás sonó con estridencia en la quietud de la tarde. Siguió un silencio no quebrantado por la menor ráfaga de aire en las copas de los árboles. Bond se imaginó a la señora Hammond todavía ocupada en el primer piso y a Hammond llevando a M una botella de su favorito vino de Argelia desde la bodega. La puerta de entrada de Quarterdeck no se atrancaba nunca desde la salida hasta la puesta del sol. Cedió inmediatamente al toque de Bond.

Toda casa tiene su propio rumor de fondo, normalmente imperceptible, compuesto de voces distantes, pisadas, ruidos de la cocina, el ir y venir silencioso de seres humanos. James Bond no había franqueado aún el umbral cuando sus sentidos le indicaron la falta de ese rumor. Súbitamente tenso, abrió de un empujón la puerta de caoba española maciza del estudio donde M habitualmente recibía visitas.

El cuarto vacío contempló fúnebremente a Bond. Como siempre, todo estaba meticulosamente puesto en su lugar, las lámparas navales ostentaban una perfecta horizontalidad en las paredes y los materiales de acuarela se hallaban dispuestos sobre la mesa de pintura junto a la ventana. Todo ello tenía un extraño aire artificial y ajeno, como un cuarto de un museo donde los muebles y los efectos de un personaje histórico se conservan como cuando su dueño estaba vivo.

Antes de que Bond pudiera hacer otra cosa que mirar, escuchar y preguntarse que había ocurrido, la puerta del comedor, al otro lado del vestíbulo, se abrió bruscamente y dio a un hombre. Apuntando con un revolver automático de cañón largo a las rodillas de Bond, dijo con voz clara:

—Quédese quieto, Bond. No haga ningún movimiento súbito. Si lo hace, lo dejaré tullido.

2. Bosque adentro

En el curso de su carrera, James Bond había sido sorprendido y amenazado en esta forma literalmente docenas de veces —en ocasiones, como ahora, por perfectos desconocidos—. El primer paso hacia una resistencia eficaz consistía en ganar tiempo y analizar la información disponible.

Bond descartó como inútil toda especulación acerca de los propósitos del enemigo y de lo que pudo haber ocurrido a M y a los Hammond. En cambio, se concentró en el arma del enemigo. La reconoció inmediatamente como una «Luger» de 9 mm con silenciador. El impacto de una bala de ese calibre, con un peso de casi catorce gramos, desplazándose casi a la velocidad del sonido, es tremendo. Bond sabía que el golpe de esa bala a aquella distancia, aun en una pierna, lo arrojaría al suelo y, tal vez, le haría perder el conocimiento. Si pegaba cerca de la rodilla, hacia donde estaba apuntando el revolver, seguramente no volvería a caminar en toda su vida. En suma, el arma de un profesional.

El hombre tenía un rostro delgado y huesudo, y una boca estrecha. Llevaba un traje azul liviano y botines bien lustrados. Podía tomársele por un dirigente de propaganda y televisión, ambicioso y aficionado a las mujeres. Bond observó que era casi de su misma estatura, pero de complexión más delgada. Por lo tanto, vulnerable, quizás, en un encuentro físico, si eso fuera posible. Lo que inquietaba en él era la economía y la fuerza de las palabras que acababa de emplear y el tono de normalidad que les había impreso, desprovisto de jactancia o amenazas vulgares y, sobre todo, sin el afectado descuido que le hubiera señalado como un aficionado y, en consecuencia, como un torpe potencial. Esta era la garantía más infalible de que sabía utilizar su arma y de que lo haría sin vacilar en caso necesario.

Tales ideas pasaron por la mente de Bond en cosa de tres segundos. No había terminado ese efímero plazo cuando oyó que entraba un coche por el sendero de grava y sintió una mínima esperanza. Pero el hombre de la «Luger» ni siquiera volvió la cabeza. Estaba claro que el recién llegado iba a empeorar la situación, en lugar de mejorarla. Se oyeron rápidos pasos sobre la grava y luego otro hombre apareció en la puerta. Apenas se molestó en mirar a Bond, quien sólo pudo ver que el recién llegado tenía ojos de un azul acuoso. Alisándose el pelo negro, el hombre extrajo una «Luger» al parecer idéntica de un lugar de su costado derecho. Luego, como siguiendo una serie de movimientos bien ensayados, pasó por detrás de su compañero y se situó en lo alto de la escalera.

—Por aquí, despacio —dijo el primer hombre, con el mismo tono de antes.

Por más que resulte difícil escapar de un cuarto al nivel de la calle en presencia de enemigos, el problema se torna virtualmente insoluble cuando la cosa sucede en un piso alto y hay un guardián armado en la escalera o en el vestíbulo. Bond se percató

de inmediato de ello, pero obedeció y siguió adelante. Cuando llegó a una distancia de casi tres metros, el hombre del rostro enjuto retrocedió, manteniendo la distancia que los separaba. El segundo hombre, el del cabello negro, estaba en el rellano de la escalera, con la «Luger» firmemente asentada en su estómago, apuntando hacia las piernas de Bond.

Bond echó una mirada a la incongruente normalidad del vestíbulo de Quarterdeck: el lustrado pavimento de pino, el modelo a escala 1/144 del último buque de M, el acorazado *Repulse*, el anticuado impermeable de M arrojado descuidadamente sobre el perchero. Aquel asunto era grave y feo. Grave por todos los conceptos, empezando por su propia carencia de cualquier clase de armas: los agentes secretos ingleses no las llevan cuando están fuera de servicio en su país. Feo porque el hecho de que los enemigos estuvieran dispuestos a dejar tullido a alguien, incluso a matarlo, no era normal en tiempo de paz, a no ser que se jugara una partida muy importante. El no saber cuan importante era la partida resultaba como padecer una insoportable sed física.

Los pies de James Bond subieron automáticamente por la vieja y gastada alfombra de color verde oliva que recubría la escalera. Los dos hombres armados lo seguían a la misma prudente distancia. A pesar de su total eficacia, se trataba con toda evidencia, de empleados, de gente asalariada. El jefe de la operación no tardaría, sin duda, en darse a conocer.

—Adelante.

Esta vez habló el hombre de pelo negro. El otro quedó esperando en la escalera. Bond franqueó el umbral del dormitorio de M, el amplio y soleado cuarto con las cortinas de brocado recogidas sobre las ventanas cerradas que daban al balcón, y se enfrentó al propio M.

Un grito de horror quedó sofocado en la garganta de Bond.

M estaba sentado en una silla «Chippendale» de respaldo alto, junto a su cama. Estaba encogido como si hubiese envejecido diez años, y las manos le colgaban inertes entre las rodillas. Al cabo de un instante levantó la mirada, lentamente, y la fijó en Bond. No hubo ninguna señal de reconocimiento, ninguna expresión en sus ojos; su habitual claridad había desaparecido. De su boca abierta surgió un curioso ruido sin palabras, algo que podía ser una expresión de asombro, de inquietud, de advertencia, quizá de todo ello a la vez.

La adrenalina es producida por las glándulas suprarrenales, dos pequeños cuerpos situados sobre la parte superior externa de los riñones. En virtud de las circunstancias que ocasionan su segregación y de sus efectos sobre el organismo se suele describir la adrenalina como la droga del temor, de la fuga y del combate. Ahora, al ver a M, las de Bond se aplicaron a su labor ancestral, empezaron a bombear su secreción hacia el torrente sanguíneo del agente secreto, acelerando su respiración y llenando la sangre

de oxígeno, impulsando la acción del corazón para mejorar el suministro de sangre de los músculos, cerrando los vasos sanguíneos próximos a la piel a fin de minimizar la pérdida en caso de herida, erizando también sus cabellos en mínimo grado, como en los tiempos en que los antepasados del hombre se volvían más terribles ante sus adversarios encrespando y dilatando sus peludas crestas. Y mientras Bond miraba absorto a M, algo se apoderó de él, algo que quizá procedía de la misma adrenalina, una especie de exultación física. Supo en ese instante que no se había ablandado, que en caso necesario era la eficaz máquina de pelear que había sido siempre.

Se oyó una voz. Era una voz neutra, con un acento neutro, con ese mismo timbre neutro e incoloro de las voces anteriores. Con energía pero sin prisa, dijo:

—No tiene por qué alarmarse, Bond. Su jefe no ha sufrido en absoluto. Tan sólo ha sido drogado para poder dominarlo. Cuando pase el efecto de la droga será el mismo de siempre. Ahora usted va a recibir una dosis de la misma droga. Si se resiste, mi socio tiene órdenes de dispararle un balazo en la rótula. Como sabe, con eso quedará inmediatamente fuera de combate. La inyección es indolora. Quédese quieto y bájese los pantalones.

El que hablaba era un hombre corpulento, cuarentón, pálido, aguileño, casi calvo, a primera vista tan poco notable como sus subordinados. Una segunda mirada hubiera revelado algo extraño en sus ojos, mejor dicho, en sus párpados, que parecían demasiado grandes. Era evidente que el hombre tenía conciencia de ese hecho, pues constantemente abría y cerraba los ojos al hablar. En lugar de parecer una afectación, ese hábito resultaba extrañamente perturbador. Si la mente de Bond hubiera estado abierta a semejantes reflexiones, podría haber recordado a Black Stone, el personaje de la novela *39 escalones*, de Buchan, que podía velar sus ojos como un búho y que había impresionado a Bond en su niñez. Pero los pensamientos de Bond se dirigían hacia una finalidad más práctica.

Subconscientemente, había registrado las posiciones de sus adversarios: un hombre armado frente a él, el otro en el rellano o en la escalera, guardando la puerta, el hombre que hablaba, de pie, dando la espalda a las ventanas y al balcón, un cuarto hombre, un médico o algo así, físicamente despreciable, a los pies de la cama, con una aguja hipodérmica en la mano. Eso era todo. Pero había dos problemas que pedían solución a gritos y que Bond sabía eran esenciales, sin que pudiera decir por qué. ¿Dónde radicaba la falacia de lo que acababa de decir el hombre apostado cerca de las ventanas? ¿Y qué cosa insignificante pasaba en esas ventanas, que ninguno de los cuatro podía saber, y que Bond sabía y podía utilizar… si pudiera recordarla?

—Muévase.

Los párpados cayeron imperiosamente sobre los ojos y volvieron a levantarse. La voz no ascendió en volumen ni en timbre.

Bond esperó.

—Nada ganará con esto. Le doy cinco segundos. Si no obedece quedará tullido y le daremos la inyección a voluntad nuestra.

Bond no perdió tiempo contando los segundos. En el primer instante, supo la solución de uno de los dos problemas. Había una contradicción en lo que se le proponía. Era inútil dar una inyección a un hombre ya indefenso. ¿Por qué no tullirlo inmediatamente, lo que, en vista de las circunstancias, sería lago rápido, seguro y sin riesgo, olvidando la inyección, que ya estaba resultando difícil? Lo que pasaba era que no sólo lo querían indefenso, sino también ileso. Era muy posible que la amenaza del balazo en la rodilla no fuera más que un *bluff*. Si no fuera así, si existiera otro factor que Bond no acertaba a descubrir, el castigo sería terrible. Pero no quedaba otra alternativa.

La voz terminó de contar y Bond no se movió. En medio del silencio, M produjo otro sonido inarticulado. Entonces…

—Toma.

Los brazos de Bond fueron asidos por la espalda y tirados hacia atrás; no había oído al hombre del rostro enjuto entrar en el cuarto. Antes de que la llave *nelson* se cerrara, disparó hacia atrás con el talón e hizo contacto. Le quedó un brazo libre. El pistolero de cabello negro se lo aferró inmediatamente.

La lucha que siguió, aunque de dos contra uno, fue casi pareja, porque Bond estaba exultante de satisfacción al comprobar que su primera suposición había sido correcta, sin contar su júbilo ante la recuperación de su capacidad de lucha. Además, podía herirlos más que ellos a él. Pero se hallaba frente a un hombre que le igualaba en físico y a otro que, aunque más liviano, era un genio para echar las más dolorosas llaves a los nervios.

Un codazo en el bajo vientre le obligó a encogerse. Antes de que pudiera recobrarse, diez dedos como diez pernos de acero se hundieron en los ganglios de la base de su cuello. Los músculos superiores de sus brazos parecieron convertirse en delgados hilos de barro frío. Nuevamente trató de levantar el talón y pegar hacia atrás, pero esta vez le agarraron las piernas por el frente y se las sujetaron. Un retorcimiento, un empujón, y Bond fue a dar al suelo. Quedó boca abajo, con un cuerpo sobre los hombros y el otro sobre la cintura, distendido, sin luchar inútilmente, pensando en las ventanas, si pudiera alcanzarlas…

—Pinche.

Bond sintió que el tercer hombre, el médico, se le echaba encima y se dispuso para un supremo esfuerzo. En el minuto siguiente demostró cuan difícil es, incluso para dos hombres fuertes, hábiles y resueltos, inmovilizar totalmente a un hombre no menos fuerte, a menos que estén dispuestos a infligirle alguna real y despiadada violencia. Bond no perdió un instante. Mientras luchaba con el único objetivo de no permitir que ninguna zona favorable de su cuerpo quedara expuesta a la aguja, apenas

consciente de la discusión que sostenían el doctor y el hombre de los ojos velados, recordó lo que tenía que recordar. Las ventanas, aunque estaban cerradas, no estaban atrancadas. El cerrojo estaba roto. Hammond había hablado de ello la semana pasada y M, malhumorado como de costumbre, había dicho que no permitiría que ningún carpintero fuera a desordenar la habitación; el arreglo podía esperar hasta que M se fuera de pesca como todos los años. De modo que un fuerte empujón donde las ventanas se unían bastaría para…

Tal vez el triunfo de recordar aquel fragmento de conversación —al que Bond no había prestado atención consciente en su momento—, le hizo distenderse por un instante. Tal vez uno y otro de los pistoleros encontró un ápice más de fuerza. De todos modos, Bond fue apresado por la muñeca, sujetado firmemente y, un instante después, sintió que la aguja le penetraba en el antebrazo izquierdo. Desechó un sentimiento de desesperación y furia, se preguntó que cantidad de narcótico debía absorber antes de perder el conocimiento, dejó que sus músculos se relajaran voluntariamente, descubrió que la presión cedía leve, pero apreciablemente, y entró en acción.

En esa fracción de segundo pudo girar sobre sí mismo, quedando en parte libre. Arqueó el espinazo y pegó con los dos pies. El hombre del rostro enjuto aulló. Le saltó sangre de la nariz. Cayó al suelo, pesadamente. El otro lanzó un golpe al cuello de Bond, pero erró. El codo de Bond le dio exactamente en la laringe. El hombre de los ojos velados estiró el pie cuando Bond se levantó, pero también llegó demasiado tarde. Lo único que logro fue abrir el paso de Bond hacia las ventanas. Las dos hojas se abrieron como si hubieran estado esperándolo, tan pronto como las empujó con el hombro. Apoyó una mano sobre la balaustrada, saltó, cayó aterrizando perfectamente sobre cuatro puntos, se irguió y desapareció entre los pinos.

Los primeros árboles parecían moverse muy lentamente, por más rápido que corriera. Ahora se espesaban. Había también arbustos de cerezos y de rododendros silvestres. La carrera se hacía difícil. Importantísimo no caer. Ni disminuir la marcha. Mantener la velocidad. ¿Por qué? Para dejarlos atrás. ¿A quiénes? A los hombres. El de los ojos de búho. El que ha hecho algo terrible a M. ¿Volver a salvar a M? No. Seguir. ¿Salvar a M huyendo? Sí. Seguir. ¿A dónde? Seguir, lejos. ¿Hasta donde? Lejos…

En realidad, Bond era poco más que una máquina ahora. Pronto olvidó todo, excepto la necesidad de dar el próximo paso, y el próximo, y el próximo. Cuando ya nada le quedaba de su mente, su cuerpo seguía corriendo, tan rápido como antes, pero sin sentido ni dirección. Al cabo de un minuto en esas condiciones, aminoró el paso y se detuvo. Permaneció donde estaba durante un minuto más, respirando fuerte, con la boca entreabierta, los brazos colgando sin fuerzas. Los ojos estaban abiertos, pero no veían nada. Luego, impulsado por un último destello de inteligencia o de voluntad, el

cuerpo de James Bond dio otra docena de pasos, cayó y quedó extendido sobre el pasto entre dos álamos enanos, virtualmente invisible para quien pasase a más de cuatro metros y medio de distancia.

De hecho, nadie se acercó tanto. La persecución fue inútil desde el principio. El hombre de rostro enjuto, sangrando profusamente por la nariz aplastada, saltó por el balcón y dio la vuelta a la esquina del edificio casi —pero no exactamente— a tiempo para ver desaparecer a Bond entre los pinos, pero pasaron diez o quince segundos antes de que lo siguieran su compañero y el hombre de los ojos velados, que no tenía costumbre de saltar balcones y debió bajar por la escalera. Si el hombre de rostro enjuto hubiera estado al servicio de una organización que estimulase la iniciativa, hubiese proseguido sin demora hasta el bosque, escuchado y comenzado una persecución eficaz. Pero cuando los tres hombres llegaron a los primeros árboles, Bond ya esta fuera del alcance de sus oídos. No pasó mucho tiempo antes de que el jefe mirara su reloj y diera la voz de alto.

—Volvamos.

Antes de volver sobre sus pasos, el que hablaba abrió bien los ojos y miró con particular fijeza al hombre de rostro enjuto. Aquella cara perdió algo de su color. Luego, los tres siguieron su marcha. Por una última ironía en un día de ironías, no se dieron cuenta de que, de haber seguido otros sesenta o setenta metros hubieran ido en derechura hacia el lugar donde yacía Bond. Pasaron más horas. Se alargaron las sombras del bosque hasta desaparecer en el claroscuro del crepúsculo. El zumbido de los insectos se apaciguó hasta convertirse en un murmullo. Se oyó el graznido de un cuervo. Pero no hubo más ruido. Si Bond hubiera podido aguzar su oído hasta el límite, hubiera escuchado un alarido distante, bruscamente silenciado y, poco después, un coche que arrancaba y se ponía en marcha. Pero no escuchó nada. No era nada.

El cuarto era pequeño, pero todavía no se podía decir qué contenía ni dónde se hallaba, y, al parecer, no valía la pena intentarlo. Los hombres aquellos, dos probablemente, o tres, volvían a hablar, primero uno, después otro. Sus voces eran amortiguadas por largas y tortuosas bandas de un material gris, de bordes confusos y desdibujados, que estaban suspendidas en el aire, frente a ellos. Por la misma razón era difícil verles las caras. ¿O acaso era difícil tener ganas de verles las caras? ¿Qué había allí en realidad? ¿Qué importaba? Había algo, algo como un hombre o un libro o un secreto o un teléfono que decía que sí, que importaba, algo sucedido mucho tiempo atrás, a la vuelta de miles de esquinas, al cabo de miles de lentos y dificultosos pasos, algo que decía que no había que ceder nunca. Había que probar. Querer probar. Tratar de querer probar. Tratar de…

Otro hombre, mucho más cerca. Rostro muy próximo. Algo hacía con el ojo.

Sujetaba la muñeca. Volvía a hacer algo con el ojo. Murmuraba algo. Se iba. Volvía. Hacía otra cosa. ¿Qué? Ayudaba a levantarse de la silla. Alguien levantaba la manga de la chaqueta, después la manga de la camisa. Un pequeño dolor, que pronto se iba. Vuelta a la silla.

—¿Y bien, doctor?

—Le han dado una dosis masiva de alguna droga. Por ahora, no podría decir cuál… tal vez bioscina. Le he dado algo para que vuelva en sí.

—Entonces, se trata de un adicto a las drogas.

—Es posible, aunque lo dudo. Tendremos que esperar para saberlo. ¿Cómo lo encontraron?

—Lo trajo un automovilista, hace cosa de hora y media. Dijo que lo había encontrado vagando por la carretera cerca de la entrada del parque. Claro, al principio creímos que estaba borracho.

—En apariencia, es lo mismo. El tipo de borracho tranquilo. No hay mejor medio de domar a un hombre. Sargento, se me ocurre que en todo esto hay algo muy feo. Sea lo que sea. ¿Quién es este hombre?

—Se llama Bond, James Bond. Trabaja en Londres, cerca de Regent's Park. Llamé a su oficina, por si acaso, y me dijeron que lo retuviera aquí y no dejara que nadie lo viera, salvo un médico, y que enseguida mandarían a buscarlo. Además, pronto debe llegar el inspector. Había salido apenas dos minutos antes de la llegada de este joven. A causa de un accidente en la M4. Parece que la noche se presenta divertida.

—Así parece… Ah, veamos que pasa aquí… ¿Señor Bond? Está usted en buenas manos y dentro de pocos minutos volverá a sus cabales. Soy el doctor Allison y estos señores son el sargento Hassert y el agente Wragg. Están aquí para protegerlo. Está en una comisaría pero no ha cometido ningún delito. Sólo necesita un poco de descanso.

James Bond levantó la vista lentamente. Nada quedaba de la telaraña gris que había oscurecido su vista y su oído. Contempló un rostro muy inglés, con una nariz inquisitiva y en punta y unos ojos castaños dignos de confianza, ojos que, por el momento, lo miraban con preocupación y extrañeza. En el fondo había dos hombres de aspecto reconfortante, que lucían uniformes azules, un escritorio con un teléfono, varios ficheros, mapas, gráficos y un cartel anunciando un baile de la policía; todo reconocible, cotidiano, real.

Bond tragó saliva y se aclaró la garganta. Era muy importante que dijera exactamente lo que sabía que tenía que decir, sobre todo porque aún no estaba del todo seguro de lo que significaba ni de por qué tenía que decirlo.

—Levante los pies un instante, señor Bond. Por favor, Wragg, acerque esa silla. ¿Podría conseguir una taza de té?

Ahora, lentamente, palabra por palabra.

—Quiero un coche —dijo Bond, con voz ronca—. Quiero un coche, con cuatro hombres. Armados, para que vengan conmigo.

—Delira, pobre muchacho —dijo el sargento.

—Lo dudo. En estos casos, es posible la confusión, pero no la pura fantasía —dijo el médico, frunciendo el entrecejo. Se inclinó y apoyó las manos firmemente sobre los hombros de Bond.

—Tiene que contarnos más, señor Bond. Adelante, lo escuchamos. Todos estamos tratando de comprenderlo.

—El almirante Messervy —dijo Bond claramente, y vio cómo reaccionaba el sargento—. Ha ocurrido algo en su domicilio. Temo que lo han secuestrado.

—Siga, señor, se lo ruego —dijo el sargento, que había levantado el auricular del teléfono antes de que Bond terminara de hablar.

—Eran cuatro hombres. Le dieron una inyección, como a mí. No sé cómo escapé.

—No me extraña —dijo el doctor Allison, ofreciendo un cigarrillo a Bond, y luego fósforos.

Bond inhaló el humo vivificante y luego exhaló con inmenso gozo. Rápida y serenamente empezó a exponer, analizar, pronosticar. La conclusión inmediata a que llegó le dejó perplejo. Se puso en pie de un salto. En el mismo instante, el sargento colgó el auricular.

—Imposible lograr comunicación —dijo tristemente.

—Es natural —dijo Bond—. Páseme el teléfono.

Cuando el operador policial contestó, Bond dijo apretando inconscientemente los puños:

—Aeropuerto de Londres. Urgente. Esperaré.

El sargento le echó una sola mirada y salió corriendo del cuarto.

Mientras Bond daba rápidas descripciones de M y de los cuatro agentes enemigos a su colega Spence, oficial de Seguridad del aeropuerto, llegó el inspector, seguido un minuto después por Bill Tanner. Bond terminó de hablar, colgó, contuvo el aliento para empezar a explicar la situación al inspector, pero justo en ese momento regresó el sargento. Su rostro redondo y bonachón estaba pálido. Se dirigió a Bond.

—Envié un patrullero a la casa, señor —dijo, atropelladamente—. Me temo que ya es tarde para los hombres armados. Pero tendremos necesidad de usted, doctor. No porque sea mucho lo que pueda hacer, claro.

3. Las consecuencias

El cuerpo del hombre del rostro enjuto yacía boca arriba en el vestíbulo de Quarterdeck. La bala de la «Luger» se había incrustado doce centímetros en el pavimento.

El ex suboficial Hammond había sido herido dos veces, primero en el tórax y luego, para no correr ningún riesgo, en la nuca. Cabía suponer que lo habían liquidado tan pronto como abrió la puerta principal, y que el uso de un arma de reducido calibre en su caso obedeció a la necesidad de no dejar trazas en el vestíbulo que hubieran alertado a Bond al llegar. El cadáver había sido arrojado en la cocina, donde también fue encontrado el tercer cuerpo.

Por lo menos, era claro que la señora Hammond no supo nada de lo que sucedió. El asesino, utilizando la misma arma ligera, la despachó de un tiro certero en la nuca, mientras la señora se inclinaba sobre la pileta. Yacía cerca del lugar donde habían tirado a su esposo, tan cerca que el dorso de la mano derecha de él descansaba sobre el hombro de ella. Era como si hubiera tratado de asegurarse que no la abandonaría, que estaba a su lado, como había estado durante veinte años. Desde que Hammond había sido dado de baja al terminar la guerra y había entrado, junto con su esposa, al servicio de M, los dos no habían pasado una noche separados.

Bond pensó en eso mientras, de pie junto a Tanner y el inspector, observaba los restos de los Hammond. Se sintió, absurdamente, culpable de no haber escuchado con más atención las anécdotas de Hammond acerca de la vida naval antes de la guerra, y lamentó no haber expresado más efusivamente su aprecio por la devoción con que la señora Hammond había atendido a M durante su enfermedad. De la garganta de Bond salió un sonido sofocado, entre sollozo y gruñido. Aquella acción, aquella eliminación de dos vidas porque sí, para no molestarse —hubiera sido posible neutralizar a los Hammond de muchos modos, con un mínimo de violencia y sin peligro para el enemigo— le resultaba insoportable. Los culpables debían morir.

—Suerte que no aceptó mi sugerencia de acompañarme hasta aquí esta tarde, Bill —dijo Bond.

Tanner asintió en silencio. Luego, los dos volvieron la espalda y dejaron los cuerpos en manos del médico y los expertos de la Policía. No porque ninguno de ellos pudiera añadir algo a lo que ya se sabía que era evidente.

El destino de los Hammond era un libro abierto. Desde luego quedaba por aclarar la muerte del hombre de rostro enjuto.

Instantes después, en el estudio de M, Bond y Tanner decidieron empezar por allí. Evitando tácitamente el sillón «Hepplewhite» de respaldo recto que usaba M, ambos se habían instalado a los costados de la chimenea de piedra, que estaba limpia y barrida en aquella época del año.

—Tal vez su jefe lo liquido en un acceso de furor —insinuó Tanner—. Por lo que me dijiste, nuestro amigo muerto no se comportó con gran astucia en la pelea contigo. En todo caso, podría estimarse que te ayudó a escapar. Pero esa gente no parece dada a accesos de furor. Es claro que un hombre con la nariz sangrante llama la atención. ¿Habrá bastado eso para que mereciera un balazo? Asusta pensarlo, ¿verdad?

Antes de contestar, Bond recogió un *scotch* con soda de la bandeja de plata puesta sobre la mesa ratona que separaba a los dos hombres. Había tenido que endurecer su corazón para traer la bandeja de la cocina donde Hammond, como siempre, la tenía pronta, esperando su llegada.

—Eso concuerda con la teoría del aeropuerto —Bond bebió un trago largo y reconfortante—. Ya sería una operación muy arriesgada pasar a M por inmigración, dando la impresión de que estaba borracho o algo por el estilo. Es de presumir que el riesgo hubiera sido mayor de haber podido convencerme para que me agregara al grupo. De todos modos, esos riesgos estaban previstos y se habían preparado con minucia para afrontarlos. Pero he aquí algo que no habían previsto: un hombre que, evidentemente, había estado en una pelea y que con facilidad podía despertar un fatal atisbo de sospecha oficial. Sí, concuerda. Sin embargo…

Tanner lo miró en silencio y se registró en busca de un cigarrillo.

—No puedo menos que pensar que hay algo más. Falta algo. Al fin y al cabo, ¿por qué dejarlo aquí? Con eso nos obsequian a saber con qué datos. Por lo menos, podían haber tratado de esconder el cuerpo.

—No tuvieron tiempo —dijo Tanner, mirando su reloj—. Esta operación debió de ser planeada al minuto. Y hablando de tiempo, ¿cuándo van a reparar ese condenado teléfono? Más vale que empecemos a buscar…

—No hay prisa. Ojalá pudiéramos acelerar las cosas. Pero con el cambio de turnos hace cosa de una hora, la tarea de Spence no ha de ser nada fácil. Tendrá que buscar a la gente que estuvo de servicio en el turno anterior. Y el personal de seguridad es bastante escaso. Estarán ocupados enviando la filiación a todos los demás aeropuertos. Y en todo caso…

El agente de Policía en magas de camisa llamó y entró.

—El teléfono está arreglado, señor —dijo—. Seguridad del Aeropuerto de Londres está avisada, como usted pidió.

—Muchas gracias.

El hombre se fue y Bill Tanner depositó su vaso sobre la mesa con un golpe.

—Todo esto es inútil —dijo con repentina violencia—. Tenemos que movernos, James. Hay que ponerse al habla con mucha gente importante y dar parte de lo sucedido, sin pérdida de tiempo. ¿Qué hacemos remoloneando aquí?

—Si nos movemos nos alejamos del teléfono. Y tenemos que estar seguros de que no hay nada más que hacer aquí. Eso lo averiguará la Policía. Ese inspector Crawford

es un sujeto competente. Por otra parte, no creo que todo sea inútil. Se ha dado la alarma a todos los aeropuertos…

—Mira, James —dijo Tanner, poniéndose en pie y caminando sobre la descolorida alfombra «Axminster». Volvió a examinar su reloj—. Ya llevan unas cuantas horas de ventaja.

Bond contuvo el aliento y se mordió el labio con fuerza.

—¡Oh!, no sabes cuanto deseo…

—No digas tonterías, hombre. Nadie podía haber hecho más de lo que tú hiciste. Cálmate y escúchame.

—Lo siento, Bill.

—Más vale así. Veamos. Cuatro horas. No hubieran contado con más tiempo en ningún caso. Debían tenerlo todo perfectamente planeado. Si se lo llevaron en un avión, con el aeropuerto a poca distancia de aquí, podían haber estado en el aire en cosa de una hora. Otra hora, a lo sumo, y estarían en Orly, Amsterdam o, con los aviones de ahora, hasta en Marsella… y *deben* haber ido a algún lugar cercano, porque no se habrían atrevido a volar seis o siete horas corriendo el riesgo de que en el otro extremo no les esperase la gente que querían… Bien. Así transcurren dos horas. Otra hora y media en el lugar de destino, para inmigración y aduana. A estas alturas podrían estar, digamos, a ciento diez o ciento veinte kilómetros del punto de aterrizaje. Tal vez en una isla.

—¿Por qué no crees que están en Berlín occidental? —preguntó Bond bruscamente—. ¿O camino de Moscú?

—No lo sé. —Con dedos temblorosos, Tanner encendió otro cigarrillo y se mesó los cabellos—. No parece que sea esa gente. Han madurado mucho, últimamente. Por lo menos, así lo creo, o lo espero.

Bond no contestó.

—Tal vez no se lo han llevado con ellos. Eso podría ser lo más conveniente. Esconderlo en Westmoreland o en cualquier otro lugar y dirigir el complot desde un *cottage* abandonado. Sea cual sea el condenado complot. Sin duda lo sabremos cuando a ellos les plazca. Nos han vencido, James. Lo hemos perdido.

El teléfono sonó ruidosamente en su rincón del vestíbulo (M no quería tener el odiado instrumento cerca de su vista). Tanner dio un salto.

—Yo contestaré. Quédate tranquilo.

Bond se reclinó en su silla, escuchando a medias la voz intermitente de Tanner. Los ruidos apagados de la Policía dedicada a sus tareas, sus pasos deliberados, todo sonaba a falso, sin sentido. El estudio donde se hallaba Bond —por vez primera el agente observó la vieja pipa de M adosada a un cenicero de cobre— tenía más aire de museo que antes. De escenario abandonado, mejor que de museo. Bond pensó por un instante que si se levantaba y posaba la mano en la pared, lo que parecía piedra se

hundiría, revelando que era lona.

El regreso de Tanner arrancó a Bond de su ensoñación. Evidentemente, su organismo aún guardaba trazas del narcótico. El rostro de su amigo estaba contraído en la frente y en los pómulos, presentando un aspecto desolador.

—Bueno, James, yo estaba prácticamente en lo cierto. ¡Vaya consuelo! —Tanner volvió a caminar sobre la alfombra—. Shannon. Salieron en el vuelo 147A de «Aer Lingus» a las nueve menos veinte. El personal de guardia los recuerda muy bien. La escena estaba organizada a la perfección. Los mismos cuatro hombres, en apariencia, habían hecho el mismo viaje varias veces, todo podía explicarse lógicamente. Me pregunto qué tendrían planeado para ti y para nuestro camarada del vestíbulo. En fin… Aterrizaron en Shannon hace unas dos horas y media, cuando tú todavía andabas vagando por el bosque. Y salieron en seguida. Un coche los esperaba, para llevarlos Dios sabe a qué remoto puerto o caleta de las cientos que hay en esa región. Conozco algo esa costa…, debe de ser la región más desolada de Europa occidental. Después…, puedes elegir: un bote que los lleve a un buque, o a un submarino, incluso; todo es posible en ese caso. Cita con un hidroavión cien millas afuera en el Atlántico… y de allí, a cualquier lugar en el mundo.

»Eso es, en resumen, lo que pasó —terminó Tanner—. Informaremos a la Flota y al servicio de guardacostas de Irlanda, pidiéndoles que mantengan una vigilancia especial. Para lo que servirá eso… Y enviaremos un agente a la región esta misma noche…, lo que servirá de mucho. Además, existen varias personas en Londres a las que, por lo menos, podemos consultar. Vamos, James, tenemos que hacer algunas llamadas. De nada servimos en esta casa que, por lo demás, nunca me gustó.

El inspector Crawford, un hombre alto, taciturno, cuarentón, que había inspirado una rápida simpatía a Bond, llegó cuando terminaban de hacer la última de tres llamadas. Llevaba un sobre de tamaño grande.

—Estamos por terminar, señores. Si quieren salir, creo que aquí encontrarán todo lo que realmente puede interesarles. —Entregó el sobre a Tanner e hizo un gesto, sin mirarlo, en dirección al cuerpo yacente—. El contenido de los bolsillos del hombre. No deja de sorprender que contuvieran algo, a mi juicio. Podía suponerse que desearían ocultar su identidad. Las etiquetas de la ropa son comunes, me temo. No hay etiquetas de lavandería. Tres buenas fotografías de los restos del hombre y un juego de huellas digitales. Peso y altura aproximados. Señales características, ninguna. Si lo tenemos fichado, supongo que el señor Bond podría identificarlo sin ayuda de estos datos, pues tuvo oportunidad de verlo bien. Ah, también va el informe preliminar del médico, para completar. Eso es todo. Tengo que pedirle que me firme un recibo por los efectos personales del muerto, señor. Y que me los devuelva cuando no los necesite.

Tanner garabateó su firma en el papel que se le extendía.

—Gracias, inspector. Me temo que voy a tener que pedirle que nos acompañe a Londres inmediatamente, para asistir a una reunión que puede prolongarse toda la noche. En general, no será de su interés, pero seguramente habrá quien proteste si usted no está presente para dar el testimonio policial completo. Creo que lo comprenderá.

Crawford aprobó, impasible.

—Sin duda, señor. Si me permite, dentro de dos minutos estaré a sus órdenes.

—Desde luego, usted sabe que hay que guardar la más absoluta reserva en todo este asunto. Dígale a la compañía que desconecte el teléfono en cuanto salgamos de aquí. Gracias por todo lo que usted y sus hombres han hecho. Le veremos afuera, cuando esté listo para salir.

Al abandonar el cuarto, Bond echó una mirada al cuerpo del hombre cuya muerte había causado sin quererlo. Estaba tirado allí esperando que se lo llevaran y lo despacharan según la rutina establecida, como un desecho del todo insignificante. Bond detestaba y temía el propósito apenas entrevisto que había traído el hombre hasta aquella casa, pero no podía reprimir un asomo de piedad al pensar en las circunstancias que lo habían llevado a la muerte, por pura casualidad. ¿Era así como iba a terminar James Bond, de un balazo en la cabeza, dejado de lado como un trapo viejo, para no estorbar los planes de alguien?

La hoguera inmensa de las estrellas en el firmamento de terciopelo disipó esos pensamientos. Buen tiempo para volar. ¿Adónde llevaban a M? Había que olvidarse de eso, por ahora. Era inútil hacer conjeturas en el vacío. El aire de la noche era frío y Bond se dio cuenta de que tenía hambre. Había que olvidar también eso. No podría comer nada hasta llegar a Londres, si es que podía hacerlo entonces.

Junto con Tanner, Bond pasó frente a los bultos oscuros de los dos coches policiales y se dirigió a su «Bentley», que le esperaba donde lo había estacionado, un siglo antes. Tanner le puso la mano en el hombro.

—No, James, vas conmigo. Mañana me ocuparé de tu coche.

—Tonterías, estoy perfectamente bien.

—Además, ¿cómo sabemos que no le pusieron una bomba?

—Esa es otra tontería, Bill. Me querían vivo y sano.

—Entonces te querían vivo y sano. Nadie sabe lo que quieren ahora.

4. Saludos desde París

Sir Ronald Rideout, el ministro responsable, no quedó satisfecho con la llamada urgente que le obligó a dejar en lo mejor la fiesta ofrecida por una princesa austríaca en cuyo medio había tratado de infiltrarse durante años. El mensaje telefónico subrayaba la magnitud del asunto que requería su atención sin revelar nada acerca de su naturaleza. El subordinado que le habló había colgado antes de que Sir Ronald tuviera tiempo de protestar por la impertinencia de no darle arte ni parte en la conferencia, o reunión, o lo que fuese que se organizaba en su ausencia. ¿De modo que tenía que presentarse en las oficinas del «Transworld Consortium», es decir, la sede del Servicio Secreto, no? Aquel viejo almirante, se había metido en apuros otra vez. Hacía ya tiempo que debían haberle relevado de su puesto. Así, pues, con más que mediana irritación Sir Ronald se presentó a la horrenda hora de la una y veinte de la mañana, frente al gran edificio gris que mira a Regent's Park: un hombre menudo y ágil de sesenta años, en perfecto estado físico, no tanto a consecuencia del ejercicio, sino de esa total indiferencia a la comida y la bebida que a menudo acompaña al interés por el poder.

Los hechos que se le expusieron eran claros. Miró a su alrededor con ira e incredulidad, recorriendo uno por uno los rostros que circundaban la vieja mesa de roble: el subsecretario permanente de su Ministerio, el subjefe Vallance de Scotland Yard, el llamado Tanner, que ocupaba aquella oficina y cuya insignificancia se deducía claramente del estado de su mobiliario, el espía llamado Bond, que parecía ser el responsable del enredo, y un agente de Policía (o algo por el estilo).

—Y bien, señores, esto es increíble —Sir Ronald infló las mejillas y expiró ruidosamente—. Un enredo de marca mayor, por cierto. Esto tendrá que ser puesto en conocimiento del primer ministro, como comprenderán.

—Me alegro de ver que comparte nuestra inquietud, señor ministro —dijo Tanner —. Pero como usted sabe, el primer ministro voló a Washington hoy, es decir, ayer. Desde allí, no puede hacer nada y dudo que pueda abreviar su estancia. De modo que, al parecer, tendremos que proceder por nuestra cuenta.

—Desde luego que debemos proceder así —esta vez Sir Ronald inspiró enérgicamente—. Desde luego que sí. Pero, ¿en qué sentido? Ustedes no parecen disponer de ninguna clase de datos. Es extraordinario. El hombre que encontraron muerto, por ejemplo…, no el sirviente, sino el pistolero, o lo que fuese. Todo lo que parecen saber de él es que murió de un balazo que le destrozó el cráneo. ¡Valiente ayuda! ¿En realidad es eso todo lo que se sabe? Seguramente se ha podido averiguar algo más.

El inspector Crawford habló al instante y Sir Ronald arqueó levemente las cejas. Cabía esperar que el menor de los presentes en el orden jerárquico debía esperar a

que hablaran sus superiores antes de hacer oír su voz. Por lo menos, eso es lo que cabía esperar.

—Aunque parezca raro, se encontraron algunas cosas, señor ministro. —El inspector señaló el montoncito de objetos diversos que examinaba Wallance—. No es mucho lo que nos dicen. Salvo que…

—¿Nos dicen algo sobre la identidad del hombre?

—A mi juicio, no, señor.

Wallance, atildado como siempre a altas horas de la noche, hizo un gesto de asentimiento.

—¿Se me permite entonces repetir mi pregunta inicial? ¿Quién era, subcomisario?

—Estamos comprobando sus huellas digitales, Sir Ronald —dijo Wallance mirando directamente al ministro—. Naturalmente, existe la posibilidad de que figuren en nuestro archivo. También estamos haciendo averiguaciones en el extranjero, por conducto de la Interpol, pero pasarán dos días por lo menos antes de que tengamos los resultados. Y tengo la impresión de que no averiguaremos nada, en ninguna parte. A mi modo de ver, el solo hecho de que lo hayan dejado atrás, tal como lo encontramos, es prueba de que su identificación será inútil para nosotros.

—Estoy de acuerdo con Wallance —dijo Tanner—. Aquí estamos en la misma situación y estoy seguro de que obtendremos el mismo resultado negativo. Entiendo que este sujeto resultará ser uno de la nueva especie de delincuente internacional que ha empezado a aparecer en número cada vez más alarmante en actividades de terrorismo, sabotaje y demás. Se trata de hombres sin ninguna clase de historia conocida, quizás africanos blancos resentidos o norteamericanos marginales… Pero todo esto no pasa de ser una suposición, pues, al parecer, salen del aire. Los funcionarios del Registro los llaman hombres de ninguna parte. Es una denominación tonta, si se quiere, pero exacta. Lo que quiero decir, señor, es que perderíamos el tiempo tratando de saber quién era este sujeto, porque, en cierto modo, no era nadie.

—Son suposiciones suyas, ¿verdad, Tanner? —dijo Sir Ronald, con aire intrigado, tratando de no resultar insultante—. Suposiciones fundadas, no lo dudo, pero que no me convencen. Por mi educación, estoy acostumbrado a observar cuidadosa e imparcialmente antes de aventurarme a formular teorías. Veamos… Bond —el ministro pareció experimentar un desagrado momentáneo, como si el nombre le pareciera feo, por alguna razón—, usted llegó a ver a ese hombre en vida. ¿Qué puede decirnos acerca de él?

—Prácticamente nada, señor. Daba la impresión de ser un hombre absolutamente común, salvo en lo relativo a su destreza para el combate sin armas, y eso podía haberlo aprendido en cualquier lugar del mundo. Así que…

—¿Qué me dice de su voz? ¿No le sugirió nada?

Bond estaba exhausto. Le zumbaba la cabeza y en su boca sentía un sabor metálico. Las partes de su cuerpo golpeadas por el espía le dolían. El bocadillo de jamón y el café de la cantina eran apenas un recuerdo. Con todo, no hubiera contestado como lo hizo, a no ser por la repugnancia que le causó el aire de suficiencia del político en presencia de hombres que valían veinte veces más que él.

—Bueno, me habló en inglés, señor —dijo Bond, meditativo—. Inglés correcto, para mí. Como es natural, me esforcé por descubrir indicios de acento ruso, chino o albanés, pero no logré descubrir ninguno. Sin embargo, no le escuché decir más de veinte palabras, lo que quizá sea una muestra demasiado escasa para extraer conclusiones válidas.

Al otro extremo de la mesa, Vallance se sintió súbitamente presa de un liviano ataque de tos.

Sir Ronald no se inmutó en lo más mínimo. Echó un vistazo a Vallance y se dirigió a Bond en tono más amable.

—Sí, es cierto que usted no permaneció mucho tiempo en la casa. Estaba ansioso por salir, ¿verdad? Lo felicito por su escapatoria. Sin duda, pensó que era ridículamente anticuado quedarse y luchar para salvar a su superior.

El subsecretario desvió el rostro y miró fijamente hacia una esquina vacía en la oficina. El inspector Crawford, sentado frente a Bond, enrojeció y arrastró los pies.

—El señor Bond reveló gran coraje y decisión —dijo en voz alta—. Nunca he oído de nadie que fuera capaz de dominar a mano limpia a cuatro hombres armados, menos aún bajo los efectos de una droga que iba a incapacitarlo minutos después. Si el señor Bond no hubiera escapado, los planes del enemigo estarían en plena ejecución. Ahora tendrán que cambiarlos, quizá con resultados desastrosos.

—Es posible. —Sir Ronald despejó el aire con la mano. Con otro gesto de desagrado dijo al subsecretario—. Bushell, ¿quiere hacer el favor de abrir una ventana? No se puede ni respirar aquí, con tres fumadores empedernidos.

Mientras el subsecretario se apresuraba a obedecer, Bond escondía una sonrisa, pues había recordado que, según leyó una vez, la aversión al tabaco era un conocido síntoma psicopático, que había afectado a Hitler, entre otros.

Frotándose rápidamente las manos, como si hubiera ganado una discusión, Sir Ronald continuó:

—Ahora, algo que me preocupó desde el primer momento. Al parecer, no había ninguna clase de guardia ni vigilancia en la residencia de Sir Miles. ¿Era eso normal o simple descuido?

—Era normal, señor —dijo Tanner, que había empezado a enrojecer—. Estamos en paz. Un hecho como este no tiene precedentes.

—Sin duda. Pero tal vez usted convenga que hay que estar precavido contra lo que no tiene precedente, ¿no es así?

—Sí, señor —dijo Tanner, con voz inexpresiva.

—Bien, ¿tenemos alguna idea de quien está detrás de todo esto y de cuales son sus intenciones? Oigamos algunas conjeturas fundadas al respecto.

—Evidentemente, se trata del servicio secreto de un enemigo. En cuanto a las intenciones, pienso que podemos eliminar la hipótesis del secuestro, aunque no sea más que porque, en tal caso, podían haber operado dentro del país, sin correr el riesgo de viajar con Sir Miles y, presumiblemente, con el señor Bond, si hubieran podido atraparlo. ¿Y por qué secuestrar a dos hombres? El mismo tipo de razonamiento nos lleva a descartar la idea del interrogatorio o del lavado de cerebro o cualquier otra cosa por el estilo. No… Se trata de algo más… original, seguramente.

Sir Ronald inspiró otra vez.

—Y bien… ¿qué puede ser eso?

—No apuesto nada, señor. No tengo en que basarme.

—Hum. Y es de suponer que tampoco sabemos nada acerca del lugar donde se llevará a cabo este plan, sea lo que sea, lo dirija quien lo dirija. ¿Se ha recibido algún informe sobre actividades infrecuentes de alguna de nuestras oficinas del exterior?

—No, señor. Claro está que he pedido que se mantenga una vigilancia especial.

—Claro, claro. Así que no sabemos nada. Parece que tenemos que quedarnos esperando hasta que la otra parte mueva una pieza. Muchas gracias a todos por su ayuda. Tengo la certeza de que todos hicieron cuanto pudieron. Lamento haber insinuado que usted, señor Bond, pudo haber actuado de otro modo. Hablé sin pensar. Su escapatoria es el único aspecto favorable de todo este asunto.

El ministro hablaba con aparente sinceridad. Se le había ocurrido —tardíamente, pero tenía tendencia a impacientarse con la torpeza de los subordinados— que si bien no sería justo hacerlo responsable del secuestro del jefe del Servicio Secreto, sus colegas del Gabinete se adherían a la noción de justicia propia de todos los políticos. En otras palabras, aquel asunto podía convertirse en un arma muy útil en manos de quienquiera que deseara hacerlo salir de su puesto. Se sentía rodeado por la envidia, el resentimiento y la ambición. Los hombres que lo rodeaban no eran, quizá, los aliados más satisfactorios ni los más eficaces, pero sí los únicos disponibles por el momento. Se dirigió a Wallance, a quien había descartado más de una vez como un petimetre, y respetuosamente, alisando sin advertirlo la tela celeste de su camisa de etiqueta, dijo:

—Entretanto, subcomisario, ¿qué hacemos con la prensa? Silencio absoluto, supongo. Pero me atengo a su opinión.

—No creo que sea posible el silencio, señor. El almirante es muy conocido y no queremos que nadie nos haga preguntas indiscretas. Me permito sugerir un breve comunicado diciendo que su indisposición le obliga a seguir descansando.

—Excelente. Dejo el asunto en sus manos, pues. Veamos si alguien sugiere otra

cosa. ¿Quién desea decir algo?

Crawford levantó su voz:

—Bueno, señor, si me permite…

—Adelante, inspector, con mucho gusto. —Sir Ronald demostró estar muy interesado—. Con mucho gusto, desde luego.

—Es por este pedazo de papel, con nombres y números que todos vimos hace un rato. Lo encontramos enrollado en un rincón del billetero del muerto. Tengo entendido que la sección de claves está examinándolo, pero sin esperanza, porque no parece tratarse de ningún código. Se me ocurre que, tal vez, podíamos volver a echarle una ojeada. ¿Hemos pensado acaso en la posibilidad de que se trate de números de teléfono?

—Me temo que con eso no ganemos nada, Inspector —dijo Tanner, restregándose los ojos—. «Christiana» parece ser Cristianía, en Noruega y «Vasso» podría ser Vassy, en el norte de Francia. París es París, claro está, pero ya hemos averiguado que ninguno de esos números podría corresponder a los teléfonos de ninguna de aquellas ciudades. Si son números de teléfono, probablemente están en código, a base de un sistema de sustitución que no podemos descifrar, con lo que volvemos al principio. Lamento decepcionarlo.

—¿No podría tratarse de referencias cartográficas?

—La cantidad de cifras no corresponde —dijo Tanner, sacudiendo la cabeza.

—En realidad, señor —siguió el inspector, con tranquila persistencia—, yo no pensaba en nada de eso. Veamos este otro nombre: Antígona. ¿Qué sugiere ese nombre?

—Una tragedia griega —dijo Tanner—. De Sófocles, ¿no? Vaya a saber lo que significa en código.

—Es posible, sí señor. Pero Antígona no es sólo una tragedia griega, ¿verdad? También es un nombre griego, un nombre de mujer. No sé si todavía se usa, pero es común en la literatura clásica. Veamos ahora Christiana. ¿No les parece que ése también es un nombre de mujer, parecido a Cristina? Christiana podría ser la forma griega. Y ya se sabe que Paris es un nombre griego.

De pronto, Tanner se puso en pie y corrió hacia un teléfono colocado sobre una mesita sucia de tinta y de marcas de colillas.

—En cuanto a Vasso, no…

—¿Qué insinúa usted, inspector? —preguntó Sir Ronald, volviendo a su tono anterior.

—Que nuestro hombre se dirigía a Grecia y tenía algunos números de teléfono para procurarse compañía femenina, si quería. Que esos números de teléfono corresponden a una misma característica, no indicada. La de Atenas, por ejemplo. O que eso es lo que se supone que debemos pensar, señor.

Sir Ronald no pudo reprimir su extrañeza:

—Pero Paris es un nombre masculino.

—Exactamente, señor, el raptor de Helena, el causante de la guerra de Troya. Pero si vuelve usted a mirar…

Crawford hizo circular el trozo de papel arrugado. El ministro, incrédulo aún, se caló un par de anteojos con gruesa armazón negra y escudriñó los garabatos trazados con bolígrafo. Husmeó.

—¿Y bien?

—Inmediatamente encima de «Paris», señor, allí… No está nada claro, pero creo que dice: «Si provisiones fallan»… o «faltan». Es decir, a falta de Antígona y de las otras, o si no le gustaban o por cualquier otro motivo, Paris lo arreglaría.

—Hum —Sir Ronald se quitó nuevamente los anteojos y mordisqueó una de las patillas. Echó una rápida mirada a Tanner, que seguía al teléfono—. ¿Qué dijo usted sobre lo que se suponía que debíamos pensar?

—Para mí, señor, esto es algo fraguado. Si fuera auténtico, hubiera caído en nuestras manos debido a tres descuidos: no retirar el cuerpo, no vaciarle los bolsillos, o, en todo caso, no revisar bien su contenido. Por lo tanto…

—¿Quiere decir que se trata de un engaño?

—No, señor, todo lo contrario. Es una señal que apunta directamente hacia Grecia. Es clara, pero no demasiado real.

Tanner colgó y volvió a su silla. Contempló a Crawford con verdadero respeto.

—Los cuatro nombres son perfectamente posibles en Grecia hoy día, según me informa Mary Krys en la Embajada. Y las series de números podrían ser números telefónicos de Atenas, Salónica y dos o tres ciudades más.

—Estamos sobre una pista, señores —dijo Sir Ronald entrecerrando los ojos casi hasta ocultarlos—. Estamos sobre una pista.

—Y sabemos exactamente qué clase de pista es.

James Bond había estado con la cabeza hundida en las manos desde que habló por última vez, un cuarto de hora antes. Había dado la impresión de estar dormido. En realidad, había procurado que su exhausto cerebro siguiera analizando y evaluando el curso de la conversación. Ahora, al hacerse oír nuevamente en aquella oficina de techo bajo, repleta de humo, volvió a sentarse erguido y fijó su mirada en Tanner.

—El inspector Crawford tiene razón. Se trata de una señal. Digamos, un cebo. Estaban muy ansiosos de incluirme en sus planes. Es claro que siguen estándolo. Los nombres y números escritos en ese papel son una brillante improvisación concebida para obligarme a seguirles los pasos a toda velocidad. Que es lo que haré, naturalmente. En cuanto a eso, podían haber escrito GRECIA en ese papel y no molestarse más.

—¿Por dónde empezarás? —preguntó Tanner, asintiendo con la cabeza.

—Por cualquier parte —dijo Bond—. Digamos, por Atenas. En realidad, no importa, porque no tendré que buscarlos. Ellos me encontrarán.

5. Los turistas

La isla de Vrakonisi se halla a mitad de camino entre la costa de Grecia y la de Turquía; más precisamente, cerca del centro del triángulo formado por las islas mayores de Naxos, Íos y Paros. Como su vecina más distante, Santorini, treinta millas al Sudoeste, Vrakonisi tiene origen volcánico. Es lo que queda de los muros del cráter de un inmenso volcán extinto desde tiempos prehistóricos. A raíz de antiguos cataclismos ha adquirido un perfil arriscado, con un deforme espinazo semicircular de cerros que suelen alcanzar alturas de cuatrocientos metros. Desde el aire, Vrakonisi parece la hoja de una hoz dibujada por un hombre muy ebrio. La punta de la hoja se ha roto, lo que ha dejado un centenar de metros de mar muy llano entre el cuerpo de la isla y un diminuto islote anónimo en su extremo norte. El islote está habitado, pero aparte de un par de cabañas de pescadores, sólo hay una casa, una estructura larga y baja de piedra encalada, rodeada de palmeras y catos, en el extremo opuesto. El propietario, un constructor de yates del Pireo, la alquila a los visitantes extranjeros en el verano.

Aquel verano la casa había sido alquilada por dos hombres cuyos pasaportes decían que eran franceses; hombres indolentes, melancólicos, que parecían no estar muy familiarizados con el sol. Pálidos e incómodos en sus trajes de baño de vivos colores, solía vérseles descansando en sillas de lona junto al pequeño fondeadero privado (vacío hasta la fecha) o bañándose sin entusiasmo y por poco tiempo, cerca del muelle, esperando el momento en que pudieran hacer algo.

Quien conocía bien sus identidades y propósitos, y mucho más, era el coronel Sun Liang-tan, del Comité de Actividades especiales del Ejercito popular chino. Los dos hombres del islote estaban fuera de la vista del coronel Sun, que se hallaba sentado junto a la ventana de una casa aún más pequeña y menos accesible que la de ellos, situada en el cuerpo principal de la isla. Para poder verlos, tendría que haber salido y trepado a la cima de una elevación arbolada, que se levantaba unos ochenta metros sobre el nivel del mar, para luego dirigir la mirada por encima de otras elevaciones, más bajas, el trecho de agua y el largo total del islote: cerca de un kilómetro, en total. Pero desde su llegada por mar, la noche anterior, el coronel Sun no había salido ni por un instante. El tipo físico oriental, inmediatamente reconocible, ha entorpecido seriamente la infiltración y el espionaje chinos en los países occidentales, salvo en aquellos como Gran Bretaña y Estados Unidos, donde no es raro ver asiáticos. En las islas griegas eso es rarísimo y no había por qué infundir sospecha, precisamente en aquel momento y en aquel lugar.

Por cierto que nadie que hubiera mirado, aun fugazmente el rostro del coronel Sun, podía haber dudado de su nacionalidad. Para ser chino, era alto, casi de un metro ochenta, pues pertenecía a uno de los tipos nórdicos afines a los khamba del Tíbet,

característicos por su estatura y el tamaño de su cabeza. Pero el color del cutis era el clásico amarillo pálido, el pelo era negro y lacio, el párpado epicántico era evidente. Sólo cuando uno miraba directamente a los ojos del coronel Sun, éste parecía menos chino. El iris era de un gris metálico muy hermoso, como el de los recién nacidos, herencia quizá de algún invasor medieval de Kirguisia o de Naimán. Pero no era mucha la gente que miraba directamente a los ojos al coronel Sun. Que no lo miraba dos veces, al menos.

El coronel permanecía sentado en su dura silla de madera mientras caía el sol. Por lo común, era un ávido lector, pero aquella noche prefería disponer su mente y sus sentimientos para lo que aguardaba. Fumó dos cigarrillos sin aspirar el humo, dejando simplemente que se quemaran lentamente entre sus labios. Eran cigarrillos ingleses «Benson Hedges». Sun no compartía el reiterado desprecio de sus colegas —a su juicio, a veces forzado, no sincero— por todo lo inglés. Apreciaba muchos de los aspectos de la cultura inglesa y, en cierto modo, le dolía que esa cultura fuera a desaparecer tan pronto.

Los hombres especialmente (no había conocido a ninguna mujer de esa nacionalidad), habían despertado con frecuencia su admiración. Había encontrado por vez primera a los ingleses en diciembre de 1951, en un centro de prisioneros de guerra, cerca de Pyongyang, en Corea del Norte. Allí, a los 21 años de edad, como especialista en interrogatorios a las órdenes del comandante Pak, del Ejército norcoreano, había tenido oportunidad de conocer íntimamente al soldado inglés. A partir de septiembre de 1953, cuando fueron repatriados los últimos prisioneros, los occidentales que había conocido habían sido australianos, franceses y norteamericanos: tipos interesantes, sin duda, pero que no se podían comparar con los ingleses, «sus» ingleses, como gustaba recordarlos. Había tenido que conformarse con algún espía capturado en China y, de vez en cuando, algún prisionero del Ejército norteamericano, capturado en Vietnam, que resultaba ser un inmigrante reciente. Por suerte, su reputación como especialista en interrogatorios de ingleses era bien conocida de sus superiores y había llegado incluso hasta el Comité central, de modo que era muy raro que no le pasaran a algún prisionero británico. Pero la última de tales oportunidades se había presentado casi seis meses atrás. El coronel no podía reprimir una sensación de gozosa impaciencia ante su reunión de aquella noche con los ingleses, y las setenta y dos horas de contacto ininterrumpido que seguirían. En la oscuridad, los ojos grises se fijaron en un punto.

Se oyó un tímido golpe en la puerta. Sun contestó amablemente en inglés:

—Adelante, por favor.

Por la puerta entreabierta entró un haz de luz que diseñó el contorno de una muchacha. Con la misma timidez, con voz naturalmente sonora pero no estridente, preguntó en inglés:

—¿Puedo encender la luz, camarada coronel?

—Déjeme cerrar las ventanas. Ahora, sí.

El instantáneo resplandor de la lámpara desnuda cayó sobre un piso de piedra, cuatro paredes encaladas, una mesa vulgar y una silla también vulgar. El ambiente de sala de interrogatorio agradaba al coronel y, en momentos como aquel, le templaba el ánimo.

Pestañeó varias veces, no por la repentina iluminación del cuarto en penumbra, ni por la visión de la chica que, si bien repetida, hubiera justificado esa demostración. Los albaneses, como raza, no son particularmente atrayentes. Desde luego, se trata mucho menos de una raza que del producto final de una serie de mezclas de la estirpe nativa con griegos, romanos, eslavos, turcos, tártaros. De vez en cuando, este cóctel genético produce individuos físicamente notables, incluso en comparación con todos los demás del Mediterráneo oriental. Doni Madan, de 23 años, nativa de Korse, un lugar del sudeste de Albania, poseedora muy temporal de un pasaporte griego (fraguado en Tirana con excepcional habilidad, bajo supervisión china) era físicamente notable.

Lucía unos pantalones verde serpiente de seda tailandesa, ajustados y de cintura baja, una sencilla blusa turquesa del mismo material y sandalias «Ferragamo» de cuero bordado. Nada más (a pesar de estar a veinte metros del mar, las noches de septiembre en esas latitudes suelen ser cálidas y húmedas). Por otro lado el resultado, aún cuando la vestimenta había sido elegida tan sólo a los efectos de caracterizar a Doni como una turista cosmopolita y elegante, era otro bien distinto.

La chica era de estatura superior a la mediana, cinco centímetros inferior a la de Sun, pero de figura delgada y liviana, estrecha de cintura, bien redondeada más arriba y más abajo. Sus anchas caderas y su vientre ligeramente convexo estiraban la tela del pantalón; la curvatura de sus senos hacía que su blusa cayera rectamente, sin tocarle la cintura. Asia estaba presente en sus pómulos y en los planos enérgicos de su mandíbula; Asia menor en sus ojos de un castaño casi negro y Venecia en la boca derecha y bien formada. El cabello castaño claro, cortado con sencillez, contrastaba delicadamente con el tostado de su cutis. La joven permaneció en el umbral del cuarto en una actitud de mansa e inconsciente provocación que no tomaba en cuenta a Sun como hombre.

Desde luego, cualquier intento de incitación hubiera sido inútil. Sun Liang-tan era inmune a las mujeres, aunque si se le hubiera preguntado hubiera contestado, mecánicamente, que las respetaba como esposas, madres y portadoras de alivio a los hombres. Dirigiéndose a la chica, pero sin mirarla, dijo:

—¿De qué se trata?

—¿Desea usted comer algo? —preguntó ella respetuosamente.

Doni hablaba italiano, servocroata y griego corrientemente y sin acento. No

sucedía lo mismo con el inglés, pero no tenía otro medio de comunicarse con su jefe. La necesidad de usar el idioma del enemigo para trabajar con agentes europeos suele ser una fuente de irritación para los chinos, pero la leve irritación de Sun obedecía en este caso a otra razón.

Entrelazó los dedos por detrás de su voluminoso cráneo y se recostó todo lo que permitía el respaldo de la silla, componiendo una figura curiosamente occidentalizada, con su camisilla blanca y pantalones cortos de sport.

—Por favor, querida, no hables siempre como una campesina. El inglés requiere más cuidado, más delicadeza. No, muchas gracias, no deseo comer, al menos por ahora. Esperemos un poco hasta que lleguen nuestros compañeros. No deben tardar mucho.

El inglés del coronel era bastante correcto —había estudiado intensamente durante dos años en la Universidad de Hong Kong—, pero su pronunciación hubiera hecho las delicias de un especialista en fonética. Su oído atento y su afán de aprender, aliados a una total ignorancia del inglés que se habla en las distintas regiones del Reino Unido, habían dado lugar a una ensalada verbal de peculiaridades locales. Los acentos de Manchester, Glasgow, Liverpool, Belfast, Newcastle, Cardiff y zonas varias de Londres, socavaban en cada palabra los de la clase dominante. El resultado hubiera sido apenas curioso, quizá ridículo, en otra boca que no fuera la de Sun, acompañado por otra mirada que no fuera la suya.

Doni miró hacia un costado.

—Lo siento, camarada coronel —dijo más humildemente aún—. Ya sé que no hablo bien inglés.

—Sea como sea, lo hablas mejor que la otra —dijo Sun, con una sonrisita tolerante. Tenía los labios oscuros, color de sangre seca, y los dientes apuntando ligeramente hacia el interior de la boca—. Pero deja de llamarme camarada coronel. Hablas como un personaje de un panfleto de propaganda política. Llámame coronel Sun; me parece mejor así. Y basta de soledad. Ya es hora de reunimos con los demás. ¿Dónde están?

Seguido por Doni, salió de la habitación, atravesó un corredor de baldosas y entró en la sala, que era un cuarto de techo alto, ventilado, con piso de piedra y guarnecido con muebles de olivo hechos en la isla. Las alfombras y los cojines de vivos colores y el par de convencionales pinturas abstractas que colgaban de la pared parecían fuera de lugar en aquel severo ambiente. Las puertas dobles se abrían a una terraza pequeña en la que había sillas plegables y una mesa baja. Más allá sólo se veía el mar, en absoluta calma e iluminado con tal brillantez por una luna en cuarto menguante que parecía, a la vez, infinitamente líquido y llano hasta lo inverosímil, una película de agua de una molécula de espesor que se estiraba hasta el límite del cielo. Olitas invisibles producían un apagado rumor en la playa de cantos rodados que se hallaba

junto al fondeadero.

Sun permaneció un instante junto a la puerta, sin salir de la penumbra, y miró hacia fuera. Hacía quince años que no veía el mar, y la visión seguía fascinándolo. Era el elemento de los ingleses, el cual los hombres de aquellas islas se habían aventurado muchos años antes para dominar la cuarta parte del mundo. Un escenario perfecto, pensó Sun con el corazón contento, luego regresó a la habitación.

La chica, reclinada en un sofá, levantó rápidamente la vista. Tenía la estatura de Doni y los mismos ojos, casi negros, y lucía un atuendo similar (pantalones negros y blusa blanca), pero era tan delgada que, a su lado, la otra parecía entrada en carnes. De piernas largas y pecho alto, de cabeza pequeña y exquisitamente formada, con el pelo oscuro y corto, Luisa Tartini era italiana en más de un sentido. Sin embargo, al igual que Doni, era albanesa de nacimiento y llevaba pasaporte griego. Carecía en absoluto de la docilidad de su compañera y la mirada que dirigió a Sun revelaba resentimiento y temor.

Al parecer, Sun no la advirtió. Dijo en tono amable:

—¡Qué maravillosa noche! ¡Y qué linda estás, querida!

—Estoy aburrida —dijo Luisa, malhumorada, desplazando sus esbeltas piernas para que Doni pudiera sentarse a su lado—. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Tu función principal, como ya te expliqué, es la de dar a nuestro pequeño grupo la apariencia de que se trata de unos amigos que pasan sus vacaciones juntos. No es nada fácil. Pero esta noche tendrás otras… obligaciones. Tú y Doni os pondréis a disposición de unos hombres que llegarán de un momento a otro. Eso puede resultar un poco más interesante y entretenido.

—¿Qué hombres? —Luisa se irguió, súbitamente—. ¿Cuántos son?

—Seis en total. Dos de ellos son reaccionarios y no debes preocuparte por ellos. Los otros cuatro son defensores de la paz que regresan de una peligrosa misión. Las dos debéis hacer todo lo que podáis por ellos.

Las muchachas se miraron. Luisa se encogió de hombros. Doni sonrió lentamente y pasó su moreno brazo por la cintura de Luisa.

—Y ahora… Ah, llegas justo a tiempo Yevgueni. ¡Qué buen servidor eres! ¡Deberías hacerlo como profesión!

El cuarto ocupante de la casa, un ruso retacón, de cabeza en forma de proyectil, hizo su entrada en la sala llevando una bandeja con copas servidas. Yevgueni Riumin se consideraba mal remunerado y sin futuro como funcionario de la Embajada soviética en Pekín, y había desertado silenciosamente diez años atrás. Sus nuevos amos lo encontraron poco imaginativo, pero también muy eficaz. Esas cualidades y su condición de europeo resultaban de suma utilidad para el desempeño de gran número de tareas en el grupo de Sun. Depositó la bandeja sobre una mesa redonda e inclinó la rapada cabeza en dirección a las jóvenes.

El coronel lo observó con una sonrisa tolerante mientras Luisa se servía un vodka con hielo y Doni una cerveza «Fix», rechazó la oferta de servirse e invitó con un gesto al ruso a tomar lo que deseara.

Con las manos en los bolsillos, Sun se dio la vuelta y caminó hacia las puertas abiertas. Luego se detuvo, permaneció inmóvil por un momento y miró su reloj, un «Longines» de caja de acero, que estaba en su poder desde hacía quince años. Su propietario anterior, un capitán del regimiento de Gloucestershire, había muerto tan valientemente como el que más durante un interrogatorio. El reloj era una preciada posesión, un recuerdo, no un trofeo.

Sun ordenó en voz alta, por encima del hombro:

—Yevgueni, las luces. Todas.

Yevgueni depositó el vaso de «Fix» que había comenzado a beber.

—¿Todas?

—Todas. Lo que no se puede ocultar ha de ostentarse. Aquí llega el resto de nuestros invitados.

Apostados en lo alto del cerrito que dominaba el panorama, los hombres del islote vieron cómo, de repente, la casa y el fondeadero quedaban bañados en luz. Observaron la lancha que se aproximaba con lentitud y esperaron, sin moverse ni decir una palabra, mientras se arrojaban cables a tierra y se aseguraban, se oían risas y voces de bienvenida. Luego bajaron tres hombres, uno de los cuales iba sostenido por los otros dos, que fueron recibidos con abrazos por las mujeres de la casa. El sirviente se ocupó de las maletas. El grupo entró en la casa. La lancha, con su motor todavía encendido, viró en redondo y puso proa hacia el oeste, sin duda para fondear en el puerto público de Vrakonisi.

Sobre el cerro, uno de los hombres miró al otro y abrió las palmas de las manos. Los dos se pusieron de pie y reanudaron su ardua e infructuosa patrulla. Todavía les quedaban once casas por vigilar aquella noche.

En la casa, Sun Liang-tan examinaba atentamente a los recién llegados, sin decir nada. El pistolero de pelo negro, el mismo que, treinta horas antes, había seguido a James Bond de Sunningdale a Quarterdeck, dijo, demostrando confusión:

—Bond… —pero no pudo seguir porque tenía la garganta seca, y tuvo que aclararla—. Bond se nos escapó en Inglaterra.

Sun hizo un gesto de asentimiento, totalmente inexpresivo.

—Pero se han tomado medidas para corregir la equivocación y tenemos sobradas razones para esperar que dentro de veinticuatro horas estará en nuestro poder —dijo el hombre con voz monótona, como si recitara una lección aprendida.

Sun hizo otro gesto de asentimiento.

—El HNC-16 sólo surte efecto instantáneo por vía intravenosa —intercaló el otro hombre—. Bond se resistía tan violentamente que apenas me fue posible

administrarle una inyección intramuscular, y por eso pudo…

Se detuvo, callando la última palabra, al advertir un pequeño gesto de Sun, apenas el levantamiento de un dedo amarillo, sin mover la mano.

—Escapó después de lastimar a Doyle en la cara como para llamar la atención —el primer hombre siguió hablando en el tono anterior—. Así, que Doyle fue eliminado en el acto. Después, todo se ejecutó conforme al plan. La doble táctica de simulación en el aeropuerto dio resultado y…

De nuevo se levantó el dedo.

—Quantz improvisó brillantemente una pista y la dejó en el cadáver de Doyle —continuó el hombre—, con lo que, sin duda, Bond ya estará de viaje hacia Atenas en busca de su jefe. Aquí están los detalles —dijo rápidamente el pistolero, como si quisiera evitar otro gesto impaciente de Sun, entregándole un sobre sellado—. Quantz también está en Atenas. El hidroavión descendió en Cabo Sounion y Quantz tomó el bote de goma. En Atenas se pondrá al habla con nuestros amigos. En caso de que Bond no aparezca, Quantz organizará el secuestro de uno de los agentes británicos que operan allí y lo hará traer a esta isla. Quantz estima que aun en ese caso la operación será un éxito.

Sun permaneció en silencio durante medio minuto, tamborileando suavemente el sobre sellado sobre su rodilla. Con las frentes perladas de sudor, los dos hombres, de pie frente a él, le miraron con no disimulada ansiedad. Luisa, sentada sobre el sofá, miraba furtivamente a Sun, mientras que Doni observaba a uno y otro hombre.

Por fin, el coronel levantó la vista y sus labios morados se abrieron en una sonrisa. Se alivió la tirantez; alguien exhaló un suspiro audible.

Volviéndose hacia el pistolero, Sun dijo:

—Bien, De Graaf, no cabe duda de que han tenido muy mala suerte. Pero no puedo negar que han hecho todo lo posible para enderezar la cosa.

Sun era un hombre justo. Además, debido a la manía de los servicios secretos de China de fraccionar cada operación en unidades independientes, su responsabilidad se limitaba a la parte del plan relativa a Vrakonisi. Y aunque estaba muy decepcionado por la ausencia de Bond, no iba a traicionar sus sentimientos frente a aquellos occidentales.

—Supongo que ahora querrán descansar —siguió diciendo—. Por la mañana tendremos tiempo de hablar. Sírvanse un trago. Yevgueni les preparará una cena a gusto de ustedes. Estas chicas se llaman Luisa y Doni. Ah, por último… —Poniéndose en pie sin prisa, Sun se acercó al tercero de los recién llegados, que seguía inmóvil en su asiento desde su llegada—. Buenas noches, almirante. Soy el coronel Sun Liang-tan del Ejército popular chino. ¿Cómo se siente?

M levantó la cabeza. Algo del antiguo vigor había vuelto a sus ojos grises. Habló con firmeza:

—No contestaré a ninguna de las demás preguntas, así que más vale que empiece por no contestar a esta tampoco. No se moleste en hablarme, bandido.

—La razón principal de su presencia aquí, basura occidental, no es esa. Pero ya contestará a mis preguntas, llegado el momento. De eso puede estar seguro.

El tono de Sun era parejo, como siempre. Continuó:

—Ahora, Lohmann, llévese a su paciente y acuéstelo con alguna inyección que lo haga descansar bien. Yevgueni le indicará su cuarto.

El médico, un individuo calvo de unos cuarenta y cinco años de edad, hizo lo que se le ordenaba.

Con un vaso de vodka en la mano, De Graaf se acercó al sofá. Examinó a cada una de las mujeres de arriba abajo, como un granjero en una feria de ganado. Luego señaló a Luisa.

—De acuerdo —dijo De Graaf, vaciando su vaso y sonriendo—. Adelante, queridas mías.

Al quedarse solo, Sun Liang-tan salió a la terraza y escupió con toda la fuerza de que era capaz hacia el mar Egeo.

6. El santuario de Atenas

James Bond estaba en el bar del «Hotel Grande Bretagne», en Atenas, esperando que sucediera algo. No tenía otra alternativa, ninguna posibilidad de acción independiente. Después de horas de consultas radiotelefónicas entre Bond, Bill Tanner, el jefe de la Estación G en Londres y el jefe de la estación G de Atenas, se había llegado a algo que, por falta de una palabra mejor, se podía llamar un plan. Bond repasó mentalmente los detalles, esbozados por Tanner al dorso de un formulario, en la oficina.

1. Idealmente, 007 debería identificar a los agentes enemigos encargados de capturarlo, frustrar su secuestro y seguirlos hasta llegar a un nivel superior, con objeto de localizar a M.

2. Esta posibilidad debe eliminarse; 007 no podrá identificar a los agentes por adelantado y, a juzgar por la eficacia de la operación Quarterdeck, le será imposible evitar la captura.

3. En consecuencia, 007 debe dejarse capturar dependiendo de los siguientes elementos de protección:

a) Agentes de la estación G vigilarán a 007 en todo momento y seguirán los pasos de los secuestradores, a fin de intervenir por la fuerza.

b) A su llegada a Atenas, 007 recibirá un transmisor en miniatura para instalarlo en su vestimenta.

c) 007 contará con dispositivos de escape portátiles.

Nota:

a) y ***b):*** *Acción a cargo del jefe de la Estación G.*
b) y ***c):*** *Acción a cargo del jefe de la Sección Q.*

Bond no pudo reprimir una leve sonrisa. La Estación G era famosa en todo el servicio; su jefe, un galés bonachón llamado Stuart Thomas, había servido largo tiempo como Agente 005 y había dado muestras de gran valentía, hasta que un defecto en la vista había disminuido su habilidad para usar armas de fuego. Desde entonces estaba al frente de la unidad de Atenas que dirigía con insuperable destreza e imaginación. Pero ni siquiera Thomas podía ofrecer a los superhombres que exigía el punto 3 a) de Bill Tanner que, seguramente había sido tenido en cuenta por el enemigo. En cuanto a los puntos 3 b) y 3 c)…

Cuando Bond llegó al hotel encontró un paquete conteniendo el transmisor en miniatura, que instaló en el compartimento preparado al efecto por la Sección Q en el

tacón de su zapato izquierdo. En el tacón del zapato derecho contaba ya con una ganzúa diminuta y en las solapas de su traje gris mohair llevaba dos delgadísimas sierras de acero al tungsteno, casi tan flexibles como la tela misma. Los dispositivos eran más refinados cada año, pero los lugares para esconderlos no variaban. Era poco probable que escaparan a la atención de hombres como los que habían planeado y ejecutado la operación Quarterdeck. Bond comprendió con pesar que en aquella misión, como en todas las anteriores, las herramientas fundamentales a su alcance eran invisibles e intangibles y consistían en su habilidad, su coraje y su ingenio. Pronto tendría oportunidad de probarlas a fondo.

Miró a su alrededor en el atestado y ruidoso bar. Tal vez pudiera hallar a los agentes encargados de vigilarlo (los procedimientos normales del Servicio obligan a los agentes, para reducir el riesgo de delación bajo los efectos de la tortura, a trabajar sin conocer más que lo mínimo indispensable acerca de los demás agentes). El local parecía estar ocupado por su concurrencia habitual de hombres de negocios y profesionales acompañadados por sus mujeres: banqueros atenienses, armadores de barcos de las islas, políticos de Salónica, algunos visitantes de Estambul, Sofía y Bucarest (más difíciles de clasificar), algunos turistas,… todos de aspecto sólidamente respetable.

Bond había preferido alojarse en el «Grande Bretagne» porque era un hotel conocido y porque siempre le había atraído su esplendor ligeramente marchito, con un tímido barniz de modernismo. Le agradaba el *foyer* señorial, con sus cristales, sus pilares de mármol verde y su elegante tapiz, buena copia de un gobelino del Louvre, que mostraba a Alejandro el Grande entrando en Babilonia montado en un caballo gordo, de aspecto artero: una figura digna al frente de su séquito, pero ganada por cierta blandura, parecida más a Cleopatra que a un príncipe de Macedonia. Bond aceptaba igualmente el estilo más bien afrancesado del bar, todo lleno de frontones entrecortados, frisos de terracota y pesadas, costosas cortinas de seda y la suave cortesía, nada francesa, de los mozos.

Eran las diez de la noche, hora en que los elegantes de Atenas empiezan a pensar en la cena. Bond tenía apetito. A su llegada al caluroso y atestado aeropuerto vecino del monte Himeto, en las primeras horas de la tarde, estaba demasiado fatigado para comer. Había dejado sus valijas en el «Grande Bretagne» y había marchado en derechura hacia el café al aire libre frente a la plaza. Una rápida jarra de vino barato había servido de preludio ideal para siete horas de sueño sin sobresaltos en el cómodo lecho del cuarto que pedía siempre, el 706, en el piso alto, no muy silencioso pero con una hermosa vista de la Acrópolis y un atisbo del mar.

A aquellas horas el enemigo habría confirmado la llegada de Bond, ajustado sus planes y puesto en orden sus unidades. Había que ponerse en marcha. Bond hizo una seña al mozo. Casi al mismo tiempo, un hombre sentado a poca distancia, casi de

espaldas a él, hizo el mismo gesto, pidiendo la cuenta. Tenía el aire más burgués de todos los clientes del bar y había estado charlando amablemente con sus compañeros, uno que podía ser su doble y dos mujeres bellas pero no llamativas. Era el tipo de gente de Thomas. Nada de silenciosos maleantes vestidos de oscuro. Sería interesante ver si…

El mozo le trajo la cuenta. Iba a pagar cuando se sintió atraído por un súbito movimiento en la mesa de al lado. Un hombre gordo, de pelo negro y grandes bigotes, turco al parecer, sujetaba por el brazo desnudo a la chica que lo acompañaba, la atraía a su pecho y le decía algo al oído, en un ronco murmullo. La chica era rubia y sumamente hermosa, con las facciones finas, los pechos grandes y el cabello amarillo tabaco que caracterizaba al tipo físico más atrayente de la región. Ahora ella trataba de apartarse de la voluminosa cabeza y la boca sensual del turco, de liberar su brazo, con sus ojos castaños dilatados por la sorpresa y el temor. Los ojos miraron a Bond, que estaba a pocos metros de distancia y era el hombre más cercano.

—Por favor —rogó la chica, en inglés, sin levantar la voz pero con acento de urgencia—. Por favor, haga algo.

Bond hizo un rápido balance mental. Podía pagar e irse con toda tranquilidad. Los mozos se encargarían del hombre, si la situación se tornaba enojosa. Por otra parte, el instinto le decía a Bond que aquella situación tenía un carácter especial, pertinente, que la distinguía de la inocua animación a su alrededor. Y, sin duda, la chica era una belleza… Y no tenía nada que perder. Se decidió.

—Tráigamela dentro de un instante, por favor —dijo al mozo, para dirigirse luego hacia la otra mesa y sentarse junto al turco en el confortable sillón tapizado de verde —. Veamos, ¿qué pasa aquí?

—Me está molestando —dijo la chica, muy resentida—. Me está diciendo cosas obscenas y horribles. Le ruego que me libre de él.

Bond sabía pocas palabras de griego, pero bastaban. Se inclinó hacia el hombre, que lo miraba con desdén, y le dijo con su tono más amenazante: *Fiye apo tho, malaka*.

La frase, probablemente tan obscena como la que el hombre había dicho a la joven, es una forma de insulto común en Grecia. Lo que la hacía efectiva era el aire determinado de Bond y la forma en que tomó por el brazo al individuo. Hubo una pausa, mientras los dos hombres se miraron fijamente y Bond apretó el brazo del otro, notando distraídamente que era más duro de lo que hacía suponer la corpulencia de su propietario. Luego, el turco soltó a la chica con toda calma, esperó hasta que su propio brazo quedara libre, se puso de pie, se arregló la chaqueta y salió del bar. Su salida no dejó de llamar la atención de las dos parejas que Bond había observado anteriormente.

—Muchas gracias —dijo la joven, en excelente inglés americano—. Lamento lo

sucedido. No podía hacer otra cosa sin ocasionar un escándalo. Actuó muy correctamente. —La chica rió con una notable despreocupación después del momento de temor que había pasado—. Seguro que tiene práctica.

—¿Tomamos una copa? —preguntó Bond, sin inmutarse—. En efecto, acostumbro a rescatar chicas de las garras de turcos malhablados.

—Muchas gracias. Tzimas no es turco; lo parece nada más. Pero es cierto que es un malhablado. Mi familia quiere que me case con él porque tiene un buen negocio de alfombras. Después de lo sucedido esta noche, mi madre hablará con mi padre y creo que me dejarán tranquila. ¿Está usted casado?

—No —contestó Bond sonriendo—, creo que no me casaré nunca. ¿Qué desea beber?

—*Ouzo*; con hielo —dijo la chica dirigiéndose al mozo—. No la marca «Sans Rival» que ustedes sirven siempre. ¿Tienes «Boutari»?

—Naturalmente, Madame. ¿Y para usted, señor?

—Lo mismo, con mucho hielo.

—¿Así que sabe usted lo que es *ouzo*? —la chica miró a Bond con atención—. ¿Conoce bien Grecia?

—Conozco bien Grecia y me gusta lo que conozco de ella. Sé bastante acerca del *ouzo*: una versión griega del pernod, que huele peor pero que tiene el mismo efecto. No puedo decir que me guste especialmente.

—Eso es una calumnia y una inexactitud. Los franceses lo copiaron de nosotros, le pusieron sabor de anís y lo colorearon de verde. ¡Qué horrible! Me llamo Ariadne Alexandrou.

—Yo me llamo Bond, James Bond. ¿Cómo sabía usted que yo hablaba inglés?

La chica volvió a reír.

—Todo el mundo habla inglés. Además, usted parece inglés, señor Bond. Nadie podrá tomarlo por otra cosa, ni siquiera por un americano.

—En realidad no soy inglés, en el sentido estricto de la palabra. Soy mitad escocés, y mitad suizo.

—Entonces, los ingleses lo han conquistado. ¿Qué hace en Atenas? ¿Negocios o turismo?

—Negocios, y espero hacer algo de turismo, también.

Ariadne Alexandrou miró a Bond sin decir nada y luego se volvió hacia los dos vasitos que contenían la turbia bebida —nubes blanquecinas que se desprendían de los cubos de hielo, como humo dentro del líquido— y a los que le mozo añadía una cantidad igual de agua. Bond observó su delicado perfil, muy griego pero totalmente distinto del exagerado y «clásico» de las monedas antiguas, una línea firmemente cincelada, coloreada con los suaves matices del tostado, el blanco, el oliváceo y el rosado. El efecto era realzado por un par de pendientes de estilo antiguo, en forma de

pequeñas y gruesas argollas de oro forjado.

Sin duda, el enemigo la había elegido por su espléndido físico y su evidente rapidez mental, pensaba Bond, al reflexionar sobre los acontecimientos de los últimos cinco minutos. Todo había sucedido, era evidente, de acuerdo con un plan que la espontaneidad de la chica no alcanzaba a disimular. Sospechó que, si ella hubiera trazado el plan, habría demostrado más ingenio. El incidente del turco amoroso era fruto de la imaginación de algún espía mediocre. Estimulante: los del otro bando empezaban a descuidarse. Bond descartó la noción de que podían permitirse aquel lujo.

Ariadne había levantado su copa y lo miraba con una sonrisa burlona que hubiera sido fea en otro rostro, pero que en el suyo acentuaba las líneas firmes pero delicadas de sus labios.

—Ya sé lo que usted espera que yo diga, ahora. —La sonrisa se dulcificó—. «En Grecia, cuando bebemos a la salud de alguien, decimos *ees ilían*, coloquialmente *yassou*». Eso es lo que decimos a veces, pero lo más común es *cheers* o *here's looking at you*. —La sonrisa desapareció—. Grecia ha dejado de ser griega, y cada año lo es menos. Yo misma, al beber *ouzo*, lo hago por espíritu conservador y sentimental. Los jóvenes prefieren el *scotch* con soda. ¿Está libre para la cera, señor Bond? ¿Podemos salir juntos?

A despecho de sí mismo, Bond sonrió. Empezaba a disfrutar de la táctica de la chica que consistía en divagar sin sentido aparente y, de pronto, volver bruscamente al tema. Pero su otro yo se formulaba insistentes reproches por no haber tomado la simple y obvia precaución de comer algo antes de permitir que el enemigo entrara en contacto. Podía verlo, tan claramente como si ya hubiera sucedido: la calle desierta donde ella lo conduciría, los hombres que se acercaban, el automóvil, el largo viaje hasta la frontera búlgara y luego… ya era bastante desagradable someterse a todo eso con el estómago lleno, pensó con amargura. ¿No habría otra solución?

Bond observó la bebida, engañosamente suave, cuyo sabor le recordaba siempre unas pastillas contra la tos que tomaba en su infancia. Luego contestó:

—Espléndido, me gustaría mucho. Pero, ¿por qué no comemos en el hotel? Hoy he viajado mucho y…

—Ah, pero si nadie come en el «Grande Bretagne», salvo en caso necesario. No tiene gracia. Lo llevaré a comer a la griega. ¿Qué le parece?

—Me parece bien. —Probablemente le convendría exponerse un poco—. Lo que me temo es no poder disfrutar de la comida. No me gusta ir a la cama sin cenar.

Un fulgor de alarma apareció en los ojos castaños, para disiparse enseguida.

—No sé lo que quiere decir con eso. Todos los buenos restaurantes están abiertos hasta muy tarde. Le servirán lo que tengan. Los griegos tienen la más antigua tradición de hospitalidad de Europa. Y eso no es propaganda turística. Ya verá.

Al diablo con todo, pensó Bond, furioso. ¿Qué podía hacer por el momento? Aún era demasiado pronto para tratar de tomar la iniciativa. Decidió entregarse por las buenas.

—Perdóneme —dijo—. Estoy tan acostumbrado a Inglaterra, donde uno tiene que escoger entre cenar temprano y razonablemente bien o tarde y mal, si puede… Estoy en sus manos —agregó. Y lo decía en serio.

Tres minutos más tarde se hallaban en la escalinata del hotel, entre las columnas jónicas. La Plaza de la Constitución estaba resplandeciente por los letreros luminosos de la «BEA», la «TWA» y «Olimpic Airlines», al otro lado, detrás de los árboles; a la derecha por la oficina de «American Express» y la izquierda, más suavemente, por la Tumba del Soldado Desconocido. Bond recordó lo que había dicho Ariadne Alexandrou acerca de la pérdida de carácter nacional que estaba sufriendo Grecia. Dentro de treinta años, pensó, quizás antes, habría una vasta cultura indiferenciada, un complejo de supercarreteras, cafeterías y letreros luminosos, interrumpidas sólo por el Atlántico, que se extendería desde Los Angeles a Jerusalén, posiblemente hasta Calcuta, casi alrededor del mundo. Donde habían existido americanos, ingleses, franceses, italianos, griegos y todos los demás, habría sólo ciudadanos de Occidente, uniformemente cargados de culpas y neurosis, uniformemente alcohólicos y suicidas, uniformemente todo. Pero, tal vez, esa posibilidad no fuera tan desesperante, pensó Bond. En todo caso, aún en sus peores aspectos, no tan desesperante como la que ofrecía el Oriente, donde la uniformidad no surgía por sí sola, casi por accidente, sino que era impuesta con el máximo rigor por la potencia indiscutida del Estado. Seguían existiendo dos bandos: uno dudoso, condicionalmente aceptable, y otro incondicional e indudablemente inaceptable.

El portero de uniforme gris hizo sonar su silbato y apreció un taxi que, al parecer, pasaba por casualidad. Bond tomó con suavidad a Ariadne por el brazo; la carne era firme y la piel estaba deliciosamente fresca. La chica dijo unas palabras al chófer, un hombre de edad, panzudo, que parecía también ajeno a cualquier intriga.

Mientras el taxi corría por las calles, Ariadne examinó el perfil de Bond. Como siempre, sus jefes le habían dado apenas las instrucciones elementales. Se le había dicho que debía inducir al inglés a ir con ella hasta un lugar predeterminado, donde otros compañeros seguirían la operación. Lo que sucediera después a Bond no le preocupaba… oficialmente. Pero la cuestión la molestaba cada vez más como mujer, una mujer que sabía reconocer a primera vista al tipo de hombre capaz de ser un buen amante. Bond era ese tipo de hombre. Sabía también que Bond la consideraba atractiva. Ella siempre había servido con lealtad a su causa y no pensaba ni por un momento en desobedecer las órdenes. Apenas dijo una palabra durante todo el trayecto hasta la Acrópolis.

A su lado, Bond pensó que el silencio de la chica era un signo de tensión. Debía

de estar a punto de ponerse en práctica la próxima etapa del plan.

En cada intersección, Bond se disponía para la repentina aceleración hacia la izquierda o la a derecha que los llevaría al oscuro callejón donde esperaban los secuestradores. Automáticamente, empezó a calcular posibles contramedidas, hasta que recordó, con desmayo, que aquella vez no debía adoptar ninguna, ya que, en aquel caso, la captura no era el riesgo sino el objetivo. Y, de pronto, súbitamente al parecer, la calle se ensanchó, las sombras retrocedieron y el taxi disminuyó la marcha hasta frenar en lo alto de una corta pendiente, junto a las luces de un restaurante al aire libre. El chófer apagó el motor y quedó esperando, en silencio.

Bond pagó la carrera y resolvió seguir actuando con toda calma, como si en realidad aquel fuera un encuentro casual de un inglés con una hermosa chica griega, deseosa de atenderlo como él prefiriese. Mientras caminaban hacia una estrecha escalera que conducía hasta la terraza, sus hombros se rozaron. Bond pasó el brazo por la cintura de Ariadne y murmuró:

—Esta noche vamos a disfrutar de nuestra cena. Nadie va a quitarnos eso.

Ella se volvió a medias hacia él, inclinando el torso en actitud de que podía ser de nerviosidad. Había luz suficiente, como para que él pudiera advertir una expresión de decisión que animaba sus labios y sus ojos. Ella le tomó la mano, en un gesto afectuoso y extrañamente confiado.

—Nadie nos lo va a quitar —dijo—. Nadie nos arruinará la noche, James. ¿Me permite que le llame James? Y usted tendrá que llamarme Ariadne, si puede pronunciar un nombre tan raro.

—Ariadne: es fácil. Y muy bonito.

—La Ariadna original era la amiga de Teseo, el rey de Atenas. La ayudó a matar al Minotauro, como usted sabe: el sujeto con cabeza de toro que vivía en el Laberinto. Pero, después, Teseo la abandonó en la isla de Naxos para…

Dejó de hablar tan de repente que Bond la miró alarmado:

—¿Para qué?

—Bueno, he olvidado el resto de la fábula. Supongo que Teseo fue a cazar el jabalí de Caledonia o algo por el estilo. De todos modos, Ariadna no quedó sola mucho tiempo. El dios del vino, Dionisios, pasó por allí y ella le siguió. Lo que no deja de ser una coincidencia, porque este restaurante se llama «Dionisios». Bueno, ¿qué le parece? Es preciosa, ¿verdad?

Desde lo alto de la escalera contemplaron la plataforma de la Acrópolis, un enorme bloque de piedra plana adornada con los templos de la edad de oro de Atenas, alumbrada cerca de la base por las luces del teatro de Herodes Ático. El conjunto era dominado por la silueta del Partenón, refulgente bajo la luz de la luna. Bond recordaba que ese edificio tenía fama de ser el más hermoso del mundo, y en aquel momento no lo dudaba, pero le distraía el recuerdo del menudo e intrigante incidente

que acababa de ocurrir. Ariadne Alexandrou había hablado exactamente como alguien que está a punto de revelar por descuido un importante secreto. Pero ¿qué puede haber de importante o secreto en la aventura mítica emprendida por un héroe legendario después de otra aventura mítica?

Bond se desentendió del problema. Sintió un poco de ternura ante la evidente ansiedad de Ariadne para impresionarlo.

—Nunca he visto nada parecido.

—Me alegro de que le guste, porque esta es nuestra principal atracción. —Ariadne reanudó la marcha—. La comida es más bien aparente y cara, pero se pude cenar bastante bien si uno sabe lo que pide. ¿Me permite que lo haga?

—Con mucho gusto.

La mesa, tendida entre canteros de cactos, dominaba el panorama de la Acrópolis y permitía vigilar la puerta, por la que poco después entraron dos parejas que, a juicio de Bond, eran los agentes de Thomas, hablando tan animadamente como antes. Bond los ignoró, no tanto por precaución sino porque le traían un desagradable recuerdo de la realidad. La fantasía era tanto más atrayente… Sus ojos se encontraron en aquel momento y Bond tuvo la certeza de que ella sabía en qué pensaba él, y respondía. Pero ella también debía de saber que lo que ambos deseaban tenía que quedarse en fantasía.

Empezaron la cena con un plato de langosta, de carne tierna y fresca, cuyo sabor combinaba con la mayonesa recién preparada. Bond saboreó el aroma de exóticas comidas, el aire puro y tibio del Mediterráneo, la atmósfera de tranquilo goce que le rodeaba, la serena majestad de los edificios en el horizonte, y, sobre todo, la presencia de la chica que estaba frente a él, comiendo sin aspavientos y con gusto.

Ella lo miró y sonrió.

—¿De verdad le gusta esta comida?

—Desde luego. Está hecha con ingredientes auténticos y se nota el sabor de todos ellos. ¿Qué más se puede pedir?

—Muchos de sus compatriotas prefieren otra cosa: bistés, jamón, huevos con tocino, patatas fritas. Pero usted no parece muy inglés. No parece inglés en absoluto. Tengo entendido que lo mismo pasaba con Lord Byron.

—Estoy seguro de que usted lo dice con buena intención —dijo Bond, con una sonrisita irónica—, pero en realidad no me halaga que me comparen con Lord Byron. Como poeta era afectado y pretencioso, engordó desde muy joven, por lo que se veía obligado a hacer dieta furiosamente, tenía un gusto detestable en cuanto a mujeres y como combatiente por la libertad no pudo ni siquiera empezar.

La boca de Ariadne se convirtió en una línea recta y firme. Empezó a hablar en el tono moderado, razonable pero enérgico que —supuso Bond— se consideraba apropiado para la discusión ideológica en el centro de formación política donde había

recibido su instrucción. Pero su feminidad triunfó sobre los expositores de Marx y Lenin, transformando lo que pudo ser una seriedad escolar en una encantadora solemnidad juvenil. Bond rara vez había deseado tan vivamente que el juego fuera sólo un juego.

—No es correcto que usted hable así de uno de sus compatriotas más eminentes —dijo la voz severa—. Lord Byron fue uno de los fundadores del movimiento romántico en la literatura inglesa. Su exilio de Inglaterra significó una victoria de la moral burguesa. Fue una tragedia que muriese antes de salir al frente de sus tropas a luchar contra el opresor.

(Lección número 1, pensó Bond sarcásticamente. Emergencia de la nación griega. Guerra de la Independencia. Derrota de los turcos).

—Pero su apoyo a la causa griega, con influencia y dinero fue… —Ariadne vaciló, como si hubiera dado vuelta mentalmente dos páginas a la vez, y luego se expresó con su entusiasmo normal y natural—: Bueno, eso fue algo que los griegos no pueden olvidar, nada más. Con razón o no, Byron es un héroe nacional y usted tendría que estar orgulloso de él.

—Trataré de estarlo. Supongo que lo empecé a odiar cuando tenía que estudiarlo en la escuela. Childe Harold no me parecía un individuo muy vivo.

Ariadne mantuvo silencio por un instante. Luego dijo con calma:

—Claro que no fue sólo él. Los ingleses nos ayudaron en muchas formas. Hace algún tiempo, recientemente. Pero no lo hemos olvidado. A pesar de Chipre, a pesar de… tantas cosas, nosotros todavía…

Bond no pudo resistir.

—¿A pesar de que ayudamos al Gobierno de Grecia a derrotar a los comunistas después de la guerra?

—Si usted gusta. —La mirada era ingenua y atormentada—. Todo eso fue horrible, toda esa lucha. Para todos. La historia suele ser muy cruel. Si tan sólo pudiera rehacerse el pasado.

Un leve fulgor de esperanza, el primero en todo aquel asunto, surgió en la mente de Bond. Por más resuelto que estuviera el enemigo en general, aquel agente del enemigo no lo estaba del todo. Había encontrado a alguien que, con una buena dosis de suerte, podía, tal vez, convertirse en un aliado.

Aquella idea no le abandonó mientras hablaban, con ligereza y malicia compartida, de la gente rica de Grecia y, en particular, de las andanzas de los millonarios armadores de barcos. Ariadne demostró conocer bien el tema, lo que confirmó la impresión de Bond de que había llegado al comunismo como una forma de rebelión contra algún medio aristocrático, más bien que por convicción local y familiar, como hija amargada de la clase media antes que como ex aldeana militante. Otro punto a su favor. Bond se sintió casi despreocupado, encontrando muy

aceptables las costillas de cordero asadas a la parrilla y la ensalada de espinaca amarga, y disfrutando del *retsina*, el vino blanco mezclado con resina cuyo sabor choca a ciertos paladares, pero que a él siempre le había parecido la esencia de Grecia en una bebida: con el color del sol, el aroma de los pinares y el leve toque del salado Egeo.

Entonces, la realidad se hizo presente una vez más. Mientras tomaban el delicioso y espeso café turco, Ariadne dijo rápidamente:

—James, quiero pedirle algo. Son las once y media. Hay luna llena y esta noche la Acrópolis está abierta hasta tarde. Si salimos ahora podemos llegar a tiempo para verla. Es algo que no debe perderse; es indescriptible. Yo misma quiero verla de nuevo. Quiero ir con usted. ¿Me llevará? Después… podemos hacer lo que quiera.

¡Dios mío! Bond se sintió escandalizado ante la vulgaridad del complot, la evidente confianza del enemigo, el toque de melodrama en la elección del lugar. Pero, disimulando el disgusto, contestó con toda la amabilidad de que era capaz en ese momento:

—Desde luego. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

7. Una casa poco segura

No les faltaba razón a quienes dicen que el Partenón es mejor visto de lejos. Sin duda, el edificio sufrió grandes daños en una olvidada guerra del siglo XVII. La labor de restauración que se ha intentado es desafortunada; los alemanes, por ejemplo, o los americanos, hubieran hecho una reconstrucción impecablemente ajustada a las teorías de los historiadores más respetable —e impecablemente muerta—. Pero a la luz de la luna, con sus remedios ocultos y el mundo exterior a respetable distancia, las majestuosas columnas parecían algo más que filas de deteriorados mármoles antiguos.

James Bond no pudo evitar esa impresión al recorrer el costado sur del templo en compañía de Ariadne, en espera de lo que iba a suceder. La rocosa meseta barrida por el viento estaba escasamente ocupada por figuras individuales y parejas, visitantes tardíos, turistas o amantes que se demoraban los últimos minutos antes del cierre de los portones. Entre ellos, desde luego, debían de encontrarse varios que no eran turistas ni amantes. Bond no perdió tiempo tratando de localizarlos. Ya aparecerían a la hora señalada.

Esta hora llegó muy pronto. Bond miró la cara de Ariadne y advirtió cómo mudaba la expresión. La joven se volvió hacia él y con voz ansiosa le dijo:

—James, *Khrisí mou*. Bésame, querido.

Bond la tomó en sus brazos. Cuando se separaron, ella lo miró a los ojos.

—Perdóname —murmuró.

La joven miró por encima del hombro de Bond y frunció el entrecejo. Segundos después, llegaron los hombres. Eran dos; los dos altos, uno corpulento y el otro de complexión media. Cada uno tenía una mano en un bolsillo lateral. Ambos se apostaron a los costados de Bond. El más corpulento le habló en griego, ordenándole que los siguiera y agregando algo que Bond no comprendió. La chica hizo una rápida pregunta al otro hombre. Hubo un instante de vacilación y luego una respuesta igualmente rápida. Ariadne Alexandrou asintió con una sonrisa y, acercándose a Bond, le escupió en la cara.

Bond apenas tuvo tiempo de retroceder antes de ser acometido por ella, no con palmadas de señorita, sino con fuertes golpes que le sacudían la cabeza. De su boca salía un reguero de insultos en griego, entre los cuales el más delicado era «cerdo inglés». Aparte del dolor físico, Bond sólo sentía lástima. Alcanzó a ver el rostro del hombre corpulento, animado por una sonrisa burlona.

Sin dejar de golpearlo, ella empezó a hablar en inglés. Siguió usando el mismo tono insultante, como si ahora estuviera injuriándolo en su propio idioma. Pero decía otra cosa.

—Escúchame…, esos hombres… son enemigos —una bofetada—. Tenemos que

escapar… Yo me encargo del gordo. Tú —otra bofetada— del otro. Después, sígueme.

Ariadne se detuvo, se acercó riendo hacia el hombre gordo, le pegó un rodillazo en el bajo vientre y lanzó sus dedos rígidos contra sus ojos. El hombre aulló agudamente. Sin pensarlo, Bond atacó al otro, que se había dado la vuelta para ver que sucedía, y lo golpeó sin lástima en el costado del cuello. El gordo estaba doblado en el suelo, con las manos en la cara. Bond dejó caer sus puños unidos sobre el redondo cráneo, tomó a Ariadne de un brazo y salió corriendo.

Corrió a lo largo de la vacía columnata en sombras, descendió al pavimento de mármol y luego al suelo desigual, con sus matas de pasto resbaladizo, pasó junto a dos delgados jóvenes que llevaban el nombre de Alemania escrito en las caras y se acercó al portón de entrada. Pero Ariadne, tirándolo del brazo, le señaló hacia la izquierda. Sí, en el portón podía haber más hombres. ¿Pero había otra salida? No recordaba. ¿Adónde iban? Nada de preguntas. Instintivamente había resuelto seguir a la muchacha y tenía que dejarla obrar; mantenerse corriendo sin caer ya requería toda su atención. Siguió corriendo.

Entonces, un grito a sus espaldas; otro par de rostros asombrados y el borde de un barranco demasiado alto para saltar hasta abajo, y bastante empinado para que descender corriendo. Pero hay una pared que llega hasta el barranco y de ella desciende un haz de gruesos cables eléctricos. Había que bajar, entonces, colgándose de los cables, seguido por la chica, frente a una pared casi vertical de roca. Cerca del nivel inferior, la pendiente es menos pronunciada. Permite descolgarse de los cables y bajar caminando. Ahora, a correr juntos entre las piedras…, a un metro de distancia, un pequeño chorro de tierra se eleva en el aire. No se oye detonación: silenciador. Encima de ellos, ruido, gente que corre, gritos, maldiciones. Ahora, otro descenso por el tejado de una casa, hasta hacer pie en un sendero que desciende en curvas y, por fin, una cerca de metal y del otro lado, gentes por todas partes, cientos de personas. Resultó fácil trepar la cerca, ayudar a la chica, unirse a esa gente.

A su lado Ariadne lanzó una carcajada nerviosa.

—Teatro de Herodes Ático. Fin de la función. En todo sentido, espero.

Bond la miró con profunda admiración. Cualesquiera fueran sus móviles, la chica había demostrado ser veloz, hábil y resuelta; una valiosa aliada, sin duda. Con toda naturalidad, dijo:

—Fue un acto de astucia escapar por la otra salida.

—Bueno, trazamos nuestros planes con todo cuidado. Creo que podría dibujar el mapa de la Acrópolis con los ojos vendados.

—¿Dónde están esos planificadores?

—Tal vez te lo diga más tarde. Ahora tienes que abrirte camino a través de esta multitud, llegar a la calle y pescar el primer taxi que pase, aunque sea por la fuerza.

Demuéstrame que puedes ser grosero, mal educado y poco inglés.

Durante los minutos siguientes, Bond empujó y forcejeó sin descanso. Sentía el sudor corriéndole por la frente y la espalda. La multitud que salía del teatro estaba de buen humor, con más ganas de charlar que de apresurar el paso. Nadie se molestaba con los empujones y tampoco les prestaba atención. Dos veces ella y él quedaron separados, pero al final llegaron juntos a la calle. Hubo una corta escaramuza frente a un taxi, mientras Ariadne hablaba ansiosamente del aeropuerto y del padre enfermo, hasta que ocuparon sus asientos y se alejaron de la peligrosa vecindad.

Ariadne se recostó contra el hombro de Bond, temblando con violencia. Sus labios temblaban también cuando besó a Bond en la mejilla. Bond le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia él. La joven se había ganado cabalmente aquel momento de debilidad, de colapso temporal, después de los momentos de extrema tensión que había vivido. Bond habló con suavidad, para tratar de tranquilizarla.

—Perdóname por escupirte —dijo ella, en un murmullo entrecortado, acariciándole la mejilla—. Pero me pareció mejor hacerlo. Pensar las cosas horribles que te dije… Espero que se te hayan escapado algunas. De todos modos, no creerás que…

—Estuviste brillante, absolutamente brillante. Que yo sepa, nadie podía haber trazado y ejecutado un plan con tanta rapidez y habilidad. Los burlaste a las dos. Pero… ahora tengo que hacerte algunas preguntas…, ¿no te parece?

La cara de ella estaba junto a la suya y él sintió cómo ella asentía.

—Tenías que llevarme hasta la Acrópolis, donde dos hombres de tu equipo me iban a secuestrar, ¿no?

—Pero yo no quería que te… —empezó a decir ella, en voz baja.

—Dejemos eso, por ahora. Bien, cuando aparecieron los hombres tú te diste cuenta de que no eran los agentes que esperabas. ¿Cómo?

Ariadne tragó en seco y se sentó derecha en su lugar.

—Tenían que darme una contraseña antes de entrar en acción. Algo con un pañuelo. No lo hicieron. Entonces les dije que a mí me habían dicho que el trabajo estaba a cargo de Legakis y Papastavrou. Entonces el tipo me contestó que a los que yo mencionaba los habían mandado a hacer otro trabajo. Pero, que yo sepa, no hay ningún Legakis ni Papastavrou en nuestra organización. Y entonces aposté a que no sabrían suficiente inglés. Y aquí estamos. ¿Me das un cigarrillo?

—Claro.

Bond le dio un «Xanthi», hecho de la fuerte mezcla de tabaco macedónico que siempre fumaba en Grecia, encendió uno para él e inhaló hondamente. Se sintió reconfortado, casi tonificado. No sabía qué le reservaba el futuro, pero al menos había frustrado la siniestra rutina de secuestros y cautividad que le esperaba. Continuaba en libertad y todavía la iniciativa no estaba en la otra parte… o partes.

—Ariadne, ¿para quién trabajas? Me lo ibas a decir.

—Dije que tal vez. Sigue siendo así —dijo ella, rápidamente, segura de sí misma una vez más—. Por el momento, no puedo decírtelo. Yo misma no sé mucho. ¿Qué hombres eran esos? Tengo miedo. Con seguridad hubo un cambio radical de la situación en las últimas horas. No veo que puede haber pasado con este…

Ariadne pensaba en voz alta, pero su voz se apagó antes de que pudiera expresar algo más que confusión. A aquellas alturas, Bond había sacado sus propias conclusiones acerca de lo sucedido en la Acrópolis. Por ahora, tenía que seguir adelante y depositar toda su fe en el transmisor en miniatura instalado en el tacón de su zapato, y en la eficacia de los hombres de Thomas. Secamente, preguntó:

—¿A dónde me llevas?

—A ver a mi jefe. Tiene que hablar contigo. Es claro que no puedo obligarte a que vengas. Puedes decirle al conductor que pare y salir del coche. Pero, por favor, no lo hagas. Tenemos que hablar. ¿Me tienes confianza?

—No se trata de confianza. Tengo que ir contigo.

—Eso no lo entiendo. Como tantas otras cosas en este asunto. —Ariadne se volvió hacia él y le oprimió las manos—. Pero tengo un motivo para sentirme feliz. No del todo… pero menos desdichada que hace una hora, cuando creí que nunca volvería a verte. Claro, no tienes por qué creerme, pero ahora casi sí, ¿verdad? ¿Crees que quiero que sigamos juntos, James?

—Sí —dijo Bond, sintiéndolo—. Te creo, Ariadne.

Se besaron y, por un instante, dejaron el mundo de enemistad, de violencia y de traición en que trabajaban. Luego, el instante pasó. El taxi se detuvo. Se separaron. Del modo más natural posible, descendieron y Bond pagó al conductor.

Era una calle angosta de las afueras de Atenas, en dirección al puerto del Pireo, con un pequeño bar donde dormitaba un hombre, un almacén de comestibles, un edificio largo que podía ser una escuela y varias casas de forma distintas pero uniformemente encaladas. Una de ellas estaba algo retirada de la calle, detrás de unas rejas enmohecidas. Ariadne abrió el portón, que chirrió penosamente, y ambos atravesaron un patio diminuto, sembrado de laureles y parras que no habían sido podadas en mucho tiempo. Un gato flaco pasó corriendo delante de ellos y se escurrió entre las rejas. Al llegar a la puerta, Ariadne golpeó de una forma extraña y luego puso su mano en la de Bond.

Se oyó un descorrer de cerrojos y la puerta se abrió. El hombre a quien Ariadne llamaba Tzimas apareció frente a ellos. Al verlos, gruñó consternado, pero en un abrir y cerrar de ojos tenía un revólver en la mano. Les hizo seña de que entraran y la cerró atrancándola al tacto, sin que sus ojos y su revólver se apartaran de Bond. Ariadne abrió el camino a través de un cuarto embaldosado hasta una puerta interior. Bond franqueó el umbral y la siguió.

Había dos hombres sentados ante una mesa rústica. Los dos se pusieron de pie al mismo tiempo y empezaron a hacer preguntas a Ariadne, a gritos. Mientras ellos gritaban y gesticulaban y Ariadne les contestaba en el mismo estilo, Bond examinó a los hombres. Uno tenía algo más de treinta años, era robusto, de buen aspecto y un poco pesado para sus años: griego. El otro podía tener cuarenta o sesenta, llevaba el cabello gris muy corto y hablaba griego con fuerte acento. Ruso, sin duda alguna. Bueno, ese punto quedaba en claro. Bond no dejó de pensar si M estaría en aquella casa. Desde el episodio de Quarterdeck había excluido, en la medida de lo posible, todo pensamiento consciente acerca de M, pues sabía que toda conjetura a ese respecto lo pondría a merced del furor y el odio más inútiles e insensatos. Eso fue lo que sintió por un instante, entonces Bond apretó los dientes y se concentró en lo que estaba sucediendo.

El griego, mordiéndose el labio, se dirigió con rapidez a un escritorio persiana y se puso furiosamente a hablar por teléfono. El ruso continuó su diálogo con Ariadne unos minutos más. Miró repetidas veces a Bond hasta que, despidiendo a la chica con un gesto, se le acercó. Tenía aire de fatiga y temor.

—Una precaución, señor Bond —dijo en inglés, con un acento tan fuerte como en griego—. Saque despacio su revólver y démelo.

Bond, vigilado por Tzimas, hizo lo que se le indicaba. El ruso echó una rápida mirada profesional al arma antes de recibirla y colocarla sobre el escritorio.

—Ahora, tome asiento, señor Bond. ¿Quiere beber?

Bond, sentado junto a Ariadne en un apolillado sofá relleno de cerda, levantó la vista sorprendido.

—Ya lo creo. Muchas gracias.

El ruso hizo una señal a Tzimas.

—Sólo tenemos *ouzo*, lo siento. Sabemos que usted prefiere el whisky, pero nuestro presupuesto no lo permite. ¿Cree que somos mezquinos?

La boca de labios delgados insinuó una sonrisa. «Tienes agallas —pensó Bond—. Estás muerto de miedo, pero eres orgulloso y no quieres que se note». Asintió con la cabeza y sonrió a su vez.

Tzimas le alcanzó un minúsculo vaso lleno a medias de un líquido lechoso.

—*Fiye apo tho, malaka?* —dijo el hombre, en tono amenazante, mirando a Bond a la cara. Luego lanzó una risotada y lo palmeó en la espalda—. *Bravo! Ees iyíam!*

—Ahora, señor Bond, vamos a lo nuestro —el ruso alejó a Tzimas con una mirada y se reclinó contra el borde de la mesa—. Me llamo Gordienko y mi socio se llama Markos. Es posible que tengamos muy poco tiempo, de modo que he de pedirle que sea inteligente y conteste a mis preguntas. Como habrá comprendido, todo estaba arreglado para capturarlo y traerlo aquí esta noche. Usted no fue capturado pero vino aquí de todos modos. ¿Por qué?

—¿Qué alternativa tenía? Tiene que comprender eso.

—No, no lo comprendo. Por favor, ¿cuál es el objetivo de su visita a Grecia?

Bond lo miró con asombro.

—¡Por favor! ¡Ustedes me hicieron venir!

Gordienko devolvió la mirada de asombro y luego se encogió de hombros.

—Es probable que no haya obrado con inteligencia al hacer esa pregunta. Esta noche todo es muy confuso. Pero contésteme a esto. A su juicio, ¿quién mandó a los hombres que trataron de capturarlo?

—No lo sé. Quizás algún agente independiente y poderoso. Sea como sea, fallaron. Ahora, déjeme preguntarle algo. ¿Dónde está el otro prisionero? ¿Está aquí?

—Esto es… —Gordienko no atinaba a expresarse—. No tengo idea de lo que usted quiere decir.

—¿Quién ha dejado de ser inteligente ahora? A ver, otra pregunta. ¿Qué quieren hacer conmigo? Aquí me tienen a merced de ustedes. Seguro que me puede contestar a esta pregunta.

—Si, puedo —dijo Gordienko, bruscamente—. Esa sí puedo contestarla. Usted es considerado una persona muy importante, señor Bond. Tan importante que la tarea de planear su captura se me escapa de las manos y se encarga de ella a… otro funcionario.

«Ah —pensó Bond—. Debí suponerlo. Esa aventura de la Acrópolis no va con tu estilo».

—Una vez capturado, usted debía permanecer en esta casa durante unos tres días, y luego sería puesto en libertad. También se le interrogaría acerca del propósito de su viaje a Atenas. Esas son las órdenes que yo tenía. Por mi parte, abrigaba dudas sobre la conveniencia del segundo interrogatorio. Se sabe que resiste muy bien los interrogatorios.

Bond reprimió un impulso de entusiasmo. Tenía la certeza de que atisbaba la verdad. El evidente aire de competencia de Gordienko descartaba la posibilidad de que mintiese con tanta torpeza, en aquel momento. En consecuencia, él, Bond, de un modo u otro había caído en una conspiración distinta, y los hombres de la Acrópolis eran los agentes de la primera, la grande y verdaderamente terrible. Y eso significaba que era posible concertar algún género de acuerdo con aquel ruso. Pero había que andarse con cautela; no estaba del todo seguro. Nada ofrecía seguridad mientras no estuviera concluido el trabajo.

Sin alterar la voz, dijo:

—Me parece que le creo. Parecería que usted y yo hemos chocado sin quererlo. Estamos tan acostumbrados a que siempre haya dos partes en juego que no recordamos que pueda haber una tercera, hostil a ambos. Le propongo que, por el momento, unamos nuestras fuerzas.

—De acuerdo. —El rostro de Gordienko perdió algo de su tensión interior—. Cambiemos informaciones. Algunos datos, al menos. Nosotros estamos promoviendo un, hum… un importante acontecimiento en esta región. Debo asegurarle que no va en contra de ustedes. Tiene por objeto reforzar nuestra posición, desde luego, pero no a expensa de la de ustedes. *Efkhristó.*

Gordienko tomó el vaso de *ouzo* de la mano de Tzimas y lo miró de reojo.

—Preferiría otra cosa, pero como se trata de una bebida neutral, nuestros orgullos nacionales quedarán a salvo. —Volvió a esbozar una sonrisa con una especie de distante cordialidad—. ¡Buena suerte!

—La necesitaremos. —Bond levantó su vaso y bebió.

—Veamos. Mi tarea consiste en evitar interferencias en este acontecimiento. Cuando nuestros observadores comunicaron su llegada, recibí instrucciones de proceder contra usted. Su presencia aquí en este momento no podía ser fruto de la casualidad. Y se sabe que, en otros tiempos, ha logrado interferir la ejecución de ciertos planes… *Nai?*

Markos había terminado sus consultas telefónicas. Se acercó a Gordienko, con el rostro sudoroso, y le espetó un torrente de palabras. Bond apenas captó el sentido de algunas frases, que le resultaron desconcertantes. A juzgar por sus rostros, Gordienko y Ariadne pensaban como él.

Después de hablar, Markos volvió al teléfono con nuevas instrucciones, y Gordienko se volvió hacia Bond. Su rostro denotaba aún más preocupación que antes. Se ajustó con cuidado los lentes de armazón metálica antes de hablar.

—Nuestro común enemigo actúa con la máxima violencia. Los hombres encargados de capturarlo han sido asesinados.

Ariadne contuvo el aliento.

—Como usted sabe, señor Bond, el asesinato de agentes es cosa muy rara en tiempos de paz. No es que sea desconocido, claro —la boca se arqueó levemente—, pero es raro. Me temo que se trata nada menos que del hundimiento total del proceso que mencioné. Esto podría tener muy graves consecuencias. Se podría llegar hasta la guerra. Y las fuerzas a mi alcance ahora son casi inútiles.

Con un movimiento convulsivo, Gordienko vació su vaso. Luego contempló con fijeza a Bond.

—Hay un traidor en nuestra organización. Sólo eso puede explicar lo sucedido. Me avergüenzo de admitirlo ante usted, pero somos aliados. Y eso me alienta. Deberíamos darnos la mano.

Bond se puso de pie y accedió sin reservas. El apretón del ruso fue firme y seco.

—El funcionario que planeó su captura es objeto de sospechas. —Gordienko recuperó su incómoda posición inclinada frente a la mesa—. Pero hay dos personas que puedo eliminar como sospechosos. Las dos están con nosotros. Markos está en

mi compañía desde que se comunicó su llegada. La señorita Alexandrou no fue informada de los detalles de su captura. Lógicamente, no puedo descartar a Tzimas, pero confió en él. Por lo tanto, mi plan es sencillo. Debo trasladarme con estos a otra casa segura, situada en un lugar que sólo yo conozco, y operar desde allí como pueda. Moscú me enviará refuerzos y Markos reclutará nuevos ayudantes locales, pero estas cosas llevan tiempo. ¿Quiere usted acompañarnos, señor Bond, o prefiere consultar con los suyos? Si es así, le agradeceré toda la información que pueda proporcionarme.

Antes de que Bond pudiera contestar, el chirrido del portón —que se dejaba adrede sin engrasar, pensó— se oyó con claridad en la habitación. Gordienko apretó los labios e hizo una seña a Tzimas, que avanzó hacia el portal. Silencio. Luego, la llamada en código que Ariadne había utilizado antes. Markos se tranquilizó, pero no los otros. Gordienko dio una orden y Tzimas atravesó rápida y silenciosamente el vestíbulo en penumbra, puso la cadena en la puerta y la entreabrió. Tras una pausa de un segundo, volvió a cerrarla. Después regresó a la habitación interior, pero menos rápidamente que antes y no tan en silencio.

Al llegar al grupo que aguardaba, Tzimas miró fijamente a Gordienko con su ojo izquierdo. En lugar del ojo derecho, mostró un agujero rojo bordeado de negro y púrpura. Luego, su cuerpo pareció perder todo carácter, toda sustancia, como si su carne se hubiera convertido en arena, y cayó a los pies de Gordienko.

8. Consejo de guerra

Ahora no había tiempo para dudas. Bond se abalanzó sobre su «Walther» automática cuando Gordienko se la arrojó. Markos se precipitó hacia el interruptor de la luz y la habitación quedó sumergida en la oscuridad. Alguien —Gordienko— empezó a avanzar hacia la ventana.

—No —dijo Bond, en tono apremiante—. Eso es lo que están esperando. Tiene que ser por el frente.

—Correcto. Muchas gracias.

Atravesaron el vestíbulo a oscuras y Gordienko quitó con cuidado la cadena de la puerta.

—Dejaremos pasar un minuto, para que aflojen la vigilancia. Después, saldremos en el siguiente orden: Markos, el señor Bond, la señorita Alexandrou y yo. Treinta metros calle abajo, a la izquierda, hay un callejón con paredes altas a los dos lados. Allí nos reuniremos.

Gordienko siguió hablando en griego y Markos le contestó brevemente. Luego, silencio. Ariadne tomó la mano de Bond y la estrechó contra su pecho. Bond sintió como el corazón de la chica latía con rapidez pero no con ímpetu. Le besó la mano.

—Buena suerte, amigos míos —dijo Bond, con la mano sobre el pestillo de la puerta.

Bond creyó verlo tocar levemente el hombro de Markos, por un instante. En seguida, la puerta se abrió de par en par y todos salieron corriendo.

El enemigo había dejado el portón entreabierto; un descuido afortunado, casi vital. Los cuatro habían ganado la calle en sombras, apenas alumbrada por la luna, cuando empezó el tiroteo. Se vieron los fogonazos que partían de la puerta de una tienda en la otra acera. Inmediatamente Markos exhaló un fuerte grito de sorpresa, levantó la cabeza, se tambaleó un par de pasos y cayó. Bond disparó tres tiros en sucesión automática que sonaron casi como uno solo, apuntando en la dirección general de la puerta. Por encima de su hombro izquierdo vio a Ariadne corriendo como una campeona olímpica, guardando la distancia entre él y Gordienko, a fin de no ofrecer un blanco doble. Buena chica.

Algo zumbó en el aire entre Bond y Ariadne a la altura de la rodilla; los fogonazos parecían partir del callejón mencionado por Gordienko. Bond torció a la derecha, se detuvo en un solo paso, dobló la rodilla, vio el próximo fogonazo, disparó un tiro rápido pero bien apuntado, que debió de pasar a poco más de un metro frente a la cabeza de Gordienko, y escuchó un grito sofocado. Se puso de pie de un salto, y corrió en diagonal al otro lado de la calle, resistiendo el impulso natural pero peligroso —porque lo demoraría— de agacharse. Entró en el callejón y allí estaban Ariadne y Gordienko, de pie frente a un cuerpo yacente.

Toda la operación había requerido menos de medio minuto, pero la calle entera estaba ya volviendo a la vida: luces en las ventanas, voces excitadas, ladridos de perros. Y el grupo que guardaba el fondo de la casa ya había salido en busca de los fugitivos. Por lo tanto, no podían perder tiempo. Pero antes de salir de allí…

Bond corrió al lugar donde había caído Markos. El griego yacía boca abajo con los brazos estirados hacia delante, como si estuviera nadando. Se veía una gran mancha de sangre sobre su camisa de algodón ordinario, debajo de la clavícula izquierda. Cuando Bond le dio la vuelta al hombre, los miembros de este se movieron con esa falta de toda resistencia propia de los muñecos, que ningún cuerpo vivo muestra jamás. Markos tenía los ojos abiertos. Su rostro conservaba la expresión de incredulidad con que había recibido el tiro. Bond le cerró los ojos. Echando una rápida mirada a la casa, volvió corriendo al callejón. Allí, metódicamente, fue derecho hacia la otra figura, la del pistolero que había abatido.

Ese cuerpo tal vez no era todavía un cadáver. El hombre había caído en una posición extraña, sentado a medias contra la pared del callejón. Bond no perdió tiempo en observar la herida infligida por la «Walther» en el pecho pues era la cara lo que le interesaba. Una cara pálida, de nariz ganchuda y párpados notablemente pesados que ocultaban los ojos; una cara que había visto unas treinta horas atrás en Quarterdeck, la del jefe de los secuestradores. He aquí la prueba decisiva, si hacía falta alguna.

Basta. Bond se puso de pie y se volvió hacia sus dos compañeros. Lo que vio le desalentó. Gordienko se apoyaba contra la otra pared del callejón, respirando lenta y laboriosamente. Miró a Bond y trató de decir algo.

—Creo que Gordienko está herido en la espalda —dijo Ariadne.

El ruso siguió tratando de hablar, sin conseguirlo. Entonces, desistió del intento y, levantando la mano derecha, señaló sucesivamente a Bond y Ariadne, en un gesto tan claro como las palabras que no podía pronunciar. Luego, la sangre afluyó de repente a sus labios, mucha sangre, sangre que se llevaba la vida. El mayor Piotr Grigórievich Gordienko, del Directorio de inteligencia extranjera, dependencia del Comité de Seguridad del Estado[2], cayó de costado y quedó tendido sobre el pavimento.

Ariadne lloraba. Dirigiéndose a Bond le recordó:

—Debemos hacer exactamente lo que nos dijo el señor Gordienko.

—Sí —dijo Bond, sin vacilar. Había disfrutado de su alianza de quince minutos con el hombre gris—. Ahora tenemos que seguir corriendo. ¿Conoces algún lugar seguro? Cualquiera.

—Eso es fácil. Tengo una amiga que nos protegerá.

La amiga de Ariadne, cuyo nombre Bond nunca llegó a conocer, resultó ser una mujer regordeta, cubierta con un camisón caro y vulgar, que se mostró sorprendida al verse despertada a las tres de la mañana para abrir la puerta a una pareja sospechosa;

Ariadne con el vestido desgarrado y manchado de barro y Bond, después de dos noches seguidas de desgaste físico, obviamente exhausto. Las dos mujeres cambiaron algunas palabras en griego. La amiga sonrió, saludó a Bond con palabras amables e incomprensibles, y regresó a su dormitorio. Una voz de hombre formuló una pregunta, sin mayor interés, se oyó una estridente respuesta y luego fuertes risas.

—Tenemos suerte —dijo Ariadne, sonriendo a su vez—. Tienen un cuarto libre. En la cocina hay bebidas. Ve y prepárate algo mientras yo arreglo la cama.

Bond la besó en la frente y fue a hacer lo que le mandaban. La cocina era pequeña, sin ventanas, y olía, no desagradablemente, a queso de cabra e higos secos. En el armario, entre latas de conserva italianas y envejecidos paquetes de bizcochos, encontró varias botellas: *ouzo,* vino tinto común, coñac nacional y —felizmente— «Bell's Scotch». Se sirvió una medida, la cortó con la excelente agua mineral «Negrita» y se bebió todo en dos tragos. Se preparaba una segunda dosis, cuando empezó a sentir el conocido bienestar que irradiaba desde el estómago, disipando las nieblas de fatiga que pesaban sobre su cerebro. Una ilusión con seguridad (*el cuerpo tiene que calentar el alcohol hasta la temperatura de la sangre antes de empezar a absorberlo*), pero, como siempre, ilusión o no, el efecto era el mismo.

Salieron del apartamento por la mañana, e hicieron todos los movimientos preliminares: café con tostadas y dulce miel del monte Himeto en un pequeño *kafenion* a la vuelta de la esquina, un agitado pero rápido viaje hasta la plaza de la Constitución en uno de los grandes trolebuses amarillos de seis ruedas, una veloz expedición de compras por la calle Stadiou para equipar a Ariadne (seguramente su apartamento en Loukianou estaría vigilado), y de allí, derecho, hacia el «Grande Bretagne», sin apartarse jamás de las multitudes. Sin duda, el hotel era también objeto de vigilancia, pero allí estarían seguros, por lo menos hasta el atardecer.

Con igual celeridad se cambiaron de ropas, después de la ducha. Cuando Bond terminó de afeitarse en el cuarto de baño de mármol gris, todo indicio de fatiga había desaparecido. Incluso se sentía cautamente optimista, no ya como el cabrito atado para servir de cebo al tigre, sino como un cazador en pie de igualdad con la oposición, acompañado por una aliada de probado mérito.

Por fin, Bond sentado en la cama y Ariadne en el sofá tapizado de azul, se celebró el consejo de guerra.

—Empecemos por lo más obvio —dijo Bond, encendiendo «Xanthis» para los dos—. Tu posición es tremendamente peligrosa. Eres la única superviviente de las tres personas que, según Gordienko, eran dignas de confianza. No puedes atreverte a consultar con tu organización, peor aún después de lo sucedido anoche, pues el traidor tendrá mucho interés en matarte. Claro, puedes desaparecer, irte a Salónica o cualquier otra parte y esperar hasta que se disipe la tormenta. Pero no vas a hacer eso, ¿verdad?

Ariadne sonrió.

—No. Por dos razones, al menos.

—Bien. Entonces, no tienes más remedio que aliarte con los míos. No tengo que darte más explicaciones. Serás… mi asistente. ¿Convenido?

—Convenido. —Con su mejor aspecto de joven y entusiasta ideóloga, la joven asintió decididamente—. Pero debo hacer todo lo posible para informar a Moscú sobre lo sucedido. ¿Comprendes?

—Sí, es muy razonable. Ya he pensado como puedes hacerlo. No creo que hayas tenido trato directo con la Embajada rusa, ¿verdad? Esto quiere decir que tendrás que arriesgarte. Llámalos por teléfono, desde una cabina pública, y menciona el nombre de Gordienko. Con eso te acercarás a la persona que te interesa. Ya sabrás lo que debes decir. Claro que cabe la posibilidad de que te topes con el sujeto que os vendió a todos vosotros al enemigo común. Pero no puedes precaverte contra esa eventualidad. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Bueno. Ahora debo ponerme en contacto con mi gente aquí y organizar una entrevista.

Bond levantó el teléfono y pidió el número de la pequeña librería que Stuart Thomas regentaba para disimular. En menos de un minuto la operadora llamó para decir que no podía comunicarse con ese número.

—No está ocupado, señor. Tampoco le puedo decir que no contesta. No se puede conseguir comunicación.

Bond se sintió alarmado. Comprobó el número, pidió a la chica que llamara de nuevo, y obtuvo el mismo resultado. Pidió a Ariadne que recurriera al servicio de informes, pero el encargado se mostró cortés y nada más. No podía encontrar ninguna referencia a ese número. Se ocuparía del asunto tan pronto se presentara la oportunidad. Tal vez la señorita podía volver a llamar. Mientras, había pensado que su amigo quizás se había descuidado en el pago de sus cuentas…

Sin cambiar una palabra, Bond y Ariadne se apresuraron a salir del hotel.

La situación resultó ser en extremo sencilla y sumamente irremediable. Los bomberos habían hecho lo suyo y se habían retirado. La policía estaba ahora a cargo de todo, encabezada por un joven teniente de uniforme gris, cortés, quizás eficiente, ansioso de ensayar su inglés con Bond, que se presentó como un viejo cliente de Thomas, atraído por curiosidad y preocupación. Y había motivos de sobra para ello: grandes fragmentos de vidrios ennegrecidos sobre el pavimento, montones informes de libros, mapas y folletos chamuscados, estanterías derrumbadas, un intenso olor de cartón y papel quemados. Parte de las existencias habían escapado al fuego, y el incendio de la librería no se había propagado a la peletería y a la agencia de viajes contiguas. El

apartamento interior había sufrido daños aún mayores; la destrucción era total en algunas partes. Una esquina estaba sin techo y los cuartos situados detrás de la agencia de viajes se hallaban en iguales condiciones. Se trataba de un incendio excepcionalmente violento.

El teniente de policía aceptó un cigarrillo.

—Los bomberos no estuvieron mal. Se les avisó sin pérdida de tiempo. Todavía no sabemos con certeza cuál fue la causa del incendio, pero sospechamos que no se trata de un accidente. El calor fue más intenso que en un incendio común. Tenemos un experto trabajando allí desde hace una hora. Una bomba, probablemente. ¿Por casualidad sabe usted, señor, si el propietario tenía enemigos? Rivales comerciales, por ejemplo.

El terreno se ponía peligroso. No le convenía en modo alguno complicarse en una investigación policial. Bond contestó con firmeza:

—Me temo que no conocía tanto al señor Thomas. Yo no era más que un cliente suyo. Más vale que le pregunte al propio señor Thomas.

—Lamentablemente, no podemos hacerlo, por ahora. El señor Thomas no estaba presente cuando llegaron los bomberos. Según me han dicho los vecinos, eso se hace extraño. El señor Thomas acostumbraba pasar la noche en su apartamento detrás de la librería. Tuvo mucha suerte al escapar del incendio. Sin duda cuando sepa lo ocurrido volverá. ¿Tiene usted interés especial en verlo, señor?

—No —dijo Bond—. Ningún interés especial. Lo veré más adelante. Sólo quería ofrecerle ayuda, en caso que la necesitara. Muchas gracias.

El teniente hizo una leve inclinación, miró a Ariadne con admiración y a Bond con envidia, y se volvió para saludar a un hombre de mediana edad, vestido de civil, que se acercaba limpiándose la chaqueta de cenizas: sin duda, el experto en incendios. Bond también se volvió. No le era posible obtener la información que iba a suministrar el hombre y, en todo caso, tampoco importaba qué técnica se había empleado para desbaratar la red de inteligencia británica en Atenas, como tampoco importaba —desde el mismo punto de vista— si Stuart Thomas estaba vivo o en manos del enemigo o yacía sobre el limo del fondo del Pireo. Bond se veía privado de su arma más potente antes de que pudiera echarle mano.

Así se lo dijo a Ariadne, ya de regreso en el «Grande Bretagne»:

—No sólo querían eliminarlo a él. Querían impedir que su archivo quedase en mi poder, de sus listas de contactos, lugares de enlace, situación de buzones y todo lo demás, para aislarme. Claro, todo eso estaba en la parte trasera de la librería. Ese fue el centro del incendio.

Ariadne se manifestó extrañada:

—¿No era mejor que se lo llevaran todo? Podían haber usado lo que les viniera bien y no hubieran llamado tanto la atención.

—Pero también hubieran corrido más riesgos. No podían tener la seguridad de que no se les escapaba nada que pudiera serme útil. Sin duda se llevaron todo lo que podría servirles. Estoy seguro de que no era mucho. Conozco a Thomas.

—¿Has pensado en su asistente?

—No me atrevo a ponerme en contacto con él, después de esto —dijo Bond, mirando fijo hacia la pared—. Si no lo han asesinado o secuestrado, lo estarán vigilando. Y no debo seguir rondando por aquí, esperando que alguien se ponga en contacto conmigo. Lo que sería inútil, al fin y al cabo. La gente que Thomas puso sobre mi rastro anoche ha desaparecido. Dios sabe cuánta gente se ha esfumado. ¿Qué dijo Gordienko? ¿Qué era un enemigo muy inescrupuloso? Así parece. Tú y yo estamos en la misma situación.

—Sí, y tenemos que afrontarla juntos —Ariadne se aproximó y tomó asiento en el sofá, junto a Bond. Luego dijo, con tono resuelto y enérgico—. Yo también he estado pensando. Tenemos que ponernos en marcha inmediatamente. Tenemos que recorrer un largo trecho… y apenas faltan sesenta horas para el acontecimiento de que habló el señor Gordienko. Tal vez menos, porque…

—¿Qué acontecimiento es ese?

—Te lo diré cuando estemos en camino.

—Para que yo no tenga oportunidad de informar de antemano a Londres —dijo Bond, fríamente—. Claro.

—Querido, sé que debes avisar a Londres, si puedes, pero tienes que ser razonable. Bien. Ahora nos espera un viaje por mar. Unos doscientos kilómetros, o sea unas ciento veinte millas. Por lo menos, en línea recta esa es la distancia. De modo que nos hará falta una lancha y alguien para conducirla. Ya sé quién.

9. El *Altair*

—Litsas estuvo en el ejército del general Papagos que luchó contra los italianos, cuando invadieron Grecia en 1940. ¿Recuerdas cómo los griegos los hicieron retroceder hasta Albania? Bueno, Litsas estaba con la infantería que entró en Koritsa. Su pelotón se quedó sin municiones y Litsas mató a doce italianos con su bayoneta. Por eso lo ascendieron a sargento. Entonces tenía dieciocho años.

Ariadne hizo una pausa cuando ella y Bond penetraron en la pequeña taberna. El propietario, rechoncho y barbudo, con el bigote manchado de tabaco, salió a recibirlos.

—*Kal iméra sas* —dijo Ariadne cortésmente—. *Boreíte na mou peite, sas parakaló pou eínai o Kyrios Litsas?*

El hombre los condujo hasta la puerta y señaló en diagonal hacia los muelles. Siguió luego una de esas animadas discusiones que, en Grecia, son inseparables del diálogo más trivial. Por último, con un encogimiento de hombros, el dueño del establecimiento los dejó, como diciendo que no se hacía responsable del destino que se diera a los datos que acababa de suministrar.

—Cuando llegaron los alemanes —siguió contando Ariadne— cortaron las líneas de aprovisionamiento de Papagos y lo obligaron a rendirse. Los soldados no fueron hechos prisioneros; sólo los desarmaron y los mandaron de vuelta a sus casas. Litsas caminó trescientos kilómetros para llegar hasta Eubea, donde tenía a su familia. Allí se unió a los guerrilleros y siguió matando italianos. Y también alemanes, cuando estos quisieron aplastar el movimiento de resistencia.

Bond la tomó del brazo al cruzar la calle.

—Pareces haber estudiado muy bien su carrera.

—Mi padre fue oficial suyo en 1941 y volvieron a encontrarse durante la Resistencia. Los dos fueron muy valientes, eso no se puede negar.

El rostro de Ariadne se ensombreció. Bond preguntó:

—¿Por qué negarlo?

—Sé que suena raro, pero… Tú dirías que ganó la democracia.

—Claro que la mayor parte de sus luchas fue contra organizaciones rivales —dijo Bond, secamente—. Pero, ¿por qué te preocupa tanto la guerra civil? Tú debías de ser una niña entonces.

—Tenía siete años cuando terminó. Pero he estudiado Historia. —Ariadne adoptó una actitud defensiva.

—No lo dudo. ¿Y qué pasa con tu padre y Litsas? Supongo que estarían en el lado malo.

—Por favor, James, que no es ninguna broma para mí. Mi padre se volvió un reaccionario. Litsas también se enroló. Durante un tiempo sirvió como agente de

enlace con los ingleses, pero pidió traslado porque no quería pelear.

—Y matar comunistas. Tú sabes, Ariadne…

—Allí está, allí.

Avanzaban por la calle que sigue la curva de Pasalimani, el mayor de los dos puertos de yates del Pireo. Sobre el agua inmóvil descansaban embarcaciones diversas, desde chilanas de pesca y veleritos de cuatro metros hasta yates de gran lujo. Inmediatamente debajo de ellos se veía el pequeño astillero, con embarcaciones en distintas etapas de preparación. Bond en seguida reparó en un hombre alto, de camisa blanca, que daba enérgicas órdenes a dos subordinados. Mientras bajaban las escaleras, Bond siguió desarrollando su idea.

—Por lo que me has dicho, no parece que este hombre esté dispuesto a ayudarnos.

—Es muy amigo de los ingleses. Y aunque no me ha perdonado nunca que yo me hiciera comunista, creo que me tiene cariño, porque es un gran admirador de mi padre. Y yo sé algunas cosas sobre sus enemigos que pueden ser útiles.

Litsas se volvió y los miró. Era un hombre de poco más de cuarenta años, muy bien parecido, tostado por el sol, con cabellos negros que comenzaban a encanecer, orejas bien formadas y pegadas al cráneo, ojos castaños tristes y vigilantes, nariz puntiaguda y una boca que, por el momento, parecía naturalmente sensual pero que —suponía Bond— era una línea dura y rígida en momentos de acción. El vientre no mostraba trazas de adiposidad y los brazos y antebrazos eran musculosos. Bond lo calificó como un amigo leal y un enemigo implacable. Confió en él a primera vista.

Tras una breve pausa, el hombre sonrió con franqueza y afecto.

—*Ariadne, khrisí mou*.

Saludó a la chica con un abrazo y luego sus ojos vigilantes se posaron sobre Bond.

—Le presento a James Bond, Niko. Es un inglés amigo mío.

—¿Cómo le va, señor Bond? —El apretón de manos era cálido y vigoroso—. Llegó en un buen momento. Estoy terminando aquí y voy a tomar un trago. Espero que me acompañe. Pero antes déjeme explicar algo a este par de idiotas. Saben tanto de carpintería como yo de costura.

Aparte de algunas vacilaciones (por falta de práctica, sin duda), Litsas hablaba como un inglés de clase media, y tenía menos dificultad con los sonidos de la «ch», la «sh» y la «j» que la mayoría de los griegos. Litsas se dirigió a los obreros, pero sin dejar de vigilar con atención a Bond.

La embarcación en que estaban trabajando, de unos siete metros de eslora, tenía mucha manga y una popa notablemente puntiaguda; parecía un buque pesquero o quizás una lancha salvavidas transformada a medias en un pequeño crucero de cabina. Dos literas ya estaban terminadas y también el esqueleto de la

superestructura. Bond pensó que el producto final resultaría grotesco para un *yachtsman*, pero muy «pintoresco» para un turista alemán o francés interesado en alquilar una embarcación barata.

Estimando sin duda que las palabras eran inadecuadas para estimar su desagrado, Litsas estiró un brazo y, con un ligerísimo golpe, quebró una de las delgadas vigas de pino, como si hubiera estado hecha de papel. Los dos obreros adoptaron exageradas actitudes de culpabilidad y autorreproche. Con un gesto de absoluto desprecio, Litsas les dio la espalda guiñando el ojo en dirección de Bond y Ariadne.

—Son chiquillos —dijo—. Nada más que unos chiquillos. No sólo son haraganes y descuidados, sino que todavía no comprenden que hay que trabajar mucho para hacer algo medianamente bueno. Cuando les digo que la cabina se vendrá abajo con la primera ola digna de ese nombre, ellos quisieran contestarme: «Tal vez, pero sea bueno, señor Litsas, mire que buenas literas hemos construido». Así es Grecia; a la gente no le gusta trabajar. Pero dejemos de lado mis quejas. ¿Qué lo trae a Grecia, señor Bond? ¿Vacaciones?

—No, me temo que no.

Litsas captó de inmediato el significado oculto de las palabras de Bond.

—¿Algún problema? Si puedo…

—Ya lo creo que hay un problema y que usted nos hace mucha falta.

—¿«Nos»? ¿Problema de amor?

—Ojalá fuera eso, pero se trata de otra cosa. Ariadne y yo estamos combatiendo una conspiración internacional que amenaza a Inglaterra y Rusia y, quizás, a Grecia. Lamento hablar en estos términos, pero…

—No se preocupe por los términos, señor Bond. —Litsas se detuvo con brusquedad en medio de la calle. En su voz y en sus ojos se advertía una profunda hostilidad—. He terminado para siempre con la política y de todos modos, nunca ayudaría a… la facción que representa. Discúlpeme.

Hizo ademán de irse, pero Bond le salió al paso.

—Le juro que no soy comunista. Estoy de parte suya.

—Varios comunistas me han dicho esas mismas palabras; el último de ellos trató de matarme diez minutos más tarde.

Ariadne intervino:

—Niko, te aseguro que si mi padre estuviera aquí y supiera lo que sabemos, te pediría que nos ayudaras.

Eso no hizo sino acrecentar la ira de Litsas.

—Mi querida jovencita, me parece muy mal que mezcles al comandante en este asunto. Me parece una verdadera estupidez.

—Escúcheme, señor Litsas —dijo Bond, desesperado—. Nuestra causa es justa y yo le hablo con toda seriedad. Le doy mi palabra de inglés.

—¿De veras? —El tono de Litsas se aplacó un poco—. Para mucha gente, eso ya no significa tanto como en otros tiempos. Peor yo soy un sentimental. Muy bien, inglés, le escucho sin prometer nada.

Sin decir nada más entraron en el café y se sentaron a una de las mesitas oblongas de mármol; todavía no había llegado el plástico hasta allí. Los empañados espejos de las paredes hacían lo posible para dar una ilusión de amplitud. En aquel ambiente, en medio del ruido de conversaciones, de dados y de fichas, bebiendo una taza tras otra de hirviente café turco, Bond hizo una completa narración de lo sucedido desde Quarterdeck hasta el incendio de la librería de Thomas. Litsas no quitó sus ojos del rostro de Bond ni por un instante. Al final, quedó en silencio durante dos minutos íntegros, en perfecta calma, sin el nervioso ajetreo de pies y manos tan común en los griegos. Luego habló fría y tranquilamente.

—De modo que, en resumen, lo que usted y Ariadne quieren es que yo los lleve a una isla cuyo nombre ni siquiera me han dicho. Allí ocurrirá algo que ella denomina un acontecimiento —la voz grave se volvió desdeñosa—, salvo que lo impidan ciertos agentes enemigos. Un jefe de seguridad inglés ha sido secuestrado por los mismos enemigos, y es posible que lo usen para perjudicar los intereses ingleses. Cuando ustedes lleguen a la isla decidirán lo que van a hacer. Es claro que por ahora, no tienen ningún plan. Esa historia no me convence. Lo siento mucho. Si quieren, puedo presentarles a una docena de personas dispuestas a alquilarles un yate. Ahora, sin no son tan exigentes, hay un servicio de vapores que…

Bond pensó bruscamente. Había resuelto que una fuerza de tres personas era el mínimo indispensable para la acción planeada, y estaba seguro de que aquel hombre era el más indicado para completarla.

—Mire —dijo—, con hablar así no ganamos nada. ¿Qué cree usted que significa para mí? Piensa que Ariadne y yo le hemos contado todo esto para robarle una de sus embarcaciones. ¿De qué tiene miedo?

—Basta, señor Bond. No le permito…

Ahora intervino Ariadne:

—Niko, escúchame. Estoy segura, casi segura, de que Von Richter está en eso.

Logró el efecto que perseguía. Litsas gruñó como una fiera:

—*To puústi! To thrákο, to*… ¡Ese salvaje! El carnicero de Kapoudzona… A ver, Ariadne, cuéntame más. ¿Cómo se supo eso?

—Fue visto por puro accidente por un ex luchador de la Resistencia. El hombre informó al jefe del Partido, y así sucesivamente. Nosotros lo supimos ayer.

—¿Ah, sí? Ha vuelto a Grecia… No me extraña. Esos bastardos alemanes vuelven como turistas a los lugares que destruyeron durante la guerra. Seguro que Von Richter va a disfrutar de sus recuerdos en Kapoudzona.

—No. Cuando lo vieron estaba tratando de conseguir una embarcación para ir al

lugar del… acontecimiento. Ayer podíamos pensar que era una simple casualidad; mucha gente va a esa isla en verano. Pero ahora no creo que se trate de una coincidencia. ¿Y tú?

—Tampoco —dijo Litsas, torvamente. Respiró hondo y miró a su interlocutora con un atisbo de sonrisa—. Está bien. Haré lo que ustedes quieren. No porque les crea todo lo que me han dicho. Es posible que esta jovencita esté mintiendo al hablar de Von Richter. Pero es posible que no, y eso me basta. Estoy dispuesto a todo por tener una oportunidad de meterle un balazo a ese sujeto.

Bond se sintió aliviado y satisfecho. Preguntó:

—¿Cuándo podemos zarpar?

—Pronto. Llevaremos el *Altair*. Dieciséis metros, «Diesel», fuerte, no llama la atención. ¿Sabe algo de navegación, señor Bond?

—Algo. Pasé algunos veranos a bordo de un buque de pesca.

—Entonces será útil. —Litsas adoptó un aire autoritario—. Bien. En otras circunstancias, podríamos ir a comer almejas al restaurante de Diasemos, pero ahora tendremos que conformarnos con lo que haya más a mano. El *Altair* está amarrado cerca de la torre del reloj. Bandera panameña. Junto a un armatoste para millonarios norteamericanos. Vayan a bordo y quédense ocultos hasta la hora de zarpar. ¿Les parece que alguien les siguió al salir del hotel?

—Lo dudamos. Sólo llevábamos lo puesto en una pequeña bolsa; es probable que no creyeran que nos íbamos. El momento más peligroso fue cuando nos detuvimos, yo para telegrafiar a Londres y Ariadne para prevenir a su gente. Pero teníamos que correr ese riesgo.

—También tendrán que correr el próximo riesgo. No es lejos y no hay nadie a bordo. ¿Tiene un arma, James? Bien. Yo me encargo del resto. Hasta luego.

Diez minutos después, Bond y Ariadne se hallaban a bordo del *Altair*, en el pequeño salón de pasajeros. Allí todo estaba en orden, el piso lavado, las ventanas limpias, las cortinillas de azul marino impecables. Bond calculó que el barco estaba listo para iniciar un crucero y sonrió para sus adentros pensando en lo que tendría que decir Litsas para aplacar a los pasajeros que protestaran.

Bond y Ariadne exploraron con rapidez las comodidades disponibles. Una angosta escalera conducía a un pequeño camarote bajo cubierta, a estribor, un lavabo y una cocina a babor. Bond descendió desde la cocina hasta la sala de máquinas, y medio sofocado por el calor y el olor a aceite, observó el motor «Mercedes» de 165 caballos mantenido en condiciones excelentes. El respeto de Bond por Litsas aumentó un grado más.

Ariadne deshizo el equipaje mínimo que habían traído: mudas de ropa interior, pañuelos, dos faldas, artículos de tocador y, desentonando entre todo eso, 80 cargas de munición para la «Walther». Luego, se compuso levemente el cabello castaño

claro y se arrojó en brazos de Bond.

Bond se despertó al oír voces y pasos encima de su cabeza. Se vistió rápidamente.

Cuando llegó al salón, Litsas estaba de pie, rodeado de cajones, y las voces se retiraban en dirección al muelle.

—¿Ariadne duerme?

—Si.

El hombre miró fijamente a Bond, con ojos tristes y suplicantes, que ya habían dejado de vigilarlo.

—¿Vas a ser bueno con ella, verdad, James? Dices que yo no tengo nada que ver, pero su padre es mi mejor amigo y eso es mucho en Grecia. Si la tratas mal, la abandonas, le prometes en falso o la haces sufrir, entonces yo iré en tu busca y eso no nos va a gustar a ninguno de los dos. Especialmente a ti. ¿Me comprendes?

—Sí. Pero no vas a tener que venir a buscarme.

—Entonces, todos quedaremos contentos. —Litsas se golpeó el pecho dos veces y su tono se dulcificó—. Te envidio por tener una chica para el viaje. Yo no pude encontrar una a tiempo. Cinco años atrás era otra cosa. El viejo Litsas no era el mismo de ahora. De todos modos, no es serio traer una chica en un viaje como este. No conozco a ninguna mujer espía. De verdad, James —Litsas meneó la cabeza desconsolado—, pensar que la pequeña Ariadne trabaja para los rusos, es fantástico. Yo pensaba que lo único que hacía era servir el café a los trabajadores y leer a Marx por la noche. En cambio… Bueno, más vale que aún podamos sorprendernos de algo. Veamos…, combustible y agua en cantidad suficiente. La comida puede esperar. La bebida también puede esperar, pero no tanto. En cuanto a las armas… es mejor que les eche un vistazo. Aquí.

Bond se acercó a la mesa, sobre la que había algunos bultos cubiertos de tela impermeable. Litsas los fue abriendo para poner al descubierto un excelente rifle automático «Beretta M 34» de 9 mm y dos cajas de municiones, cuatro granadas de mano «Mills H.E.» y —lo que era poco menos que increíble— uno de los magníficos rifles ingleses «Lee Enfield», con no menos de sesenta cargas de munición. Todas las piezas estaban en excelente estado de conservación, con las superficies metálicas de los rifles cubiertas por una delgada capa de aceite. Bond recogió el «Enfield» y examinó la mira telescópica.

—¿No perdiste mucho tiempo en reunir este armamento?

—Bueno, fue fácil. Este es mi armamento privado. Hace más de veinte años que lo tengo. Los ingleses me obsequiaron con el «Enfield» en 1944; seguro que no les pareció un regalo caro, porque data de 1916. Sea como sea, me dio muy buen resultado y lo conservé después de mi ascenso oficial. El resto del equipo lo conseguí del mismo modo.

Bond preguntó:

—¿Por qué lo guardaste?

—Comprendo que puede parecer una tontería, pero no es así en realidad, por lo menos en Grecia. Aquí no se puede estar seguro. Es cierto que los comunistas quedaron fuera de combate en 1949, pero convendrás conmigo en que los comunistas no se dan por vencidos así como así. Debo admitir que últimamente se han portado bien. Pero han empezado a dar muestras de actividad. Si hacen otro intento, no les será fácil librarse de mí. Y no se trata de los comunistas tan solo. Nada de eso. El año pasado, sin ir más lejos, tuve un lío en Creta. Allí hay gente muy primitiva. Otro día te contaré lo que pasó. Por ahora te diré que hice frente a un montón y que sólo pude apaciguarlos con esto. Por suerte, me bastó con amenazarlos.

Sin dejar de hablar, Litsas destapó un cajón y extrajo otro bulto envuelto en tela impermeable, que resultó contener un subfusil ametrallador «Thompson MI» del tiempo de la Segunda Guerra Mundial. Estaba en tan buen uso como el resto de las armas.

—Regalo de los Estados Unidos. Vive a bordo. Tengo municiones de sobra. ¿Te parece que estamos bien armados?

—Con lo que tenemos aquí podemos encargarnos hasta de un tanque.

—Un tanque chico, por lo menos. Pero no empezaremos a pelear hasta por la mañana, ¿verdad? Entonces es mejor que guardemos el material.

Había terminado de hacerlo cuando se oyó un leve rumor de pasos sobre cubierta. En seguida, un joven de unos dieciséis años, bajo pero corpulento, apareció en el umbral y saludó gravemente a Bond.

—Te presento a Yanni —dijo Litsas—. *Yanni, o Kyrios Tzems*… Tú y yo podemos ocuparnos del barco, pero necesitaremos un relevo en el timón. Yanni sabe de barcos y conoce estos mares. No necesitamos a nadie más. Pienso darle un par de cientos de dracmas y desembarcarlo antes de que empiece el tiroteo. Si te parece, podemos levantar la pasarela.

Se dirigió luego a Yanni, el cual asintió y se alejó sin hacer ruido. Instantes después, se les unió Ariadne.

Estaba deliciosa y, al mismo tiempo, daba la impresión de estar dispuesta a trabajar igual que los dos hombres. Miró rápidamente a Bond y Litsas.

—¿Por qué no hemos zarpado?

—Estamos listos, querida. Pero tú eres la única que conoce el rumbo. ¿No te parece que es hora de que nos tengas confianza?

—Todavía no ha llegado el momento —dijo Ariadne, con su tono de máxima severidad, evitando la mirada de Bond.

Su tenacidad para guardar el secreto le pareció tan absurda como admirable. La chica pestañeó y tomó una decisión:

—Dirígete hacia las Cícladas. Ya te diré de que isla se trata.

—Muy bien. Vamos, James.

Cinco minutos después, un hombre con traje de lino ordinario llegó corriendo hasta el muelle, contempló la silueta del *Altair* que salía mar afuera, se volvió, y corrió hacia el café de enfrente donde había un teléfono.

10. La isla del dragón

—Ahí es donde vamos —dijo Ariadne, apuntando con el dedo sobre el mapa—. Vrakonisi.

Mirando por encima del hombro de ella, Litsas asintió.

—Catorce horas, como mínimo. No quiero marchar a más de ocho nudos. Y si hay mal tiempo, nos demoraremos aún más.

—Por ahora el mar está en calma —dijo Bond.

El agua azul índigo estaba absolutamente tranquila. A dos millas de distancia, se divisaban con claridad todos los detalles de tierra, pero los colores comenzaba a desvanecerse en el atardecer otoñal: el blanco de los dispersos edificios no deslumbraba tanto, el verde de los árboles viraba hacia el azul, mientras que el castaño y el ocre de las colinas parecían haberse tornado más intensos. Un buque pesquero con una cadena de chinchorros pasó en dirección al Pireo entre el *Altair* y la costa, desplazándose con suavidad, como sobre hielo.

—Aquí suele rondar la calma —dijo Litsas—, pero espera a que doblemos el cabo Sounion y salgamos del abrigo del Ática. Allá afuera podemos encontrarnos con un viento del Norte en verdad traicionero. Bueno. Ahora vamos hacia Kea, pasamos al sur de Kithnos y Serifos, doblamos frente a Sifos y seguiremos hacia el Este. Ese estrecho también puede resultar difícil, pero si hay mar gruesa podemos ampararnos en Paros y Antiparos durante las últimas millas. Bueno. Me voy a hablar con Yanni.

Litsas los dejó. Bond miró hacia la costa con ojos que apenas veían algo. Se sentía maravillosamente descansado y seguro de sí mismo. La nave avanzaba con firmeza por el mar tranquilo, y el apagado rumor de las máquinas era parejo y uniforme, sin vibraciones. Aún quedaban grandes preguntas por responder y asuntos por arreglar, pero, al menos, hasta el amanecer todo estaba en orden. Bond había tenido que aprender a disfrutar al máximo de esos momentos de paz, a saborear todo instante de calma antes del tiroteo.

Miró de reojo el perfil de Ariadne. Además de su belleza sensual, su fuerza e inteligencia le impresionaron de nuevo. En América, en Inglaterra, en cualquier país desarrollado, una chica de esa calidad se habría forjado una brillante carrera en el periodismo o en el teatro. En Grecia, esas oportunidades apenas existían y Bond creyó comprender las razones que la habían impulsado hacia el comunismo.

Bond recogió el mapa y encontró la isla en forma de hoz. Un recuerdo acudió a su mente.

—Vrakonisi. Así que ahí es adonde fue Teseo después de abandonar a Ariadna en Naxos.

—Pensé que no te habías dado cuenta —dijo Ariadne, sonriendo y mordiéndose el labio inferior como una colegiala avergonzada—. Me equivoqué como una tonta.

—No tenía más que mirar un libro para identificar la isla.

—Esa es una historia que no figura en los libros; es una leyenda que cuentan en el lugar.

Ariadne se puso a citar datos, pero con una calidez que no mostraba jamás cuando trataba temas políticos.

—Ningún autor explica por qué Teseo partió de Naxos con tanta prisa. Pero los vrakonisiotas lo saben. El rey de ellos se enteró de que Teseo había matado al Minotauro y le pidió que viniera a matar un dragón que asolaba la isla con su aliento de fuego. Por eso Teseo abandonó a Ariadna y fue a Vrakonisi; creía que no iba a demorarse mucho. Pero el dragón era muy peligroso, porque podía hacerse invisible. Entonces, se ocultaba tras una montaña y echaba fuego por la boca. Teseo sabía eso y fue nadando alrededor de la isla hasta que sorprendió al dragón por la espalda y lo hizo salir a mar abierto. El agua empezó a hervir y el vapor subió tan alto que los dioses del monte Olimpo lo vieron y se preguntaron que pasaba. Por fin, el dragón se ahogó y se hundió en el mar. Cuando Teseo ganó la costa, advirtió que las olas hirvientes habían derretido la mayor parte de la isla, pero el rey, sus hijas y su palacio se habían salvado. Las muchachas cuidaron a Teseo hasta que se recuperó de sus quemaduras, lo que llevó mucho tiempo. Por eso, cuando Teseo volvió a Naxos en busca de Ariadna, ella se había ido.

»Te podrían decir que esa es una historia mitológica, para explicar la formación de la isla a raíz de una erupción volcánica. Pero yo prefiero la historia del dragón. Vrakonisi dicen que significa «isla rocosa». Pero yo creo que el nombre verdadero es Drakonisi, isla del dragón —terminó Ariadne.

—Y ahora otro dragón ronda la isla —dijo Bond—. Con la diferencia de que esta vez se trata de un dragón chino.

En ese momento reapareció Litsas y oyó las últimas palabras. Se detuvo, sorprendido.

—Todo este asunto revela la presencia de los chinos —manifestó Bond, ofreciendo cigarrillos—. La escala de la operación, el desprecio de las normas tácitas del espionaje en tiempo de paz, y sobre todo, la audacia. Ninguna de las pequeñas potencias que podrían resistir la influencia rusa en esta parte del Mediterráneo o del Oriente Medio, Turquía, por ejemplo, podrían o querrían correr una parte del riesgo que esta gente ha corrido. Pero, antes de seguir teorizando, veamos los hechos. Ariadne nos ha revelado el lugar del acontecimiento; sólo nos falta saber de qué se trata.

—Bueno, os lo voy a decir —expresó Ariadne levantando los pies sobre el banco y sujetándose las rodillas—. Se ha convocado una reunión secreta entre un alto funcionario ruso, creo que sabéis quien es, y los representantes de varios países de esta región. Representantes de alto nivel; oí decir que el propio Nasser iba a venir y

que en el último momento designó a un sustituto. Todos los invitados aceptaron la sugerencia rusa, pero hubo dudas acerca del lugar de la reunión. En un principio, se pensó en celebrarla en territorio ruso, pero dos delegados se mostraron muy reacios y dijeron que no irían. Después, todos empezaron a pensar en el prestigio nacional, hasta que, por fin, acordaron reunirse en un lugar neutral, porque, por alguna razón, Grecia no estaba invitada. Los turcos se opusieron, desde luego; Rusia debió haberse mostrado más firme.

La momentánea pero auténtica indignación de Ariadne daba fe del indeclinable nacionalismo que alienta en el corazón de todo griego. Litsas respondió de inmediato, pero Bond se perdió ese matiz. Sus pensamientos corrían, explorando las consecuencias de lo que había dicho Ariadne y tratando de ajustarlas en el cuadro de la información que ya conocía. Llegó a un resultado aterrador.

—Por eso —siguió diciendo la muchacha— lo ideal era una isla, relativamente apartada, con turistas en número suficiente para no inspirar sospechas. Se eligió Vrakonisi porque en uno de sus extremos tiene una casa sobre una altura, a la que sólo se puede llegar por agua.

—Ya sé a qué lugar te refieres —dijo Litsas—. Se ve que es gente astuta; allí sería muy difícil tomarlos por sorpresa. Y eso debe de ser lo que persigue el enemigo.

Bond entrecerró los ojos, pensando.

—Estudiemos su posible estrategia.

—Para eso es necesario un poco de *ouzo*, James —dijo Litsas, levantándose de la mesa y dirigiéndose hacia la nevera—. En Grecia no se estudia nada sin la ayuda de una bebida estimulante, y esta no es hora de tomar café. Nosotros, los helenos modernos, tenemos que ayudar a nuestros cerebros de algún modo.

Litsas tomó un garrafón forrado de paja y sirvió tres copas con hielo.

—Esta es bebida de barril —manifestó—, mucho mejor que la de botella. Es más fuerte y menos dulce.

Bond sorbió y asintió. Tenía el fuego y la suavidad que esperaba de todo aguardiente; era fría y seca en el paladar, cálida y potente en el estómago. Permaneció en silencio un instante más.

—Se trata —dijo con lentitud— de interrumpir violentamente la reunión, dando muerte al mayor número de personas y procurando hacer el mayor ruido posible. Después, según el plan, tratarán de dejar la duda de que todo fue obra de mi jefe, y será imposible desmentirlo. Nuestros cadáveres aparecerán con las armas en la mano. Sin duda, se encontrarán papeles en nuestras ropas con «pruebas» de que estábamos cumpliendo órdenes. Desde luego, todo el asunto apestará a falso y nadie que conozca a los ingleses se dejará engañar, pero mucha gente lo tomará en serio. O fingirá que lo toma en serio, y la influencia británica en esta zona, que no ha dejado de existir, terminará por desvanecerse. El prestigio británico quedará arruinado en

todo el mundo, habrá disturbios, incendios, tiroteos y, quizás algo peor… Gordienko no bromeaba cuando habló del riesgo de una guerra. Creo que tenía más razón de la que suponía.

—Un momento, James —Ariadne se inclinó hacia él—. Estoy de acuerdo contigo en lo que has dicho, pero no veo por qué estás tan seguro de que los chinos sean los responsables. Los norteamericanos son muy capaces de hacer cosas por el estilo. Piensa en lo que han hecho en la República Dominicana, Vietnam, no han vacilado nunca…

Bond quiso contestar pero Litsas levantó la mano.

—Déjame contestar, James. Escucha, jovencita. En el Colegio Pierce de Atenas los norteamericanos te enseñaron inglés, te dieron una educación. ¿Eras tan mala estudiante que ya olvidaste todo? ¿Acaso no ves la diferencia entre la lucha contra los comunistas agresores y esta empresa criminal, este atentado contra personas que visitan un país extranjero, este secuestro de un jefe de la Policía británica? Es algo que ni los peores hombres de Washington serían capaces de hacer. Por favor, Ariadne, olvídate del Instituto leninista y empieza a pensar.

—Además —dijo Bond—, si todavía dicen que los Estados Unidos son el enemigo mundial número uno, tienen que ponerse al día. El Kremlin sabe muy bien que ahora el peligro principal no viene del Oeste, sino de Este. Seguro que no ignoras eso.

Ariadne se sonrojó. Miró a Bond y dijo todavía en tono desafiante:

—Tal vez tengas razón. No sé. —Luego se volvió hacia Litsas y siguió como antes—. Pero no me hables de comunistas agresores… Eso parece que lo hubieras aprendido en el… Instituto Lyndon Johnson.

Bond reprimió una carcajada, pero Litsas no pudo hacer lo mismo y palmeó a Ariadne en el muslo. Los tres compartieron un instante de completa y pura alegría. Pero en un segundo, las cosas volvieron a su cauce. Bond sorbió un trago de *ouzo* y continuó su exposición:

—Lo que de verdad me alarma —dijo con toda tranquilidad— es pensar que esta empresa es tan violenta, tan implacable… tan *loca* que, probablemente, no sea sino el comienzo de algo mucho más grande, concebido a escala aún más ambiciosa. Pensemos en lo que podría suceder, en lo peor que podría suceder. Primera etapa: Gran Bretaña seriamente perjudicada, Rusia, despojada de su prestigio en esta parte del mundo, pues no sería capaz de proteger a los delegados a una conferencia convocada por ella. ¿Y qué me dicen de la violación del territorio griego? Todo el Mediterráneo oriental quedaría abierto a la penetración china. Segunda etapa: todo el mundo árabe y África. Les dejo que piensen en la tercera etapa.

Nadie habló. El *Altair* seguía su rumbo serenamente. Litsas sirvió otra ronda.

—Ese podría ser el plan general —dijo, volviendo a sentarse—. Pero pensemos

en los detalles. ¿Qué plan de ataque podrían tener los chinos? ¿Por tierra o por mar? ¿O, tal vez, por aire? Unas pocas bombas ocasionarían muchas bajas.

—Por aire, quizá… —Bond sacudió la cabeza—. Se verían en la necesidad de efectuar un aterrizaje forzoso en algún lugar cercano, y es difícil. Hay que pensar en eliminar al piloto; claro que no les importaría que muriese, pero tendrían que sacarlo del camino. Si el aterrizaje se hiciera en tierra, correrían el riesgo de provocar un incendio que impediría reconocer a nadie. En el agua, correrían aún mayor peligro de perderlo todo. Supongo que se puede pensar en una operación doble, es decir, en un avión para el asalto y otro para el aterrizaje forzoso, pero con eso duplican los riesgos. No, por ahora creo que se puede descartar la vía aérea. Veamos la vía terrestre. ¿Conoces bien la isla, Niko?

Litsas trató de recordar.

—Un extremo de la isla está abandonado. Hay bosques y extensiones rocosas. Es difícil moverse por allí, pero es buen lugar para ocultarse.

—Pero ese sitio tampoco es muy bueno —argumentó Bond—. Hace falta algo más que armas de mano para atacar una casa. Y cualquier clase de artillería requiere algún trabajo de instalación, sobre todo si el terreno es tan malo como dices.

—A lo mejor tienen uno de esos cañones anti-tanques. ¿Cómo se llaman? *Bazookas*, ¿no?

Bond sacudió nuevamente la cabeza.

—Lo dudo. Esos cañones sólo sirven para inmovilizar los tanques… a no ser que peguen a una ventanilla. Pero para eso hay que acercarse mucho. Claro, una bomba atómica lo resolvería todo, aunque aún queda por resolver el problema del transporte. Por eso, creo que el acceso por mar es el más lógico. Eso es todo lo que se me ocurre. No lo sabremos hasta después de llegar.

La voz de Bond se había vuelto fría, hasta un punto tal que Ariadne lo miró inquieta. En efecto, Bond se había quedado helado al pensar en la posibilidad de una lancha de gran velocidad, cargada con un dispositivo atómico, avanzando hacia su objetivo, lanzando su carga destructiva y huyendo a toda velocidad. ¡Eso sí que haría saltar al mundo!

Para ocultar su agitación, Bond se puso de pie y se dirigió hacia la puerta, acomodándose inconscientemente al movimiento del barco. De manera imperceptible, el viento se había intensificado. Las olas que se deshacían sobre el agua negra mostraban crestas blancas. Las luces de un pueblecito costero subían y bajaban sobre el horizonte. Todavía no había anochecido, y en la incierta luz del crepúsculo se divisaba la silueta de un antiguo templo, como una imagen de solitaria integridad, que aquietaba los temores de Bond. Sus constructores no pensaron en el tiempo que sobrevivirían aquellas ruinas, pero habían trabajado como si lo supieran. Esa era la única forma de trabajar; como si la obra fuera a durar siempre.

Litsas se le acercó para decirle:

—Tenemos que prepararnos. Lo mejor será que cenemos temprano, porque pronto el viento va a ser muy fuerte.

El griego miró el cielo, avanzó un par de metros hacia la proa y contemplo el horizonte sobre el techo de la cabina.

—Dentro de dos horas tendremos un viento de fuerza 5 ó 6, y el viejo *Altair* rola un poco. Sólo cala un metro y medio… Eso es lo malo de los barcos del tipo *karavóskaro*. Siempre es mejor comer con el plato en su lugar. Y, después, hay que acostarse temprano; ustedes dos, por lo menos, podrán acostarse. Yanni y yo nos turnaremos en el timón. Estaremos frente a Vrakonisi a eso de las seis. Voy a verificar el rumbo y los informes meteorológicos, y después me ocuparé de la cena.

Cuando quedaron solos sobre la estructura cubierta Ariadne se abrazó a Bond. Pero éste sabía que todo era una ilusión y que la entrega no sería definitiva y, curiosamente a causa de ello, el momento le pareció aún más dulce. Sintió como si en toda la extensión oscura del mar sólo existieran dos seres humanos.

Eso también era una ilusión, una peligrosa ilusión. Oyó la campana de alarma mental que previene al soldado experimentado acerca de la obligación no cumplida, de la improbable pero posible ruta de acceso sin vigilancia del mecanismo vital que se revisó, pero sólo una vez. No era del todo improbable que en aquel mar que parecía ofrecer una garantía de soledad y seguridad, un grupo de enemigos crueles, inteligentes y bien armados le estuvieran buscando, para capturarlo y darle muerte.

En consecuencia, Bond, Ariadne y Litsas tomaron las medidas defensivas que les parecieron más convenientes. Luego, cenaron aceitunas negras, pan fresco, deliciosos tomates en forma de ciruelas, cebolla cruda y queso *manouri*, duraznos y minúsculas uvas pasas sin semillas. Bebieron el ligero *retsina* de Mamos y terminaron con «Votris», que, según Litsas, era el único aguardiente griego que se podía tomar. A Bond le bastaron dos pequeños vasos. Era una bebida con un toque dulzón que le resultaba inadmisible. Pero la elogió por cortesía.

A las diez de la noche, Litsas se levantó y se desperezó.

—Buenas noches. Me voy a acostar un par de horas, pero pueden descansar toda la noche. No se dejen ver.

Ahora el viento venía de la popa y el *Altair* cabeceaba fuertemente.

Bond se durmió. Pero despertó de súbito cuando una mano se posó sobre su hombro y una joven voz griega murmuró:

—*Kyrie Tzems. Despinís Ariadne*. Barco.

11. Muerte por agua

La cubierta estaba a oscuras, salvo por la lucecita a popa, donde Litsas estaría al timón. No parecía haber ninguna otra luz en el mundo. Las nubes ocultaban la luna y las estrellas. El viento había amainado bastante, hasta Beaufort 2 ó 3. Manteniéndose debajo de la borda, Bond fue gateando hasta la popa.

—Adelante —dijo Litsas con tranquilidad—. Acércate al mástil y mira.

Bond se puso de pie cautelosamente y miró en la dirección que se le indicaba. Un bulto sombrío, mostrando la luz verde de estribor y otra en la cabina del piloto, se divisaba atravesado casi en ángulo recto, a unos seiscientos metros de la proa. No parecía estar en marcha. Bond avistó un corto mástil sobre el techo de la cabina, un ligero movimiento en el interior, y nada más.

—Se acercó desde Paros a unos veinte nudos —continuó Litsas—. Luego, cuando estaba a proa y a babor, aminoró la marcha y quedó al pairo. Desperfecto mecánico, real o fingido.

—¿Te parece que puede ser real? —preguntó Bond, sin apartar los ojos del otro barco.

—Es posible. Hay armadores muy descuidados, como buenos griegos que son. De todos modos, si se queda donde está, ese barco va a tener dificultades con este tiempo. Si no tiene máquina, en ese mástil no puede izar una vela más grande que un pañuelo. Estoy a media velocidad, vamos a acercarnos con lentitud.

Ninguno habló a medida que disminuía la distancia entre las dos naves. Bond descubrió a babor una masa algo más oscura que el resto de la noche; debía de ser Íos, una isla más pequeña. A proa, más allá del perfil del otro barco, empezaba a definirse una forma apenas dibujada por la primera insinuación de la aurora: Vrakonisi.

Cuando la distancia quedó reducida a doscientos metros, una voz partió del crucero.

—*Kapetanie!*

—*Akoúo. Ti thélete?* —gritó Litsas, disminuyendo todavía más la marcha.

El diálogo a gritos continuó un rato. Litsas hizo luego un resumen de la situación.

—Tienen los dos motores recalentados. Dicen que no hay nadie a bordo que pueda hacer una reparación. Fueron azotados por un *meltemi* —un viento del norte— durante cuatro días y temen que empiece a soplar de nuevo con la salida del sol. Todo parece probable. Si dicen la verdad necesitan ayuda, pues seguro que se estrellarán contra los arrecifes dentro de un par de horas. Quieren que los remolquemos hasta Vrakonisi. ¿Qué hacemos, James?

Bond meditó.

—Este es un hecho que, hasta cierto punto, estaba previsto. Ni por un momento

creo que ese barco esté en dificultades. Pero no podemos pasar por alto la mínima posibilidad de que ello sea cierto y de que, realmente, necesite ayuda. Y nosotros somos marinos, ante todo. Diles que les echaremos un cable.

—De acuerdo —exclamó Litsas, y luego, bajando la voz—. Bueno, James, aquí están tus herramientas. Ojalá que las puedas despachar como es debido.

Veinte segundos después, Bond se había amarrado a la cintura la sarta de pequeños paquetes envueltos en plástico y se había equipado con las únicas herramientas del *Altair*: un par de aletas y un cuchillo para la caza submarina. En aventuras anteriores, Bond había podido escoger el más refinado equipo. Esta vez tendría que confiar en su capacidad para la improvisación, en su destreza física y en su coraje.

Estaba listo. Litsas se apartó del timón y le habló en voz baja y ansiosa.

—Lo único que debemos temer aquí es que nos embistan. Dada la diferencia de velocidades, eso es algo que yo no podría evitar. Al agua, Bond. Buena suerte.

Se estrecharon las manos brevemente. Bond pasó una pierna sobre la borda y se deslizó en silencio hacia el agua invisible. Estaba fría, pero Bond sabía que, en aquel mar y en aquella época del año, podría nadar con facilidad. Durante los minutos siguientes, su mayor problema sería el de tener noción de la orientación y del tiempo para asegurarse de que el *Altair* seguía entre él y la supuesta nave enemiga. Sonrió pensando que podía equivocarse, y, en tal caso, todos los mortíferos preparativos que había hecho resultarían cómicamente inadecuados ante un grupo de turistas suecos. En aquel momento, el motor del *Altair* aceleró mientras el barco viraba a estribor y Bond tuvo que bracear con más fuerza para mantener su posición.

Sabido es lo difícil que resulta tender y asegurar un cable desde un barco sin velocidad suficiente, salvo en condiciones de perfecta calma. Si el intento lo hace una sola persona, es peligroso, pero los tres habían convenido en que Yanni no debía complicarse y que debía permanecer bajo cubierta mientras durase el peligro. Y Ariadne no podía abandonar su puesto.

Cada minuto contaba, o podía contar. Mientras los dos barcos se aproximaban y se intercambiaban instrucciones a gritos, Bond se alejó del casco del *Altair* y se puso a nadar siguiendo una trayectoria ligeramente circular que lo mantendría fuera de la luz montada sobre el puente del posible barco enemigo. Aún así no estaba seguro de no ser visto por el enemigo. Bond se proponía mantenerse bajo el agua el mayor tiempo posible, pues un trayecto seguro de verdad hubiera resultado demasiado largo.

No le costaba mucho trabajo nadar. La carga que llevaba le facilitaba la inmersión, y las aletas hacían más eficaz la brazada. A poco más de un metro bajo la superficie cesaba casi toda la turbulencia. Quedaba el vaivén de la onda profunda, pero no le molestaba, sino que apenas reforzaba la sensación del elemento. Sacó la cabeza una docena de veces para respirar y verificar su posición. Por fin, se encontró

a unos siete metros del crucero, exactamente a popa. Avanzó con cuidado en la sombra del casco, encontró un parachoques que colgaba por la banda de estribor y se quedó inmóvil escuchando.

Litsas estaba amarrando el cable de remolque. Cuatro hombres, vestidos con trajes de calle, se hallaban a proa del crucero. Conversaban entre ellos y Bond esperó el paso siguiente, que no se hizo esperar. Los cuatro llegaron a una especie de acuerdo con Litsas, se apostaron junto al cable y empezaron a izarlo con torpeza. Al cabo de uno o dos minutos estarían al lado del *Altair*, en posición para abordarlo. Era tiempo de que Bond entrara en acción.

Se despojó de las aletas, dejándolas hundir, se aferró a la soga del parachoques y se izó hasta la borda, que franqueó sin hacer ruido. Agazapado tras la cabina, desató los paquetes que llevaba a la cintura, sin quitarlos de su lugar, y extrajo el cuchillo de la vaina que llevaba bajo la rodilla.

Uno de los hombres del crucero había llegado al *Altair*; el otro, con evidente aprensión, examinaba la fluctuante distancia entre los dos buques, mientras sus compañeros seguían luchando con el cable de remolque. No había por qué apresurarse, entonces. Tras una rápida inspección hecha sobre sus manos y rodillas, Bond quedó convencido de que el grupo constaba de cinco hombres: cuatro a proa, y uno, en ropa de marinero, inclinado sobre el panel de instrumentos en la cabina del piloto. Cabía suponer que no había nadie más bajo cubierta.

Bond se adelantó hasta un punto situado justo detrás de la puerta de la cabina del piloto. Sólo quedaba un detalle que, con suerte, podía aclararse ahora mismo. Se aproximó, arriesgándose, para echar una mirada. Sí. En el piso, junto al asiento del piloto, había una escotilla cerrada, Bond retrocedió y quedó esperando, a sólo dos pasos de la espalda del quinto hombre, cuchillo en mano.

Tres miembros del grupo se hallaban ahora sobre la cubierta posterior del *Altair*; el otro, evidentemente, se iba a quedar donde estaba. Estalló una discusión. Litsas abría los brazos, protestando su inocencia. Bond captó una mención de su nombre, luego el de Ariadne y por último la palabra *astinomía*: Policía.

No se trataba de una sorpresa; más bien parecía que el grupo estuviese interpretado un libreto preparado para ellos por Bond y los demás la noche antes. La Policía real se hubiera acercado francamente, con su dotación repleta de reflectores, altavoces, uniformes y armas en mano. La cosa estaba clara aunque no del todo; era preciso provocar al enemigo para que se declarase en forma inequívoca.

Litsas siguió protestando, haciendo gestos hacia el lugar de donde venía, explicando, sin duda, que había desembarcado al inglés en Sounion. Uno de los hombres se aproximó, palpó los bolsillos de los pantalones de Litsas y dio una orden. Los otros dos se dirigieron a proa y franquearon la puerta del salón. No era necesario prolongar la búsqueda. Al cabo de un minuto, reaparecieron. El primero de ellos hizo

un gesto negativo. Otra orden y los dos hombres marcharon a proa, poniéndose fuera del campo de visión de Bond.

Silencio completo, salvo por los débiles crujidos de la superestructura del crucero. Luego, una risa de hombre, chocante en aquella atmósfera de tensión. A continuación, el tableteo enloquecido de la «Thompson», sonando chato y sin eco sobre el agua. Un grito de dolor. Bond alcanzó a ver a Litsas buscando con frenesí la «Beretta» en su escondite, bajo la lona en el techo de la cabina. El hombre que se hallaba frente a Bond se puso en movimiento, oprimió un botón en el panel de instrumentos y dos motores empezaron a funcionar inmediatamente bajo cubierta.

Bond entró en acción. Saltó hacia delante, pasó el brazo izquierdo alrededor del rostro del hombre, tapándole la boca. El cuchillo golpeó el pecho mientras el torso se agitaba y los brazos buscaban algo a que agarrarse. Bond oyó un quejido que no sería audible a dos metros de distancia. «Pobre diablo —pensó—, te dijeron que sólo se trataba de un viaje corto, tal vez algo difícil, por el que te pagarían un par de miles de dracmas».

A bordo del *Altair* se escuchaban gritos y tiros, pero Bond no tenía tiempo para ellos. Echó un vistazo a proa. El otro enemigo estaba agazapado al nivel de la borda, pistola en mano, evidentemente en espera de la oportunidad de disparar contra Litsas. Bond se agachó, apartó de su camino las piernas del hombre que había acuchillado, pasó el dedo por la argolla de la escotilla y descendió a la sala de máquinas. Allí, rápida y metódicamente, extrajo de los bolsillos de su cinturón las cuatro granadas «Mills», cubiertas todas ellas por una gruesa capa de grasa de máquina. Cogió una granada tras otra en su mano derecha, les quitó el disparador con el índice de la mano izquierda y las arrojó sobre las máquinas, trepando inmediatamente a cubierta. Segundos después, sintió una tremenda explosión, un temblor bajo sus pies que creció hasta hacer saltar las tablas de cubierta como golpeadas por un gigantesco martillo, mientras una llamarada salía por la escotilla.

En aquel instante, una bala pasó a poco más de un metro por encima de la cabeza de Bond; mala puntería, pero podía mejorar la próxima vez. Sabiendo que no se podía zambullir, Bond saltó por encima de la borda y cayó al mar como pudo. Justamente cuando se hundía creyó oír una segunda explosión. Luego, arqueó la espalda y nadó con energía, a toda velocidad, a sesenta centímetros bajo la superficie durante cien segundos contados. Al final, se dio vuelta y sacó la cabeza.

Una mirada le dijo que si quedaba alguien a bordo del crucero no podría estar apuntándole con un revolver. Tampoco había ningún peligro de que ese buque embistiera a nadie. En el centro ardía profusamente, con el fulgor rojo oscuro del petróleo. El viento empujaba las llamas a proa, mientras que a popa se produjo una explosión que despidió unas intensas llamas de color anaranjado. Como otras veces en su carrera, Bond tuvo un acceso de remordimiento ante la destrucción que había

causado, el acuchillamiento del hombre en la cabina del piloto y el desconocido, pero, sin duda, terrible, destino del otro hombre. Trató de desechar ese pensamiento. No tenía más remedio que actuar así, se dijo. Cumplía órdenes.

El cielo se había aclarado ligeramente en dirección a Vrakonisi. No podía advertirse ningún color todavía, pero comenzaba a amanecer. Tres cortos bocinazos —señal de triunfo— partieron del *Altair*, que se aproximaban lentamente al barco incendiado. Bond se inclinó sobre el agua y braceó cómodamente hacia su barco.

—Me parece que explotaron dos granadas —dijo Litsas—, pero era difícil saberlo. También explotó el combustible. En fin, fue suficiente.

Desde su puesto de timonel señaló los restos del crucero. Quedaron a popa, ardiendo con menor intensidad, oscurecidos en parte por la noche. Empezaría a hundirse tan pronto como el humo que el viento empujaba hacia el *Altair* llegara a la línea de flotación y el agua empezara a entrar, si no antes.

Inmediatamente después de recoger a Bond, el *Altair* empezó a alejarse de la zona, para eludir los barcos de Paros o de Vrakonisi que pudieran llegar atraídos por las llamas. Bond se ocupó del timón en tanto que Litsas y Yanni izaban las velas mayor, cangreja y foque. Ahora, la fuerte brisa permitía una marcha de diez nudos. Habían resuelto dirigirse al sur y circunnavegar Íos antes de llegar a Vrakonisi; con eso perderían dos horas, pero contarían con una coartada para protegerse de investigaciones oficiales o no oficiales. Hasta aquel momento no habían podido comparar sus experiencias.

Bond hizo su relato sentado en cuclillas a popa, bebiendo a sorbos el vaso de «Votris» y aspirando hondamente el humo del «Xanthis» que Ariadne le había alcanzado. El cigarrillo le sabía muy bien, y en aquel instante no le molestaba el dulzor del aguardiente. Terminó preguntando:

—¿Alguien vio lo que pasó con el hombre que permaneció a bordo del crucero?

—Yo no vi nada —dijo Litsas—. Disparó contra mí y erró, yo le contesté con mejor suerte y lo vi agacharse. Luego empezaron las explosiones y no supe nada de él. No vi que bajara a la bodega.

—Está listo, de todos modos —dijo Bond, con estudiada indiferencia—. Por el agua o por el fuego. Pero cuéntame todo lo ocurrido.

—Bueno, hicieron muchas preguntas y yo me porté como un campesino estúpido. Después, uno de ellos se quedó a mi lado y los otros dos fueron a proa a comprobar que mi hija dormía en su camarote y que el peligroso criminal James Bond no estaba a bordo. Entonces… Pero es mejor que esta parte la cuente Ariadne.

—Como dice Niko, en realidad tuvimos suerte. —Ariadne, sentada junto a James Bond, con las rodillas levantadas y apoyadas contra el cuerpo de él, se expresaba con la mayor naturalidad—. Reconocí a uno de los hombres; su voz me era familiar y

cuando le vi la cara me di cuenta que era un tal Theodorou, que estaba en la misma sección del partido que yo, antes de que lo expulsaran por su actitud criminal e izquierdista, o sea, por atacar a la URSS cuando el episodio de Cuba. Yo sé que la Policía griega está corrompida y llena de fascistas, pero un tipo como Theodorou no sería aceptado ni siquiera por ella. Cuando vio que yo lo había reconocido se rió como una bestia y dijo que yo tenía que acompañarlo a su barco, para un interrogatorio… y algo más. La Policía griega tampoco hace esas cosas. Entonces —continuó Ariadne, encendiendo otro cigarrillo, sin dejar de hablar, entrecortándose sus palabras— le contesté… que estaba bien… que esperase un instante…, mientras buscaba un abrigo. Pero lo que busqué y encontré bajo la almohada fue la «Thompson» y le pegué un tiro. Hice como me habías dicho, Niko, y no erré. Pero el otro hombre bajó también y eso me preocupó, porque estaba armado y podía dispararme desde cualquier lugar, sin que yo lo viera. Querido, ¿me dejas tomar un trago?

Ariadne tomó el vaso de Bond con sus dos manos, que le temblaban. Bond le pasó el brazo por los hombros, mientras ella bebía.

—Entonces fue cuando apareció el joven Yanni —dijo Litsas—. Afirmó que no quería que le mandaran a la cama como un chiquillo antes de que empezara la acción. Quería ayudar. De modo que fue a su litera, cogió su cuchillo y se apostó junto a la escalera del castillete de proa. Cuando Ariadne disparó, Yanni comprendió que el otro hombre iba a tratar de matarla. Lástima, para él, que estaba de espaldas a Yanni. La distancia era corta y Yanni tiene la agilidad de un gato; se arrojó sobre él y le metió diez centímetros de acero de Sheffield entre las costillas. Después de eso, no hubo problemas. Seguidamente pregunté a Yanni si quería un trago de aguardiente, pero dijo que no, gracias, que era muy joven para empezara a beber. ¡Después de acuchillar a un hombre armado con un revólver! —Litsas rió de buena gana—. Ahora está trabajando como de costumbre, limpiando la cubierta. Quedó un poco desordenada.

Bond se estremeció. Tenía que acostumbrarse a la idea de complicar a gente inocente en la violencia imprevisible que acompañaba sus actividades, pero el haber iniciado a un adolescente en el oficio de matar era algo nuevo para él. Abrigó la esperanza de que la vida relativamente sencilla de la juventud griega protegiese a Yanni contra la progresiva intoxicación con las armas que un joven inglés de su edad podía adquirir con facilidad después del episodio. No quería pensar en lo que sucedería de otro modo. Con exagerada ansiedad preguntó:

—¿Qué pasó por tu sector, Niko?

—Oh, eso no fue nada. Mi adversario tuvo tiempo de sacar el revólver, pero no le quedó más remedio que dejarme un instante fuera de su vista. Le quité el revólver de un puntapié y, en seguida, le pegué un tiro. Juego de niños.

Se oyó un grito de Yanni. Todos se volvieron en la dirección del índice del muchacho. Pero no había nada que ver. Sólo el agua de color acerado, tocada levemente por los arreboles de la aurora, sobre el lugar donde había estado el crucero.

12. General incompetencia

Era una hermosa mañana. Mar afuera, el *meltemí* empezaba a encrespar las olas, pero en la costa sur de Vrakonisi apenas imprimía una agradable sensación de movimiento a la superficie de la mar rizada. Y en tierra, en la casa del islote, sólo se sentía una brisa suave, arrachada a veces, pero fresca y deliciosa que agitaba las cortinas de lino crudo y levantaba las puntas de los papeles colocados sobre el largo escritorio sueco próximo a la ventana.

Sentado al escritorio con una taza de té al frente, el coronel general Igor Arenski se sentía cómodo y descansado. Esta era su primera misión secreta fuera de la Unión Soviética, aunque como alto funcionario del KGB (Comité de Seguridad del Estado) había hecho muchos viajes al exterior pasando como delegado comercial, jefe de misión cultural y cosas por el estilo, además de trabajar durante cinco años como consejero de la Embajada rusa en Washington.

Arenski apoyó su calva cabeza sobre sus manos entrelazadas y contempló la plácida extensión del mar Egeo. La supervisión de los arreglos de seguridad para aquella conferencia había sido cosa simple para un hombre de sus conocimientos. Todo el trabajo de verdad había sido hecho meses atrás en su oficina de Moscú. Desde un punto de vista estrictamente profesional, no hubiera sido necesario ir en persona hasta allí sólo para presenciar el funcionamiento de un mecanismo perfecto. Media docena de subordinados —por ejemplo, aquel simpático muchacho Gevrek, de la Armenia soviética— podían haber cumplido aquella misión igualmente bien. Ese era el tipo de cosas que los políticos *zhióvannie*[3] no comprendían. Siempre pensaban en términos de jerarquías, rublos, protocolo, funcionarios superiores para proteger a diplomáticos superiores. Como si aquellos árabes y levantinos pudieran distinguir entre un alto miembro de *apparat* y un simple subjefe regional.

Con todo, no podía quejarse. Era bueno haber salido de Moscú por un tiempo; incluso un viaje corto como aquel servía para mantener un punto de vista internacional. Y si bien el clima y la comodidad no estaban a la altura de los que tenía a su alcance en su villa de Sebastopol, el lugar no dejaba de tener su encanto. Los habitantes eran unos brutos, bárbaros y desconfiados, pero su contacto con ellos por razones de inteligencia debía ser mínimo y, a decir verdad, su contacto con uno en particular —un pescador o algo así— se presentaba muy interesante. La vida era amable con Igor Alexeivech.

Aun cuando él nunca lo hubiera admitido, Arenski era un político taimado. Bajo las órdenes de Beria en el MGB, el antiguo Ministerio de Seguridad, se había conducido con una especie de inspirada circunspección, sin hacer amigos ni enemigos y evitando, al mismo tiempo, la peligrosa condición del individualista. Paradójicamente, sus gustos sexuales habían obrado a su favor; en los corredores del

Kremlin la opinión era que alguien tan obviamente vulnerable no era un peligro para nadie. Cuando cayó Beria, y todos sus vasallos le siguieron a la muerte de Stalin, Arenski subió un importante escalón. No era hombre de nadie y era de todos, lo que le permitió ascender sin resistencia. Pero eso significaba que no era un hombre templado, capaz de hacer frente a una emergencia.

Por fin, hastiado de los juegos de la luz sobre el agua más hermosa de la costa europea, Arenski suspiró y echó una mirada al expediente que tenía a la vista. Era preciso cumplir con la tarea de rutina, para no perder la costumbre. Sus pequeños ojos azules recorrieron sin prisa la primera página, cuyo contenido sabía de memoria. Las líneas finales decían:

CUARTO DÍA

Hora / Acontecimiento

12.00 Código de alerta amarillo
Observación: Cordón en torno a la casa
16.00 Llegada grupo ministerial
Observación: Comienza la patrulla marítima
17.00 Código de alerta rojo
18.00 Llegada de delegados
Observación: Comprobación de identidades
20.00 Discurso de bienvenida. Brindis
Observación: Verificación del cordón de seguridad
20.30 Empiezan las sesiones de la conferencia
Observación: Cena del personal de tierra, por turnos

QUINTO DÍA

Hora / Acontecimiento

00.30 Sesión de la conferencia
03.00 Descanso. Café
Observación: Verificación del cordón
04.00 Sesión de la conferencia
05.30 Discurso de clausura
06.00 Partida de delegados
06.30 Código de alerta amarillo
Observación: Retorna la patrulla marítima
12.00 Partida grupo ministerial. Código de alerta azul
Observación: Retiro del cordón. Cierre de enlaces radiales

17.00 Partida del personal

Arenski no partiría con el resto del personal. Tenía diez días de licencia y se proponía pasar allí todos los que a bien tuviera. Por el momento, tenía deseos de pasarlos todos. Aquel muchacho pescador tenía algo al reír.

Golpearon a la puerta, distrayéndolo de su *reverie*.

—*Da?* —gritó, irritado.

Uno de los dos hombres que habían ocupado la casa en primer lugar entró y le habló con un terrible acento ucraniano.

—Buenos días, camarada general.

—Buenos días, Mili. Siéntese, por favor.

El general dominó en seguida su irritación y habló con amabilidad. Tenía la costumbre de no hostilizar a nadie, ni siquiera a aquel campesino inútil, que sólo servía para repartir platos de sopa en un campo de trabajos forzados.

El hombre se acomodó torpemente sobre una mala copia de silla veneciana, junto a la vacía chimenea de mármol, y dijo:

—Sólo se registró una novedad, camarada. Un incendio en el mar, a eso de las cinco de la mañana. Dos barcos fueron a investigar. Recorrieron la zona, pero el barco se había hundido sin dejar rastro. Recogieron a un sobreviviente con graves quemaduras. En el puerto hay una especie de hospital y lo llevaron allí. Contó que había habido un incendio en la sala de máquinas.

—Una triste historia, Mili. Pero no nos interesa, ¿verdad? ¿Qué nos importa que algún griego idiota arroje un fósforo en una lata de petróleo y prenda fuego a su barco? Me sorprendería que no ocurrieran semejantes cosas en este país tan atrasado. Realmente, no hay por qué prestar atención a todos los menudos incidentes que ocurren a nuestro alrededor. Un buen leninista como usted debe saber distinguir inmediatamente entre lo que es esencial y lo que no lo es.

Mili se sonrojó y contestó con humildad.

—Lo siento, camarada general. No pensé.

—No tiene importancia, caro Mili. ¿Algo más?

—Boris vigiló la frecuencia de Atenas a la hora de costumbre, camarada. No hubo mensaje.

—Muy bien. Por favor, vea quien llama.

Había un movimiento en la terraza y se oían voces y gritos en griego. Mili fue a la puerta, la abrió, dejando entrar la luz y el calor intensos en el cuarto a oscuras, y salió. Cuando reapareció estaba agitado.

—Se acerca un bote de remos. Una muchacha y un muchacho. Se aproximan al fondeadero.

Situaciones como aquella se habían planteado muchas veces desde la llegada de

Arenski al islote; turistas que iban a preguntar si se alquilaba la casa, comerciantes en busca de clientes. Siempre habían sido resueltas por uno de los griegos que integraban el equipo, con arreglo a un plan prefijado. Desde luego, el general hubiera dejado que el procedimiento normal fuera aplicado como de costumbre, pero aquella vez decidió tomar cartas en el asunto. Se puso de pie, se estiró la camisa de cuadros verde y turquesa y franqueó la puerta.

El sol brillaba con intensidad y su reflejo en el agua era deslumbrador. A unos cien metros se acercaba un chinchorro pintado de blanco. El funcionario griego de más jerarquía, prismáticos en mano, le pidió instrucciones, pero Arenski siguió estudiando el juego de unos músculos sobre un par de remos. Por fin, preguntó al griego (en inglés, único idioma común entre ambos):

—¿Les ha preguntado qué quieren?

—Claro que sí, general, pero no me contestan.

—Pruebe otra vez. Pregúnteles quiénes son, dígales que esta es una casa particular, y todo lo demás.

El griego hizo lo que se le mandaba. Esta vez la chica le respondió. Arenski no comprendía nada, salvo un nombre, que de inmediato reconoció, sobresaltándose.

—General, dice que es amiga del camarada Gordienko y que desea hablar con el dueño de la casa, por favor.

Arenski se acarició el colgante labio inferior. Lo que sucedía era sumamente irregular, pero no pudo por menos de admitir que no podía despedir a aquella muchacha. Y había algo más. Con aire despreocupado, dijo:

—Contésteles que no conocemos a ningún señor Gordienko, pero que ella y su compañero pueden bajar a tierra para charlar, si gustan.

Dos minutos después, el general estaba en el muelle, inspeccionando a los recién llegados. La chica, griega o búlgara, era bonita, en forma vulgar, con busto excesivo. El muchacho, aunque sólo lo vio de reojo, era satisfactorio. Arenski aguardó; siempre dejaba que los demás hablaran antes.

La chica preguntó:

—¿Habla usted inglés?

—Sí.

—Me llamo Ariadne Alexandrou. Soy subordinada del señor Gordienko, en Atenas. Tengo un mensaje urgente para el jefe de esta unidad.

—Yo soy el inquilino de esta casa, si es eso lo que usted quiere saber. Pero perdóneme un instante.

Dejando a los dos jóvenes al sol, Arenski volvió apresuradamente hacia la habitación que acababa de abandonar. Extrajo del escritorio una carpeta con la etiqueta amarilla de Personal, que contenía copias fotostáticas de documentos de identidad y fichas de funcionarios. Alexandrou. En la foto tenía el cabello más largo,

pero el rostro era igual. Cerró la carpeta y volvió a la puerta.

—Entren, por favor. Los dos. —Cuando hubieron entrado, siguió diciendo amablemente—. Sus credenciales son correctas, señorita Alexandrou, puede pasar. Luego, sus ojos se posaron sobre el cuerpo del muchacho—. Por favor, pregúntele si desea tomar un refresco en la cocina.

El muchacho miró a Arenski cuando la joven le tradujo la pregunta. Con su mirada dijo con más claridad que con cualquier cantidad de palabras, que comprendía la intención del general y le parecía una porquería. Diciendo una palabra a la chica, volvió la espalda y salió.

Arenski tragó en seco y se enderezó. Con un gran esfuerzo logró sonreír y presentarse a la muchacha, antes de decirle:

—¿Quiere que nos sentemos a la sombra?

La dicha que sentía unos minutos antes lo había abandonado. Pensándolo bien, era el hombre menos indicado en todo el Servicio Secreto soviético para escuchar la historia de Ariadne. Pero se las arregló para oírla hasta el fin.

Cuando ella concluyó, Arenski quedó inmóvil en silencio en su silla giratoria, con las manos detrás de la cabeza. Luego, volvió a girar hacia el escritorio y consultó de nuevo las carpetas de Personal. En seguida dijo, mirando hacia la ventana:

—Usted fue contratada por el Directorio general de Inteligencia, el GRU.

—Así es.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que hacer una muchacha de su clase como agente del Ejército rojo? Sin duda hubiera sido mucho más natural que usted quedara directamente a las órdenes del KGB.

—Tal vez, camarada, pero lo que pasó fue que el hombre que me contrató por primera vez era el número dos del GRU en Atenas.

—Sí —dijo Arenski, sin dejar de mirar por la ventana—. Era su amante, ¿no?

—Por favor, general, ¿qué importancia tiene eso?

—Era su amante, ¿no? —Podía haberse escuchado una grabación de la primera pregunta.

—Era, sí.

—¿Y fue él quién la convirtió…, sí, creo que esa es la palabra…, quién la convirtió al socialismo marxista?

—Sí.

—¿Ha hecho usted mucho trabajo de contraespionaje?

—No mucho. Casi siempre trabajos para los que hacía falta una chica como yo.

—Una tentadora —se mofó Arenski—. En realidad, algunos de nosotros nos comportamos como si estuviéramos en la era prerrevolucionaria. Así que su padre —Arenski echó un vistazo a la carpeta—, su padre es empleado de las «Líneas Aéreas Pallas». Un burgués comodón.

Al no obtener respuesta, el general hizo girar de nuevo su asiento y la examinó impersonalmente. Luego respiró hondo y, en tono que pretendía ser amable, dijo:

—Señorita Alexandrou, usted no es el tipo de persona que tendría que estar trabajando por la paz en un país primitivo como éste. ¿Qué experiencia de la lucha de clases puede tener? ¿Dónde están sus raíces proletarias? ¿Sabe usted lo que es? Una romántica, atraída al comunismo por piedad sentimental hacia los oprimidos y al trabajo de inteligencia por falsas ideas de *glamour*. Y esto quiere decir…

La chica lo interrumpió bruscamente.

—General Arenski, he venido para hablar de algo mucho más importante que mis razones para hacerme comunista. Hay una terrible amenaza contra su país y contra la ideología que ambos compartimos. Espero sus instrucciones.

Arenski frunció la nariz y husmeó:

—Los románticos como usted no saben guardar el sentido de las proporciones. Examinemos con calma lo que me ha contado, este… episodio que terminó con la muerte del mayor Gordienko y dos de sus asistentes. ¿Se identificó a alguno de los atacantes?

—Olvidé decirle que el señor Bond reconoció al hombre que mató como uno de los que secuestraron a su jefe en Inglaterra.

—Ah, sí. Debo admitir que el secuestro me atrae. Tiene tanto aire de fantasía… Pero, naturalmente, ya sabemos que a veces ocurren cosas fantásticas. Es una pena que no podamos confirmar este hecho. Luego tenemos el episodio de la lucha en los barcos. Usted misma reconoció a un hombre llamado Theodourou. Un verdadero traidor a la clase obrera, un criminal, como ha dicho. En eso es probable que tenga razón. Este episodio parece más creíble. Sería interesante interrogar al hombre que sobrevivió.

—¿Hubo un sobreviviente? —preguntó Ariadne, incorporándose con rapidez.

—Así es. Está en el hospital del puerto. Iniciaré averiguaciones.

Arenski hablaba distraídamente, sin decisión. Una de las pequeñas irritaciones de aquella intrusión era que le obligaba a cambiar su opinión acerca del significado del incendio en el mar. Se obligó a continuar el análisis de la situación.

—Hay otros elementos de fantasía en su relato. Examinemos la idea, propuesta por Bond, naturalmente, de que la República Popular China conspira contra nosotros. Ahora está de moda creer que China ha reemplazado al capitalismo como la mayor amenaza a la paz mundial. No cabe duda de que nuestros dirigentes han tratado con la debida severidad los errores ideológicos de los chinos. Pero sería un grave atentado contra la teoría marxista suponer que, por orgullo, ambición y envidia, los chinos serían capaces de intentar un ataque violento contra la conferencia que vamos a celebrar aquí mañana por la noche. Eso sería gangsterismo, gangsterismo como el que usted ha conocido por partida doble, pero en grado infinitamente más elevado. Y

el gansterismo es uno de los recursos típicos de los guerreristas occidentales.

»Mi querida señorita —Arenski ensayó otra sonrisa—, la clave de todo este asunto es el carácter de ese hombre, Bond. Lo conozco bien, de nombre. Ha llevado a cabo actividades terroristas en Turquía, Francia y el Caribe. Hace muy poco tiempo cometió dos asesinatos en el Japón por puros motivos de venganza personal. Es un peligroso criminal internacional. Ha tenido la astucia de complicarla a usted en su aventura contándole fábulas de secuestros y chinos malvados, sabiendo que eso interesaría a una mentalidad romántica como la suya. En realidad, casi no vale la pena conjeturar quienes son sus verdaderos oponentes. Algún otro grupo de gangsters, norteamericanos, probablemente. No tenemos por qué preocuparnos.

—¿Puedo hacer una pregunta, camarada general? —Por primera vez, la chica manifestó el debido respeto.

—Claro que sí, camarada.

—¿Cómo reconcilia usted su teoría con el asesinato del camarada Gordienko y de sus dos auxiliares y con la certeza que tenía Gordienko de que hay un traidor en nuestra organización de Atenas?

—Esas son dos preguntas, pero vamos a examinarlas. Gordienko y sus dos hombres fueron asesinados porque la banda rival quería a Bond y ellos estaban en el camino. Muy lamentable, pero nada misterioso. En cuanto al traidor que suponía Gordienko… Bueno… —El general hizo un gesto con su mano perfectamente arreglada—. En cierto modo, yo respetaba al viejo Piotr, pero no puede decirse que fuera un hombre muy eficaz. Y había permanecido aquí demasiado tiempo. Por lo que usted dice, es evidente que existía un fallo en el mecanismo de seguridad. Había una infiltración. Gordienko se había descuidado, pero no sabía cómo ni dónde. ¿Qué cosa más natural que invetar un traidor a quién atribuir todos sus errores?

—Eso lo comprendo muy bien, camarada. Usted lo ha aclarado a la perfección. Pero quisiera que me explicara por qué, si no hay ningún traidor, mi mensaje, enviado a usted por conducto de la Embajada en Atenas, nunca le llegó.

Arenski suspiró:

—Usted dice que no sabe con quién habló allí. Tal vez fue algún auxiliar, sin duda un griego que no comprendió lo que usted le decía, midiendo las palabras, sin duda, y que se fue a almorzar, olvidándolo todo. Demostró un celo muy encomiable, pero seguro que pronto me enteraré de todos los detalles leyendo los diarios, cuando los traigan desde el puerto. Veremos cómo tratan este incidente. Esa es la explicación que quiere. Puedo darle otras, sin incluir la hipótesis del traidor, que usted considera tan importante.

—Bueno, yo sigo creyendo…

—Secuestros, terroristas chinos, traidores,… ¿A dónde vamos a parar? —Arenski adoptó un aire de seriedad. Ya había perdido mucho tiempo intentando razonar con

aquella mujer—. Ahora voy a exponer nuestro plan de acción. Quiero que Bond venga aquí. Está claro que se propone atentar de alguna forma contra nuestra conferencia. Pero con la ayuda de un rufián griego y de un muchacho poco podrá hacer. Dispongo de armas suficientes para rechazar un ataque en gran escala. Creo poder afirmar que no he descuidado nada. —El general sonrió levemente—. Pero Bond puede ser una molestia. Habrá que impedir que cause ningún daño mientras dure la conferencia.

—Si yo puedo hacer algo, camarada general.

—Sí, camarada Alexandrou, usted puede hacer mucho. Doy por sentado que se ha acostado con Bond.

Arenski logró que su voz disimulara el desagrado que le inspiraba la idea.

—Sí, camarada. No me deja en paz.

—¿Está enamorado de usted?

—Ah, sí. Tengo mucha influencia sobre él.

—Mejor que mejor. —Arenski estaba radiante—. Convénzalo de que venga a entrevistarse conmigo. Dígale que estoy muy preocupado por lo sucedido y que necesito su ayuda. Dele mi palabra de que podrá salir libremente en cualquier momento que lo desee. Usted sabrá qué clase de argumentos debe usar. ¿Está claro?

—Perfectamente claro, camarada general —dijo la chica, levantándose—. Lo traeré tan pronto como sea posible, pero usted tendrá que darme algún tiempo.

—Desde luego. —El general también se levantó—. Dígame, ¿cómo lo convenció para que la dejara venir sola hasta aquí hoy?

—Con el mismo método que usaré para convencerlo de que venga en persona.

—Ah, sí —dijo Arenski con precipitación y luego, recordando su educación agregó—. ¿Desea beber algo antes de irse, estimada señorita?

—No, gracias. Más vale que regrese en seguida.

—Todavía hemos de hacer de usted una buena marxista. Permítame decirle que aprecio mucho sus servicios.

La chica sonrió agradecida y dijo, con evidente convicción:

—Permítame que yo le diga, camarada general, que le doy las gracias por haber interpretado científicamente la situación y por haber tratado con benevolencia mi mala actitud ante los engaños de este espía. Creo que la experiencia ha sido útil para mí.

Arenski se inclinó. La había catalogado como una típica prostituta balcánica, tonta, sentimental, amante del placer y con una pizca de bandolerismo, pero tenía voluntad y buena disposición para corregir sus errores, lo que parecía prometedor. La mencionaría favorablemente en su informe.

—*Au revoir*, camarada Alexandrou, espero volver a verla muy pronto.

Al quedarse solo, caminó por la habitación con el ceño fruncido. Le pasó por la

cabeza la idea de que un intento chino de sabotear la conferencia no era del todo inconcebible. Como se sabía, Mao Tse-tung estaba de humor extraño en los últimos tiempos, a medida que se acercaba su jubilación. Y la conducta de los guardias rojos, la nueva hostilidad hacia los extranjeros… Pero su ceño pronto se alisó. La fantasía debe ser contagiosa, pensó. La violencia declarada, en la escala requerida por semejante plan, era inconcebible en tiempo de paz, incluso admitiendo la mayor irresponsabilidad entre los líderes neostalinistas de China. Con todo, había que aclarar una o dos cosas sin pérdida de tiempo.

Se dirigió al escritorio y sacudió la campanilla de bronce para llamar a Mili.

—Vaya a la cabina de radio y dígale al operador que llame en seguida a Atenas. Yo iré a hablar dentro de algunos minutos.

—¿Rompemos el silencio radiotelefónico?

Arenski apretó sus menudos puños. La mirada de aquel aldeano lo enfurecía. Contestó con aire de exagerada paciencia:

—Sí, Mili, romperemos el silencio radiotelefónico. Exactamente. Ahora, haga lo que le digo. Y dígale a uno de los griegos, al gordo, que vaya al hospital del pueblo y pregunte por…, no, dígale que venga a verme.

El griego gordo apareció, recibió sus instrucciones y fue despedido por Arenski con su cortesía habitual. En cuanto estuvo del otro lado de la puerta, el hombre hizo el gesto tradicional con los cinco dedos que significa: «Que pierdas los cinco sentidos». Luego, el general subió al pequeño cubículo, caliente como un horno, que en lo alto de la casa alojaba la estación radiotelefónica, con su enlace inalámbrico con Atenas y Plovdiv, en Bulgaria, que, a su vez, podía retransmitir mensajes a Moscú, en caso necesario. Este último circuito no debía usarse salvo en condiciones de urgencia de guerra. El cuarto apestaba a sudor y a cigarrillos rusos baratos. Una cama sin hacer ocupaba la mayor parte del espacio que dejaba libre el equipo de color gris metálico. Arenski sacó un pañuelo perfumado e inhaló.

El operador, un moscovita de pescuezo de toro, muy atacado por una erupción, extendió el micrófono a Arenski, quien se puso a hablar.

Era desesperante, se perdía muchísimo tiempo y los aullidos de la estática y la incoherencia de la voz que escuchaba le irritaban, pero al cabo de veinte minutos de agonía, pudo aclarar la situación. Dio las gracias y salió del cuarto, transpirando.

Mientras descendía por la escalera de piedra encalada hacia la terraza, donde se sentaría a la sombra a gozar de un vaso de limonada fresca, Arenski sonreía ante lo previsible de las respuestas a sus preguntas. ¿Por qué no se habían comunicado las muertes, o sea «el forzoso retiro del gerente y de los dos vendedores»? Porque cuando se trató de enviar el informe el transmisor estaba descompuesto, y la reparación había llevado mucho tiempo. Sólo hacía un par de horas que funcionaba. ¿Por qué no se había enviado entonces el informe? Porque se había pensado que era

mejor esperar a la hora fijada para las transmisiones, a mediodía. ¿Por qué no se había comunicado la llegada de Bond, «peligroso competidor inglés»? Porque para la hora en que los planes de neutralización de Bond habían fracasado, el transmisor se había descompuesto. Se ofrecieron disculpas y se dio la seguridad de que el subgerente de ventas tenía pleno dominio de la situación.

Arenski se reclinó en un sillón de mimbre y sorbió su limonada. Reflexionando algo más, no pudo reprimir una sonrisa. Era muy propio del pobre Gordienko creer que podía lidiar con Bond por sí solo. Era muy de él no haber establecido un procedimiento eficaz de mantenimiento y reparación del transmisor en su estación de radio. Y muy de él, también, total y tristemente de él, haberse dejado matar en una trifulca entre bandas rivales de pistoleros occidentales. Era penoso pensar mal de un antiguo camarada, pero más valía que Piotr hubiera desaparecido antes de hacer algún daño importante.

En cuanto a Bond… Arenski se disponía para el encuentro. Qué satisfactorio —y ventajoso— sería poder informar al Ministerio: «Tengo un prisionero que puede interesarle… Un pistolero occidental llamado Bond. No, aunque le parezca raro, no me costó mucho trabajo capturarlo». Luego, una vez concluida la conferencia, Bond se apoderaría de un revólver y el general, en defensa propia, se vería obligado a matarlo. Perfecto.

Tras un instante, Arenski murmuró para sí, en inglés: *The man who killed James Bond*, y rió entre dientes.

13. La ventanita

—Allá vienen.

Litsas apartó la vista de los prismáticos «Nepretti Zambra» y los depositó sobre el techo de la cabina. A través del fulgor solar, Bond divisó la mancha de la embarcación, que parecía estacionada en la distancia, frente al extremo de la isla más allá de la cual se hallaba el islote. El *Altair* había fondeado en una minúscula caleta flanqueada por acantilados de granito. Allí había pocas posibilidades de que fueran observados, pero la costa norte de Vrakonisi sólo es cómoda en condiciones de perfecta calma, y el caique, amarrado a un pináculo que sobresalía de una lengua de rocas y anclado a su estrecha prolongación submarina, rolaba y cabeceaba en forma peligrosa.

—Continúa, Niko —dijo Bond, sentado en su silla de lona, en la reducida cubierta de proa—. Dicho de paso, ¿dónde está Kapoudzona?

—En Macedonia. Es una aldea en las montañas. La gente de allí es muy dura; no les tengo simpatía. Hay muchos turcos y búlgaros, pero todos son gente dura. Bien, poco después de la aldea, el vehículo del Estado Mayor fue detenido por una barrera, algunos hombres salieron de detrás de las piedras e hicieron fuego, matando a todos los coroneles alemanes. Von Richter era el comandante de la compañía de apoyo a un batallón de Infantería de las SS que recibía instrucción en las cercanías. Había una nueva orden alemana según la cual los ataques de los guerrilleros tenían que ser castigados rápida y severamente. Eso era todo lo que quería. Al cabo de dos horas había tendido un cordón alrededor de la aldea y reunido a todos los habitantes en la plaza. A las mujeres y a los niños de menos de catorce años los mandó a una escuela que era un edificio grande, de madera. Von Richter ordenó a sus hombres que cerraran las puertas, echaran gasolina por las paredes y les prendieron fuego. Algunas madres trataron de sacar a los niños por las ventanas, pero las ametralladoras las estaban esperando. Luego, hizo matar a los demás. Doscientas ocho personas muertas en total. No sé cómo, dos viejos sobrevivieron para contar el episodio.

Tras una corta pausa, Litsas continuó:

—Siempre recordaré una cosa. Von Richter se apostó junto a la puerta mientras entraban las mujeres y los niños. Cada vez que veía a un niño de carita linda, le acariciaba la cabeza, le pellizcaba la mejilla y le decía palabras amables a la madre. Ah, sí, a los alemanes les gustan mucho los niños.

Las últimas palabras fueron dichas con voz entrecortada. Litsas volvió la espalda y Bond se acercó, pasando su brazo por los musculosos hombros del marino, sin decir nada.

—James, prométeme que me lo dejarás. Tengo que matarlo yo mismo. Seguro que me comprendes.

—Sí, Niko, te lo prometo.

Bond se apartó y dirigió la vista hacia la embarcación que se acercaba. Ya estaba bastante cerca y podía divisar la blusa azul de Ariadne y su cabello rubio brillando en el sol. La saludó con la mano y ella contestó. Gracias a Dios que estaba cerca. Comprendió que deseaba verla —no hacerle el amor, sino tan sólo verle la cara y tocarle la mano— con un anhelo más hondo que el que le hubiera inspirado cualquier otra mujer en su vida.

Un movimiento en la ladera, encima de la nave, le llamó la atención. Alguien, un hombre, bajaba penosamente, en diagonal, a través de las masas de rocas y los espesos matorrales. Sus movimientos eran peculiares, como si estuviera parcialmente impedido. Bond, por simple curiosidad, levantó los prismáticos pero cuando enfocó el lugar donde había visto la figura, ésta había desaparecido.

La terraza empedrada donde se hallaba el coronel Sun, como todo su establecimiento en la isla, era de proporciones más modestas que las de su colega ruso en el islote. La casa estaba también más oculta, con el fondo mirando tierra adentro. Un extraño inquisitivo necesitaría mucha persistencia para trepar por cualquiera de los dos profundos barrancos que separaban el Cuartel General de Sun de las caletas vecinas, y un físico muy fuerte para aproximarse directamente descendiendo por la ladera abrupta, cubierta de zarzas y peñascos informes, aunque algunos tenían una curiosa regularidad geométrica, como si fueran bloques para la construcción de algún templo gigantesco.

El hombre que había hecho este incómodo descenso, y que ahora estaba sentado frente al coronel en la terraza, parecía tener un físico fuerte, en efecto. No podía ser de otro modo, para soportar quemaduras de segundo grado bastante extensas a bordo del crucero, pasar una hora en el agua y caminar cinco millas al sol para ganar la altura que dominaba la casa. Tenía el brazo izquierdo vendado y entablillado, y había sufrido dos caídas graves durante el trayecto, a causa de aquel impedimento. Como, además de estar agotado, se hallaba bajo los efectos del *shock*, hizo su relato desordenadamente, repitiendo muchas cosas.

Sun se mostró tolerante. Con las manos sobre las rodillas, permaneció sentado sobre un taburete de madera, en una postura erecta que hubiera acalambrado a cualquier occidental, mirando impasible al pequeño tahúr del Pireo que había aguantado tanto por doscientos dólares americanos. Entre ambos, Doni Madan se había extendido sobre cojines de espuma de goma, luciendo un bikini a cuadros blancos y negros, lo que no dejaba de ser una curiosa vestimenta para una intérprete. Sorbía ruidosamente el contenido de un largo vaso pálido.

—Dígale al señor Aris que ahora lo veo todo claro —dijo Sun— y agradézcale sus servicios. Ofrézcale otro trago o un refresco, si lo prefiere. Ahora quiero hacerle

algunas preguntas. Primero ¿cómo se las arregló para encontrarme?

Mientras la muchacha traducía todo esto, Sun fijó su mirada sobre el rostro macilento de Aris y luego sobre su boca, en la que se veían varios dientes de oro, cuando hablaba. Aquel hombre se había comportado bien, no mejor que cualquier chino consciente desde el punto de vista político, pero sorprendentemente bien para ser un occidental no inglés.

Doni se había inclinado para verter más aguardiente en le vaso que se le tendía con mano temblorosa. Luego volvió a reclinarse, ajustándose un tirante del bikini y revelando por un instante la fina mata de pelo debajo de su axila. Con voz firme dijo con cuidado:

—Dice que creyó necesario prevenirle, y que sólo ha recibido la mitad del dinero.

—Ese es el porqué de su venida, pero yo quiero saber cómo consiguió llegar. Vuelva a preguntarle.

Colocado en su posición anterior, el coronel esperó con su invariable e inquietante paciencia.

—Dice que les mostraron un mapa a todos, caso de que alguno muriera.

—Previsión y pesimismo notables, pero justificados, por lo visto. Bien, creo que por ahora es suficiente.

Aris tragó el resto del aguardiente y agregó unas palabras por su cuenta. Parecía incómodo. Tal vez le molestaba la fría cortesía con que se le había escuchado su relato de un fracaso humillante y espectacular. El temor, mucho más que el sentido del deber o el deseo de cobrar, era lo que le había movido a abandonar el hospital, cuando todo su ser clamaba reposo. Se decían cosas en Pireo… Pero no se atrevía a mencionar esas cosas. Siguió hablando, gesticulando dolorosamente.

Después de escuchar en atento silencio la traducción de Doni, Sun quedó pensativo. «En realidad, esta gente adora las palabras. No tiene noción del vínculo entre las palabras y la acción. Si yo fuera a tomar en serio las acciones de este hombre, no lo salvarían las palabras de ningún idioma. ¿Cómo puede ignorar una cosa tan simple? Se ve que no tiene contacto con la realidad».

Doni esperaba que terminara aquella parte de su trabajo. La poseía una somnolienta languidez, compuesta de sol, aire, mar, el aroma de tomillo e hinojo que venía del campo, los efectos de la siesta, del próximo almuerzo y de la continuación de la siesta. En su interior, pensaba con placer que nadie jamás sería capaz de imaginar lo que ella podía hacer. Fingiendo que se frotaba con aceite para tostarse mejor, se palmeó lentamente los muslos.

El coronel prosiguió, en un tono más brusco:

—Dígale al señor Aris que comprendo muy bien las dificultades que ha afrontado. Asegúrele que la fuga de Bond no es nada cierto. Y dígale que pronto se le pagará todo lo que se le debe, con un premio de cincuenta dólares por su

consagración al deber. Si lo necesita, puede recibir atención médica; condúzcalo al doctor Lohmann. Y haga que Yevgueni le cocine algo. Más tarde usted o su colega pueden confortarlo, si él quiere. Pero recuerden que está muy débil y no lo conforten mucho.

Con una sonrisa que desapareció tan pronto se dio cuenta de que estaba en presencia del coronel Sun, Doni se volvió hacia Aris para hacer la traducción. Sun se puso de pie, desdoblándose verticalmente como un títere de cordel.

Sin salir de la sombra, avanzó hasta la esquina de la balaustrada de piedra, sobre el borde exterior de la terraza. Allí, perfectamente impasible, se detuvo con los ojos semicerrados recorriendo el áspero, soleado e inmóvil paisaje. No advirtió nada especial. El estridente chirriar de las cigarras llegaba a sus oídos sin penetrarlos. Aun cuando no tuviera preocupaciones en su mente, no hubiera prestado atención a aquel paisaje extranjero, irrelevante. Lo que importaba era la acción, no el escenario. La Historia era una cuestión de hechos y de hacedores. Si la gente tenía que preguntarse *dónde* había sucedido algo, era indudable que el hecho no tenía características excepcionales. Y dentro de poco tiempo, menos de cuarenta y ocho horas, él, Sun Liang-tan, iba a realizar algo excepcional.

Una vez terminada la conversación a sus espaldas, y desaparecidos los interlocutores, el rostro del coronel cambió, aunque su cuerpo se mantuvo inmóvil. Una débil y lenta llama parecía arder dentro de las pupilas grises, y los labios rojizos se estiraron y separaron. Se oyó un bisbiseo rítmico, semejante al sonido de una distante bomba de aire. El coronel Sun reía.

Recobrando su compostura volvió apresuradamente a entrar en la casa, y subió con rapidez las escaleras. En excelente estado de ánimo, descorrió el cerrojo de la puerta del cuarto al final del corredor y entró.

—Buenos días, estimado almirante. Mejor dicho —Sun consultó el dial negro del «Longines» que llevaba en la muñeca—, ya que ustedes los marinos son tan escrupulosos con respecto a la hora, buenas tardes. ¿Cómo está? ¿Tiene todo lo que desea?

M había estado mirando por la ventanita de su cuarto. Podía ver una estrecha franja de mar y, una o dos veces por día, un yate o un buque de pesca, imágenes benditas y casi increíbles que le recordaban y aseguraban, durante unos segundos, que el mundo seguía andando y no estaba del todo loco. No podía permanecer más que unos minutos por vez junto a la ventana, porque se cansaba estando de pie, y la única silla del pequeño cuarto (el resto del mobiliario era la cama) era demasiado baja. Dos cosas en particular le atormentaban: el temor de que pasara un barco sin que él lo viera cuando descansaba en la silla, y la evidencia de que empezaba a esperar las visitas de Sun como una especie de alivio a tanta monotonía. No le costaba comprender las primeras etapas de esa enfermiza y misteriosa familiaridad

que se establece gradualmente entre el prisionero y el interrogador. Ahora se volvió para mirar a Sun, pálido y desencajado, pero tanto su vista como su voz eran firmes.

—¿Qué diablos puede importarle, gusano amarillo —dijo M, con toda claridad— si tengo o no todo lo que quiero? Diga lo que piensa, por amor de Dios.

—Nada de insultos, por favor, señor. Eso sirve únicamente para dificultar el pensamiento por ambas partes. En respuesta a su pregunta, claro que me importa si usted tiene lo que quiere o la parte que le corresponde de lo que tenemos aquí. Debe conservar sus energías para desempeñar su papel en las experiencias que nos aguardan, y que, puedo asegurarle, superarán con mucho todo lo que hemos intentado hasta la fecha. Y no es parte de mi plan el que pase hambre o se vea privado de ir al baño. No permitiré que sufra ninguna privación menuda durante sus últimos días.

La mirada de M no se alteró.

—Se lo agradezco.

—Pero no he venido sólo para preguntarle por su salud, por más que me importe. También le traigo noticias. Noticias de su subordinado y colega en terrorismo, James Bond.

El esfuerzo para controlarse, para disimular sus sentimientos, para no traicionar ningún signo de esperanza, casi hizo tambalear a M. Sin apurarse, extendió una mano para aferrarse al marco de la ventana, y pregunto, con cierto interés, no exento de cortesía:

—¿Ah, sí?

—Entre nosotros, no le negaré que Bond se ha comportado con habilidad y energía. Ha causado considerable daño en el sector Atenas de esta operación. Sin embargo, esa fase no estaba a mi cargo y ya ha concluido. Bond se encuentra en la vecindad.

No hubo ninguna reacción por parte de M.

—Nuestra costumbre de trabajar en unidades separadas, cada una de las cuales informa al jefe, ha tenido un curioso resultado; mientras en Atenas trataban de neutralizar a Bond a cualquier precio, yo me he estado preparando para recibirlo ileso. Todo saldrá a mi manera. Confío en que el agente 007 sabrá llegar a esta casa. Una vez aquí, mañana, tal vez hoy mismo, será hecho prisionero. Por sí solo, es un enemigo formidable, ya lo sé. Pero no cuenta con aliados que valgan la pena: sólo una prostituta que ha trabajado como mensajera de los rusos y un degollador fascista de las tabernas del puerto. En cambio, dentro de muy poco tiempo, yo contaré con cinco hombres expertos para hacerle frente. El resultado no puede ponerse en duda.

—No confíe mucho en la superioridad numérica —dijo M, conteniendo una sonrisa—. Bond ha superado mayores obstáculos, organizados por inteligencias superiores a la de un chiquillo sádico que vive en un mundo fantástico. Diga sus plegarias, Sun, queme incienso o haga lo que quiera.

El coronel mostró sus dientes que apuntaban hacia adentro.

No hable de quemar nada, almirante, porque es un tema muy delicado. ¿Cómo es la piel de su pecho?

M siguió mirándolo.

—Más adelante veremos qué se puede hacer en su espalda. Allí contamos con la circunstancia de que el receptor no sabe dónde y cuando se le aplicará el estímulo. La incertidumbre tiene resultados interesantes. Pero me parece vulgar que nos estemos amenazando uno al otro. Lo dejaré en paz para que almuerce; Yevgueni ha prometido prepararle algo especial, un manjar, según dice. Y creo que hoy podemos permitirnos un vaso de vino. Usted querrá brindar por la llegada de su amigo y colega.

Volviendo la espalda, M contempló una vez más la vacía franja de mar.

14. El carnicero de Kapoudzona

—El general quedó muy preocupado con lo que le dije —contó Ariadne—. Quiere que vayas a verlo para hablar del asunto. Creo que quiere unir sus fuerzas con las tuyas. Me dijo que necesita tu ayuda. Como es natural, después de la entrevista quedarás libre para ir a donde te plazca.

Bond examinó la punta de su cigarrillo.

—¿Qué garantías me ofrece de que podré salir de la casa?

—Bueno, tienes su palabra; la palabra de un coronel general del KGB.

Durante un instante, reinó el silencio en el salón del *Altair*. Luego Bond y Litsas rompieron a reír.

—¿Lo hice bien? —preguntó Ariadne, ansiosamente—. ¿Verdad que los engañé?

Bond la abrazó y la besó en la mejilla.

—No —contestó—. Me temo que no. Nunca serás una buena espía; eres demasiado sincera. Nos dimos cuenta de que no creías una palabra de lo que decías y que todo te resultaba repugnante e inverosímil. No eres una buena actriz.

—Ese sujeto parece estar loco de atar —dijo Litsas, sirviendo una vuelta de *ouzo* —. ¿Qué se cree? Supongo que le contaste todo.

—Todo, pero no me creyó. Es decir, creyó la parte relativa a Gordienko, porque ni siquiera una cretina como yo hubiera mentido sobre algo tan fácil de comprobar. En cuanto al resto, dijo que era una trampa inventada por James para que yo le ayudase a combatir a unos gangsters y a sabotear la conferencia. Desde luego, fracasarías, porque el general había tomado precauciones perfectas y maravillosas, pero, sin duda, Bond era un criminal peligroso. Tuve que fingir que estaba de acuerdo con él porque, de otro modo, no me hubieran dejado salir.

—En otras palabras —dijo Bond—. Procedió como si hubiera decidido no creerte desde el momento en que te vio.

Ariadne aprobó con energía.

—Precisamente. Yo era el tipo exacto de persona que no le merecía crédito. Soy griega, de modo que soy atrasada y estúpida. Además, soy mujer…

—Ah, así que es uno de los muchachos… —dijo Litsas, con un gesto sugestivo.

—Sí. Tenías que ver la mirada que le echó a Yanni. Pregúntale. Bueno, también soy la clase media y, por lo tanto, una idiota sentimental incapaz de comprender la política. Y, por último, soy del GRU y él es del KGB.

—Claro, por eso tenían que ser enemigos —dijo Litsas, secamente—. Está claro.

—El GRU —dijo Bond sonriente— es el organismo de inteligencia del Ejercito rojo, Niko. También se dedica al espionaje común. Con eso, enfrenta a los otros, a los del KGB. Es la policía secreta y es un organismo más grande y poderoso. Hay mucha rivalidad entre los dos grupos.

—¡Rivalidad! —expresó Ariadne, irritada—. ¡Más bien celos y odio! Una guerra fría interna. ¿Recuerdan a Oleg Penkovski, el coronel del GRU que espiaba para el Occidente con aquel comerciante inglés, Greville Wyne, y que fue fusilado en 1963? En los países capitalistas, todos se preguntaron cuál pudo ser el móvil de Penkovski. No lo hizo por dinero, ¿saben? En el GRU todos sabemos que Penkovski quería vengarse del KGB por lo que habían hecho con él y con sus amigos y con el pueblo ruso…

Ariadne se contuvo. Bond la miró con ironía y encendió otro cigarrillo.

—Bueno, el general no nos ayudará —dijo—. En realidad, tenemos que apartarnos de él. Esto es lo que podemos afirmar.

—Hay más. Sobrevivió uno de los hombres del crucero y ahora está en el hospital. Arenski va a interrogarlo.

Bond y Litsas se miraron.

—De modo que se salvó, al fin y al cabo. Interesante, James.

—Eso es todo lo que se puede decir por ahora. No nos es posible vigilarlo para saber quién lo visita y no creo que sea una amenaza para nosotros. Von Richter es el hombre que nos interesa. ¿Dónde empezamos a buscarlo?

—En el puerto, siempre en el puerto. Allí podemos estar a salvo algún tiempo, y además necesitamos comida, comida caliente, comida de verdad, carne, en lugar de estas comidas de pastores. Me gustaría echar combustible; este barco sólo tiene autonomía de doscientas millas. Vamos, entonces.

Litsas vació su copa y desapareció en dirección a las máquinas. Bond miró a Ariadne. Los ojos castaños claros de la chica estaban velados y la firme boca griega, deprimida en las comisuras. Colocando su mano sobre le hombro de ella, Bond le preguntó:

—¿Qué pasa, Ariadne?

—Querido, estoy tan disgustada… Pensar que para una importante operación como esta han designado a un marica… Por lo menos, en otros tiempos, los agentes de seguridad eran competentes. ¿Qué ha sucedido?

—Podría darte una conferencia sobre la burocracia y los ascensos obtenidos por razones políticas. Pero te perdonaré. Olvídalo. Confía en Niko y en mí. Vamos a hacer lo que no pudo Arenski.

Ariadne se recostó contra él. Bond sonrió para sí. Una de las cosas raras de aquella aventura, pensó, era que tenía que prometer a un agente soviético que los intereses de su país serían protegidos. Si alguna vez M oyera hablar de aquello…

El motor arrancó y Bond pensó en otra cosa.

El puerto principal de Vrakonisi, aunque relativamente pequeño, es uno de los mejores del Egeo meridional, seguro y cómodo en cualquier tiempo, salvo cuando soplan vientos fuertes del sur, raros en esas aguas. La mayoría de las islas volcánicas

se elevan demasiado abruptamente para ofrecer buenos fondeaderos —por ejemplo, la bahía de Santorin tiene más de trescientos metros de profundidad y hay que atracar en tierra o usar una boya comunal—, pero gracias a una perturbación geológica del fondo marino, parte de Vrakonisi se inclina hacia el norte, reduciendo el ángulo de sus acantilados y brindando una franja de bajíos hasta unos ochenta metros mar afuera. Esta zona se halla protegida por dos escolleras cortas, una de las cuales data visiblemente de la época veneciana. Allí fue donde, después de aprovisionarse de combustible, quedó amarrado el *Altair*.

Bond permaneció sobre la escollera, al sol, esperando a los otros y mirando a su alrededor. Había mucho que ver. A su derecha, el puerto estaba repleto de embarcaciones pequeñas: yates, buques pesqueros, naves de transporte (muchas de las necesidades de Vrakonisi tienen que ser atendidas por vía marítima) y una multitud de las chalinitas de siete a diez metros necesarias en una isla con pocos y malos caminos y muchos lugares habitados accesibles únicamente por mar. Frente a él se veía una fila de edificios pequeños frente al muelle. En la punta más próxima había unas casas blancas con persianas azules y marrones, luego un almacén de comestibles, un proveedor marítimo, la administración del puerto y una taberna con un toldo verde descolorido. Nada de luminosos, automóviles ni tiendas para turistas. Todavía nada.

Litsas y Ariadne bajaron a tierra y se dirigieron hacia el activo puertecillo. Por la parte de atrás, un zigzagueante sendero conducía hacia las dispersas y blanquísimas casas de la aldea, construidas alrededor y encima de una docena de eminencias menores, a ciento veinte o ciento cincuenta metros de altura. Por todas partes —salvo en las faldas de un aislado pico de piedra caliza que se destacaba contra el cielo, más antiguo que el propio volcán—, se advertían las fantásticas bandas horizontales de roca ígnea, lava negra, tufa blanca y amarilla porosa, y los estratos más duros y de colores más violentos (carmesí, púrpura, verde mar) de otras rocas calcáreas. Vrakonisi es una visión inolvidable, pero extraña, perturbadora, casi hermosa, en cierto modo fuera de tono con lo humano. Bond no pudo menos que recordar la leyenda que había contado Ariadne. Ahora la entendió como más verdadera, en sentido profundo, que cualquier crónica geológica, pues expresaba el terror sobrenatural que debía inspirar todo intento de dar cuenta de tan enorme trastorno.

Almorzaron tarde, a base de sopa de pescado con mucho jugo de limón y media docena cada uno de esos pájaros del tamaño de una perdiz que se cazan en Grecia, con el acompañamiento de una modesta cantidad de *retsina*. Litsas rechazó el café y se fue, explicando que debía visitar la administración del puerto, no solo para presentar los papeles del *Altair*, sino para escuchar las novedades y hacer algunas preguntas en ese centro de la chismografía isleña.

Volvió al cabo de una hora, con los ojos brillantes, reprimiendo una sonrisa.

Bastaba mirarlo para ver que traía noticias.

Se sentó, pidió café y se inclinó sobre la mesa, con los dedos entrelazados.

—Dos cosas —dijo en voz alta—. Creo que he localizado a Von Richter. Hay un supuesto holandés llamado Vanderveld, que dice que es geólogo, y que ha alquilado una casa cerca del extremo este de la isla. Está con otro hombre, un joven que dice que también es geólogo. No me fue difícil averiguar esto; Von Richter no hace nada para ocultarse. Anoche cenó en esta taberna. Claro, no cree que pueda ser reconocido. Estoy por pensar que durante la ocupación nunca estuvo a una distancia mayor de cien millas de aquí. Estamos de suerte.

—Niko, perdóname, pero ¿cómo sabemos que es ese el hombre que buscamos? —le preguntó Bond, secamente.

—Estimado amigo, yo sé lo que hago. Von Richter se distingue por una marca especial: la cicatriz de un balazo en la cara. Los gases del fogonazo le quemaron la sien izquierda; le quedó la oreja destrozada y perdió parte del pelo para siempre. Nuestro amigo el geólogo holandés tiene esa marca. ¿Suficiente?

—Creo que sí.

Aunque no levantó la voz, Bond sintió una excitación especial. Durante todo el día había estado inquieto y temeroso de no encontrar la forma de entrar en acción, de verse obligado a pasar la noche del acontecimiento en la impotencia más vergonzosa. Ahora, por lo menos, se presentaba la posibilidad de seguir adelante.

—Dijiste que había dos cosas.

—Ah, sí. —Litsas terminó de beber el café y bebió un vaso de agua helada—. De nada vale ir a preguntar al hospital. Nuestro hombre se fue en cuanto lo vendaron. Camino del pueblo, encontró a un labrador que iba con su mula y le pidió que le atara los zapatos. El labrador le ofreció la mula, pero el hombre dijo que prefería caminar. En el pueblo hubo quienes le invitaron a detenerse y descansar, pero siguió su camino. Todo el mundo habla de eso y muchos dicen que el labrador debió haber obligado al hombre a volver al hospital. En fin, cuando lo vieron por última vez, se dirigía al oeste. Allí es donde los rusos se van a reunir; el escondite de Von Richter está en el extremo opuesto. ¿Qué deduces de todo esto?

—Que hay dos escondites —dijo Bond, contemplando atentamente las tablas recién lavadas de la mesa. Un recuerdo trataba débilmente de traspasar el umbral de su memoria. Algo insignificante, algo reciente. Era inútil tratar de recordarlo, ya lo sabía; más valía descartar la idea, porque al final reaparecería por sí sola. Siguió hablando—. Pronto unirán sus fuerzas. Esta noche, no pueden aplazarlo más. Es posible que la cosa suceda en el extremo oeste de la isla, más bien que en el este, de modo que Von Richter tendrá que entrar en acción. La cuestión es saber qué va a hacer. Niko, dices que ha alquilado una casa. ¿Hay algún modo de llegar allá?

—Encima de la casa hay un viñedo, pero para llegar hasta allí es preciso trepar

por un acantilado. No es imposible, pero sí muy difícil. Creo que no podemos hacer nada. Von Richter se va a mover por vía marítima.

—Entonces tenemos que vigilar el lugar desde el *Altair* y seguirlo cuando aparezca —dijo Ariadne, decididamente—. Es lo más lógico.

Litsas hizo un gesto y expresó:

—Eso va a ser muy difícil, querida. Si nos acercamos lo bastante como para ver, sospecharán. Eso es inevitable. Si fingimos que estamos de paso, ellos esperarán a que terminemos de pasar. Muy difícil, por cierto.

—Bajemos nuestras luces.

—Habrá luna.

—¡Lo vi! —dijo Bond, de repente—. No a Von Richter, sino al hombre del hospital. Esta mañana, cuando esperábamos tu regreso, Ariadne. Estaba descendiendo por la ladera, con bastante dificultad, como si estuviera herido. Desde el lugar donde estaba podía dirigirse a cualquiera de las seis casas de la vecindad. Pero ahora conocemos la zona.

—¿Cómo sabes que ese era el hombre?

—Apostaría cualquier cosa. Recuerdo que me pregunté que cosa podía ser tan urgente para que un hombre se expusiese a tantas dificultades, en condiciones de evidente inferioridad física. Era él, sin duda, que iba a presentarse ante sus amos y señores.

—Pero esa es la costa norte. —Litsas aún no parecía estar convencido—. Desde allí no se puede siguiera avistar el islote.

—Y también te pueden avistar a ti. Por ahora no podemos comprender esta parte del asunto. Pero sabemos lo que vamos a hacer. Vamos a zarpar, a pasar frente a esa zona de la costa y a buscar el lugar donde…

Litsas cambió de expresión y su cuerpo se puso rígido. Su mano, sobre el brazo de Bond, parecía metal. Con voz baja y estrangulada, dijo:

—Aquí está Herr Hauptmann Ludwig von Richter. A tu derecha, James. Saliendo del almacén de comestibles. Puedes mirarlo. Aquí es costumbre mirar a los extraños.

Bond volvió la cabeza distraídamente y en seguida divisó al alemán, a unos veinte metros de distancia. En mangas de camisa y de pantalón corto con una abultada bolsa en la mano, el hombre miraba hacia atrás, festejando una broma con el almacenista. Su compañero, un joven rubio que llevaba una damajuana de vino, reía también. Los dos componían un atrayente cuadro de alegría festiva, de inocencia y despreocupación. Luego, Von Richter miró hacia delante y Bond advirtió la lívida porción de piel en torno a la oreja y la oscura región sin pelo encima de ella. Charlando animadamente, los dos se alejaron por el muelle.

—Me voy —dijo Litsas—. Pasaré por allí para ver que buque tienen. Es un dato que quizá resulte útil más adelante.

Litsas se alejó y Ariadne dijo:

—James, hay algo que me intriga, entre muchas otras cosas. ¿Para qué quieren a este hombre? Siempre puede haber alguien que lo reconozca. ¿Qué tiene de especial para que lo hayan traído?

—Buena pregunta. Probablemente ha trabajado antes para ellos. Además, se trata de un militar, y eso puede ser de alguna utilidad.

Ariadne asintió, meditativamente:

—Entonces, tú piensas que se trata de alguna especie de cañón. ¿Un cañón en tierra, mejor que en el mar?

—Dios mío, eso no se puede saber por ahora. No es raro un ataque por tierra y una finta por mar o viceversa. Cualquier cosa.

Otro gesto meditativo, pero como si la chica estuviera pensando algo distinto.

—Hay millones de militares. Pero este es un experto en atrocidades. Eso es lo que tiene de especial. ¿Por qué lo han elegido? Y también me preocupa lo del cañón. ¿Cómo van a transportar un arma pesada hasta una altura? ¿Y cómo lo han traído hasta aquí? Sin duda, se trata del tipo de cañón que…

—¿Un arma atómica? —Bond habló muy intrigado—. Del tipo de arma usado para apoyo a corta distancia. Esa sería un arma portátil. Por el momento, no puedo concebir otra alternativa.

Esa idea los obligó a guardar silencio hasta el regreso de Litsas.

—Un bote grandecito con motor fueraborda —informó—. Ahora salen. Vamos a darles cinco minutos.

—Hay un asunto que podemos arreglar en esos cinco minutos —sugirió Bond—. El asunto de Yanni.

—¿Qué hay con Yanni?

—Bueno, tenemos que pagarle, ¿no? Si no lo hacemos ahora, no tendremos otra oportunidad.

—Ya sé que dijimos eso —dijo Litsas, luego de reflexionar—, pero ¿te parece necesario, en vista de lo sucedido? Y es sumamente útil a bordo. Podemos dejarlo fuera de la parte más fea del asunto.

—Mira, Niko —Bond miró fijamente al otro hombre—. Yanni se va. En seguida. El chico tiene familia, supongo, ¿verdad? ¿Quién va a dar la cara a sus padres si Yanni es herido o muerto? Y pueden herirlo de muchos modos, no sólo físicamente. Yanni ya ha tenido experiencias de sobra en este viaje.

—No pensé en eso —dijo Litsas, con aire de desconcierto, como formulándose un reproche—. Claro que tienes razón. Conozco un sujeto que esta noche marchará al Pireo. Le pediré que lleve a Yanni.

Diez minutos después, tras un rápido canje de apretones de manos, Yanni estaba en tierra y el *Altair* se alejaba del puerto. En una de estas instantáneas mentales que el

ser suele registrar, Bond guardó una clara imagen de aquel momento.

A popa se divisaban los variados colores del puerto: velas, banderas de una docena de países, cascos recién pintados en medio de un espeso bosque de mástiles, y, por encima de todo esto, los colores naturales de Vrakonisi, no menos variados, pero graves y antiguos, manchas y garabatos gigantescos sobre un montón de rocas cuya existencia se medía en millones de años. A la derecha de Bond, Litsas estaba al timón, aguzando sus ojos castaños, con sus manos hábiles virando hacia estribor. A su izquierda, Ariadne, erecta como una estatua, mármol vestido, finas hebras de cabello dorado volando en la brisa del atardecer; y adelante, el sol descendiendo como una gorda naranja incandescente y un matiz plomizo insinuándose en la acerada brillantez del inmenso mar.

15. «Camine, señor Bond»

Bond se sentó sobre la ladera iluminada por la luna, a setenta metros por encima del nivel del agua, deseando fumar un cigarrillo. Había encontrado un peñasco del tamaño de una choza, contra la que podía reclinarse en la sombra. No era un puesto de observación perfecto, pero sí el mejor que podía esperarse después de un apresurado reconocimiento visual desde la cubierta del *Altair*, poco antes de la caída del sol. Situado más o menos en un punto encima y en medio de las cinco casas dispersas que antes había marcado como tal vez ocupadas por el enemigo, Bond veía directamente dos de ellas, podía ver otra moviéndose cincuenta metros hacia la derecha y tenía una noción bastante clara de la cuarta y la quinta como para asegurarse de que la lancha de Von Richter, aunque se aproximara sin luces, no podría desembarcar gente sin que él supiese a dónde se dirigía.

Por el momento todo parecía estar en orden. Al pasar frente al lugar habían localizado una minúscula playa, no mayor que una mesa de billar, desde la que, evidentemente, se podía trepar hasta los barracones que la rodeaban. Allá abajo, tras muchos rezongos, Litsas había accedido a quedar vigilando los acontecimientos desde un ángulo inferior, con el chinchorro encendido detrás de una lengua de roca que, de noche al menos, lo hacía invisible desde el mar. El *Altair*, con Ariadne a bordo —muy descontenta, por cierto— estaba a una milla y media de distancia, amarrado al muelle de un villorio pesquero, entre una docena de buques similares, para ocultarse mejor.

Aun cuando reinaba el silencio, este no era absoluto. Hasta una hora antes, la radio o un gramófono en la casa más próxima habían estado tocando música *bouzouki*, esa curiosa amalgama de ritmos eslavos, turcos y árabes y de melodías occidentales, un estilo en el que los mejores cantores, con sus tonos quejumbrosos, saben mezclar el sentimiento más desolado y la más insinuante poesía amorosa. Ahora las exóticas armonías habían quedado en silencio y la casa de donde provenían quedaba en sombras. La casa vecina seguía iluminada y, de vez en cuando, la brisa llevaba hasta el oído de Bond fragmentos de conversaciones mezclados con carcajadas. Una o dos veces escuchó el escalofriante grito de una lechuza en las alturas del barranco y, en la inconmensurable distancia, el tintineo de un cencerro de cabra. Nadas más.

Bond examinó la esfera luminosa del cronómetro «Rolex Oyster» que llevaba en la muñeca. Las tres y diez. No dudaba de que su razonamiento básico era correcto y de que Von Richter se haría presente. Cuándo llegaría era otra cuestión. La aurora era favorable, pero no había que descartar otro momento, que incluso podía ser a mitad de la mañana, con todo a la vista, como si Von Richter y su socio fueran invitados que llegaban sin prisa. Con eso, seguramente sería imposible tomar contramedidas

efectivas. Pero, como era propio de él, Bond no siguió ese tren de ideas, a pesar de que se daba cabal cuenta de que la operación se tornaba más complicada y que un paso en falso, un simple error de cálculo, serían fatales.

Entonces oyó la lancha.

Se acercaba desde el oeste, procedente del extremo del islote. Dos minutos más tarde quedó a la vista; llevaba luces de navegación y una luz blanca a proa. Terminada la maniobra de doblar la punta, marchó paralela a la costa alrededor de un cuarto de milla, y luego se dirigió hacia la más alejada de las dos casas, la que aún tenía las luces encendidas. Nada de disimulo ni de excesiva publicidad, por cierto. Bond hizo un gesto de aprobación y se puso de pie. Tenía que bajar para ver mejor.

Perdiendo distancia lateral, pero ganando tiempo, empezó a retroceder cuesta abajo, por donde había subido, a lo largo de una quebrada zigzageante, con altas paredes de granito. Luego, una corrida a gatas sobre una extensión plana, como la cubierta de un bosque de piedra, un salto de dos metros y medio hasta el suelo, y otro descenso entre rocas trabajadas por la erosión, que ofrecían buen resguardo contra una vigilancia desde arriba. Con ese descenso, Bond había llegado a la mitad del trayecto que deseaba recorrer, pero se había apartado casi cien metros hacia el este de su objetivo. Encontró un lugar donde torcer hacia la izquierda, a lo largo de una terraza natural que corría paralela a la costa y que, en la primera mitad al menos, estaba protegida por las formaciones rocosas superiores. Debajo se veía un césped abundante y esponjoso, como el de una cancha de golf bien cuidada. ¿Cuándo había estado en Sunningdale? El martes por la tarde. Ahora, era viernes por la noche o, mejor dicho, madrugada del sábado. Tres días relativamente intensos.

En el punto donde el suelo empezaba a caer hacia la derecha, Bond se arrodilló y miró hacia abajo. La lancha había reducido la velocidad. Se veía un pequeño fondeadero, pero la casa estaba aún escondida. Necesitaba seguir moviéndose hacia abajo y hacia un costado. Se apresuró para llegar al extremo de la terraza, agachándose para ocultarse tras unos matorrales. Al frente se extendía una ladera desnuda de roca blanqueada, a cuyo extremo se abría una zanja estrecha, en cuesta abajo. No tenía tiempo para buscar otro camino. Bond caminó lenta y deliberadamente por la ladera, mirando al suelo. Sólo podía ser visto si alguien observaba precisamente en esta dirección, pero si tropezaba con una piedra y la hacía caer, revelaría su presencia a cualquiera que tuviera oídos. La lancha había apagado el motor y se oían voces. Contuvo el aliento para detectar la súbita urgencia en las voces que le indicaría que lo habían descubierto. Pero el murmullo se mantuvo en el mismo nivel.

Llegó a la zanja. Era una fisura irregular, que describía diversos ángulos pero seguía la dirección general de la casa, con el suelo cubierto de pastos ásperos, como si se tratara del lecho de un torrente seco. Dos veces tuvo que hacer fuerza para

librarse del abrazo de los arbustos que le cerraban el camino de pared a pared. Luego, un viraje a la izquierda, un mal momento cuando las paredes se aproximaron por encima, obligándole a andar a gatas a lo largo de varios metros, una corta caída facilitada por un rellano disparejo, otra vuelta del lado del mar y había llegado cerca de su destino, demasiado cerca, peligrosamente cerca.

Primero, cubrirse. Se deslizó detrás de la sombra protectora de un peñasco que parecía recién caído junto a la boca de la zanja, aunque seguramente estaba en ese lugar antes de que Vrakonisi figurase en ningún mapa. El ángulo más próximo de la casa estaba a menos de treinta metros de distancia, el techo al nivel del escondite de Bond.

Un poco más lejos, en ángulo recto, Von Richter acababa de desembarcar en un pequeño muelle de piedra. Bond distinguió el reluciente parche de piel sin cabellos sobre la oreja izquierda. Un hombre bajo y corpulento, de cabeza redonda, que había amarrado la lancha por la proa, avanzó ahora en dirección a Von Richter, para ayudarle a trasladar a tierra una serie de pesados bultos. Bond estiró el pescuezo. Vio primero una valija curiosamente abultada y voluminosa; luego, una docena de cajas de unos veinte centímetros de lado, al parecer de metal pintado de oscuro, según creyó advertir a la luz de lancha y la poca luz que llegaba de la casa. Las cajas también parecían muy pesadas para su tamaño. Luego aparecieron dos incongruentes maletas de tela escocesa, de alegres colores. Hasta el momento, la operación se había hecho en silencio. Ahora se oyó una voz.

El que hablaba estaba frente a la casa, fuera de la vista de Bond. Hablaba en tono normal, de acuerdo con la atmósfera de naturalidad que caracterizaba la escena. Se dirigió a Von Richter, dándole la bienvenida. Inesperadamente, hablaba en inglés, pero su pronunciación sugería que, en lugar de aprender el idioma, lo había absorbido mecánicamente y, a pesar del delgado barniz de cortesía, había un tono de indudable autoridad en su voz. Bond supo que ése era el jefe enemigo y esperó pacientemente para verle la cara.

Era claro que, por el momento, no lo iba a conseguir. Von Richter, devolviendo el saludo, se adelantó extendiendo su mano derecha, y desapareció frente a la casa. Hubo más conversación (ininteligible), una carcajada o dos, y las voces desaparecieron al entrar los hombres en la casa. La luz de la lancha se apagó. El hombre bajo y el muchacho rubio recogieron el bulto más grande y lo metieron por una puerta lateral, pasando frente al escondite de Bond. Luego repitieron el viaje con las cajas y las maletas. La luz de la esquina de la casa se apagó. Se hizo el silencio, salvo por algún rumor de conversación, y el suave golpeteo del agua bajo el casco de la lancha amarrada.

Bond se estiró en la oscuridad y esperó un posible regreso a la embarcación a por algo olvidado. No podía resistir la tentación de suponer que acababa de ver el arma y

las municiones que se emplearían en el atentado. Por lo menos, una parte del arma; la montera llegaría por separado, sin duda. Con todo, le parecía demasiado pequeña, ningún arma de tamaño tan reducido sería capaz de lanzar un proyectil a través de las paredes de la casa del islote, hechas de piedra maciza. Se le ocurrió entonces la desalentadora idea de que esta iba a ser una operación secundaria y que el ataque verdadero se produciría por mar, en una forma imposible de detectar. En seguida la desechó; los líderes estaban allí. Aquel era el lugar clave.

Esperó otros veinte minutos, al no observar ningún cambio, se movió.

Le llevó más de una hora circundar lenta y cuidadosamente la casa para observar los accesos posibles. Quedó convencido de que no había alambres electrizados ni otros mecanismos de alarma, de que no existía ningún otro acceso posible desde el mar y de que, aparte de la zanja que había recorrido aquella noche, había otra ruta posible que conducía hasta una terraza detrás de la casa, era difícil para un hombre solo, pero posible; para dos no era problema.

De vuelta en su escondite tras el peñasco, Bond ponderó sus oportunidades. Por el momento, la oscuridad era completa, pues la luna se había puesto y faltaba un cuarto de hora para las primeras luces del alba. Tenía que salir pronto. Pero un vistazo al interior de la casa sería invalorable. Rápidamente descendió el resto de la cuesta, atravesó un patio de losas y llegó ante la puerta. Sin vacilar puso la mano bajo el pestillo y lo levantó, empujando el batiente contra sus goznes, y giró, produciendo un solo y casi inaudible chirrido. Después, siempre levantando, atento a cualquier ruido metálico, empujó. La puerta cedió. Ahora, un milímetro por vez.

Al cabo de cinco minutos había logrado una apertura de treinta centímetros. Observó la escalera frente a él, los primeros escalones a la izquierda que debían conducir a la terraza posterior, un corredor apenas alumbrado que daba a varios cuartos. Inmediatamente, como activada por su mirada, la puerta de un cuarto se abrió y alguien empezó a salir.

Lo que salvó de momento a Bond fue que el hombre se detuvo por un instante en el umbral como para cambiar una palabra con alguien que estaba adentro. Bond cerró la puerta en su agonía de prisa y atención, dio la vuelta y salió corriendo. No había llegado a la mitad del camino cuando se encendió la luz exterior. Se precipitó en su refugio y enfrentó la casa, «Walther» en mano, sin un pensamiento consciente.

La precaución se justificaba. La puerta se abrió y apareció Von Richter quien, después de mirar a izquierda y derecha, marchó resueltamente cuesta arriba, hacia donde estaba Bond. Bond apuntó al pecho del alemán. Este siguió avanzando hasta unos cinco metros de distancia. De pronto se volvió y desapareció. Bond esperó dos minutos, tres minutos. Al no escuchar nada, supuso que Von Richter se había detenido en las cercanías, esperando algo. Entonces, apareció otro hombre en la puerta y así fue como Bond vio por ver primera al coronel Sun Liang-tan.

Contempló con fijeza aquella figura alta y delgada, con sus articulaciones curiosamente sueltas, el rostro amarillo congelado en una sonrisa tal vez dirigida a Von Richter, que no alteraba su básica impasibilidad. Los movimientos y la expresión sugerían un poder vasto y negligente. Aquel era un hombre capaz de cualquier cosa. Bond quedó impresionado, pero no dejó de felicitarse por el acierto de su intuición: el enemigo era chino.

El hombre caminó en la dirección que había seguido Von Richter. Diez o quince metros más allá, ligeramente encima del lugar donde se hallaba Bond, comenzaron a hablar.

—¿Es adecuado este lugar para sus propósitos? —preguntó la primera voz, en inglés, con acento que Bond ya había escuchado frente a la casa.

—Sí, coronel, estoy seguro de que servirá a las mil maravillas. —El timbre de esta voz era algo agudo, pero agradable—. Claro, no podíamos trabajar sobre la roca. Seguramente haya que regar el suelo, pero eso lo veremos más adelante. Todo está muy bien. ¿Podemos apagar la luz ahora?

—Naturalmente. —El chino levantó la voz—. ¡Yevgueni! ¡La luz, por favor!

Yevgueni, nombre ruso. Aquel debía de ser el hombre bajo y corpulento.

—Ahora veremos exactamente cuáles son las condiciones de trabajo —continuó la voz del chino—. Creo que hemos elegido el momento perfecto.

La luz se apagó.

—Tendremos que esperar un poco, hasta que hayamos recuperado nuestra visión normal —dijo Von Richter—, pero todo me parece muy bien.

¡Muy bien, sin duda! Bond se mordió el labio. Los diez segundos de oscuridad bastaron para indicarle que empezaba a amanecer. Los primeros arreboles teñían ya el techo de la casa, las rocas, la vegetación de los alrededores. ¿Hasta cuando seguirían hablando aquellos dos?

Como para irritarlo aún más, ninguno habló durante varios minutos, hasta que el alemán exclamó:

—Allí está. ¿Lo ve?

—Ah, sí. Excelente.

—Vamos a emplear un código de colores que hemos perfeccionado este mes. Como le dije, tuvimos todas las facilidades posibles; trabajamos muy a gusto. Y la *investigación* necesaria —Von Richter recalcó la palabra, imaginando Bond el gesto correspondiente— fue fascinante.

—Concluyente también, espero.

—Sí, sí. Todo saldrá a la perfección desde el punto de vista balístico y desde el punto de vista médico. Sobre este punto, puede tener la más absoluta certeza.

El chino murmuró una frase de cortesía y de nuevo se hizo el silencio.

Bond estaba sudando. Acababa de decidirse a matar a los dos hombres por la

espalda cuando regresaran a la casa, contando con la sorpresa para encargarse de Yevgueni, el muchacho rubio y cualquier otro enemigo que pudiera encontrar. Se limpió la mano derecha en el pantalón y se afirmó en su puesto.

—Bien, creo que he visto lo suficiente por ahora —dijo Von Richter—. Willi y yo volveremos después del desayuno.

—Muy bien. A propósito de ese joven, Willi. ¿Cómo fueron las investigaciones?

—Notablemente bien. Willi tiene una historia muy interesante, ¿sabe usted? Su padre era uno de los hombres de Himmler. Los americanos lo ahorcaron en Nuremberg, endilgándole no sé qué crimen de guerra. Willi era un niño de pecho en aquel entonces…

La conversación siguió, pero Bond ya no escuchaba. Las voces se alejaron en dirección del fondeadero. Bond levantó la pistola y esperó. No hubo forma. Los dos hombres no volvieron sobre sus pasos, sino que marcharon directamente hacia el borde del mar. Cuando por fin quedaron a la vista, estaban a unos veinticinco metros de distancia. Bond descartó la idea; la luz era escasa y las posibilidades de errar uno de los dos tiros eran muchas. A menos que volvieran… Pero no, siguieron por el muelle y desaparecieron por el otro extremo de la casa.

La luz podía no ser suficiente para un buen tiro, pero era demasiado buena para moverse sin ser visto, y aumentaba sin cesar, como una lámpara que se encendía. Bond esperó apenas tres minutos el retorno del chino y del alemán y luego abandonó su escondite, empezando a ascender por la zanja. El ascenso era más lento que el descenso y cuando llegó al extremo superior estaba a punto de salir el sol. Se detuvo para descansar y reflexionar; la ladera pedregosa estaba horriblemente expuesta y sin embargo, no tendría más remedio que atravesarla o trepar treinta metros para dejarla de lado. Por lo tanto… Se puso en pie, se afirmó bien y empezó a caminar, sin ocultarse entre los matorrales, porque eso de nada le serviría a la luz del sol. Tenía los ojos fijos en el peñasco que le había dado abrigo horas antes, al final del espacio abierto.

Frente y debajo de él aparecían extrañas formaciones geológicas; centenares de bloques de piedra, de forma aproximadamente rectangular, de hasta diez metros de alto, dispersos de tal manera que para avanzar diez metros en un sentido había que trepar y descender veinte. Arriba y abajo, había barrancos. En el viaje de ida, Bond se había demorado cincuenta minutos en el cruce de aquel vaciadero de gigantescos cubos de juguete; ahora no podría hacerlo en menos de treinta. Pero después de sorteada esta dificultad, sólo quedaba un corto ascenso hasta una plataforma rocosa y luego un descenso fácil hasta la playa y el bote. Adelante, pues.

En realidad, demoró bastante más de media hora. Empezaba a trepar hacia la plataforma rocosa cuando un hombre, de pie en el otro extremo, se puso frente a él y le apuntó con un revólver.

Era un hombre alto, vestido con un traje oscuro de confección barata, desgarrado y arrugado. Del cuello le colgaba un estuche de plástico verde, con un par de anteojos. Con un fuerte acento ruso, cargado de ironía, dijo:

—Buen día, señor Yeims Bond.

Bond permaneció inmóvil, esperando.

—Lo vi desde… arriba —siguió el hombre, como si explicara amablemente lo sucedido—. Ahora… los dos subimos. —Con su mano izquierda apuntó hacia la ladera.

Bond no se movió.

—¿No? Entonces… hago fuego. No está mal. —El ruso se cacheteó la pierna—. Amigo mío… arriba. —Hizo gestos de subir, sin cambiar la posición del revólver—. Es difícil. Usted tal vez cae. Yo… no corro peligro. —Otra risa burlona.

La cosa era clara. Su única oportunidad consistía en aguardar a estar cubierto un instante, mientras subían en busca del amigo ausente. Bond asintió.

—Buen muchacho. —Una sonrisa con dientes de oro—. Venga aquí. —La mano indicó un punto en la plataforma, a distancia segura. Bond obedeció.

—Ahora… su revólver. Despacio, por favor. Despacio, despacio.

El revólver seguía apuntando al esternón de Bond. Nadie puede apuntar y disparar tan rápidamente como puede hacerlo quien ya está apuntando. Impotente, Bond extrajo la «Walther» del bolsillo y la sostuvo en la palma de la mano.

—Inteligente. Arrójela lejos.

Otra oportunidad perdida. Bond arrojó la pistola a un costado y la oyó golpear contra las piedras.

—Amigo suyo —gesto hacia la playa— no bueno ¿eh? Ahora, camine, señor Bond. Despacio, despacio.

Bond estaba a punto de obedecer cuando el otro cayó hacia delante, como golpeado fuertemente en la espalda, y se oyó el indudable estampido brusco de un cartucho de mediano calibre que al parecer venía de abajo, seguido por el ruido de un rifle que se ponía en posición de disparar nuevamente. Hubo un eco del disparo, corto y demorado.

El revólver del hombre cayó al suelo. Sus ojos contemplaron a Bond con una expresión de doloroso asombro, como suplicando que explicara la razón de lo sucedido. Bond dijo roncamente:

—Ha sido herido por un rifle disparado desde la playa.

Su corazón latía fuertemente. No supo si el ruso llegó a comprenderle, porque mientras trataba de darse la vuelta para mirar a su espalda, un segundo balazo le hizo perder el equilibrio. Cayó cuesta abajo con los miembros agitándose desordenadamente y quedó tirado sobre una piedra. Tenía una mancha de sangre sobre una clavícula y otra encima de la cadera.

Después de recoger la «Walther», Bond bajó a la playa en diez minutos. Litsas ya tenía el chinchorro en el agua, lo empujó y Bond tomó los remos.

—Buen tiro, Niko —dijo Bond, al cabo de un rato.

—No estuvo mal, ¿eh? Sobre todo porque era cuesta arriba. Pero en Grecia uno se acostumbra a estas dificultades. Una vez bajé a un sargento alemán a doscientos metros con este nene. —Niko palmeó afectuosamente el «Lee Enfield», que ahora yacía sobre las rodillas de Bond—. Hoy día la gente se olvida de los rifles. Si no ven nada a quince metros de distancia, se creen a salvo. Estoy seguro de que nuestro amigo de allí arriba se sorprendió mucho cuando le di.

—Ya lo creo —dijo Bond, recordando la mirada del hombre.

—Yo estaba vigilando muy atentamente, pero no sabía que estaba allá arriba hasta que apareció frente a ti. No me dio mucho tiempo.

—Pero él te vio. Eso fue lo que me dijo.

—¿De veras? Entonces no veo por qué se puso tan a tiro. ¿Quién era?

—Evidentemente uno de los hombres de Arenski. Debe de haberme visto mientras patrullaba por lo alto de la ladera.

—Estoy seguro de que el bravo general se va a enojar mucho con nosotros. Ojalá que no se entrometa en nuestros planes para esta noche.

16. El capitán suplente

Aquel día, a mediodía, el *Altair*navegaba a cinco millas al sur del puerto de Vrakonisi, con rumbo Noroeste. La visibilidad era excelente y prometía buen tiempo, pero el mar se había encrespado un poco desde la mañana temprano y el caique, surcando en diagonal las olas, se sacudía fuertemente de vez en cuando. Más fuertemente, en verdad, de lo que hubiera permitido una mano experta al timón.

George Ionides tenía poca experiencia con este tipo de barcos, aunque manejaba bien su lancha costera de ocho metros, la *Cynthia*. Abrigaba la esperanza de que el tiempo no siguiera empeorando, no por sí mismo —pensaba seguir navegando al amparo de las islas— sino por la *Cynthia* y, hasta cierto punto, por la gente que ahora llevaba a bordo. ¿Qué querían con su lancha y hacia dónde se dirigían?

Pero había cosas más importantes en qué pensar. Con una sonrisa de satisfacción, George hizo un viraje suficiente para tomar las olas de frente, excitando así las sacudidas. Empezaba a aprender; siempre había sido rápido para asimilar las enseñanzas. Era una cuestión de instinto, de tener condiciones naturales de marino. A menudo su abuelo le había dicho… Pero eso no tenía importancia. Qué gente más rara. Sin duda estaban metidos en algo ilegal. Los dos griegos, el hombre y la chica, parecían bastante aceptables, pero el otro, el inglés de rostro afilado, era, evidentemente, un maleante; George se había dado cuenta de ello. Por eso no le sorprendió que, una hora antes, los hombres llevaran a bordo de la *Cynthia* dos objetos envueltos en lona, que, sin duda, eran armas. Desde luego, George había vuelto la espalda cortésmente, fingiendo que miraba el cielo. No en vano era oriundo de Cefalonia, en las islas Jónicas. Así procedían los cefalonios, sin meterse en lo que no les importaba.

De modo que, salvo para acceder a todo lo que se le proponía, George mantuvo la serenidad cuando aquel ateniense se le acercó en el puerto y le propuso un canje de embarcaciones por unas treinta y seis horas, por lo que le pagaría tres mil dracmas, la mitad entonces y la mitad después. Se limitó a asentir con la cabeza, como si cosas así ocurrieran todos los días, cuando el ateniense estipuló que el canje debía hacerse no allí, en el fondeadero, sino mar afuera, en un lugar de cita al sur de la isla, y que George debía dejar pasar una media hora antes de ponerse en marcha. Tampoco mostró sorpresa ni se opuso cuando el ateniense, con gran energía, le dijo que una vez efectuada la transferencia, George debía enfilar directamente hacia Íos y quedarse allí hasta que le avisaran al día o a la noche siguientes. Aparentando obedecer, hizo proa al sur y navegó a unos buenos ocho nudos hasta que la *Cynthia* desapareció tras el horizonte. Luego viró y se dirigió al noroeste.

Porque George no había tenido nunca la intención de marchar a Íos. Por lo menos, aquel día. Esa tarde a las seis, a más tardar, estaría amurado al muelle de

Paros. Al día siguiente saldría por la mañana temprano rumbo a Íos y con un mínimo de buena suerte, llegaría con tiempo de sobra para estar plácidamente cuando llegara la *Cynthia*. Se sonrió para sí y llamó con un grito a su primo, un muchacho de catorce años que tripulaba la *Cynthia* y que, en ese momento, se asoleaba sobre el techo de la cabina del *Altair*. Cuando subió corriendo, George le dijo unas palabras autoritarias y se dirigió al salón, dejando al muchacho al timón. El mar empezaba a moderarse a medida que quedaban al abrigo de Vrakonisi y no había arrecifes frente a aquel rincón de la isla.

Recordando que le habían invitado a disfrutar de todo lo que encontrase a bordo, se sirvió una copa de *kitró* y tomó asiento en un banco. Sorbió con deleite el licor —que se producía en Naxos y sólo podía comprarse allí, en Vrakonisi y en Íos— y pensó que, aunque algo temprano, estaba de vacaciones. El licor engañosamente suave, claro y viscoso, dulzón y con un deje amargo de cáscara de limón, le hacía sentirse a gusto.

Encendiendo un cigarrillo, miró distraídamente por el ojo de buey. Estaban pasando, a unos cien metros de distancia, frente al islote del extremo sudoccidental y a la residencia que había alquilado aquel extranjero rico que se divertía con los muchachos del puerto. Esa gente se creía que en las islas podían satisfacerse todos sus gustos. George hizo un gesto de repugnancia. Entonces advirtió que alguien vestido de oscuro, probablemente el mismo extranjero, parecía estar mirándolo desde la terraza. Mientras George trataba de ver lo que pasaba, entrecerrando los ojos para resguardarlos del sol, el otro corrió al interior de la casa, para regresar después de unos segundos con un compañero. El recién llegado examinó el *Altair* con sus anteojos durante un lapso más prolongado, y luego apareció un tercer hombre. Todos parecían muy interesados en el barco que pasaba. George no podía imaginar por qué. Se puso en pie, fue hacia la borda, y saludó con la mano.

El efecto, en cierto modo, fue extraordinario. Las tres figuras se enderezaron bruscamente, se miraron unas a otras y luego al *Altair*, exactamente como sacerdotes pescados *in fraganti* cometiendo un acto ilícito. George saludó nuevamente. Esta vez hubo una respuesta, indecisa al principio y luego entusiasta, como si los sacerdotes quisieran demostrar que eran gente como todo el mundo. George rió en voz alta y volvió al salón. Tenía razón el antiguo refrán griego: todos los extranjeros están locos. Sólo que éstos eran ricos, pensó, recordando la potente lancha que se mecía suavemente en el fondeadero al pie de la casa. Ricos y locos. Por su mente cursó el incómodo pensamiento de que tal vez se habían entusiasmado al reconocer en el *Altair* algún barco robado o perteneciente a peligrosos criminales. Las dos posibilidades ya se le habían ocurrido, pero los extranjeros, los turistas, no se ocupan de esas cosas. En consecuencia, desechó la idea.

Media hora más tarde, mientras almorzaba con su primo, a popa, George volvió a

pensar en Paros. Lo que le interesaba en Paros era que María vivía allí. Estaba de novio con ella desde hacía tres años y, por fin, se acercaba la fecha del casamiento, pero las cosas no marchaban del todo bien. Los padres de ella lo conocían y sabían que era honrado, pero, evidentemente, no pesaban que había progresado tanto como esperaban, para un muchacho de veintisiete años. Aquella noche iba a mostrarles que estaban equivocados. Primero, los invitaría a todos a bordo —a María, a sus padres y a su hermana menor— y les mostraría el barco, ofreciéndoles una copa en el salón y explicándoles, de paso, que un amigo ateniense le había pedido que lo probase antes de comprarlo. Luego, los invitaría a todos a cenar y, por último, les compraría un buen regalo en una de las tiendas para turistas que abundaban en el pueblo.

A manera de beneficio inmediato, George tendría derecho a hablar con María, tocarle la mano y, sobre todo, mirarla. Naturalmente, no pasaría ni un instante solo con ella; tampoco esperaba semejante cosa. Ese era el sistema del noviazgo. George era alto, arrogante, bien parecido, y su contacto con los turistas le proporcionaba frecuentes oportunidades sexuales, que no desperdiciaba. Eso no le parecía mal a nadie, pero todos pensarían muy mal de él si pretendiese tratar a María como a una secretaria inglesa, o alemana de vacaciones. De más está decir que George no tenía esa pretensión. El sistema era así y siempre funcionó bastante bien (George nunca había pensado en la opinión que el sistema podía merecer de María).

Sin embargo, a veces, cuando retrataba mentalmente a María, como ahora, se sorprendía imaginando en detalle lo que habría quedado al descubierto despojada del vestido blanco, cómo sería aquel pecho alto a la vista y al tacto, que haría ella cuando… George se recobró. Esos pensamientos eran tan inútiles como perturbadores; si fuera un provinciano atrasado, en lugar de un hombre moderno, los hubiera calificado de pecaminosos.

Pronto los olvidó cuando dirigió la vista hacia la popa. Una forma que pronto le daría alcance no tardó en definirse como la poderosa lancha de los extranjeros, que, poco antes, había estado amurada en el islote. Esto era muy raro y muy peligroso. George Ionides examinó su conciencia y, como mejor pudo, su situación legal. Quizá los papeles no estaban del todo en orden, pero no había hecho nada ilícito al cambiar de embarcación por un tiempo con un hombre cuya buena fe no le inspiraba dudas. George mantuvo su rumbo.

La lancha se aproximó, igualó su velocidad con la del *Altair* y se mantuvo paralela a él. Los tres hombres que George había visto en la casa lo examinaron atentamente. George esperó, manteniendo la velocidad. A media milla de distancia pasó un buque pesquero en sentido opuesto y en el horizonte se divisaba la humareda de uno de los grandes vapores de pasajeros que iban a Sikinos.

George oyó que lo llamaban en griego.

—¿Qué barco es este?

—El *Altair*, del Pireo. Y usted ¿quién es? —George hizo la pregunta con un coraje que no sospechaba. No tuvo respuesta.

—¿Quién es usted?

—George Ionides, capitán suplente.

—¿Quiénes le acompañan?

—Mi primo, nada más, como pueden ver.

A bordo de la lancha hubo una discusión. Luego:

—Vamos a abordarlo.

—¿Con qué derecho?

—El de la autoridad real de la guardia costera helénica.

George no había oído nombrar esa autoridad, pero esta vez se calló la boca, al estilo cefalonio. Bien claro se veía que estaba metido en alguna clase de lío y era mejor no empeorar las cosas con discusiones inútiles. Las personas poderosas, como éstas evidentemente lo eran, solían tener malas pulgas. Una palabra de más, y podía quedarse sin el proyectado viaje a Paros. Detuvo el motor y dijo a su primo:

—Esto es un clavo, chiquito, pero no tenemos por qué preocuparnos. Supongo que andarán en busca de algún ladrón importante, de Atenas. Quieren estar seguros de que no lo llevamos a bordo. Van a hacer una inspección. En cuanto estén a bordo, ocúpate del timón y déjame hablar con ellos.

Poco después, los hombres terminaron su infructuosa revisión del *Altair* y se encararon con George. Dos miembros del trío eran extranjeros, de aspecto desagradable, con labios finos. El tercero era gordo y blando, y parecía un griego de la peor especie, de Salónica, probablemente. Uno de los extranjeros habló en un idioma que George tomó por un dialecto búlgaro. El gordo hizo la traducción.

—¿Dónde está Bond?

—No sé de quién me está hablando.

—Mientes. Estuvo en este barco hace pocas horas.

George se encogió de hombros. El gordo siguió traduciendo.

—¿Había un inglés a bordo esta mañana, verdad?

—Sí, pero no me dijo cómo se llamaba. En realidad, no hablamos ni una palabra.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. No me lo dijo.

—Estás mintiendo, pedazo de porquería. ¿Dónde viste a ese hombre por última vez? Y más vale que me digas la verdad.

—A unas quince millas mar afuera, al sur de Vrakonisi. Hicimos un cambio de embarcaciones.

—¿A dónde iban?

—Ya te lo dije. No lo sé.

Antes de que el gordo tuviera tiempo de traducir, uno de los extranjeros se acercó

y tomando a George por el pecho de la camisa, lo sacudió y le gritó algunas cosas en su idioma a la cara. Eso era mucho para George. Encima de los insultos y las acusaciones a bordo de lo que, por el momento, era su barco, aquellas palabras extrañas, acompañadas de un aliento con olor a papas podridas, tuvieron el efecto de hacer olvidar a George su condición de cefalonio, y hacerle recordar que era griego. Por un momento, pensó que podía levantar por el pescuezo a estos intrusos y echarlos al mar, uno por uno. Bajó con fuerza el antebrazo sobre las muñecas del extranjero y le dio un empujón que lo lanzó, tambaleante, contra el palo mayor. Con toda la dignidad que pudo reunir, George exclamó:

—Si no me muestran sus credenciales inmediatamente, tendré que ordenarles que abandonen el barco.

En seguida comprendió que había cometido un grave error. Apenas habían salido de su boca las palabras, cuando George, golpeado en el vientre y en la cabeza, cayó retorciéndose sobre cubierta, casi inconsciente. Oyó que su primo gritaba de indignación y luego con dolor. El gordo habló de nuevo:

—¿Dónde está Bond?

—No lo sé. Si lo supiera, se lo diría, pero no lo sé.

Hubo una pausa. Alguien dio una orden. Otra pausa. George, que trataba de levantarse apoyado sobre las manos y las rodillas, fue arrojado de espaldas. Le agarraron los tobillos y los mantuvieron bien separados. Luego, en su rodilla derecha explotó un dolor que nunca hubiera creído posible, un dolor que instantáneamente se propagó al muslo y a todo el lado derecho de la pelvis y el vientre. Comparado con este, cualquier otro dolor era una simple molestia, un escozor.

George había sido golpeado con el taco de un zapato en el cóndilo del fémur, la cabeza del hueso del interior de la rodilla. Este es el ataque de efecto más inmediato y doloroso que puede infligirse al cuerpo humano. Hace vomitar a los hombres más fuertes y valientes. George vomitó.

—Ahora. ¿Dónde está Bond?

—… No lo sé… No me dijeron nada. Creo que fueron al este, pero no estoy seguro.

—Muy bien. Dime el nombre de tu barco y todos los demás datos.

George hizo lo que le dijeron; en aquella situación no podía quedarse con la boca cerrada. Dio una descripción muy completa de la *Cynthia*. Todavía estaba dando detalles cuando hubo otra explosión, esta vez dentro de su cabeza, y el sol se apagó.

17. Todos al agua

George Ionides tenía razón cuando dijo que Bond y sus compañeros se habían dirigido al sur después de dejarlo, pero este dato no hubiera sido útil para sus interrogadores. Como habían convenido, tan pronto el *Altair* desapareció por el sur, Litsas viró en redondo y puso proa a Vrakonisi. Para las tres de la tarde, la *Cynthia* estaba anclada en la punta oriental, a unas buenas ocho millas por mar del islote. Estaba rodeada de una docena de otras pequeñas embarcaciones y en tierra se veía mucha gente.

Más que una verdadera bahía, se trataba de una apertura en la costa rocosa. En un extremo, una plataforma de granito, estrecha pero al nivel del agua, facilitaba el desembarco. Al costado había una corta extensión de cantos rodados que hacía las veces de playa, como en la gran mayoría de aquellas bahías isleñas. A lo largo del otro brazo de la caleta se levantaba una serie de curiosas formaciones pétreas, caprichosamente regulares: bocas de cuevas y arcos naturales que parecían ruinas de un palco homérico, estructuras regulares en forma de torres, altas columnas aisladas semejantes a pilares de un puente desaparecido, todas coloreadas en delicados matices del castaño y el verde oliva. El terreno de arriba era menos quebrado que el resto de Vrakonisi, con terrazas de viñas y macizos de plantas perennes: mirtos, jaras y adelfas.

Con gesto terminante, Litsas dejó caer la raída cortinilla que los protegía del sol y de la curiosidad ajena.

—Aquí estamos seguros —dijo—. Viene mucha gente a bañarse, y en lo alto del islote hay un templo en ruinas. No queda casi nada, pero es todo lo que hay en la isla y nadie se da cuenta hasta llegar allá arriba. De todos modos, nadie va a prestar atención a una lanchita como ésta. Con todo, me preocupa el combustible. Sólo nos queda para unas treinta millas de navegación. ¿Qué les parece si entramos rápidamente en puerto al atardecer?

—No —dijo Bond, con voz autoritaria—. Si, como suponemos, tienen a un hombre en el puerto, de noche tendrán dos. Correríamos el riesgo de que nos descubrieran. Mañana… podremos cargar todo el combustible necesario.

La pausa involuntaria de Bond era elocuente, y todos quedaron en silencio por un instante. Luego, Litsas se puso en pie de un salto y levantó la tapa herrumbrosa de la nevera.

—Voy a tomar una cerveza —gruñó—. ¿Alguien desea?

Ariadne, sentada sobre cubierta, con las rodillas en alto y los ojos bajos, meneó la cabeza. Bond también rechazó la invitación; estaba hastiado de la aguachenta cerveza local, que tenía gusto a jabón.

Litsas apoyó el cuello de la botella contra la tapa de la nevera e hizo saltar aquél

con un golpe de su mano. Bebió como si echara directamente el líquido en el gaznate, sin tragarlo.

—Ahora, repasemos el plan de batalla, James, si te parece —les propuso, secándose la boca.

Bond desplegó sobre la cubierta el esquema que había trazado sobre el dorso de una carta marina.

—Salimos de este punto a las ocho de la noche y vamos por la costa norte. Sin apuro, deberíamos llegar a la playita para las diez…

Ariadne meneó la cabeza con más energía que antes.

—Sostengo que es demasiado temprano. Todos estarán despiertos, vigilando.

—Eso lo harán esta noche, toda la noche; mañana no nos esperarán. No sabemos qué horario se han fijado, de modo que no podemos salir hasta tarde. A las diez habrá embarcaciones en abundancia y no tendrán por qué reparar en nosotros.

—Eso es lógico —dijo Ariadne, en el tonito estudiantil que le salía a veces.

—Bien. Ponemos la proa de la *Cynthia* sobre la playa y la amarramos. ¿Está seguro de que se puede hacer eso, Niko?

—No hay más remedio, ¿verdad? En esas condiciones no podemos perder tiempo con el ancla. Déjame, que yo lo haré. Es fácil.

—Luego trepamos el barranco. No es tan difícil como parece. Pero necesitaremos una cuerda para el fusil ametrallador. Tengo que tener las dos manos libres.

Litsas asintió.

—Yo me encargo de eso. No es problema.

—Ahora bien —Bond puso el índice sobre el bosquejo del mapa—, aquí está la plataforma rocosa donde Niko disparó contra el ruso. Después viene el trecho trabajoso que ya mencioné; trabajoso, simplemente. No es difícil ni peligroso.

Bond consagró más de diez minutos a la detallada descripción de la casa enemiga y del terreno circundante.

—Aquí nos detenemos —dijo, por fin, señalando el último codo de la zanja que descendía hasta la casa—. Niko y yo subimos y rodeamos la casa hasta llegar a un punto donde podemos correr hacia la terraza. Esa parte será relativamente fácil. No deberíamos tardar más de quince minutos hasta quedar en posición para el asalto. En cuanto lleguemos, vamos juntos. Para entonces, Ariadne, tú habrás descendido por la zanja hasta el peñasco del que ya te hablé. Allí te ocultas y haces lo que te voy a decir. En cuanto empiece el tiroteo, comienzas a contar lentamente. Si ves a alguien, tírale y corre hacia la puerta lateral. Ve hasta el pie de la escalera y cubre los cuartos que se abren al corredor. Tira a cualquier extraño que veas; puedes estar segura de que no van a dejar que mi jefe ande suelto por la casa.

»En cambio, si no ves a nadie al principio, cuenta hasta treinta, y entonces corre hasta la puerta lateral, pero sólo si oyes tiros dentro de la casa. Si no los oyes, querrá

decir que nuestro asalto ha fracasado. En ese caso, regresas por el camino por el que viniste y te escapas en la *Cynthia*; Niko la dejará de modo que sea fácil salir y te enseñará como arrancar el motor. Aléjate del islote, que va a ser un lugar muy peligroso. Después, haz lo que quieras. Voy a darte una carta que te ruego entregues en la Embajada británica en Atenas. ¿Quieres preguntar algo? Bueno, entonces vamos a descansar, si podemos. Nos hará falta.

El sueño de Bond, junto a Ariadne, en un improvisado lecho de cojines de asientos, fue inquieto y con pesadillas. Un ser informe, demasiado fantástico para darle nombre, lo perseguía sin cesar. Bond huyó a través de una llanura de mármol, perfectamente plana. Al otro extremo de la llanura había alamedas geométricas. Todos los árboles eran idénticos y de forma estilizada, como en un dibujo arquitectónico, y a medida que Bond corría entre ellos, se desvanecían uno por uno, explotando silenciosamente y sin dejar rastros. Al mirar hacia atrás, para descubrir la causa de lo que sucedía, vio un muro de ladrillo, construido en forma muy rara, con las capas de mortero tan anchas como los mismos ladrillos. Un rumor distante se transformó en un trueno cercano y la pared empezó a inclinarse hacia él. Antes de que le cayera encima, Bond pudo obligarse a despertar, pero el rumor continuaba. Consciente, aun sin estar del todo despierto, de lo ilógico de su acción, Bond se levantó, descorrió una punta de la cortina y miró para afuera.

Lo que vio le resultó del todo insignificante. Con el vago pero opresivo recuerdo de la pesadilla en la mente, Bond contempló medio aletargado una poderosa lancha pintada de gris que hacía su entrada en la bahía. Un grupo de turistas ricos, sin duda, en busca de un lugar para bañarse. Paseó la mirada sobre la cubierta del recién llegado, pero no vio nada; no había ningún movimiento a bordo, como si la lancha fuera manejada por control remoto.

Aún somnoliento, Bond dejó caer la cortina y volvió a dormir. No escuchó el apagado rugido del motor de la lancha, cuando, terminada su oscura misión, se apartó de la costa y salió lentamente del fondeadero. Y, sin duda, no podía saber que poco después penetraría en una caleta aún más pequeña, doscientos metros al este, para desembarcar a un hombre que iba a apostarse como vigía en los curiosos arcos volcánicos de la vecindad.

Cuando Bond se despertó definitivamente, la luz había empezado a perder brillo del modo característico de las islas, que hace que el crepúsculo vespertino sea tan parecido al matutino. Ariadne pasó, en un segundo, del profundo sueño de una niña a la vigilia prevenida. Pestañeando lentamente, miró a Bond.

—¿Qué hacemos ahora?

—Por mi parte, voy a bañarme.

—Por la mía, yo también.

Mientras Litsas seguía durmiendo, se desnudaron y segundos después nadaban

juntos en el agua increíblemente diáfana.

Ariadne se alejaba de la lancha y nadaba mar afuera, con una brazada pareja y notablemente poderosa, que no derrochaba energía. Bond quedó impresionado; la chica demostraba cada vez más su calidad. La siguió en el mismo estilo y descubrió, no sin sorpresa, que tenía que esforzarse por alcanzarla. Una vez a la par de ella conservó la velocidad y así los dos nadaron unas cien yardas. El agua se deslizaba como seda por sus cuerpos. Debajo, era oscura y densa; Bond supuso que debía ser muy profunda. Se detuvieron y él sintió en su mejilla una brisa fría, como recordándole que el verano que todo lo coloreaba a su alrededor, no era eterno, al fin y al cabo.

Por acuerdo tácito, nadaron de regreso a la lancha. Sólo querían refrescarse y relajar los músculos; no hacer ejercicio. Un corto trecho adelante divisaron el resplandor del fondo y Bond tuvo la tentación repentina de bucear, de entrar nuevamente en el ámbito misterioso de las profundidades que tanto amaba. Pero no ahora. En otra ocasión…

Litsas los ayudó a subir a bordo, mirando con ojos de evidente conocedor las formas de Ariadne.

—Eres un sujeto afortunado, James —dijo—. Y tú, Ariadne, anda y vístete, que quiero enseñarte como funciona la «Thompson», antes de que anochezca. Estas lámparas de bicicleta de Ionides no sirven para nada.

Poco antes de las ocho, Ariadne había terminado su rápido curso de armamento (inclusive la importante lección de cambiar *magazines* al tacto), Bond había repasado más el plan de batalla y los tres habían engullido una improvisada cena de salchichas, verduras y frutas. Litsas levó el ancla y, cuando iba a encender el motor, captó la mirada de Ariadne.

—*Thée mou, voíthisse mas!* —murmuró, mientras ella inclinaba la cabeza—. Perdóname por esto —dijo mientras ponía en marcha la embarcación—. A todos nos hace bien rezar de vez en cuando. Espero que no te parezca mal mi pequeña superstición.

—Yo no lo creo así —expresó Bond, con cierto embarazo, deseando oscuramente que hubiera alguien o algo que invocar en aquellos momentos.

La operación había empezado según el horario. Después, todas sus etapas se confundirían en la memoria de Bond; la salida de la silenciosa bahía, el viraje al norte, y luego al oeste, la larga singladura bajo la luna, frente a vastas tinieblas montañosas, aliviadas de trecho en trecho por las luces de un villorrio, un minúsculo fondeadero, una casa solitaria, el pasaje de algún otro buque pequeño, la monótona vibración del pequeño motor «Diesel», el ruido del agua bajo el casco y la blancura que iba abriendo la proa de la *Cynthia*. Todo inevitable y normal, hasta que Litsas levantó la vista del timón y dijo:

—Lo lamento, pero creo que nos vienen siguiendo. Es difícil asegurarlo. Allá, a seiscientas o setecientas yardas a popa. —Señaló y Bond escudriñó el mar en la dirección de su brazo—. Es uno bastante grande. No sé cuanto hace que está ahí. Vaya una molestia.

La forma oscura, sin luces excepto la verde y roja, era bastante natural. Ahora no había ninguna otra embarcación en la vecindad. El enemigo, si lo era, había elegido el momento oportuno. Bond miró el reloj y, luego, la costa.

—Vira hacia tierra y acelera todo lo que puedas —le explicó a Litsas—. Calculo que estaremos a dos millas de nuestro lugar de desembarco. En tierra tenemos mejores oportunidades que a flote.

—Si es que llegamos. Hay mucho que nadar.

—Está virando con nosotros —dijo Ariadne, nerviosa—. Ahora no hay duda; se acerca rápidamente.

—Toma el timón, Ariadne —dijo Litsas—, que yo voy a apagar las luces. Quiero hacer algo en el motor. —Levantó la tapa y revolvió en el estante de las herramientas apresuradamente.

Bond miró al perseguidor, que ahora estaba a unos doscientos metros, aproximándose con rapidez, y se clavó las uñas en la palma de la mano. Las perspectivas eran desesperantes. La cubierta no les ofrecía ningún abrigo y no les era posible escapar. Se preguntó con furia cómo los habían identificado. Acaso Ionides había…

El ruido del motor creció con brusquedad hasta convertirse en un quejido estremecedor, y la *Cynthia* pareció estirarse hacia delante sobre el agua. Litsas cubrió las luces de cubierta y fue a proa.

—Ese motor será chatarra dentro de una hora o dos, pero no lo vamos a necesitar tanto. ¿Qué hacemos ahora, jefe? ¿Vender caras nuestras vidas?

Había extraído el «Lee Enfield» de su envoltura y Bond oyó cómo lo cargaba con cartuchos y lo ponía en posición de disparar. Por puro movimiento reflejo, Bond tocó la culata de la «Walther» detrás de su cintura. No tenía ningún plan, pero ya no estaba desesperado.

—Es cuestión de saber lo que quiere esa gente —dijo—. Si lo único que pretende es liquidarnos, no hay esperanza. Pero si quieren atraparnos vivos, entonces sí es probable que podamos distraerlos un poco.

Litsas asintió:

—Bien, pronto sabremos que intenciones tienen.

Calló súbitamente cuando, con una especie de silenciosa explosión, todo lo que les rodeaba quedó bañado en una luz fuerte y brillante. Bond se sintió cruelmente expuesto e indefenso. El efecto moral de un millón de bujías a cien metros o menos es tremendo, y el enemigo debía de saberlo, pues mantuvo la insoportable

iluminación, en absoluto silencio, durante un cuarto de minuto. Bond luchó con todas sus fuerzas contra el efecto, cerrando los ojos, tanteando la «Thompson» y poniéndola en posición. Luego, una voz amplificada dijo en inglés:

—¡Alto! ¡Hagan alto inmediatamente o los mataremos!

—¿Quieres que apague esa luz? —preguntó Litsas.

—Espera un instante y agáchate. Vamos a ver qué quieren y a pensar en lo que tenemos que hacer.

Pasó otro cuarto de minuto y la *Cynthia* seguía corriendo locamente hacia tierra. Después se oyó el corto y brusco estampido de un cañón liviano y un pesado chapoteo frente a ellos.

—Bueno, se disipó el misterio. Estos son los hombres del general Arenski. Von Richter y los suyos no se atreverían a ponerse al descubierto de esta forma —ahora Bond sabía lo que tenía que hacer, y dijo apresuradamente—. Tenemos un poco de tiempo. No nos van a cañonear en seguida; tienen órdenes de atraparnos vivos si es posible. Nos quedaremos aquí mientras podamos. Después, sólo tenemos una oportunidad; amarramos el timón, nos echamos al mar en silencio y dejamos que la lancha siga. Debemos de estar a milla y media de la costa. ¿Puedes arreglártelas, Niko?

—Sí, pero dame tiempo.

—Te esperamos. Prepara tu rifle.

—Está dispuesto.

La voz amplificada se oyó de nuevo:

—¡Alto inmediatamente o los cañonearemos!

—Los distraeré —dijo Bond. Hizo la pausa más larga posible y gritó—. Muy bien, estoy dispuesto a rendirme. Pero a condición de que dejen libre a la muchacha que me acompaña; no tiene nada que ver en este asunto.

Una pausa. Bond contó los preciosos segundos. Luego:

—No aceptamos condiciones. Ríndase inmediatamente.

—Exijo que suelten a la muchacha.

Una pausa mucho más corta, terminada sin ningún miramiento:

—Les damos diez segundos para detenerse. Si no, hacemos fuego.

—Cuenta hasta cinco, Niko. Ariadne, cuando Niko dispare, haz un viraje brusco.

Bond contuvo el aliento y entreabrió un ojo. La luz le horadó el cráneo. Al oír el primer disparo del rifle a su lado, abrió fuego con la «Thompson», no para acertar, sino para distraer a los artilleros. Litsas disparó de nuevo y la luz se extinguió por completo. La *Cynthia* pegó un bandazo cuando Ariadne hizo girar rápidamente el timón. Después de un intervalo que pareció durar tanto como el que separa dos latidos, volvió a escucharse la detonación del cañón y, en seguida, un horrible desgarramiento del agua, a pocos metros, seguido por una lluvia repentina que los

mojó a los tres. Bond se dio cuenta de que aún estaba reteniendo el aliento y exhaló ruidosamente.

Con una carcajada de triunfo, Litsas arrancó las luces de navegación y las tiró sobre la borda una por una.

—Estarán ciegos como topos durante unos minutos. Lástima que todavía pueden oírnos, si apagan el motor. Tenemos que aprovechar el tiempo. Volvamos a nuestro rumbo anterior, eso es.

El cañón sonó dos veces más, pero los proyectiles cayeron a cincuenta o sesenta centímetros de distancia.

—Están enojados, eso es todo. Toma, James, sé que no es de tu preferencia, pero en el agua es igual al coñac.

Bond bebió un buen trago del aguardiente que se le ofrecía y pasó la botella a Ariadne. El calor de la bebida, al propagarse, le hizo bien físicamente, pero Bond se sentía amargado.

—Estamos desarmados; no podemos hacer nada en tierra. Más vale que tiremos nuestras armas al mar. Sólo disponemos de mi cuchillo.

—No hables así, James —dijo Ariadne, poniéndole la mano sobre el hombro—. Por ahora, tenemos que preocuparnos por llegar a tierra. Con eso tenemos bastante, ¿no te parece?

—Ya lo creo —dijo Litsas, gravemente—. Espero que no puedan arreglar ese foco por un tiempo, de lo contrario nos liquidan. —Escudriñó las tinieblas—. Ah, buscan llegar a tierra… No… se detienen. Ahora apagan el motor. Tenemos que nadar. Uno tras otro, empezando por el mejor nadador.

—Bien pensado —dijo Bond—. Traigan el calzado; en tierra es esencial. —Se quitó las alpargatas y las encajó bajo su cinturón—. Bueno, me largo.

—Después Ariadne, luego yo. Yo le diré cómo es la bahía. Lárgate, James. Nos veremos en tierra.

—Sí, Niko, buena suerte.

Bond estrechó la mano de Litsas y besó a Ariadne. Sacó la «Walther» de la cintura y la arrojó por la borda. Luego se deslizó en el agua.

La distancia era de una milla o menos. Bond se puso a nadar a la velocidad que le pareció más compatible con la prudencia; el mar estaba en calma y no tenía la corriente en contra. La *Cynthia* quedó atrás y pronto dejó de verla. Había avanzado no más de doscientos metros cuando tuvo conciencia del motor de la lancha, que cruzaba frente a él, a toda velocidad. Una vez por lo menos captó el fogonazo del cañón. Pronto le llegó la ola dejada a su paso por la lancha, y cuando emergió no vio nada más que la isla. Braceó hacia el punto que se había fijado como meta, sin mirar a izquierda ni derecha, postergando deliberadamente todo pensamiento, imprimiendo a sus miembros el máximo de energía, para distraerse de la desazón de la derrota.

Veinte minutos después, se acercaba al borde de la sombra que arrojaba Vrakonisi bajo la luna y creyó ver a otro nadador a su frente. En esta oscuridad, cualquier persona sería invisible en el agua, aunque la lancha pasara a pocos metros. Se detuvo y miró hacia el oeste, sin resultado. Siguió nadando hacia la sombra y luego hacia la playa, visible a la izquierda, lo que le obligó a cambiar levemente el rumbo en las últimas cien yardas. Pero no había indicios de Ariadne. Seguramente llegó a la playa por sus propios medios y estaba descansando. Una zona de arrecifes; Bond nadó lo más cerca de la costa, para eludir los erizos de mar, y se puso en pie. Estaba en tierra. Ariadne no aparecía por ninguna parte. Se volvió hacia el mar.

Apenas había comenzado a recorrer con ojos desesperados las aguas negras cuando algo más brillante que la luz del reflector iluminó su cerebro y le hizo caer.

18. Las garras del dragón

—Excelente, excelente. El señor Bond está con nosotros por fin.

Bond recuperó el conocimiento tan rápida y cabalmente como si hubiera despertado de un sueño natural. Estaba semirreclinado en un confortable sillón bajo, en un cuarto de techo alto, bien iluminado. Varias personas le miraban con diversos grados de interés. Dos muchachas, ambas hermosas, estaban sentadas sobre un diván. Bond no las había visto antes. Pero sí había visto a los cinco hombres que le rodeaban. El que estaba frente a él, de espaldas a lo que, evidentemente, era una terraza, no podía ser sino el pistolero de pelo negro que había encontrado en Quarterdeck. El médico que también había visto allí estaba guardando una aguja hipodérmica en su maletín. Junto a la puerta se hallaba el ruso corpulento con aire de sirviente que conocía de la noche antes. Bond no lograba identificar al griego de aspecto rústico, con el brazo entablillado. Sin embargo, el chino alto que ahora se inclinaba hacia él, con amable solicitud, era inolvidable.

Bond preguntó enérgicamente:

—¿Dónde está la muchacha que me acompañaba?

—Una pregunta muy natural. —El chino sonrió, aprobando—. No tiene por qué preocuparse. No se le ha hecho daño ni se le hará ninguno, por el momento. Ahora permítame que haga las presentaciones. Las señoritas Madan y Tartini, ayudantes nuestras. El señor De Graaf, a quien creo que ya conoce, y el doctor Lohmann, que, sin duda recordará de la misma ocasión. Al señor Aris ya lo ha visto, también, aunque a distancia, como quien dice, durante un encuentro marítimo. Se tomó una gran molestia para traerme la noticia de lo ocurrido. Mi servidor, Yevgueni —ridículamente, como un mayordomo bien educado, el ruso hizo una leve reverencia —, y yo, el coronel Sun Liang-tan, del Ejercito Popular chino.

Bond resistía la tentación de preguntar por Litsas, cuya continúa ausencia era el único elemento a favor de alguna clase de esperanza… si ya no estaba muerto. Haciendo una corta pausa, el chino se sentó sobre una butaca de madera de olivo, a menos de un metro de distancia. Su sonrisa se tornó se torno considerada y comprensiva.

—La mala suerte ha abundado en este episodio —dijo melancólicamente—. Sin duda tuvo su parte esta noche, señor Bond. Ni siquiera usted pudo prever que nuestros amigos los rusos iban a anunciar su llegada de forma tan espectacular. Un verdadero programa de *son et lumière*, puede decirse. —Sun festejó su propio ingenio —. Fue también una desdicha que usted se viera obligado a llegar a tierra a nado, lo que me dio tiempo para destacar a mi gente en el único lugar donde podía salir del agua. Pero así es la vida, ¿no le parece?

»De todos modos, sea bienvenido —continuó el coronel—. Sé que algunos de mis

colegas se sienten muy aliviados con su llegada; tenían algunas dudas al respecto. Yo nunca las tuve. Por eso no me alteró la opinión del señor De Graaf de que no se habían hecho esfuerzos positivos para asegurarnos sus servicios. Por el contrario, mi temor era que alguna persona demasiado celosa del deber le diera muerte prematuramente. Yo sabía que vendría por su propia voluntad mientras le quedara aliento. Como verá mas adelante, teníamos que encontrarnos.

Al llegar a este punto, el coronel Sun se permitió una pausa, con la sonrisa fija en los labios, y sus ojos metálicos posados sobre Bond. Luego, recobró su anterior solicitud.

—Pero, perdóneme, he olvidado preguntarle si todavía le duele la cabeza. Espero que no sienta una molestia excesiva.

Bond trató de reproducir el tono amable que mostraba en su conversación el coronel Sun. De guardar la calma, de no denunciar el furor ni desesperación; era todo lo que podía hacer en aquellas circunstancias.

—Excelente; eso quiere decir que el anestésico local del doctor Lohmann ha surtido efecto. Además, Yevgueni es un artista de la cachiporra. Espero también que el haber nadado un trecho tan largo no le haya dejado ningún efecto desagradable. Como habrá notado, nos tomamos la libertad de secar su ropa mientras estaba inconsciente. Y de quitar el cuchillo de la pierna de su pantalón.

—Ustedes han actuado muy correctamente —dijo Bond con naturalidad—. No tengo ninguna queja. Me gustaría un whisky, si tienen.

—Desde luego, estimado amigo, con mucho gusto. He guardado una botella de «Haig» especialmente para esta ocasión. ¿Con hielo y agua?

—Lo prefiero solo, gracias.

Sun hizo una seña a Yevgueni, apartando por primera vez la mirada de Bond. Pronto volvió a mirarlo.

—De modo que, salvo alguna incomodidad y fatiga, su actual estado físico parece satisfactorio.

—Perfecto —contestó Bond, ocultando su creciente ira ante aquella absurda charada.

—Eso me tranquiliza. La fatiga no es nada para una persona de su físico y estado atlético. Me siento realmente tranquilo.

Apareció el whisky, servido con generosidad. Bond lo aceptó con gratitud y sorbió un buen trago de líquido color miel. Sun lo observaba. Su voz traslucía cierta impaciencia cuando volvió a hablar.

—Es esencial para mi propósito, ¿sabe usted?, que coopere conmigo en la mayor medida que le sea posible. Por lo menos, durante las próximas —el coronel consultó un reloj que, evidentemente, no había sido fabricado en la República Popular China — cinco horas, más o menos. Pasado ese tiempo, no estará en condiciones de

cooperar.

—No vaya a creer que pienso colaborar con usted para ninguno de sus *propósitos* —dijo Bond sardónicamente—. Sean los que sean, le prometo que resistiré mientras me sea físicamente posible.

—Muy bien dicho, señor Bond. Pero, naturalmente, no me ha comprendido. Su resistencia *es* su cooperación. De ahí mi preocupación por que se mantenga incólume en su capacidad para resistir. Empero, la explicación cabal de este punto puede quedar para más adelante. Por ahora, le explicaré cuáles son mis propósitos —aquí una sonrisita fugaz— del modo más claro posible. Es esencial, absolutamente esencial, que usted sepa ahora con exactitud lo que le espera.

»Dentro de muy poco tiempo, será trasladado al sótano situado debajo de la cocina de esta casa. Allí, con ayuda de las técnicas de interrogación más refinadas que he tenido el privilegio de perfeccionar, le torturaré hasta la muerte. Pero debe comprender que éste no será un interrogatorio en el sentido más común de la palabra; no se le harán preguntas y todo lo que usted diga o prometa no tendrá ningún efecto en la marcha inexorable del interrogatorio. ¿Está claro, señor Bond?

—Perfectamente.

—Bien. No niego, ante los presentes, que en este respecto me estoy excediendo ligeramente de las órdenes recibidas. O, para ser sincero, que incluso, las desobedezco. Se me ordenó que, antes de matarlo, extrajera de usted la mayor cantidad posible de los conocimientos especializados que posee. Esta fue una petición insensata, característica del pensamiento estéril de la burocracia. Me imagino que todos nosotros, de modos distintos, hemos chocado contra la mentalidad rutinaria de los funcionarios públicos. En este caso, voy a usar mi iniciativa; estoy seguro de que usted, por ser inglés, me aprobará. Y, como ejecutivo que es, comprenderá que no ha de serme muy difícil engatusar a mis jefes alegando que, dado su conocido valor y el poco tiempo que me permitió la incompetencia ajena, no se me puede culpar por no haberlo hecho confesar. En efecto, si yo quisiera que usted me suministrara alguna información, fácil me sería obligarlo a dármela en un plazo de minutos. Pero también sabrá que a veces conviene que nuestros jefes nos subestimen.

Era horriblemente claro que el chino hablaba en serio, que lo hacía sin ironía y, curiosamente, sin placer ante su absoluto dominio de la situación. En una mentalidad occidental, esa actitud hubiera sido un indicio de locura, pero Bond sabía bastante de los procesos mentales del comunismo oriental, con su franca indiferencia al sufrimiento humano y su costumbre de considerar a hombres y mujeres como objetos, cifras, abstracciones científicas como para advertir que, en sentido estrictamente clínico, Sun estaba en su juicio. Eso lo hacía más formidable.

¿Existía la más leve esperanza de que alguno de los presentes se rebelara ante la idea de la tortura en sí misma y demostrara un ápice de compasión? Miró de soslayo

a las dos muchachas. La morena delgada había vuelto la cabeza, por indiferencia, probablemente, más que por desagrado. Su compañera lo estaba mirando con ojos ausentes; sin duda era una de esas mujeres muy activas en la cama pero plácidas como vacas fuera de ella. El griego estaba completamente aburrido, el ruso indiferente. De pie, junto a la puerta de la terraza, De Graaf contemplaba sonriente a Sun, con una mezcla de desprecio y admiración. Sólo el médico, que sudaba y se mordía los labios, parecía inquieto y su ayuda sería inútil.

—De todos modos —Sun descartó con impaciencia su propia digresión— me ocuparé de que sufra el mayor dolor posible hasta la madrugada. Tarea delicada, desafío a mi habilidad, sin duda. Y a su fortaleza, señor Bond. Entonces, en el momento apropiado, le causaré la muerte por un método que, según creo, no has sido ensayado nunca. Usted morirá de *shock* a los pocos minutos. En ese instante, dejará de interesarme directamente. Bajo la supervisión de un colega, su cuerpo, junto con el de su jefe, será un instrumento vital en un ingenioso plan político concebido, en términos generales, para infligir grave daño al prestigio de su país y al de otra potencia hostil. Venga conmigo, por favor. Salvo que desee preguntar algo.

Bond terminó su whisky y aparentó meditar.

—No, creo que no —dijo con calma—. Todo parece estar muy claro.

—Excelente. Adelante, entonces. Sígame.

Al ponerse en pie maquinó un estallido de violencia que, aún fracasando, le diera la iniciativa por unos instantes. Apenas había medido la distancia a la garganta amarilla que tenía al frente, cuando su brazo derecho fue apresado desde atrás por De Graaf, y doblado sobre su omóplato del modo más doloroso. Por un segundo quedó impotente y eso bastó a Yevgueni para agarrarle el brazo izquierdo.

—Vamos a proceder con calma, Bond —dijo De Graaf sin alterarse—. Si se resiste, le romperé el brazo. La primera vez no nos dejaron usar este método, pero ahora es distinto. Ese brazo va a estar roto dentro de pocas horas, de un modo u otro. Ahora —la presión aflojó un poco— camine, pero con calma, como le dije.

Salieron del cuarto y cruzaron el vestíbulo con sus festones de plantas trepadoras. La mente de Bond parecía congelada, totalmente absorta en los movimientos de su cuerpo, mientras subían la escalera. Al llegar arriba torcieron a la derecha y siguieron un corto corredor sin alfombra. Sun descorrió un par de cerrojos —al parecer, recién instalados— en una puerta al extremo del corredor y entró. Bond fue empujado detrás de él.

M estaba rígido, con las manos a la espalda. Tenía el rostro muy pálido, como si no hubiera comido ni bebido durante su cautiverio. Pero se mantenía erecto como siempre, y sus ojos, hinchados y rojos como estaban, miraban con firmeza. Sonrió débilmente, sin alegría.

—Buenas noches, James.

—Hola, señor —contestó Bond, torpemente.

El rostro de Sun se dividió con una cordial sonrisa.

—Caballeros, ustedes tendrán mucho que decirse. Mi presencia sería embarazosa, de modo que me retiro con mis colegas. Les doy mi palabra de que no escucharemos lo que digan. Dicho sea de paso, no pierdan tiempo con la ventanita; está bien protegida. ¿Desean algo?

—Váyase de una vez —dijo M, con voz ronca.

—En seguida, almirante —contestó Sun, con burlona indiferencia.

Inmediata e instintivamente, Bond pateó con el talón a De Graaf, pero un taco de alpargata no es un arma eficaz y lo único que consiguió fue una momentánea intensificación del dolor en el brazo derecho. Lo tuvieron sujeto hasta que Sun llegó a la puerta. En el último momento, Bond observó que el coronel echaba un vistazo al reloj y hacía un gesto de contrariedad. Eso quería decir que, aún en mínima escala, el plan estaba atrasado.

La puerta se cerró y los cerrojos volvieron a correrse. Bond se volvió a M.

—Me temo que no le he servido de mucho, señor.

Con aire de total agotamiento, M negó meneando la cabeza.

—Bien sé que nadie podía haber hecho tanto como usted. Ahórreme los detalles. ¿Tenemos alguna oportunidad de salir de aquí?

—Por ahora, no. He contado cinco hombres sanos en la casa, más uno herido pero capaz de manejar un arma. ¿Sabe usted si hay más?

—No, no lo sé. Me han tenido aquí todo el tiempo. Además del lunático chino, sólo veo al sirviente que me trae la comida y me lleva al lavabo. Yo no sirvo para nada.

Las últimas palabras fueron dichas con tal acento de derrota que Bond se quedó muy sorprendido. M tomó asiento cuidadosamente sobre la cama sin hacer y exhaló un leve quejido.

—¿Lo ha torturado?

—Un poco, James, es cierto. Quemaduras, nada más, superficiales. El médico ese me las vendó. Olvidé mencionarlo; con ése son tres las personas que he visto. Es curioso lo que ha pasado con las torturas. En los primeros momentos, Sun me amenazó, diciendo que iba a hacerme desear la muerte y cosas por el estilo. Pero no ha ocurrido nada de eso. Tengo la impresión de que usted es su objetivo principal.

—Yo también tengo esa impresión —dijo Bond sin énfasis.

M asintió en silencio. Luego dijo:

—¿Qué objeto tiene este intríngulis, después de todo? No puedo creer que se hayan tomado tanta molestia sólo para ensayar sus nuevos métodos de tortura. ¿Buscan un rescate o qué? A mí no me han dicho nada.

—Al otro lado del cerro, los rusos van a celebrar una conferencia. Esta gente se

propone lanzar no sé qué clase de ataque contra los conferenciantes. Cuando se disipe el humo, usted y yo estaremos allí. Muertos, pero reconocibles.

—Tenemos que evitarlo —dijo al fin—. Escuche. Si tiene la mayor probabilidad de escapar, no repare en mí; yo sería una rémora fatal y, además, no tengo buena puntería. Es una orden, 007.

—Lo siento, señor, pero en un caso así yo tengo que desobedecerle. Usted y yo salimos juntos de aquí o no salimos. Y, para serle del todo franco, también hay otra persona de la que tengo que encargarme. Una muchacha.

M levantó la vista, mirándolo con severidad.

—Debí suponerlo. Así que por eso se metió en este lío. Muy caballeroso, por cierto.

—No es así, se lo aseguro, señor. La chica ha trabajado conmigo y a los dos nos capturaron al mismo tiempo. Si conociera todos los detalles vería que me ha ayudado mucho. Es valiente y fuerte y no me ha abandonado un instante. Es…

—Muy bien, muy bien —farfulló M. Había cambiado repentinamente de humor, abstrayéndose. Apretó y abrió los puños varias veces. Bond le oyó tragar en seco. Luego preguntó—. ¿Qué pasó con los Hammond? Dígamelo, por favor; es algo que me ha preocupado mucho.

—Murieron los dos. Por suerte, los mataron rápidamente, a balazos. Trabajo de expertos. Creo que Mrs. Hammond no llegó a enterarse de lo que le sucedía.

Ante la primera palabra de Bond, M había levantado un brazo, en un gesto extraño y emocionante, como para amortiguar un golpe. Dijo con un temblor discernible en la voz:

—Otra razón para frenar a esta gente.

Volvió a hacerse el silencio, apenas interrumpido por ruido de pisadas en la escalera y por el corredor hasta la puerta. Se descorrieron los cerrojos y apareció Sun. Sus modales eran bruscos y confiados ahora.

—Perdónenme la interrupción, señores, pero ha llegado el momento de pasar a la etapa siguiente. Ha habido una pequeña demora ocasionada por la necesidad de neutralizar al otro asociado del señor Bond, el hombre. Pero el problema ya ha sido solucionado.

—¿Qué han hecho con él?

Por el rápido vacío que sintió en el estómago al oír la noticia, Bond reconoció que, a pesar suyo, todavía se aferraba a un jirón de esperanza. Esa esperanza ahora se desvanecía totalmente.

—Se resistió y sufrió algunos daños. Nada grave. Ahora está bajo los efectos de un sedante. Ya veremos lo que hacemos con él.

Probablemente a causa del cansancio, Bond sintió que algunas de las cosas que le

estaban pasado aquella noche adquirían la borrosa fugacidad de un sueño. Se hallaba de nuevo en el piso de abajo. De Graaf y Yevgueni aparecieron frente a él arrastrando a Litsas, con la cabeza sangrante, a un cuarto contiguo mientras Von Richter ofrecía ceremoniosamente una copa al joven llamado Willi. Las chicas habían salido. Sun estaba hablando.

—… para mis propósitos. Los datos precisos sobre este punto se los comunicará mi colega, el comandante Von Richter. Le puedo conceder sólo cinco minutos, Ludwig.

El ex oficial de las SS se recostó en su silla con expresión atenta, como si estuviera recapacitando. El tejido cicatrizado de su cráneo relucía bajo las fuertes lamparillas eléctricas. Hablaba sin prisa, con su voz curiosamente agradable:

—El problema técnico era cómo penetrar en un edificio de anchas paredes de piedra, utilizando un arma de poco peso y de notoria procedencia británica. Investigando la estructura del edificio del islote tuvimos una respuesta inmediata. Todas estas casas poseen paredes muy gruesas, impenetrables para la artillería común de campaña. Pero los techos no son tan gruesos; además, son planos, lo que quiere decir que un proyectil que venga de arriba no va a rebotar. Sólo un arma de forma y calibre convenientes podía satisfacer estos requisitos. Un arma fácil de transportar y de esconder, e indudablemente británica.

—Un mortero de trinchera.

Bond dijo esas palabras casi sin darse cuenta. En un momento difícil como el que estaba viviendo, no podía menos que sentir la satisfacción de haber conjeturado con acierto lo que se tramaba, como si hubiera resuelto un antiguo enigma. Cuatro hechos, al parecer sin relación entre ellos, se le aparecieron como heraldos de la verdad: el detalle en la leyenda sobre el dragón que podía atacar a sus víctimas desde atrás de una montaña; la maleta con el extraño bulto que vio desembarcar la noche antes; la especulación de Ariadne acerca de los cañones que podía usar el enemigo; su propio sueño con aquella extraña pared en la que la capa de mortero era tan alta como la kilera de ladrillos. Esto último no podía decirse que fuera una pista, sino una verdadera respuesta al enigma, salida de las profundidades de su subconsciente, en tanto que su conciencia seguía bregando con las posibilidades lógicas, precisas y variables. Si hubiera advertido a tiempo el significado de aquella pared… Pero, aunque así hubiera sido, ¿de qué podría servirle?

—*Ja!* Diez marcos. *Einweiser Knabe, Willi was?* —Von Richter, al igual que Sun, mostraba el buen humor exagerado y nervioso que Bond había observado en otros militares a punto de entrar en acción con todo a su favor—. Sí, señor Bond. Para ser exacto, el mortero «Stokes» pesado, calibre tres pulgadas. Conseguimos uno en el arsenal neo-nazi de Augsburgo, donde se guardan muchas armas y municiones capturadas durante la Segunda Guerra Mundial. Tuvimos suerte. El «Stokes» es un

mortero formidable. Ideal como artillería ligera para apoyo a corta distancia, capaz de disparar a un blanco oculto. La elevación de su trayectoria permite, por ejemplo, que un proyectil disparado desde esta casa alcance con toda facilidad cualquier objetivo situado al otro lado del cerro, en el islote. Como la pieza no tiene gatillo, sino tan sólo un detonador en la base del cañón que obra sobre el cartucho de la bomba en el momento de cargarse, la velocidad de fuego que puede lograrse es realmente notable. Un experto puede colocar veinte proyectiles en el aire en un instante. Cada diez disparos, uno será de humo. Ya pueden imaginarse la confusión que reinará entre nuestros amigos cuando comience el ataque. Y la pérdida de vidas, que será considerable.

»Se plantea el problema de la puntería. Aquí la práctica es fundamental. He practicado con nuestro mortero durante diez días en Albania, y conozco todas sus peculiaridades. Como ustedes comprenderán, cuando el artillero no puede ver el blanco, tiene que valerse de un observador. Esa será la tarea de Willi. El Gobierno de Albania tuvo la bondad de facilitarnos un terreno muy similar a éste. Willi y yo ensayamos a gusto, y elaboramos un procedimiento perfecto. Él escalará el cerro, hasta un punto que está en línea recta entre el emplazamiento del mortero y el blanco. Cerca de la cumbre instalaremos una luz, que servirá para orientarme. Conozco bien el régimen de vientos de la zona y a la hora fijada podemos esperar una calma casi perfecta. Hemos ensayado un código de señales para guiarme al hacer los disparos. Creo que no pasará un minuto antes de que tres de cada cuatro bombas caigan sobre el edificio o la zona circundante. Con eso será suficiente.

»El bombardeo empezará al amanecer. Cuando termine, usted y su jefe entrarán en escena. Mejor dicho, entrarán sus cadáveres. Uno de ustedes ha cometido un descuido con la munición y ha ocurrido la explosión. Los investigadores descubrirán sus restos al lado del mortero. El error se explicará fácilmente, porque el detonador de las bombas es muy sensible. Basta con dejar caer una bomba al suelo, desde la altura del pecho. Huelga decir que el verdadero curso de los acontecimientos será otro. Debidamente protegido, yo arrojaré una bomba desde el emplazamiento del mortero, donde usted y su jefe estarán muertos. Esta parte de la operación ha requerido algunas investigaciones previas. No podemos dejar que sus cadáveres muestren señales de tortura, pero tampoco ser irreconocibles. Por eso tuve que hacer algunos experimentos en Albania, con cadáveres en general. Hay muchas facilidades para conseguir cadáveres frescos en ese país —Von Richter festejó ruidosamente esta salida y luego continuó en tono oficial—. Con esto termina mi exposición del aspecto militar de la operación —y sin mirar el reloj, añadió—. Menos de cinco minutos, coronel.

La mente de Bond estaba ocupada en recordar que Ariadne había hecho otra pregunta muy pertinente: *¿para qué se necesitaba en esta empresa a un hombre con*

experiencia en atrocidades? La respuesta se advertía claramente ahora, sus consecuencias eran horripilantes.

—Muchas gracias, *Herr* comandante. ¿Alguien desea conocer más datos?

—Supongo que habrán preparado algunos documentos falsos —dijo M.

—Así es, almirante. Efectivamente, nuestra vecina Albania ha fraguado todas las órdenes para vuestra participación en esta operación; se encontrarán en su cadáver. Naturalmente, su Gobierno las denunciará como falsificaciones, pero ¿acaso podría hacer otra cosa si fueran genuinas? Tenga la seguridad de que la complicidad británica quedará comprobada. El daño al prestigio ruso es demasiado directo para necesitar auxilios artificiales.

—¿Cómo pudieron enterarse con tanto detalle de la organización de esta conferencia? —preguntó Bond.

—Bueno, uno de los funcionarios menores encargados de organizarla cometió una indiscreción momentánea, involuntaria, por cierto, y uno de nuestros agentes le oyó. Arreglamos una entrevista con este hombre y pude inducirle a ser indiscreto en gran escala e intencionalmente. También le convencí de que nos enteraríamos y reaccionaríamos muy desfavorablemente si revelaba esa indiscreción a sus superiores. Pero basta ya de minucias y vayamos a lo importante, si no hay más preguntas.

Silencio, porque nada se podía decir. Inmovilidad, porque nada se podía hacer. Impotencia. Desesperanza.

—Le recomiendo que se despida de su jefe ahora, señor Bond. Quizá no pueda hacerlo la próxima vez que lo vea.

19. Teoría y práctica de la tortura

El sótano era pequeño, no más de tres metros por cuatro por dos y medio de alto. El piso era disparejo, y una columna irregular de piedra viva sobresalía de un rincón. No quedaba nada de lo que allí guardaban los anteriores ocupantes de la casa; el ambiente había sido barrido y lavado. Una fuerte escalera de madera conducía a una puerta de ventilación, en el techo. A lo largo de una pared corría un banco largo; frente a otra había una pequeña mesa plegable y una silla de cocina. Una lamparilla desnuda y más bien sucia brillaba en un enchufe en la tercera pared.

Por más que resistió, Bond no pudo impedir que lo ataran a una pesada silla de comedor colocada en el rincón opuesto a la columna de piedra. Para atarle las muñecas y los tobillos habían empleado toallas; mientras resistía, Bond había escuchado partes de una prolija explicación de Yevgueni y De Graaf en el sentido de que las cuerdas dejan marcas y ocasionaban sufrimientos innecesarios por el momento. Mediante cadenas aseguradas a argollas fijas en las paredes y en el piso, se sujetaba la silla, de modo que no cayera por más contorsiones que hiciera Bond.

Sólo por unos instantes, Bond esperaba a Sun. Más que nada, anhelaba un cigarrillo. Imágenes inconexas se atropellaban en su mente: las delicadas facciones de Ariadne, el firme apretón de manos de M, el mudo ruego de Gordienko en sus últimos instantes de vida, la sangre en la cabeza de Litsas, el partido de golf con Bill Tanner, medio siglo atrás, el terrible asombro del ruso cuando sintió el balazo, la diversión de Von Richter al recordar sus «experimentos» en Albania, los cuerpos yacentes de los Hammond en Quarterdeck, de nuevo el rostro de Ariadne. Y luego la figura de Sun, los movimientos sueltos y potentes, los ojos metálicos, los dientes vueltos hacia dentro, los labios cárdenos. El hombre que lo iba a llevar por un camino de agonía hasta la muerte. Bond se encontró sudando de temor.

Se oyeron pisadas encima. Bond se obligó a sí mismo a respirar hondo varias veces. Se abrió la puerta trampa y Yevgueni bajó la escalera. Llevaba una bandeja de madera, que depositó sobre la mesa. Bond examinó los objetos que contenía: dos pinchos de madera, una botella de líquido incoloro, un embudo del tamaño de una taza de café, algo que parecía el haz de cerdas de un cepillo, un cuchillo con una hoja de quince centímetros en forma de largo triángulo y varias cajas de fósforos. Empezó a respirar pesadamente.

Tras un minuto de silencio total, llegó Sun. Sonrió y saludó a Bond, como a un amigo del alma, y se sentó tranquilamente junto a la mesa.

—Antes de empezar, Sun —dijo Bond, sin alterarse—, quiero pedirle un favor.

—Pregunte, estimado Bond. Ya sabe que trataré de complacerlo.

—La muchacha. ¿Qué le ha hecho?

—Creo que De Graaf está ahora con ella. O tal vez Yevgueni. O, incluso, los dos.

Y también puede que estén participando las otras dos jóvenes. En una noche como ésta, creo que puede tolerarse un poco de licencia.

Bond trató de no pensar en aquello.

—Por la mañana, le ruego que la deje ir. Llévela a cualquier parte. Diga lo que diga después, no podrá afectar al éxito de sus planes y ustedes estarán lejos y a salvo.

—Lo siento —dijo Sun, meneando la cabeza y suspirando—, pero créame que es imposible. Me gustaría ayudarlo, pero ¿qué pensarían esos estúpidos jefes míos si sobreviviera algún testigo de una operación como esta? El reglamento dice que no deben suceder cosas semejantes. Por eso, me temo que la chica tendrá que morir.

—Entonces, por favor, háganlo rápidamente, sin hacerla sufrir. —Bond apenas advertía el tono suplicante de su voz—. No es mucho pedir, ¿verdad?

—Desde luego que no, señor Bond. No soy ningún bárbaro, a pesar de lo que usted pueda creer. Siempre me he opuesto a todo sufrimiento innecesario. Me ocuparé de que De Graaf, que es un experto en la materia, le pegue un balazo en la nuca. Ella no tendrá tiempo de enterarse. Yo mismo supervisaré la ejecución. No tiene que temer al respecto.

—Muchas gracias. —Bond le creyó y quedó satisfecho. Luego se sintió rebosante de furia y repugnancia—. Ahora siga con su sádica diversión. Diviértase mientras pueda.

—Al parecer, señor Bond —dijo Sun, juiciosamente—, sus ideas sobre el sadismo son bastante imprecisas. Usted dijo que…

—No se preocupe por la precisión de mis ideas. Traiga sus tenazas y sus hierros calientes. No pueden ser más dolorosos que estar sentado aquí escuchándole.

El coronel repitió su sonrisa.

—Su actitud desafiante es meritoria. Pero no tiene noción alguna de a quienes está desafiando. Dentro de poco, deseará de todo corazón y con toda su alma que yo hubiera demorado la aplicación del dolor siquiera unos segundos, prolongado esta conversación. Ahora, James… —Sun se puso de pie y recorrió la minúscula extensión frente a la silla de Bond— si no le molesta que lo llame así… Me parece que lo conozco tan bien.

—No puede evitarlo, ¿verdad?

—No, James, no puedo evitarlo. En fin, me parece apropiado que nuestro trato sea algo más íntimo.

—Ya me extrañaba que no hubiéramos llegado a ese punto —dijo Bond, con asco —. Supongo que hombres como usted no pueden encontrar a nadie que consienta y tienen que maniatar a alguien para…

—Oh, no, no —Sun parecía sinceramente molesto—. Ya me parecía que usted estaba muy equivocado. El verdadero sadismo nada tiene que ver con el sexo. La intimidad que mencioné es moral y espiritual, la unión de dos almas en forma

mística. En la gran obra del divino marqués de Sade, *Justine*, un personaje dice a su víctima: «El cielo ha decretado que su papel es aguantar estos sufrimientos y el mío, inflingírselos». Esa es la clase de relación que ha de unirnos, James.

Sun siguió caminando, con el ceño fruncido, como buscando las palabras exactas para comunicar sus profundos pensamientos. Tras unos instantes, se encogió de hombros, como si la tarea fuese superior a sus fuerzas.

Como si sintiera los efectos de la excitación o de alguna emoción más profunda, Sun pareció perder su habitual palidez y su pecho empezó a subir y bajar bajo la camisilla de algodón. Bond le dijo fríamente:

—Sun, usted me aburre. Nada hay menos interesante que un loco.

Sun tuvo una risita ahogada. De pronto, aceleró su gesticulación. Sus brazos se movieron nerviosamente.

—Tenía prevista su reacción, estimado Bond. Pero sigamos adelante. Aquí estamos, los dos a solas, en un sótano, en una isla griega. No en un escenario lujoso, como los que le han ofrecido algunos de sus adversarios anteriores. Pero, en realidad, usted y yo no somos adversarios, sino colaboradores. Bien. Se preguntará qué le voy a hacer, qué partes de su cuerpo voy a atacar, y en qué forma. Primero, los aparatos. La electricidad puede ocasionar exquisitas angustias, aplicada como es debido. Pero eso es demasiado fácil, no da lugar a ningún refinamiento. Además, la verdad sea dicha, aquí, en Europa oriental, suele fallar. Por mi parte, creo firmemente que todo interrogador que conozca su oficio debe arreglarse con los accesorios más comunes de la cocina: cuchillos, pinchos, cerdas de cepillo, todo lo que ha visto en esta bandeja. Tendré que hacer una pequeña trampa cuando le administre la inyección final para hacerlo entrar en convulsiones. Esa sustancia química no se encuentra en ninguna cocina. Pero se extrae de un hongo que crece en China, de modo que puede suponerse, en teoría, que esa sustancia es un artículo de cocina.

»Pasemos ahora a la cuestión fundamental del objeto de mis ataques. El lugar obvio, demasiado obvio, es el aparato genital. Tengo la certeza de que la experiencia le ha enseñado que es posible infligir terribles dolores en esos órganos, a los que se añade, en el hombre, el efecto psicológico del temor a perder la virilidad. Pero en su caso, no me interesa tal efecto. Creo haberle explicado que no quiero hacerle perder la virilidad sino la vida. Además la idea misma del ataque a los órganos genitales es tan… poco refinada.

Una pausa, mientras la sangre afluyó a los oídos de Bond. Del bolsillo de su pantalón, Sun extrajo una lata roja de «Benson Hedges» y ofreció uno a Bond.

—No, gracias.

—¿Está seguro? Mire que será su último cigarrillo.

—Dije que no, gracias.

Bond había casi olvidado su hambre de nicotina. Además, la idea de aquellos

dedos amarillos poniéndole el cigarrillo en la boca, quitándoselo amablemente para tirar la ceniza y volviéndolo a poner, le resultaba insoportable.

—Como quiera. —Sun hizo funcionar un «Ronson» forrado de cuero y echó una bocanada de humo—. Entonces, ¿dónde? ¿Dónde vive un hombre? ¿Dónde reside su yo más íntimo, su alma, su ser, su identidad? Pueden hacerse cosas muy desagradables con las uñas de un hombre, por ejemplo. O con sus órganos genitales, como estábamos diciendo. La rodilla es un centro neural y pueden obtenerse sorprendentes resultados interviniendo hábilmente. Pero todo esto sucede, para decirlo así, en otra parte. Un hombre puede ver cómo lo destripan y extraer mucho horror, así como dolor, de la experiencia. Pero sucede a distancia… no dónde él está.

Sun se acercó y se arrodilló junto a la silla de Bond. Siguió hablando en un murmullo, con la voz temblorosa.

—Un hombre vive en su cabeza. Ahí está el asiento de su alma. Esto es verdad objetiva y subjetivamente. Así, pues, James, yo voy a penetrar hasta donde usted vive, hasta el interior de su cabeza.

Aplastando el cigarrillo con el taco, Sun se aproximó. Miró a Bond con un dejo de compasión.

—Una cosa más, James. Este sótano, rodeado de piedra, tiene un aislamiento acústico natural. Para mayor garantía se han apilado alfombras y mantas sobre el piso de arriba. Hemos hecho ensayos y sabemos que no puede oírse ningún ruido desde afuera. O sea, que puede gritar todo lo que quiera.

—Váyase al infierno.

—Es usted quien marcha hacia él.

Luego, con el paso decidido de un hombre que no quiere llegar tarde a una cita importante, el coronel Sun fue hasta la silla. Con feroz eficiencia asió la cabeza de Bond en una pinza formada por su brazo izquierdo y su pecho. Bond se resistió con todas sus fuerzas pero sin resultado. Con los dientes apretados, esperó.

El alarido cesó. Sun sintió que Bond perdía el conocimiento y lo soltó. La cabeza, corriéndole el sudor por todos los poros, cayó sobre el agitado pecho. Con un gesto como el de un adulto con un niño simpático, Sun pasó la mano por el pelo en desorden de Bond. Se volvió rápidamente, subió la escalera y empujó con fuerza la puerta. En seguida se oyó una voz apagada.

—Sí, señor.

—Puede bajar ahora, doctor Lohmann.

—En seguida, señor.

Llevando su maletín negro, el médico descendió la escalera. Lo seguían Von Richter y Willi.

—¿Me permite que venga a ver, coronel?

—Por supuesto, estimado Ludwig. Aprecio su interés. Como verá, hay comodidad para espectadores. Tome asiento.

—Este hombre está inconsciente —dijo el médico.

—Me alegro de que esté de acuerdo conmigo. Ahora siéntese y observe con atención; tal vez aprenda algo. Si desea seguir a nuestro servicio, tendrá que desprenderse de sus inhibiciones. ¿Entendido?

El doctor Lohmann vaciló, y tomó asiento en el banco, junto a Willi.

—Bueno, a ver que nos tiene reservado, Sun —preguntó Von Richter con acento halagador—. Esperamos mucho de usted; bien sabemos que en Pekín están los maestros mundiales del oficio.

Sun manifestó su complacencia ante el elogio, pero no quería ser injusto.

—Hay que reconocer que se trabajaba con eficacia en el Vietnam. Algunos de los hombres de Ho Chi-minh han aprendido el oficio con notable rapidez, a pesar del atraso relativo de esa región. Eso es muy prometedor.

Se acercó a Bond y levantó su mentón. Los ojos grises azules se abrieron pestañeando, quedaron firmes y grises.

—Maldito sea, Sun —dijo una débil voz.

—Excelente. Podemos seguir. Le estoy trabajando la cabeza, Ludwig, como ya le expliqué. Hasta ahora, lo ha soportado bien, pero sólo estamos empezando. Terminará por gritar apenas me vea acercarme para continuar el tratamiento.

El tiempo había pasado y el dolor había pasado también. Pero debían existir otras cosas. ¿Había gritado? No lo sabía.

Oía voces. Reconoció algunas palabras, que le llegaban a través de un ruido como de torrente. Ahora le estaban dando una inyección, apenas un pinchazo, ridículamente indoloro. Más dolor; sólo existía el dolor. En el mundo no había lugar para pensar en otra cosa.

Era mucho más tarde y estaba de regreso. Volvía a pensar. Mejor dicho, un solo pensamiento lo llenaba todo y era todo. Pesaba sobre él como una manta inmensamente pesada, subía hacia él, rodeándolo, como el limo del fondo del mar. Bond no conocía ese pensamiento, pero no tardó en reconocerlo: era la desesperación, el final de la vida, el pregusto de la muerte. En comparación, la sangre que le corría por la nariz y la boca, el dolor que palpitaba en su cabeza, no eran nada.

Bond abrió los ojos. Advirtió que podía ver razonablemente bien. El rostro de Sun estaba a treinta centímetros de distancia. Pero algo le había ocurrido desde la vez anterior. Algo le había deshidratado, de modo que la piel ahora parecía de pergamino, los ojos estaban rojos y sin brillo, los labios entreabiertos y resecos. La respiración del hombre era corta y ruidosa y tragaba en seco sin cesar. Al parecer, estaba tan exhausto como el propio Bond. Todo eso era muy extraño, pero no importaba. Ya nada importaba.

Alguien bajaba por la escalera. Bond levantó la vista automáticamente pero sin interés. Era una de las muchachas, la morena. Miró a Bond y en seguida apartó los ojos; en sus facciones se pintaron un pequeño asco y un gran temor. Sun se enderezó lentamente y se volvió hacia ella.

La chica contuvo el aliento y le preguntó:

—¿Se siente mal, señor?

—No, de ningún modo. Es el efecto de mis experiencias.

La voz también había cambiado. Se había tornado áspera y cascada, monótona, como si recitara una lección mal aprendida. Tras una larga pausa, Sun añadió:

—Me hacen sentir distinto…

—Ah, sí. ¿Qué desea, señor?

Sun apuntó espasmódicamente a Bond.

—Este hombre… está próximo a la muerte. Durante toda su vida, su mayor placer ha sido el amor. Con ayuda de usted, quiero hacerle comprender la amargura de haber perdido eso para siempre —Sun dijo estas palabras sin convicción. Hizo una pausa torpe, como si volviera una página en su mente. Luego, la voz quebrada prosiguió—. James Bond tiene que hallarse en el estado de espíritu adecuado para recibir la muerte que le voy a dar; el estado de más honda amargura y desesperación que puede alcanzar un hombre.

Guardó silencio, mientras la chica lo miraba.

—Desnúdese y póngase frente a él —ordenó Sun, como si dictara un mensaje—. Muéstrele su cuerpo y acarícielo lascivamente.

La chica siguió mirándolo, pero su rostro ahora daba señas de protesta y rebeldía, además de temor.

—No, no puedo hacer eso. Está mal.

—Puede hacerlo y lo va a hacer. Si quiere seguir siendo útil a nuestra causa tendrá que deponer todos sus prejuicios. Haga lo que le digo.

—No lo quiero hacer.

Un fantasma de animación retornó a la voz de Sun cuando dijo:

—Si desobedece haré que la degüellen y que arrojen su cuerpo al mar tan pronto como salgamos de aquí.

El silencio rugía y resonaba dentro de los oídos de Bond. El rostro de la chica mudó de expresión y de pronto, sin saber la razón, Bond se puso a la expectativa. Contempló a la chica con la máxima atención de que era capaz.

—*Okay* —dijo la muchacha, paseando la mirada alrededor del sótano—. Pero… por favor, no miren.

—No tenga cuidado; no tiene por qué sentirse incómoda. Nuestro amigo Lohmann es médico. Y tampoco él va a mirarla.

Lohmann se quedó sentado en el banco, con el rostro entre las manos. Sobre el

piso frente a él se veían los restos a medio limpiar de un vómito. Bond lo miró brevemente, y luego a los otros dos. Vio a la chica acercarse hacia la mesa y detenerse frente a ella. Vio a Sun volverse hacia él para estudiarle el rostro. Con los párpados semicerrados, vio a la chica que miraba rápidamente sobre el hombro y recogía algo de la mesa. La vio que se volvía y decía:

—Tengo una buena idea. Primero le doy un beso. Después me desnudo.

—Muy bien. Veo que entiende lo que queremos. Haga lo que quiera; sólo el resultado me interesa.

Bond vio que la chica se le acercaba, moviendo el brazo derecho de modo extraño. Observó su rostro que viajaba hacia él; vio, en el mismo instante, el rostro del coronel Sun, contraído por el disgusto, torciendo la mirada. Se dio cuenta que la chica miraba de nuevo por encima del hombro. Sintió un movimiento en la zona superior de su muñeca derecha.

Segundos después reconoció que ese movimiento era el de un cuchillo que cortaba la toalla con la que su muñeca estaba amarrada al brazo de la silla.

20. «Adiós, James»

—Aquí hay algo malo, señor. Creo que este hombre está… muerto.

La chica era inteligente. Había vuelto a envolver rápidamente la toalla alrededor de la muñeca de Bond, de manera que no se viera el corte. Bond tenía el cuchillo firmemente empuñado, oculto a una mirada desde arriba. En cuanto la escuchó, Bond dejó caer la cabeza sobre el pecho, pero manteniendo los ojos abiertos, con la mirada fija en el vacío.

—¡Pero eso es imposible…! ¡No puede estar muerto!

Rápidamente, Sun perdió su aire de sonámbulo. Corrió hacia la silla y la muchacha se apartó. Empezó a decir algo. Entonces, con todas las fuerzas que le quedaban, Bond levantó el cuchillo por detrás de Sun y se lo clavó justamente encima del flanco izquierdo. El hombre gruñó y levantó un brazo; procuró librarse del ataque, pero resbaló sobre el piso irregular y cayó sobre una rodilla apoyándose sobre el brazo izquierdo de Bond. Ahora con más fuerza, el cuchillo volvió a hundirse, hasta el mango esta vez, cerca de la clavícula. Sun exhaló un gemido de inmensa fatiga y por un instante miró a Bond a los ojos. En los suyos había una muda acusación. Pasado el momento, puso los ojos en blanco y, con el cuchillo clavado en la espalda, cayó de costado y no se movió más.

La chica sollozaba, con las manos apretadas sobre la boca, el torso inclinado. Lohmann, temblando de pies a cabeza, se había puesto de pie. Bond miró a uno y otro.

—Alcánceme el cuchillo —dijo. Tenía la voz espesa y sofocada, pero era su voz.

Sacudiendo violentamente la cabeza, la muchacha se dio vuelta, buscó a tientas la silla que estaba junto a la mesa y se desplomó sobre ella, con la cara tapada. Lohmann vaciló y luego se aproximó rápidamente y extrajo el cuchillo del centro de la mancha que crecía sobre la camiseta de Sun. Después de limpiarlo, empezó a cortar torpemente las ataduras de la muñeca izquierda de Bond. Mientras lo hacía, se puso a hablar, en una especie de balbuceo entrecortado.

—Quise ayudarle antes, pero no encontré la manera de hacerlo. Sun es un diablo. Me obligó a presenciar cómo lo torturaba. Si yo no quería mirar, me amenazaba, me decía cosas horribles. Yo no sabía que esto iba a ser así. Me dijeron que se trataba de prestar servicios médicos, de dar calmantes a la gente, nada más. Y además, la muchacha… ya sabía que le iban a hacer algo. Sun se lo dio a entender, ¿sabe?

Libre al fin, Bond se puso de pie pero se sintió mareado y debió aferrarse a la silla. La cabeza le zumbaba y daba vueltas. Le costó hablar.

—¿Qué hora es?

—Falta media hora para que empiece el bombardeo. —El doctor había dejado de temblar. Ahora se mostraba práctico, incluso eficaz—. Willi está camino del cerro.

Von Richter está en el punto de tiro. Disponiéndolo todo.

—¿Dónde están los demás?

Lohmann no contestó; estaba tomándole el pulso y examinándolo.

—Usted no estará en condiciones de hacer ningún esfuerzo físico en su estado actual —dijo—. Voy a darle algo para reanimarlo.

Se inclinó y abrió su maletín.

—¿Por qué he de confiar en usted?

—Si no me hubiera decidido a ayudarle, habría ido en busca de ayuda cuando todavía estaba atado a la silla. No crea que lo hago por simpatía hacia usted. Sun me iba a matar tan pronto terminase mi misión. De eso estoy seguro. A ver. —Extrajo una jeringa hipodérmica—. Esto lo reanimará una hora, aproximadamente. Después, perderá el conocimiento, pero para entonces estará a salvo o muerto. Me preguntó hace poco por los demás. Su amigo, el hombre que trajeron después, está dormido en el cuarto contiguo al de su jefe; no está mal herido. No hace falta llave para entrar.

—¿Está drogado?

—Sí, pero eso no importa. Con esta misma inyección volverá en sí. Tendrá que dársela usted mismo. Yo no saldré de este sótano hasta que vuelva y me diga que no hay peligro. No sirvo para pelear. —Lohmann le entregó la hipodérmica llena, dentro de una cajita de cartón—. No importa dónde lo inyecte, lo importante es que penetre bien bajo la piel. ¿Entendido?

—Sí —dijo Bond. Tal vez era su imaginación, la simple alegría de estar de nuevo en libertad, pero le parecía que estaba recobrando energías y que se le aclaraba la cabeza—. ¿Dónde está la chica?

—Está en un cuarto al otro lado de la escalera, primera puerta a la izquierda.

—¿Y De Graaf?

—También estaba allí cuando fui a buscar a Luisa —dijo el médico, sin inmutarse —. Lo mismo que la otra muchacha albanesa. No sé dónde estaba Yevgueni. Pero más vale que se ponga en marcha, Bond. Yevgueni y De Graaf tienen que bajar dentro de diez minutos para llevarlo al punto de tiro.

—Entendido. El otro hombre, el griego con el brazo vendado, ¿dónde está?

—Frente a su jefe. Completamente dormido. No es problema.

—¿Cuál de ellos está armado?

—De Graaf siempre lleva un revólver en el bolsillo trasero. No creo que Yevgueni esté armado; no sé nada de Von Richter.

—¿Willi?

Lohmann vaciló de un modo extraño. Contestó:

—Tampoco sé nada, pero no se preocupe por él; está fuera de su camino.

—Puede ser. ¿No le parece conveniente echar una mirada a Sun?

—La segunda puñalada debió de ser fatal. Pero convengo en que hay que

extremar las precauciones —Lohmann se arrodilló junto a la figura inmóvil del chino. Tras un segundo, dijo—. Teóricamente, vive aún. Pero no volverá a moverse. ¿Qué quiere hacer? ¿Desea liquidarlo? Puedo indicarle cierto punto…

Bond empuñó el cuchillo, pero se detuvo, con un escalofrío, y dijo dirigiéndose al doctor:

—No, dejémoslo así. Me voy. Cuide de la chica hasta que yo vuelva.

—Bien. Voy a pasar el cerrojo a la puerta. Buena suerte.

Bond no tenía ninguna palabra de amistad para el hombre que, hasta cinco minutos antes había desempeñado un papel esencial en la monstruosa conspiración de Sun. Pero no podía irse sin decir algo a la chica que había arriesgado su vida para salvarlo. Puso la mano sobre el hombro de ella y la chica lo miró, con el rostro demudado, pero ya sin lágrimas.

—Gracias, Luisa —dijo Bond, amablemente—. ¿Por qué me ayudaste?

—Ese hombre —contestó ella, apuntando a Sun, pero sin mirarlo— me iba a matar. Usted podía salvarme.

Hizo un gesto, curiosamente enternecedor, como disculpándose por su inglés defectuoso.

Bond la besó en la fría mejilla, y luego se dirigió a la escalera. Hubo un momento de ansiedad cuando empujó la puerta trampa, sin que se moviera. Si habían colocado algún objeto pesado encima de ella, estaba perdido antes de empezar. Entonces recordó que Sun había mencionado las alfombras puestas allí para amortiguar los ruidos. Empujó con redoblada energía y la puerta comenzó a ceder. El esfuerzo le hizo sentir una punzada de dolor, pero no era el dolor de antes. Aunque no era menos intenso, parecía importar menos.

La cocina estaba vacía. Por la ventana se divisaba una ladera rocosa que empezaba a colorearse de gris. Si Lohmann estaba en lo cierto, faltaban unos veinte minutos para que comenzara el bombardeo. Tiempo suficiente, si no surgían obstáculos. Y a condición de que pudiera salir de allí antes de que Yevgueni y De Graaf vinieran a buscarlo.

El corredor fuera de la cocina también estaba vacío y a oscuras, aunque había luz en el vestíbulo. Cuchillo en mano, Bond avanzó hasta el final del corredor y miró en derredor.

Yevgueni estaba de pie, con las manos sobre las caderas, en la puerta que se abría al costado de la casa. Se encontraba de espaldas a Bond puesto que, al parecer, vigilaba o esperaba la oportunidad de ayudar a Von Richter con el mortero. A pesar de que estaba desprevenido, era difícil despachar silenciosamente al ruso en aquellas circunstancias. Bond midió con los ojos la distancia entre el lugar donde estaba y el pie de la escalera; dieciocho pasos, quizá veinte.

Había dado tres pasos por el vestíbulo iluminado cuando observó que Yevgueni

miraba su reloj. Antes de que el otro supiera la hora, Bond había vuelto a su escondite en la sombra. Luego, la mano de Yevgueni recobró su posición sobre la cadera. Bond atravesó rápidamente el vestíbulo y llegó a la escalera.

Una pequeña lamparilla desnuda alumbraba el rellano desierto. Sin vacilar, Bond torció hacia la derecha y se detuvo ante la penúltima puerta. Descorrió los cerrojos sin dificultad; la puerta se abrió sin ruido. Se guió por la respiración del durmiente. Con la mano izquierda le tapó la boca, mientras la derecha esgrimía el cuchillo; siempre existía la posibilidad… Urgentemente, murmuró al oído del que dormía:

—Niko. Niko, soy yo, James.

Hubo un respingo, un gruñido y una momentánea resistencia. Luego, una distensión. Cuidadosamente, Bond retiró la mano.

—James —dijo una voz conocida—. Temo que me han liquidado.

—¿Cómo te sientes?

—Tengo un horrible dolor de cabeza y mucho sueño.

—Traje algo que te despertará en seguida. Es una inyección. Dame un brazo. —Bond hablaba rápidamente, mientras preparaba la jeringa—. El caballero chino está fuera de combate. Quedan otros dos en la casa. Tenemos que ocuparnos de ellos por separado. El primero está en un dormitorio al otro lado de este piso.

Litsas se encogió al sentir el pinchazo.

—Qué mal doctor eres, James. Sigue contándome.

—Está esperando que lo llamen. Yo voy a golpear la puerta. Cuando salga, como espero que lo haga, tienes que asegurarte de que no grite. Si grita, estamos perdidos. Después yo me encargaré de él.

—¿Qué tienes?

—Un cuchillo. Nada para ti, por el momento. En el mismo cuarto están Ariadne y una muchacha albanesa. Parece que los muchachos han organizado una especie de orgía con violación. No te preocupes por eso, ahora. Tenemos que silenciar a la albanesa, lo que tal vez no sea fácil. Veremos como se presentan las cosas.

—Comprendido —dijo Litsas, lacónicamente.

—¿Sientes algún efecto de la inyección?

—Un poco. A lo mejor conviene que me mueva. Estoy listo.

Se deslizaron por el corredor hacia la escalera. Bond miró hacia abajo y no vio nada. Escuchó y tampoco oyó nada. Ante la puerta mencionada por Lohmann tomaron sus posiciones, uno a cada lado. Bond golpeó suavemente.

—¿Quién es? —contestó una voz somnolienta.

—Lohmann —dijo Bond farfullando.

La duración del silencio subsiguiente le hizo morderse el labio. Hasta que se oyó la respuesta.

—Bien, espéreme.

Adentro, se oyó el crujido de un resorte de cama. El taco de un zapato rascó el suelo. Una voz de mujer murmuró algo incoherente. El hombre bostezó profundamente. Nuevo silencio, de medio minuto de duración. Después, se oyó ruido de pasos en dirección de la puerta, una llave giró en la cerradura, el corredor se iluminó y De Graaf, abrochándose la camisa, emergió confiadamente.

Bond apenas tuvo tiempo de advertir los hondos arañazos paralelos en el rostro del pistolero antes de que Litsas lo atrapara, tapándole la boca con su pesada mano. Bond se adelantó y miró aquellos ojos dilatados.

—Esto va por los Hammond —exclamó, y clavó el cuchillo.

El cuerpo de De Graaf tuvo un gran estertor, como si hubiera tocado un cable de alto voltaje, y luego se aflojó del todo. Bond se apartó inmediatamente y entró en el cuarto.

Ariadne, que estaba en el suelo, cubierta por una delgada manta, se incorporó y lo miró, pero la atención de Bond estaba fija en la mujer que ocupaba la cama. Ella también se había incorporado mostrando que estaba desnuda hasta la cintura, al menos. Bond apenas la vio; con la mirada fija en sus asustados ojos oscuros, la amenazó con el cuchillo ensangrentado.

—Si haces el menor ruido, te mato.

—No, no…, me quedaré quieta —dijo la mujer, extendiendo un brazo tembloroso, con la palma hacia fuera, mientras con la otra mano trataba de cubrirse el pecho.

Bond permaneció junto a ella a la cabecera de la cama. Ariadne, en ropa interior, se levantó y vino hacia él. Sus manos se tocaron y luego se oprimieron.

—¿Estás bien? —preguntó ella—. Tienes una pinta rara.

—Estoy bien. —Había mil cosas que deseaba decir, pero no le salía ninguna—. ¿Y tú?

—Ahora que estás aquí, no me importa nada. Supongo que tendremos que amordazar a esta bribona. Si por mi fuera, la despachaba. ¿Cómo estás tú, Niko? Te había dado por muerto.

—No tanto como éste —dijo Litsas, señalando el cuerpo de De Graaf, que había arrojado a un rincón del cuarto. Ahora esgrimía un revólver, un «Smith Weeson Centenial Airweight» de cañón corto—. Tendríamos que conseguir… —se detuvo bruscamente.

Todos oyeron pasos distantes que atravesaban el vestíbulo y empezaban a subir las escaleras.

—Ese es el otro hombre que esperábamos —dijo Bond.

Mientras él permaneció indeciso por un instante, Ariadne entró en acción. Lanzó un puñetazo que se estrelló fuertemente contra la mandíbula de Doni Madan, haciéndole golpear la cabeza contra el respaldo de la cama. Cinco segundos después,

Ariadne estaba de nuevo bajo la manta, Litsas se había ocultado tras un ropero y Bond se había deslizado tras la puerta.

Yevgueni no tuvo oportunidad de defenderse; franqueó el umbral, vio el cadáver de De Graaf, lanzó un grito, quiso retroceder, pero recibió una puñalada debajo de la quinta costilla, mientras Bond le tapaba la boca con la mano izquierda.

—Espléndido, pero demasiado rápido y limpio —dijo Ariadne, mirando los cadáveres.

—Olvídalos —dijo Bond, tomándole por la muñeca—. Ahora escucha. La casa está libre de enemigos, por ahora. Voy en busca de mi jefe. ¿Dónde está la llave de su cuarto?

—En el bolsillo del más alto.

—Tú y mi jefe os vais a encerrar y esperar mi regreso. No —agregó Bond, al ver que Ariadne protestaba—, sólo tenemos un cuchillo y un revólver y somos dos contra uno. Ahora tienes que amordazar y maniatar a esa muchacha.

Cuando Bond regresó en compañía de M, Doni Madan, todavía inconsciente a raíz del puñetazo de Ariadne, estaba como Bond quería. M se encontraba mareado y, evidentemente, sufría los efectos de la falta de sueño. Había obedecido a la llamada de Bond, siguiéndole en completo silencio. Se había sentado al borde del lecho; un nervio le latía en el pescuezo. Bond lo miraba con mucha atención.

Ariadne advirtió aquella mirada.

—Se recuperará, te lo prometo. —Abrazó a Bond y lo besó—. Ahora, anda y termina con ellos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Litsas cuando salían del cuarto.

—Hay un mortero de campaña manejado por Von Richter. Su amiguito está sobre el cerro, para ayudarle a localizar el blanco.

—¿Son hábiles, no? Pero les va a costar mucho trabajo.

—Han practicado mucho. Mira allí.

Por una ventana se veía el punto de tiro. Ya había luz suficiente para distinguir la forma del mortero; alrededor de setenta y cinco centímetros de cañón montado sobre una plataforma regular. En las sombras se movía un bulto, que debía ser Von Richter.

Los planes posibles eran pocos. Bond eligió el más rápido.

—Niko, toma el revólver, ve por la terraza hasta la parte de atrás de la casa y trata de situarse encima de Von Richter; desde allí podrás tirarle. Yo avanzaré hacia el lado del mar. Si no es posible acercarme para saltarle encima, por lo menos podré distraerlo para dejarte el campo libre.

—Ten cuidado. Tendré que acercarme bastante con este maldito revólver de cañón corto para no herirte. ¿Está armado?

—No sé.

—Dame cinco minutos.

—Ni uno más. Nos queda muy poco tiempo.

Se dieron la mano en silencio y se separaron. Bond atravesó rápidamente la sala donde había vuelto en sí la primera vez y salió por el costado oeste de la casa. Desde allí examinó atentamente la situación.

Von Richter estaba abriendo un cajón de municiones en el punto de tiro. Éste, situado sobre una plataforma natural, se hallaba a unos veinte metros de distancia, separado por terreno accidentado pero no lo bastante para permitir un avance directo al amparo de las rocas. La única posibilidad era seguir paralelamente al mar, hasta el abrigo al extremo del barranco, para lo que tendría que cruzar una zona abierta, con riesgo de ser visto. Por el momento, la posición de Von Richter era tal que fácilmente podría descubrir, de reojo, una maniobra semejante. Pero, sin duda, tendría que cambiar de posición para mirar hacia el cerro donde estaba Willi. El hombre no parecía tener apuro. Pasó un minuto mientras ordenaba una fila de bombas en el suelo, descorría la lona que cubría la boca del mortero, se incorporaba y encendía un cigarrillo. Por fin, se dio vuelta y miró en horizonte. Bond entró en acción.

Antes de que hubiera cubierto la tercera parte de la distancia que lo separaba de su destino, tropezó con un guijarro suelto e inmediatamente el alemán giró sobre sus talones y lo vió. Bond cambió de dirección y avanzó directamente hacia el puesto de tiro. Trastabillando y resbalando sobre el suelo pedregoso, esperaba un balazo de un momento a otro en vez de las tremendas explosiones que retumbaron en sus oídos: un…, dos…, tres. Luego, Von Richter se volvió y lo esperó, con los brazos abiertos y bien afirmado sobre sus pies, seguro de su posición ventajosa en un sitio elevado. Pero Bond lo sorprendió dirigiéndose hacia el mortero. Se echó encima del cañón, haciéndolo caer sobre un costado, arruinando así cualquier posibilidad inmediata de tirar haciendo puntería. El dolor dentro de su cabeza se hacía insoportable. Estaba tratando de ponerse de pie cuando le pareció que perdía el conocimiento.

Oía que Litsas le hablaba. Su voz llegaba a través de un muro invisible:

—Vamos, James, tenemos que trabajar.

—¿Cuánto tiempo estuve…?

—Un minuto. Von Richter te golpeó y buscaba una piedra para aplastarte la cabeza cuando le hice fuego. Estaba demasiado lejos para acertarle, pero por lo menos te dejó en paz y corrió hacia la casa. ¿Puedes levantarte?

Bond se puso nuevamente en pie y se sintió mejor.

—Sí. Vamos a buscarlo. Esta vez, juntos.

—Pero yo iré adelante. No lo olvides, James. Es mío.

Entraron por la puerta lateral. Los cuartos que daban al corredor de aquel lado estaban vacíos. Se dirigieron a la escalera y se detuvieron bruscamente al oír el ruido del motor que arrancaba en el fondeadero. Litsas fue el primero en lanzarse a la

terraza y correr hasta el pequeño muelle. El chinchorro con el motor fueraborda empezaba a alejarse, pero la mano inexperta que guiaba el timón colocó la popa y su a acurrucado ocupante casi bajo los pies de Litsas, quien no tuvo dificultad para saltar rápidamente dentro del bote. Sin levantar la vista, apuntando con la «Smith Weeson» al pecho de Von Richter, dijo:

—El mayor y yo vamos a navegar, James. No tenemos mucho apuro. Todavía nos queda el amiguito del mayor, pero está bastante lejos. Pronto volveré para ayudarte a despacharlo.

Von Richter apagó el motor y volvió la cabeza. En la luz mortecina, la zona de piel dañada tenía un aspecto repugnante, como si fuera el producto de una enfermedad inmunda.

—Este hombre quiere matarme, al parecer —dijo lentamente—. Estoy totalmente a su merced, sin duda alguna. Usted es inglés, señor Bond. ¿Qué opina de esto?

—Usted está fuera de cualquier ley, Von Richter —le contestó Bond, con igual lentitud—. Después de lo que hizo en Kapoudzona.

—Está claro que no vale la pena discutir. La emoción prevalece sobre la razón. —El alemán se encogió levemente de hombros—. Muy bien. Salgamos a navegar.

El bote comenzó a alejarse. Distraídamente, Bond miró cómo retrocedía y, después de un par de minutos, regresó a la casa. Nada más llegar al vestíbulo advirtió las manchas de sangre. Había algunas en la esquina del corredor, como si alguien hubiera descansado allí un minuto, y otras cerca de la puerta lateral. Bond volvió sobre sus pasos y corrió a la cocina.

La puerta trampa estaba levantada. Allá abajo Luisa yacía de espaldas, con los ojos abiertos y un pincho de metal clavado en el pecho. El doctor Lohmann estaba sentado sobre el piso, recostado contra la pared, con las rodillas levantadas. A su lado se veían su maletín negro y una aguja hipodérmica rota. No se advertía color en su rostro. Abrió los ojos y habló con voz incierta.

—Olvidó… —dijo— olvidó que la morfina puede hacer mucho por un hombre con agujeros en las entrañas. Eso no se le ocurrió nunca.

El asombro, no menos que el horror, había trabado la lengua de Bond.

—Pero… ¿cómo pudo… hacer todo esto? Usted mismo dijo que estaba prácticamente muerto hace veinte minutos.

—Cualquier hombre común, con esas heridas, hubiera estado totalmente incapacitado para ponerse en pie, y más aún para asaltarme como lo hizo él… —Lohmann se estremeció y continuó—. Es un caso de vitalidad sobrehumana… como hay otros en los anales de la Medicina. Con todo, después de perder tanta sangre… No es un ser humano.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó Bond, con involuntaria compasión.

—No. Me perforó los intestinos unas diez o doce veces con uno de esos pinchos.

Sólo me quedan unos pocos minutos. Gracias a la morfina, no serán intolerables. Si Sun estuviera al tanto de esto, no le agradaría, ¿verdad? Dígame… ¿ha matado a todos los demás?

—A todos, menos a Willi, puede darlos por muertos.

—Willi también se debe considerar como hombre que va a morir pronto. Órdenes de Sun, aprobadas por Von Richter. Calcularon que Willi emplearía unos veinte minutos en bajar desde el cerro hasta el borde. Les pareció que era mucho tiempo y me obligaron a darle una píldora antes de que saliera, para estimularlo. Le di una cápsula de un compuesto organofosfórico. Ya deben de haber comenzado los primeros síntomas. Por eso le dijo que no se preocupe por él. Ya ve que no tiene por qué tenerme lástima.

Bond no contestó. Sin pensarlo, puso una mano sobre el hombro de Lohmann y luego corrió hacia la escalera y salió del sótano.

Le resultó fácil seguir la pista de sangre después de la puerta lateral; conducía al punto de tiro, y después, a la zanja por el que había descendido Bond apenas veinticuatro horas antes. Siguió avanzando con el mayor silencio posible, con los ojos y oídos muy abiertos, tratando de dominar el sopor que empezaba a invadirlo, con el cuchillo en la mano al nivel de la cintura. La luz era cada vez más débil. Llegó a una de las secciones donde las paredes se aproximaban al lado de la tierra elevándose y la del lado del mar descendiendo, dobló un codo y a tres metros de distancia vio a Sun.

El chino se apoyaba contra un peñasco a la derecha de Bond. Parecía haberse encogido y achicado físicamente, y a juzgar por el charco de sangre a sus pies y la semicoagulada cinta que le colgaba desde la boca a la cintura, no le debían de quedar más que la piel y los huesos. Tenía la mano derecha detrás suyo, sin duda oprimiendo la herida que le había infligido Bond. Una especie de sonrisa le retorcía los labios sanguinolentos.

—Mi razonamiento era correcto, entonces. —Increíblemente, la voz era firme y clara—. En realidad, yo sabía que usted iba a venir, James. Debe de sentirse muy a gusto ahora. Supongo que habrá dado muerte a todos los demás.

—Nos hemos ocupado de todos.

—Excelente. De modo que volvemos a estar el uno frente al otro. Tal vez piense que las condiciones le son mucho más favorables que en el sótano. Pero se equivoca.

El coronel Sun dejó ver su mano derecha; en ella tenía una bomba de mortero.

—¿Ve usted como son las cosas? Sigo dominando la situación. No necesito decirle que si hace el menor movimiento o si dejo caer este juguete por accidente, los dos moriremos. Yo ya estoy muriendo. En cierto modo, también usted se está muriendo. Porque dentro de muy poco tiempo voy a lanzar este proyectil contra las rocas. ¿Ve ahora que nuestros destinos realmente son inseparables?

—¿Qué quiere, Sun?

Bond calculaba distancias en metros y segundos, tratando de visualizar el codo de zanja a sus espaldas, estimando la posibilidad de saltar sobre la pared más baja a su izquierda.

—Admita que en mí ha encontrado a un superior que, en lucha pareja, sin hacer juego sucio, le hubiera quebrado el espíritu de modo tan definitivo e irresistible como el cuerpo. Admítalo.

—¡Jamás! No sería cierto. Desde el principio usted contó con las ventajas del número de hombres, de la iniciativa y de la planificación. ¿Y qué ha conseguido con eso? Hacerse matar…

Los dientes manchados de Sun volvieron a mostrarse.

—¡Insisto! Le ordeno que…

Entonces los ojos se cerraron y la sangre le corrió por la boca. Bond franqueó de un salto la pared de roca que daba al mar, cayó a cuatro pies sobre el pasto de un metro y medio más abajo corrió hacia un peñasco y se ocultó detrás. Los oídos le zumbaban ahora con más fuerza que nunca. La voz de Sun, muy débil, le llegó desde arriba.

—¿Dónde está, James? Pero no va a cometer la tontería de contestarme, ya lo sé. Debía haber arrojado esto hace unos instantes, ¿verdad? Pero el deseo escucharle la confesión de su derrota me dominó. ¿Qué voy a hacer ahora? Nada más fácil.

»La haré explotar a mi lado. Terminaré con una explosión; así es como va a terminar mi mundo. Ahora quiero que sepa que todo lo que le dije antes no era cierto. De Sade me engañó, o yo no supe interpretarlo. No me sentí feliz torturándolo. Al contrario, me sentí culpable y avergonzado. Actué en forma infantil y ridícula y, aunque parezca extraño, quiero pedirle perdón. ¿Puede perdonarme?

Bond nunca pudo recordar lo que iba a contestar, sino que tuvo que contenerse en el último milisegundo. El ominoso silencio continuó. Luego, clara y fuerte otra vez, la voz exhaló una maldición y se vio la bomba en forma de dardo, arrojada al mar. Se oyó el estallido sofocado por las paredes de roca y, luego, volvió el silencio.

Sun había caído de rodillas contra la pared de la zanja. Los extraordinarios ojos seguían abiertos. Se fijaron sobre el cuchillo que Bond empuñaba y asumieron una expresión lastimera.

Bond se arrodilló también, puso la punta sobre el corazón de Sun y apretó. Aún entonces, en el postrer instante de aquella inhumana vitalidad, los labios ensangrentados se movieron para murmurar:

—Adiós, James.

Luego, Sun quedó convertido en un muñeco de tamaño natural.

Entonces el sopor se hizo insostenible. Pero aquella vez Bond era la criatura informe que antes lo había perseguido, y no sabía qué estaba persiguiendo, porque todo se disolvía y se desvanecía en llamaradas a su paso. En algún lugar estaba

Litsas, llamándolo, y también Ariadne. Y, de pronto, no quedó nadie.

21. Un hombre de Moscú

—Me costó mucho trabajo poner las cosas en orden con las autoridades locales —dijo Sir Ronald Rideout aprensivamente—. Como siempre, se atienen a las formalidades y hay que tratarlos con respeto. Hablaron mucho del honor de Grecia y de la Policía de Atenas. En cierto modo, los comprendo. Un tiroteo en la calle, cuatro muertos, dos de ellos extranjeros y uno, al parecer, diplomático. Por lo menos, eso es lo que sospechaba el comisario con quien hablé. Claro, no tiene pruebas de ninguna clase. Ah, muchas gracias.

Sir Ronald se sirvió el jugo de tomate que le había traído un mozo de chaqueta blanca, lo depositó sobre la mesa de mármol y continuó a toda velocidad.

—Y luego, este asunto del domingo. Media docena de cadáveres, dos turistas alemanes desaparecidos, explosiones misteriosas y vaya a saber qué más, y todo ello sin que aparezca ningún testigo, ningún sospechoso. Una chica albanesa, medio tonta, que no sabe o no quiere decir nada y un matón griego con muchas quemaduras que dice ignorarlo todo, salvo que un hombre llamado James Bond mató a uno de sus amigos, trató de matarlo a él y destruyó su barco. Debo decirle, Bond, en forma extraoficial, desde luego, que no comprendo por qué no liquidó también a este sujeto, para simplificar las cosas. Después de todo, era alguien sin importancia, ¿no? Según su informe, esa mañana usted ya había liquidado a tres adversarios. Sin duda, uno más no hubiera…

El acondicionador de aire en el comedor del piso superior del «Grande Bretagne» no marchaba bien y había mucho ruido, proveniente, sobre todo, del grupo de rusos apostado cerca del bar. Estimulado por un gesto de M, que estaba a su lado, Bond levantó la voz para contestar:

—Hubiera sido un asesinato a sangre fría, señor. A esas alturas yo no quería seguir matando gente y no podía pedir a nadie que lo hiciera por mí. Lamento que esto le haya molestado, pero una acusación sin pruebas no puede tomarse en serio, ¿verdad?

—Ya veo, ya veo —había empezado a murmurar Sir Ronald antes de que Bond terminara—. Comprendo que hasta una persona como usted se canse de matar gente. Quiero decir, una persona especializada en esa clase de trabajo.

M preguntó:

—¿Qué sucedió por fin, señor?

—Ah, sí. Bueno, pude convencerlos de que lo mejor era no hacer nada. El representante del Ministerio del Interior estuvo de acuerdo conmigo. Se puso de mi parte tan pronto mencioné a ese nazi: Von Richter. Al parecer, era toda una leyenda. Además, al hombre de las quemaduras, Aris o como se llame… lo estaban buscando por robo y actos de violencia. No nos molestará. Se mostraron algo fastidiados por

haber llevado nuestros conflictos a suelo griego, pero yo les hice ver que no era culpa nuestra. Al final, logré calmarlos. Creo que el PM quedará satisfecho.

—Bueno, eso sí que es un gran alivio —dijo M fríamente, observando a Bond.

—Claro está, y también es un alivio tenerlos a ustedes, a los dos, de nuevo con nosotros. En cuanto a ese griego amigo suyo, Bond… Se llama Litsas, ¿no? Me parece que debería hablar con él antes de ir al aeropuerto.

—Estoy seguro de que se sentiría muy honrado, señor —dijo Bond—. Por mi parte, creo que merece alguna gratitud después de haber arriesgado su vida por Inglaterra. ¿Qué opina usted?

—Por supuesto, opino lo mismo. Perdóneme un momento.

Bond sonrió irónicamente cuando el ministro volvió la espalda. M no pudo contenerse:

—Es difícil no pensar mal de un hombre así, James. Pero supongo que los políticos son un mal necesario. Debo decir que nuestros anfitriones se han superado a sí mismos. Hasta ha venido un representante especial desde Moscú. Parecen estar muy complacidos con nosotros. Como es lógico, por otra parte. Después de todo, se trata de una ocasión jubilosa. Salvo un detalle; la ausencia del jefe de la Estación G. No volveremos a ver a nuestro amigo Stuart Thomas.

—¿Está seguro de eso, doctor?

—Esta vez me temo que sí. Personalmente, creo que se hizo matar antes que dejar que los chinos lo usaran para lo que quisieran. Más vale que olvidemos esta parte del asunto. Ahora, permítame una pregunta acerca de su informe, James. Tengo curiosidad por saber por qué usted no permitió que el prusiano hiciera fuego contra la gente del islote. Al fin y al cabo, no eran amigos nuestros.

Bond asintió.

—Yo mismo me he hecho esa pregunta. Tal vez me dejé llevar por los acontecimientos, sin pensar. Nos habíamos propuesto liquidar a los enemigos y teníamos que ir hasta el fin. Pero creo que convendrá en que hicimos bien.

—Por cierto que sí, decididamente. Contra todas las probabilidades, hemos logrado algo que tendrá un efecto muy favorable en el equilibrio mundial de fuerzas. Mejor dicho, usted ha logrado eso. Los rusos lo saben muy bien. Sobre todo el delegado de Moscú que, evidentemente, quiere hablar con usted.

Un elegante joven ruso con altos pómulos tártaros se había acercado.

—Perdón, señor almirante. El señor Yermolov, de Moscú, desea hablar con el señor Bond. ¿Quiere seguirme?

El hombre de Moscú era alto, corpulento, de cara roja, con ojos pequeños y autoritarios. Bond lo clasificó como un veterano bolchevique, tal vez con edad suficiente para haber servido cuando muy joven en las Guerras de Intervención, haber ascendido en la burocracia stalinista hasta alcanzar verdadero poder tras la caída de

Kruschev. Parecía inteligente y resuelto y no podía ser menos, para estar vivo después de una carrera tan larga.

Sin perder tiempo en preámbulos, Yermolov condujo a Bond hacia un par de adornados sillones seudo Imperio que habían sido colocados, evidentemente, con aquella finalidad, cerca de la chimenea de mármol.

—¿Tiene bebida suficiente, señor Bond? Bien. No le haré perder tiempo. Ante todo, quiero decirle que usted ha prestado un gran servicio a mi país y que estamos muy agradecidos. Desde luego, hemos informado al camarada Brezhnev y él mismo me ha pedido que le transmita sus felicitaciones y su gratitud personales. Pero de eso, ya hablaremos. Además de nuestra gratitud es oportuno que le manifestemos nuestro pesar por ciertas flaquezas de criterio de nuestra gente. Tengo que admitir que nuestro mecanismo de seguridad en esta zona se había deteriorado. No por culpa del difunto mayor Gordienko, un oficial muy capaz que…

—Un momento, señor Yermolov, si me permite —dijo Bond, cansado del lenguaje oficial que había estado escuchando, hablando y escribiendo durante los últimos tres días: en la entrevista oficial con Sir Ronald, en el interrogatorio de seis horas, junto con Ariadne, en la Embajada soviética, en la redacción de su propio informe—. ¿No podemos hablar con naturalidad? Por ejemplo, sólo para satisfacer mi curiosidad, ¿qué pasó con el traidor mencionado por Gordienko?

Yermolov respiró lentamente por la nariz y miró fijamente a Bond. Sin desviar la mirada extrajo un cigarrillo que al parecer estaba suelto en su bolsillo, lo insertó en una boquilla de ámbar manchada y lo encendió con un encendedor metálico barato.

—Sí, ¿por qué no? Lo siento, pero he estado inaugurando muchas obras públicas últimamente, cosa que no fomenta la naturalidad en el lenguaje. Hablemos naturalmente, entonces, aunque, como usted sabe, eso no es fácil para un ruso. Me veré obligado a tomar un buen trago e insisto en que me acompañe. Bebamos vodka. Sólo tenemos «Stolichnaya», que no es la mejor marca, pero puede pasar.

Llamó al joven de pómulos altos sin dejar de hablar.

—El traidor o, mejor dicho, el agente doble, trató de escapar cuando se dio cuenta de que los planes de sus amos habían fracasado. Fue liquidado.

—Degollado y arrojado a la bahía, supongo.

—Si va a hablar con tanta naturalidad, me va a ser difícil seguirlo, señor Bond. Pero no, hoy día tratamos de evitar esos métodos. Irá a la cárcel, convicto de varios delitos civiles. Todos verdaderos; nos gusta asegurarnos lo mejor posible con respecto a ciertos funcionarios en el exterior. Ya se verá qué se hace con él cuando salga. Ah, muy bien. —Habían llegado las bebidas—. Con mis mayores respetos. Viva Inglaterra.

—Muchas gracias.

—Hum. En cuanto al general Arenski y su desdichado escepticismo acerca del

relato que le hizo la señorita Alexandrou, ha pagado las consecuencias de su error. Afortunadamente para él, los proyectiles disparados por el nazi estallaron en el mar sin daño para nadie. Fue una suerte para nosotros también. Me ha costado mucho trabajo convencer a las autoridades de que el asunto no tenía mayor importancia. Eso no me hubiera sido posible de haberse conocido la identidad de los presentes. Pero sé que únicamente en caso de haber ocurrido algunas muertes, hubiéramos podido conocerlos.

—Pero… no comprendo cómo pudo restar importancia al ingreso de un número tan grande de inmigrantes ilegales.

—Muy cierto —Yermolov inhaló lentamente—. Para contestarle como es debido, tendré que dejar de hablar con naturalidad, por un momento. Una potencia rica siempre puede encontrar la forma de apaciguar a una más pobre cuando se trata de simples cuestiones técnicas. De todos modos, la conferencia había terminado. ¿Le parece aceptable la explicación?

—Supongo que tendré que aceptarla. Siga contándome qué pasó con Arenski —preguntó Bond.

—Desde luego, trató de acusarlo de ser el causante de los disparos, pero no pudo convencer a nadie. En estos momentos estamos distribuyendo a todos los gobiernos interesados un informe completo sobre la responsabilidad de los chinos en este conato de atentado terrorista. Ni usted ni sus superiores tienen que preocuparse por ese motivo. Si me permite, le diré que nos importa más, en esta región, que la reputación perjudicada sea la de Pekín, en lugar de la de Londres.

Bond saboreó la suave fiereza del vodka.

—¿Qué le sucederá a Arenski?

—Me temo que será preciso reeducarlo. Seguirá un curso de adoctrinamiento socialista en Siberia. Todavía conservamos algunas de nuestras tradiciones, aunque en forma más humana. Bastante más humana. Bueno… creo que no tengo nada más que decir. Salvo una cosa…

Yermolov se mordió los labios. En el fondo, se oía el rumor de la fiesta. Bond divisó a Ariadne, hermosa y magníficamente vestida, en el centro de un grupo de rusos que la admiraba. Por primera vez, se sintió profundamente tranquilo. Todo había terminado. Había triunfado. Y además…

El hombre de Moscú siguió hablando:

—Quiero que sepa que lo que ha hecho es sumamente importante. Ha contribuido a que mis jefes comprendan no sólo quién es el verdadero enemigo —sabemos más acerca de las ambiciones chinas que ustedes— sino también quiénes serán nuestros futuros amigos. Inglaterra. Estados Unidos. El Occidente en general. El incidente de Vrakonisi puede conducir a muchas cosas. Y esto quiere decir que debo adoptar el tono oficial, una vez más. Mi gobierno desea que usted acepte la Orden de la Bandera

Roja por servicios de paz. También yo lo deseo. ¿Qué dice, señor Bond?

—Se lo agradezco mucho —dijo Bond, sonriendo—. Pero en mi organización no nos está permitido aceptar medallas de ninguna clase. Ni siquiera de nuestra propia gente.

—Ya veo —dijo Yermolov, asintiendo tristemente—. En cierto modo, eso era lo que yo suponía, y así se lo dije al camarada Brezhnev. Bueno, la verdad es que fue una oferta sincera, testimonio de un sentimiento sincero. Aunque tal vez para usted no significase una gran distinción, ni siquiera una ventaja. De nada le serviría en caso de que alguna vez tuviera que habérselas con nuestro servicio de contraespionaje, como se las ha visto tan a menudo en el pasado. En realidad —Yermolov se inclinó y adoptó un aire confidencial—, tampoco los ciudadanos que han recibido esa medalla pueden considerarse muy protegidos contra nada. Espero que no le moleste el chismorreo de un veterano. A eso conduce el hablar con naturalidad.

Se puso de pie y extendió la mano. Bond la estrechó.

—Si puedo serle útil alguna vez, no deje de decírmelo, señor Bond. ¿Existe alguna posibilidad de que visite Rusia… como turista?

—No, por el momento. Pero tendré presente su ofrecimiento.

—Yo también lo tendré presente. Adiós.

Ariadne se había desembarazado de los rusos y ahora hablaba con Litsas, Bond se les acercó.

Litsas le palmeó la espalda:

—No tienes por qué agradecerme. Me divertí mucho y volvería a hacerlo. Todo menos una cosa…

—Ya sé —dijo Ariadne, gravemente.

—Tú no lo recordarás, James, pero actué tontamente al regreso de mi… viajecito con Von Richter. Me sentía como un niño. ¿Quieres creer que no pude hacerle comprender nada, James? —Los ojos castaños de Litsas revelaban una honda tristeza —. Estaba convencido de que había actuado correctamente en Kapoudzona. Se había limitado a cumplir la orden de tomar represalias contra civiles para castigar la actividad de los guerrilleros. Le pregunté por los niños y dijo que eso era… lamentable. Yo quería que *se diera cuenta de lo que había hecho*. Y que se arrepintiera. Pero fue en vano. No comprendió nada. Seguía creyendo que yo era un tonto cuando lo maté. Yo me proponía hacer justicia, ejecutarlo. Pero lo maté sólo porque estaba enojado.

—Entonces no fue a sangre fría —dijo Bond, procurando desesperadamente consolarlo.

—Es verdad. Tengo que recordar eso —luego, con evidente esfuerzo, Litsas sonrió—. Bueno, veo que te has recuperado perfectamente. Vuelves a ser el atractivo agente secreto. Supongo que ese traje está repleto de radios y cámaras fotográficas en

miniatura.

—Por supuesto.

No sin sorpresa, Bond recordó por vez primera los dispositivos instalados por la Sección Q: la ganzúa, la sierra, el transmisor. Había tenido razón en cuanto a su inutilidad en momentos de peligro real.

Litsas había terminado de beber.

—Tengo que irme. Ya te avisaré cuando sepa algo de Ionides. He pedido que lo busquen por todas partes. Posiblemente vendió el *Altair* en Egipto y decidió esconderse por un tiempo. Pero no estoy seguro de eso; hubiera jurado que era un muchacho honrado.

—Yo también —dijo Ariadne.

—Y yo —agregó Bond, recordando el rostro sin malicia y la altivez del muchacho.

—En fin… Partes mañana, ¿verdad? A ver cuándo regresas a Grecia, James. Será cuando no te persigan los rusos ni los chinos. Hay muchos lugares que me gustaría hacerte conocer.

—Volveré, Niko. Hasta la vista.

Los dos hombres se dieron la mano. Litsas besó a la joven Ariadne y se fue.

Bond contempló el enérgico rostro, tan lleno de vida, que tenía a su lado.

—¿Cómo estás, Ariadne?

—Perfectamente. ¿No lo parezco?

—Claro que sí. Pero lo que quise decir es… ¿cómo te sientes después de aquella noche?

Ella sonrió.

—Bueno, no fue tan mala. Puedo asegurarte que no pudieron divertirse conmigo. Al final, me echaron de la cama. Uno de ellos se fue y el otro se durmió. Olvídalo, querido. Ven conmigo, vamos a cenar.

—Muy bien. ¿Dónde iremos?

—No al restaurante de Dionysos. —Los dos rieron—. Ya encontraré algún lugar. A propósito, observo que no me has agradecido mi ayuda, como se la agradeciste a Niko.

—Por supuesto. Tú cumplías tu obligación, como agente del GRU.

—Sigo siendo lo que era —dijo ella, mirándolo sin pestañear—. Trabajo en eso.

—¿Después de todo lo ocurrido? ¿Después de Arenski y su estupidez?

—Sí, después de todo eso. Ahora comprendo la importancia del trabajo.

—Si piensas así, es evidente que debes continuar.

Ariadne le pasó la mano por la cintura.

—No nos pongamos serios esta noche. No nos queda mucho tiempo. ¿Tienes que salir mañana?

—Tengo que salir mañana. Pero tú sabes que te quiero, ¿no es cierto?

—Sí, lo sé, querido. Vamos.

Mientras caminaban por la plaza, rodeados por la actividad de Atenas, cinco minutos después, Bond dijo:

—Ven conmigo a Londres, Ariadne, aunque sea por unos días. Estoy seguro de que te darán licencia.

—Quiero ir contigo, del mismo modo que tú no quieres irte de aquí. Pero no puedo. Sabía que ibas a pedírmelo y estaba dispuesta a contestarte que sí. Pero comprendí que no sería correcto. Creo que Arenski tenía razón, por lo menos en parte, cuando dijo que yo era una burguesa. Todavía me atengo a mi respetabilidad de clase media. ¿Te parece una tontería?

—Efectivamente.

—A mí también. Es culpa de nuestro trabajo. La gente cree que debemos llevar una vida de maravillosa libertad, pero no somos verdaderamente libres.

—No —volvió a decir Bond—. Somos prisioneros. Pero gocemos de nuestro cautiverio mientras podamos.

ROBERT MARKHAM, es un seudónimo creado por la editorial Gildrose Productions. Tras la muerte de Ian Fleming, agotado el material sobre el agente secreto James Bond, la editorial pretendió dar continuidad a la franquicia con una serie de nuevas novelas encargadas a distintos autores, las cuales serían publicadas bajo el seudónimo de Robert Markham. **Kingsley Amis** fue el primero en escribir una novela de Robert Markham. No se publicaron más libros bajo ese seudónimo.

KINGSLEY AMIS, nació el 16 de abril de 1922. Se educó en la Escuela de la Ciudad de Londres y en St. John's College de Oxford. Después de servir en la Segunda Guerra Mundial, en el Cuerpo Real de Señales, se licenció en 1947 y llegó a conseguir una cátedra de inglés en la Universidad Swansea de Gales y en Cambridge. Comunista de joven, con el tiempo se distanció de esta ideología debido a su decepción con el régimen ruso, y se acercó a la derecha británica, alcanzando cierto grado de confianza con la primera ministra conservadora Margaret Thatcher. Suele asociarse al grupo literario de los «Jóvenes airados», en los que suelen incluirse a escritores como John Braine, Alan Sillitoe y Arnold Wesker. Su novela **Jim el Afortunado** (1954) le granjeó la fama, galardonado con el Premio Somerset Maugham. También cultivó la poesía.

Kingsley Amis se vio involucrado en los años 60 con la creación de Ian Fleming. Tras el popular **Dossier de James Bond** y **El libro de Bond, o Cada hombre es su Propio 007**, éste último publicado bajo el seudónimo de *Lt Col. William «Bill»*

Tanner, en 1968 escribe la primera, y única, novela sobre el agente secreto de Robert Markham, con el título **El coronel Sun**.

Casado en dos ocasiones, tuvo varios hijos, entre los que destacó el escritor Martin Amis. Fue ordenado Caballero del Imperio Británico en 1990. Falleció el 22 de octubre de 1995.

Fuente: wikipedia.org y lecturalia.com.

Notas

[1] Wistaria: Trepadora lechosa de origen japonés. <<

[2] Comité de Seguridad del Estado: KGB <<

[3] Zhióvannie: En ruso, literalmente, «masticador». Se aplica este adjetivo a las personas sin iniciativa. <<